



TIPOS DUROS

*Siden*

ISABELLA MARÍN

**Tipos duros**  
**Aiden**  
**Isabella Marín**

© Isabella Marín, marzo 2018

Diseño de la portada: Alexia Jorques

Foto: Fotolia

Primera edición: marzo 2018

Corregido por Correctivia

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

## Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Otras obras de la autora](#)

# People - 23 de octubre de 2017

Tras años enteros de tensas relaciones con la prensa, el ícono del rap decide sincerarse hoy en una entrevista. Con un Grammy a sus espaldas y millones de álbumes vendidos en todo el mundo, Aiden King (32 años) ocupa el puesto veinticinco de la lista *Los mejores artistas de todos los tiempos* según la revista *Rolling Stone*. Asimismo, dos de sus trabajos están incluidos entre los cincuenta mejores álbumes de la década por la revista *Billboard*.

## **People:**

Tu último álbum, *Me&my girlfriend*, ha levantado mucha controversia, además de especulaciones acerca de a quién se lo has dedicado.

## **Aiden King (meditabundo):**

Hmmm. Si tú lo dices...

Yo diría más bien que la gente no quiere escuchar la verdad, y a las cosas que les molestan les llaman *polémicas*. Mira a tu alrededor. Vivimos en una sociedad de mierda, pero la mayoría lo ignoran, porque vuelven la mirada hacia el otro lado. Mis versos no tienen nada de ficticios. ¿Controvertidos? ¿En serio? ¡No jodas! Mi rap refleja la realidad, la vida en los barrios pobres; una realidad que parece que nadie más se atreve a decir en voz alta.

## **People:**

Tus letras se centran, sobre todo, en de la violencia en las calles, la pobreza y la discriminación racial. Eso no ha gustado a cierto sector de la población.

## **Aiden King:**

Me la trae floja. Que no compren mis álbumes.

**People:**

En tu canción, *Kill them all*, te refieres varias veces a la brutalidad policial. ¿Fuiste víctima de esa brutalidad en algún momento?

**Aiden King:**

¿Te has fijado en mi color de piel? No, nunca he sufrido brutalidad policial. ¡Soy blanco! Pero tengo amigos que fueron brutalmente golpeados sin más razón que el tema racial. Puedes apostar a que voy a seguir rapeando sobre este tema, y ya puedo adelantarte que a ese sector de la población no le gustará una mierda. Censurarán mis álbumes, pero... ¿adivina qué? Sacaré otros.

**People:**

¿Por qué *Me&my girlfriend*?

**Aiden King:**

Era el aniversario de la muerte de 2Pac y quise homenajearlo como se merece.

**People:**

¿A quién se lo has dedicado, Aiden?

**Aiden King:**

Mira que eres cotilla. No te lo pienso decir.

**People:**

En tal caso, seguiremos suponiendo que te refieres a Serena.

**Aiden King:**

Cada uno puede suponer lo que le dé la gana. Dicen que es un país libre.

**People:**

No he podido evitar fijarme... ¿Es nuevo el tatuaje de tu cuello?

**Aiden King:**

Puede.

**People:**

Una S. ¿De Serena, quizá?

**Aiden King** (mirando por la ventana y fingiendo no escucharme):

Se ha quedado buen día, ¿no te parece?

**People:**

Y hablando de Serena... Vosotros dos habéis provocado muchos escándalos en la prensa últimamente. Nos tenéis desconcertados. ¿Cómo es posible que paséis de tener *diferencias irreconciliables* a iros de vacaciones en las Bahamas? ¿En qué punto estáis ahora?

**Aiden King:**

En un punto que a ti no te concierne. No hablo en la prensa sobre mis relaciones personales. Dejad de inventar movidas. La mayoría de esos *escándalos* los habéis provocado vosotros mismos, así que discúlpame si no hago ninguna declaración al respecto. ¡Dios sabe que podría perjudicarme dentro de cinco o diez años!

**People:**

Pero le acabas de dedicar todo un álbum. Y duro, además. Ahí *sí* que hablas de tus relaciones personales, y la mujer a la que te refieres como *tu nena* no sale demasiado favorecida. ¿Qué opina Serena de tus versos?

**Aiden King:**

No lo sé. No sé lo he preguntado. ¿Y por qué iba a hacerlo? Mis versos son pura ficción. No guardan ninguna relación con ella.

**People:**

Eres uno de los hombres más sexy del planeta. ¿Ha afectado eso tu relación de pareja?

**Aiden King:**

¡Joder, sí! Y os agradecería de dejéis de llamarme así. No quiero ser sexy y no veo razón para que pongáis mi torso desnudo en todas las portadas. La

gente no tiene que fijarse en mí, sino en mi música. Es todo cuanto quiero. Que el reconocimiento se lo lleve la música, no los abdominales del artista.

**People:**

Aiden, hará un tiempo que apenas te vemos fuera de tus conciertos. ¿A qué dedicas tu tiempo?

**Aiden King:**

A aislarme de todo. Me siento en el suelo de mi casa y pienso. Pienso mucho.

**People:**

¿En qué piensas?

**Aiden King:**

En todo lo que he tenido que perder para estar hoy aquí y hacer esta entrevista de mierda.

**People:**

Fuentes más cercanas a tu círculo personal afirman que, a pesar de todo, sigues refiriéndote a Serena como el amor de tu vida. ¿Es eso cierto?

**Aiden King (tras una muy larga pausa):**

Sí. Serena siempre será el amor de mi vida. Discúlpame, no puedo seguir con esta entrevista.

Lo único que queda por añadir es que el rapero parecía muy afectado al abandonar el restaurante donde estuvimos entrevistándole. Eso da mucho que pensar, ¿verdad, Serena?



**El diablo susurra: No eres lo bastante fuerte como para soportar la tormenta.**

**El guerrero contesta: Yo soy la tormenta.**

## Prólogo

—¡Ai-den! ¡Ai-den! ¡Ai-den!

Berlín estaba en llamas. Entre lo histérico y lo delirante. Mi público me aclamaba como a un dios.

Cegado por los focos, miré hacia abajo, hacia ese océano de caras desconocidas, y sentí que se me revolvía el estómago otra vez. Reggie tenía razón. No debí haberme subido a ese escenario. No esa noche. Ahora era demasiado tarde como para echarme atrás.

—¡Ai-den! ¡Ai-den! ¡Ai-den!

Ellos esperaban una reacción. Aún no se habían dado cuenta de que su ídolo no estaba a la altura. No advertían el hilo de sudor que resbalaba por su frente. Yo sí, y solo podía ser consciente de esas pequeñas gotas, tan gélidas como la caricia de unos dedos muertos. Me sentía como un gladiador cobarde empujado a luchar en la arena contra una manada de leones hambrientos. Me iban a desgarrar.

—¡Ai-den! ¡Ai-den! ¡Ai-den!

Los vitorees sonaban cada vez más sofocados. De algún modo, me estaba alejando de ellos. Los momentos se volvieron lentísimos. La oscuridad, lo más atrapante que había visto nunca. En un instante estaba de pie sobre un escenario. Al siguiente, aislado en una especie de dimensión oscura, donde no encontré más que montones de sueños hechos añicos. Los pisaba como si fuesen trozos de cristal. Todos mis sueños, los planes que ella y yo habíamos trazado, estaban destrozados ahora.

Las cada vez más lejanas voces fueron apagándose, una a una, dentro de mi cabeza, y me vi arrastrado hacia una hipnótica espiral de recuerdos, que acabó engulléndome antes de que me diera tiempo a oponer resistencia. Era el pasado, se empeñaba en alcanzarme y lo consiguió.

El escenario quedó olvidado, suspendido en algún lugar de mi subconsciente. Los focos se apagaron y, como por arte de magia, de pronto vi mi camerino, y me vi a mí, el de hacía diez minutos. Reggie estaba a mi lado, con la faz pálida y las manos temblorosas. Sabía lo que iba a decirme. Aun así, contuve el aliento y aguardé a que lo dijera, rezando para que, en el

último momento, los acontecimientos dieran un giro diferente. Lo mismo me pasaba cada vez que veía *Titanic*. Siempre conservaba la esperanza de que el barco no se hundiera.

Pero lo hacía, chocaba contra el jodido iceberg, porque no hay modo de desatar el lazo del destino. Y lo mismo hicieron las palabras de Reggie: dijeron una vez más lo que yo no soportaba escuchar.

—Se ha cortado las venas, tío. ¡Se ha cortado las putas venas, Aiden! Deberías volver a casa.

A mi Yo onírico se le revolvió el estómago al imaginar la sangre manando de sus frágiles muñecas. Vomitó en la papelera. No le dio tiempo de llegar al baño. Aguardó cinco minutos en absoluto silencio, ahí doblado sobre su propio vómito, y luego levantó la cabeza y anunció que daría el concierto. El *show* debía seguir adelante.

—He venido a Berlín a cantar, ¡y eso es lo que pienso hacer, joder! —declaró, para asombro de todo el mundo. Mi Yo onírico, ¡qué toro tan valiente!, estaba enganchado a una droga muy poderosa. Creo que la llaman... ¿fama?

—¿Estás loco? —rugió Reggie, empujándolo hacia atrás—. ¡Mírate! ¡Estás hecho una puta mierda! No puedes salir así a un escenario.

—Puedo, ¡y lo haré!, así que más vale que te apartes de una puta vez, si no quieres que te rompa la cara.

Y ahora, ahí estaba yo, el del presente, delante de todos ellos, con mi camiseta blanca cuatro tallas más grande, mis pantalones caídos y mi gorra negra, pagando las consecuencias de su *valentía*. ¿O acaso lo que le sucedía a la otra versión de mí mismo era precisamente lo contrario? ¿Era cobardía lo que le impedía regresar a casa? ¿No se sentía lo bastante fuerte como para enfrentarse a todo, y por eso se escondía tras la fachada de un hombre al que ni siquiera conocía? No tenía ni idea. No iba a ahondar en esa teoría, porque en realidad no quería saberlo.

Conforme trascurrían los segundos, el público se volvió cada vez más expectante. Yo, cada vez más perdido.

—Aiden, haz algo, tío —me susurró Reggie por el auricular—. ¡Canta lo que sea, coño!

Me sentía aturrullado, fuera de lugar en mi propio *show*. Me faltaba aire en los pulmones. La luz de los focos me mareaba. El corazón no me latía. O quizá latiera demasiado deprisa como para que yo reparara en ello, no lo sé.

Mi mente estaba tan obnubilada que no podía centrarme en una sola idea e iba analizándolas todas a la vez. No era el mismo Aiden de siempre, y ellos empezaron a notarlo.

Los miré con ojos huecos, incapaz de abrir la boca. Las palabras no brotaban por mucho que yo intentara expulsarlas. Sabía que la fastidiaría esa noche. Quedarme en blanco en un escenario era uno de mis mayores temores; un monstruo que se estaba convirtiendo en realidad en ese preciso momento.

—¡Ai-den! ¡Ai-den! ¡Ai-den!

*¡¿Por qué no os calláis de una puta vez?! Esa musiquita me crispa los nervios.*

Al menos tuve el sentido común de no decirlo de vez alta. Lo que menos quería era vomitar mis desagradables pensamientos delante de ellos. Me habrían crucificado.

Cogí aire e intenté recordar dónde estaba yo diez años atrás. Cleveland. Ohio. En una puta ratonera. Era el cajero de una gasolinera, trabajaba setenta horas a la semana y vivía en un barrio donde todas las semanas veíamos una silueta humana dibujada con tiza en el suelo. Serena y yo apenas teníamos para comer. En el barrio había disparos y robos a diario. Se traficaba con cocaína, armas y putas. Los niveles de delincuencia rozaban el cielo. Éramos de los pocos blancos que vivían en un barrio de negros; escoria blanca ocupando un piso de veintidós metros cuadrados, sin calefacción y sin electricidad.

Pensar en la vida que solíamos llevar me sirvió de ayuda para recordar por qué había subido esa noche a un escenario y por qué seguía adelante con esa locura de cantar, cuando era evidente que apenas me podía sujetar en pie. Lo hacía porque tenía una misión: hacer que ella se sintiera orgullosa de mí; que todos mis esfuerzos valiesen la pena; que haber perdido todo cuanto me importaba con el fin de ganar esa nueva vida para ella no fuese un sacrificio en vano.

E iba a conseguirlo, costase lo que costase.

Así que apagué todas mis emociones, una a una. Me volví gélido, de piedra. Me transformé sobre ese escenario en un hombre diferente, el hombre al que todos querían. Ellos me habían hecho así, y solo ellos podían destruirme.

Sonreí, y las palabras brotaron por fin. Lo primero que se me pasó por la mente. No sabía si tenía sentido o no, pero lo solté. Después de haber

compuesto centenares de canciones, ahí estaba, improvisando como un novato.

—Cantad conmigo. Yeah. Yo... Yo... *Mi cabeza daba vueltas cuando estaba cerca de ella. ¿Sabéis a lo que me refiero? La única chica por la que habría matado. Pero me detuvo esa noche. Me cogió del brazo. Mi monstruosidad no tiene límites. No puede seguir amándome. ¡¿Qué coño?! Soy problemático y, sí, puede que un estúpido. Pero habría matado por ella. ¿Necesitabas a alguien con quien hablar, nena? ¿Por eso lo hiciste? Adivina qué. Yo estaba trabajando. La que destrozó nuestra familia fuiste tú.*

Por cómo chillaban, deduje que les gustaba mi drama personal, y me calmé un poco.

—*Te conocí en una fiesta. Dos críos tuvieron un bebé...*

Mis labios se movían sin que mi cerebro se hiciese partícipe de esa actividad. Seguí adelante, me concentré un poco más, hasta que conseguí mi objetivo: regresar al pasado y perderme en él; envolverme en mis propias palabras; en el sonido de mi música. Lo expulsé todo, la infancia jodida, las palizas de mi padre, su ulterior abandono, las noches sin cenar, la vida en las calles, los abusos de Cristal, mi turbulenta relación con Serena, nuestras continuas peleas, no tener dinero ni para pagar la luz, sentirme como un inútil por no ser capaz de proporcionar comida a mi familia...

El dolor empezó a apretar, asfixiante e insidioso. Vomité cada uno de mis traumas en ese escenario, como una especie de extraña terapia. Y funcionó. Abrirme delante de todos ellos surtió el efecto deseado. Me idolatraban más que nunca.

Eché un vistazo hacia abajo, hacia todas esas personas que saltaban y rapeaban conmigo. Ochenta mil rostros, y yo solo podía ver uno solo: *el suyo*. Serena estaba presente en todos ellos. En cada maldita cara, veía sus ojos azules acusándome.

—Me lo prometiste, Aiden. Dijiste que esta mierda se había acabado. ¿Por qué sigues en ese puto escenario?

—Por ti, nena. Por ti y por Trish —intentaba yo justificarme, a pesar de que no era cierto. Si estaba ahí era por mí, no por ellas dos.

—¿Por mí y por Trish? No queremos a este Aiden. Lo único que queremos es a papá de vuelta a casa.

—Vamos, nena, papá no puede volver ahora. Tiene que trabajar. Sabes que está de gira.

—No —lloraba y sacudía la cabeza, llena de repulsión hacia el hombre que tenía delante—. Papá está muerto. El que está de gira es Aiden King. ¿Quién eres, Aiden? ¡¿Quién coño eres?! Ya no te reconozco. ¿Dónde está el hombre del que me enamoré?

Cerré los ojos para dejar de verla. Pero ella seguía ahí, dentro de mi mente, gritando y acusándome de que nuestra vida se fuera a la mierda. Es cómico, porque cuando no teníamos más que un par de centavos, cuando Trish enfermó y no tuvimos un seguro médico para hacernos cargo de su hospitalización, creía que el dinero solucionaría todos nuestros problemas. Estaba convencido de que, con un par de miles de dólares en el bolsillo, Serena y yo seríamos felices. Ahora teníamos millones, y ella se cortaba las venas mientras yo rapeaba como un puto *Rolling Stone* en un escenario de Berlín. El dinero no arreglaba una mierda.

Acabé la canción y me quedé ahí, delante de todos ellos, solo yo y mi alma vacía. Estaban histéricos. Me querían a mí, a Aiden King. Era el puto Dios para ellos.

Sin volver a mirarlos, eché la cabeza hacia atrás y me entregué a sus aclamaciones, mientras mi atormentada vida desfilaba por delante de mí como una película atroz puesta en escena por un novato. ¿Era yo aquel? ¿Cómo era posible? Parecía un desconocido, alguien que vivió hace mucho tiempo, a un abismo de distancia de mí.

Y sin embargo, ese desconocido tenía mi rostro. Mi piel pálida. Mis ojos verdes. Su pelo era oscuro, muy corto, como el de un marine, y llevaba una gorra del revés. Era yo, sin duda. ¿Pero cómo? ¿El pasado se estaba intercalando con el presente? De lo contrario, ¿cómo podía ser que estuviera fuera y dentro a la vez? ¿Rico y pobre al mismo tiempo? ¿Padre y artista? ¿Marido y amante? ¿Quién era Aiden King en realidad?

Ellos hablaban del hombre problemático, el mejor rapero de todos los tiempos, el artista que se peleaba cada vez que se le sacaba de quicio, porque tenía muy mal carácter; hablaban de condenas, consumo de alcohol y un montón de *groupies* desquiciadas acudiendo a fiestas privadas en su nueva mansión de Beverly Hills; hablaban de la polémica que causaban sus versos. Ellos le habían creado, al artista, al mito, pero nadie conocía a la persona. No de verdad.

Abrí los ojos y volví la mirada hacia esas ochenta mil personas que gritaban mi nombre, al borde de la histeria. ¿Quién en todo ese estadio me

conocía? Los miré detenidamente y lo supe, porque vi la respuesta en todos esos ciento sesenta mil ojos que me devolvían la mirada. *Serena*. Ella era la única que me conocía. Pero *Serena* se acababa de cortar las venas en California y era probable que antes de que yo llegara a casa, estuviera muerta.

Eché de nuevo la cabeza hacia atrás, extendí los brazos hacia ambos lados y apreté los párpados con fuerza. En contra de mi voluntad, las lágrimas bajaron por mis mejillas y empañaron la *S* que tenía tatuada en el lateral del cuello. Ríos, mares, océanos. ¿De qué servía llorar ahora? Era demasiado tarde. Lo había jodido todo.

—¡Lo has jodido todo, Aiden! —gritó una *Serena* imaginaria dentro de mi cabeza.

¡Dios, *Serena*! ¿Por qué tuviste que hacerlo? Yo era tu amigo. ¿Por qué no acudiste a mí?

—Porque tú ya no eres nadie, Aiden King. ¡Nadie! Solo el espectro de un hombre al que solía conocer.

El micrófono se escurrió de entre mis dedos y tocó el suelo con un estrépito, que, magnificado por los altavoces, se convirtió en un atronador pitido. Me sentía derrotado, cansado, superado por todo, como si mis fuerzas se hubiesen puesto de acuerdo para fallarme todas a la vez. No importaba el lugar o el momento, me dejé caer de rodillas. Ya no quería estar de pie. Solo quería que acabara todo. Esa vida atroz, quería ponerle fin. Si ella se marchaba, entonces yo la seguiría, porque sin ella, nada de todo eso tenía sentido alguno.

Un ominoso silencio se propagó por el estadio como una marea lenta, concienzuda, arrolladora. El desconcierto se estaba apoderando de la gente. Nunca habían visto nada igual.

—Algo no va bien —susurraron a mis espaldas—. Acabad con esto. ¡Acabad! ¡Que alguien apague los putos focos y se lleve a Aiden de ahí!

Noté la fuerza de unos brazos levantándome por las axilas. No me inmuté. No me importaba. Había destrozado lo único bueno que había en mi vida. Había destrozado a *Serena*...

# Capítulo 1

## *Tiempo atrás*

Tenía veintiún años y me estaba preparando para mi primer recital remunerado. O eso intentaba, cuando tropecé con el cuerpo de mi madre, tirado en el suelo del baño de la pocilga en la que vivíamos. Tenía una aguja clavada en la vena, restos de babas en la comisura de los labios y los ojos en blanco. No me asusté demasiado. Lo peor que podía pasar era que estuviera muerta y, la verdad, no me importaba. Sé que suena ruin. No voy a disculparme por ser humano.

Me puse en cuclillas a su lado y la abofeteé un par de veces, hasta que conseguí arrancarla de ese peculiar estado de coma. Su primera reacción fue abofetearme de vuelta y escupir una blasfemia ahogada. Sí, estaba viva. Nada podía tumbar a la gran Cristal King. Ni siquiera una sobredosis de heroína.

—Has vuelto... —balbució, aferrándose por el cuello de la sudadera con sus huesudos dedos.

—Soy yo, mamá. —Le arranqué la aguja y la lancé a la papelera—. ¿Has vuelto a robar mi dinero para comprar esta mierda? ¿Con qué voy a pagar ahora el alquiler?

—Niño estúpido, ¡ojalá yacieras muerto! —me maldijo entre dientes, decepcionada de que fuera yo y no alguno de esos gilipollas que entraban y salían de su cama—. Es culpa tuya. Todo esto es culpa tuya. Él se largó por...

—Él se largó porque era tan yonqui como tú —interrumpí impaciente mientras la obligaba a incorporarse—. No me hagas cargar con ese muerto también, ya bastante con que me eches la culpa de todas tus adicciones y el abandono de papá. ¡Mírate! ¡Estás llena de vómito! ¿Qué voy a hacer contigo, mamá?

—Vete. ¡Vete de aquí y no vuelvas, maldito! No te necesito para nada.

Intentó golpearme, pero no pudo. Ya no. Aiden había dejado de ser ese niño asustadizo que se escondía debajo de la mesa, esperando con el corazón desbordado a que su madre lo agarrara de una pierna y lo arrastrara de ahí para *darle su merecido*. Aiden era un hombre ahora; un hombre mucho más



fuerte que ella.

—Ni se te ocurra volver a ponerme la mano encima —advertí, sujetándola por las muñecas.

—¡Suéltame! ¿Cómo te atreves a tocarme? ¡Ayudadme! ¡Me está matando! ¡Mi propio hijo!

Torcí el gesto y la sujeté con un poco más de firmeza.

—No te molestes. Nadie vendrá a auxiliarte. Todos en este puñetero barrio te conocen ya.

Acercó su decrepito rostro al mío y me escrutó con los ojos verdes fuera de sus órbitas y enrojecidos. Su mueca demente me hizo pensar en esa película de *Posesión Infernal*.

—¿Qué les has dicho sobre mí, maldito crío de mierda?

—No fue necesario que yo les dijera nada. Sacaron sus propias conclusiones, mamá.

Me escupió a la cara. Así era mi madre: una constante exhibición de elegancia y finura.

Me limpié con la manga y de mi boca brotó una letanía de maldiciones que a cualquier otra madre habría aterrado. A la mía, no. Cristal se rio entre dientes, complacida por haberme cabreado de ese modo.

Aunque no se merecía tal consideración, la levanté en brazos, la metí en la ducha y abrí el grifo. Chilló como una rata acorralada. La higiene no era su fuerte. No cuando estaba tan colocada.

—Maldigo el día en el que te parí. Ojalá te hubiese llevado a un orfanato.

—Sí, ojalá —coincidí mientras forcejeaba con ella para lavarle el pelo—. No podía haber sido peor que vivir contigo.

—¡Te odio!

—Sí, lo sé. No dejas de decirlo. ¿Te las apañarás tú sola? Tengo que ir a trabajar, *ma*. Alguien debe pagar estos lujos. —Paseé una mano por el aire, señalando las desconchaduras llenas de moho, los sanitarios rotos, devorados por varias capas de óxido, el goteo del grifo... No vivíamos precisamente en un palacio oriental. Así y todo, esa cochiguera costaba dinero, dinero que solo se podía conseguir trabajando.

—¡Que te jodan!

—Yo también te quiero.

Suspiré profundamente, me sequé las manos con la toalla mugrienta y la dejé a solas. De todos modos, no tenía tiempo para entretenerme más. Antes

del recital, tocaba echar doce horas en la gasolinera en la que trabajaba para poder pagar el alquiler, las facturas y la heroína de mi madre.

Tan pronto como salí a la calle, me subí la capucha de la sudadera y me detuve delante de nuestra destartada casa para encenderme un cigarrillo. Era diciembre, y el suelo de nuestro jardín había perdido terreno frente a un resplandor helado que parecía bastante resbaladizo. Hacía tanto frío que me tiritaban los dientes. No había nevado todavía, pero según todas las previsiones no íbamos a disfrutar otra semana sin nieve.

Di una larga calada y eché a andar hacia el trabajo, resguardando las manos en los bolsillos. Una mancha gris, en un mundo helado y ceniciento; un mundo lleno de pobreza, autodestrucción y miseria humana. Ese era yo, una gota en un océano de desinterés.

Cuando era más pequeño, me daba miedo salir a la calle. Los mayores siempre se metían conmigo. Uno en particular, Ash, era el más capullo de todos. Siempre que me veía, se divertía contando a sus amigos cómo mi madre se la había chupado por cinco pavos. Si bien me constaba que Cristal hacía esa clase de *trabajitos*, no pude evitar defender su honor, y acabé calentándome con Ash el mismo día en el que cumplí los diecisiete.

No recuerdo cómo pasó exactamente. Tenía la mente nublada de rabia. Solo sé que, al volver en mí, Ash estaba en el suelo, riéndose a carcajadas y babeando sangre, yo lo machacaba a puñetazos y sus amigos tiraban de mí hacia atrás para que me estuviera quieto de una vez.

Después de ese día, nunca más volví a tener miedo. Ningún otro se atrevió a meterse conmigo. Sabía que era cosa de Ash. Me había ganado su respeto, y desde entonces vigilaba sobre mí como un siniestro ángel de la guarda, con su media melena rubia, su chupa de cuero y su reluciente *Harley*. Él era el rey del barrio, el chico más malo de todos, y yo me había atrevido a darle una paliza. Sinceramente, creo que le caía mucho mejor que sus amigos lameculos que tanto se afanaban por agradarle.

No éramos colegas ni tampoco teníamos demasiadas cosas en común. Yo me dedicaba a rapear. Ash, a vender drogas en las esquinas de los institutos. Sin embargo, siempre que nos cruzábamos, había algo tácito en nuestra actitud, una complicidad que nadie más parecía comprender, ni siquiera Seven, la... ¿novia?, ¿amante?, ¿hermana? de Ash. No llegábamos a saludarnos, solo movíamos la cabeza de un modo casi imperceptible. Nunca íbamos a ser amigos, y eso nos venía bien a ambos. Yo no me juntaba apenas

con blancos. Todos mis amigos eran afroamericanos. Me lo pasaba bien rapeando con ellos. Por el contrario, Ash no se juntaba con gente fuera del mundo de las drogas. O eras un camello a su servicio o no eras nadie. Yo era *Nadie* en Scovill Avenue. De todos modos, ser *Alguien* está sobrevalorado.

—Eh, ¿qué pasa, Rolly? —saludé al cruzarme con un colega.

El Chispas levantó la mano, murmuró algo y se dio prisa para refugiarse dentro de su casa. No lo culpé por no detenerse a charlar conmigo. Hacía un frío de cojones. El aire glacial me daba de lleno en el rostro y una llovizna helada caía de ese cielo tan ceniciento, llenando el barrio de salpicaduras de niebla. Estaba congelado, y lo peor era que todavía me quedaba un buen tramo hasta el trabajo. Había que recorrer casi todo el barrio a pie. Debía de ser el único de mi generación que no tenía ni coche ni moto.

Delante de la carnicería casi en ruinas de los Morgan, me encontré a Jimmy el Tuerto, un borracho que siempre le cantaba serenatas a mi madre. Estaba sentado en la acera, con un traje andrajoso y el dedo gordo saliendo a través del agujero de su zapato. Se ganaba la vida pidiendo limosna. Nunca supe por qué ella no se casó con él. Desde luego, era su tipo.

—¿Qué pasa, chico? ¿Cómo está tu madre?

—Bella como una flor —contesté, de lo más sarcástico, al ver dentro de mi mente a una Cristal tirada en el suelo del baño, el pelo canoso y desgredado, los ojos hinchados y la ropa manchada de su propio vómito.

Jimmy exhibió sus encías vacías.

—Ya te digo. Es la mujer más guapa que he visto nunca —coincidió con una sonrisa que desvelaba que tenía muy pocas luces.

Me fijé en que se había hecho pis encima. Sí, lo tenía todo para convertirse en mi siguiente padrastro. Ya había tenido cuatro, y todos igualitos a Jimmy el Tuerto.

—Que te vaya bien, hombre —le deseé mientras le lanzaba un dólar. Sabía que se lo gastaría en algo que lo acabaría enviando a la tumba. Aun así, le di el dinero. ¿Quién era yo para negarle los placeres de la vida?

—Gracias, chico. Dale saludos a tu madre.

Me alejé silbando una canción de 2Pac. Mi barrio era un asco, una puta ratonera llena de lodo y deshecho humano, pero esta vez me sentía optimista. Tenía un plan para salir de ahí. La nueva era comenzaba esa misma noche. Cuando era pequeño, mi madre solía decir que en Scovill Avenue los sueños no existían. Estaba equivocada. Yo tenía un sueño e iba a conseguirlo; un

sueño que me sacaría de la cloaca del mundo y me catapultaría hasta la cima. Solo tenía que alargar la mano y cogerlo.

\*\*\*\*\*

La Universidad de Dayton era todo lo que uno podía llegar a esperar de una institución católica. Me sentía como el puto Satanás mientras caminaba por el campus con mis vaqueros caídos, mi sudadera gris y las manos hundidas despreocupadamente en los bolsillos. Gracias al frío, llevaba los brazos tapados, con lo que mis tatuajes no quedaban a la vista. De lo contrario, creo que esos estirados habrían llamado a la policía. Yo tenía toda la pinta de ser una persona con intenciones deshonestas.

Los estudiantes me parecían alienígenas, tan bien vestidos y peinados que daba asco mirarlos. Me crucé con un gilipollas que llevaba un jersey de rayas que invitaba a partirle la cara. Tuve que esforzarme mucho para mantener los puños quietos. No había ido hasta ahí con la intención de meterme en líos.

Mi colega Jinx me había dicho que la mayoría de esos bastardos eran hijos de las mejores familias del condado, católicos, republicanos, racistas y en contra tanto de los negros como de la basura blanca como yo. De lo más supremacistas. Sospeché que no iba a hacer demasiados amigos ahí, y mucho menos si me daba por remodelarle la cara a alguno.

—¡Eh, tú! El de la gorra.

Me volví asombrado. Debía de referirse a mí, puesto que nadie más llevaba gorra por ahí. Un chico rubio, bien parecido, aguardaba a mis espaldas, con la mochila colgándole del hombro.

—¿Yo?

Sus ojos giraron en sus órbitas.

—Por supuesto que tú. Eres el rapero, ¿verdad?

Me crucé de brazos, mosqueado por su tono despectivo.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? ¿Qué pasa, que por llevar gorra automáticamente soy un rapero?

El chico abrió los ojos azules un poco más de la cuenta. Moñas. Los negros de mi barrio hacían eso a todas horas. *¿Qué pasa, chico, que por ser negro tengo que rapear?* Era un clásico de las bromas.

—Lo si... siento. Yo...

Le di una palmada en la espalda, y él se ahogó con su propia saliva y tosió.

Creo que le di demasiado fuerte. *Nenaza*.

—Tranquilo, compañero. Solo estaba bromeando.

Se recolocó la mochila con ademán de indignación. Su actitud no dejaba lugar a dudas: su mayor deseo era perderme de vista cuanto antes. Pues bien, ya éramos dos.

—Ah. Ya. Una broma. Hmmm... sígueme. La fiesta no es por ahí.

—¿Y dónde es?

—En el Gueto.

—Anda, por fin hablas mi idioma. *El Gueto*. Me gusta.

Fruncí los labios en un gesto apreciativo. No me esperaba que esos estirados tuvieran un gueto.

El chico me lanzó una mirada extraña, arrugó el ceño y por fin echó a andar por la acera. Lo seguí meneando la cabeza. Niñato estúpido.

Cuando llegamos al así llamado Gueto, era de noche. La fiesta se celebraba en una especie de casa enorme donde, según pude apreciar desde el jardín, se habían pasado con el aforo. No entendía muy bien por qué esos niños ricos habían contratado a un rapero, pero no iba a echarme atrás por eso. Había ido hasta ahí para cantar, y eso tenía pensado hacer.

—¿De quién es el cumpleaños? —le pregunté al rubito.

—De Serena Fry.

—¿Y por qué lo dices como si fuese Madonna?

—Tío, es que lo es. Ya la verás. Es la chica más guapa del campus. Es rubia y alta y...

—No hace falta que sigas. Ya me cae mal.

—Bah, mira que eres tonto. Serena no le cae mal a nadie. Sale con Tommy Vang.

Lo seguí por el vestíbulo, abriéndome paso a través de un océano de caras jóvenes y guapas.

—¿Quién coño es Tommy Vang? —pregunté cuando estuve de nuevo a su lado.

Entramos en un salón donde un grupo de jugadores de fútbol americano animaban a un joven alto y rubio, muy fuerte, a que siguiera bebiendo cerveza de un barril.

—¡Bebe, bebe, bebe! —vociferaban como primates.

Y el chico bebió.

—*Ese* es Tommy Vang —me ilustró mi acompañante, con un orgullo al

que no encontré justificación alguna. Yo no le veía nada interesante a ese tal Tommy.

—Vaya, vaya. Así que Madonna sale con el neandertal del campus. Totalmente previsible.

Me bastó una mirada para saber que Tommy Vang era un gilipollas. Entre todos esos niñatos delicados era el rey. En mi barrio no habría sobrevivido ni dos horas. Me imaginaba a Ash lanzándole una mirada despectiva de arriba abajo, antes de lanzarse sobre él y partirle la cara a puñetazos. Y eso solo porque llevaba un polo de *Lacoste*.

—Bueno, hmmm... cuando quieras, puedes empezar. Me han dicho que hagas una entrada teatral.

Le lancé una mirada cruzada al rubito. ¿Quién se había muerto y le había dejado a él al mando?

—¿De verdad a alguno de estos gilipollas le gusta el rap?

—Al primo de Serena. Axel. Es él quien te ha contratado, ¿no? Quiere que sea una sorpresa para su prima.

—Ajá. Pues se sorprenderá, sin duda.

## Capítulo 2

No recuerdo muy bien lo que les canté, pero supongo que elegí mis versos más violentos. Me gustaba escandalizar. Solía decir verdades que nadie quería escuchar.

En contra de todo pronóstico, a los niños pijos les gustó. Se restregaron a ritmos de mi rap casi toda la noche. Cuando por fin acabé, estaba muerto. Llevaba todo el puñetero día trabajando. No había bebido ni una gota de agua y tenía los labios secos y cortados.

—¡Tío, eres la caña! —un chico alto, atlético, se me acercó y me saludó como hacíamos en mi barrio, chocando las palmas y luego los hombros.

Me extrañó el saludo y su apariencia. Iba vestido más o menos como yo, vaqueros caídos, camiseta blanca (no tan ancha), y tenía los brazos cubiertos de tatuajes. En uno de ellos, el que más destacaba, ponía *Violet*. Supuse que sería su chica, y pensé en que cuando yo tuviera a una chica que fuese importante para mí, también me haría un tatuaje con su nombre, aunque en los brazos ya no me quedaba sitio. Tendría que ser un poco más creativo.

—Gracias, colega.

—Soy Axel. Puedes llamarme Ax.

Me quedé atónito, mirando la mano que me ofrecía. ¿Ese era el tío que me había contratado? No conocía a Serena, pero me había imaginado a su primo como un niño rubio, estirado; muy poca cosa. Ese tal Ax no encajaba con la imagen que yo había proyectado dentro de mi cabeza. Me asombró muchísimo su persona. Parecía un tipo duro, acostumbrado a la ley de las calles. Todo en su actitud transmitía el claro mensaje de *no me toques los cojones*.

Era más ancho de hombros que yo, tanto que la camiseta blanca apenas podía contener sus abultados bíceps llenos de tatuajes. En una pelea me habría machacado. Siempre me fijaba en esa clase de cosas. Nunca sabe uno cuando se verá obligado a calentarse a puñetazos. Es mejor tener fichados a los que podrían darte una paliza de muerte.

—No sé si lo sabías o no, pero cuando alguien te dice su nombre, se supone que tú tienes que corresponder. Y tampoco estaría de más estrechar su mano. Para que no se sienta como un gilipollas, más que nada.

—¿Qué? Ah. Perdón. Aiden —me obligué a decir, le di la mano y sacudí la cabeza, irritado por mis propios desvaríos mentales—. Puedes llamarme Aiden.

Se rio, y cuando reía, se le formaban hoyuelos en las mejillas y sus ojos marrones se achinaban hasta convertirse en apenas una rendija. Aunque seguía teniendo aspecto de *no me toques los cojones...*

—Muy bien, Aiden. Oye, gracias por venir con tan poco tiempo de antelación. Acabo de llegar a la ciudad y no he tenido demasiado margen para organizarle un cumpleaños decente a Serena. No podía dejarlo en manos de estos mierdecillas de amigos suyos, o nos habríamos pasado la puta noche escuchando al jodido Justin Bieber.

No tenía ni idea de quién era ese. Aun así, fingí que estaba de acuerdo.

—Ya. Eso habría sido vomitivo. ¿Cómo diste conmigo, por cierto?

—Tenemos un amigo común. Ash. Le pregunté si conocía a alguien y me habló de ti.

No me quedé boquiabierto de puto milagro. ¿Ash me había recomendado para un trabajo? Un momento. ¿Ese tío era amigo de Ash Williams? Entonces, era más chungo de lo que había creído.

—¿Ash? ¿El Ash alto, con chupa de cuero, melena rubia y...?

—Sí. Es el hermanastro de mi chica.

—Ah. Vaya. Qué pequeño es el mundo.

—Ya te digo. Toma. Lo que apalabré contigo, más cincuenta pavos porque lo has hecho de puta madre. Oye, ¿tienes algún disco para dejarme? No me importaría tener uno en mi coche.

Casi me reí. ¿Disco? ¿Yo? Ese tío estaba chalado.

—No. Lo siento. No tengo tanta pasta como para sacar discos.

—Pues busca un productor, tronco. Yo estoy todo el día con el rap y, créeme, lo tuyo es de lo mejor que he escuchado en mucho tiempo.

—Gracias. Significa mucho para mí —agradecí con una sonrisa sincera.

Ax me devolvió el gesto. No parecía mal tío.

—Bueno, te dejo. Tengo que ir a por Violet, mi chica. Gracias por venir. Hasta la próxima.

Me guiñó un ojo, volvió a saludarme como antes y se marchó. Miré encandilado el dinero que me había puesto en la mano. ¡Quinientos dólares! Me sentía todo un ricachón. Había ganado quinientos pavos en una sola noche. Y no era más que el comienzo.



Acababa de empezar y la fama ya me estaba embriagando. Cuando haces algo que te gusta y, encima, cobras por ello, te sientes eufórico. No he vuelto a experimentar nada remotamente parecido a esa sensación.

Me guardé el dinero en el bolsillo, suspiré, recogí mi cinta y me dispuse a marcharme. No tenía sentido volverme loco tan pronto. Aún tenía un largo camino por delante.

Aunque no pude evitar emocionarme. ¡Quinientos dólares por rapear!

—No pretenderás irte sin antes tomar una cerveza —escuché decir a una chica detrás de mí.

Me volví con el ceño fruncido y le lancé una mirada especulativa. Era rubia, de ojos azules, e iba vestida de un modo muy recatado. Tenía aspecto de niña buena. Niña *muy* buena, como las que van a misa todos los domingos y participan de voluntarias en el comedor social. Ni siquiera entendía por qué era amable conmigo. Yo era escoria para ella. Tenía que haber estado aterrada, haberse persignado un par de veces y haber salido corriendo en dirección contraria.

En vez de eso, me sonrió y me puso una cerveza fría en la mano. A lo mejor me veía como una obra social. ¡Reformemos a Aiden King! ¡Mostrémosle el camino del Señor! ¡Alejémosle de la influencia de Satanás!

—Bueno, no voy a decirle que no a una cerveza, y mucho menos si me la ofrece una chica guapa.

*Ahora. Este es el momento. Persígnete para mí, porfa. Sal corriendo. Haz algo que me demuestre que no eres mejor que tus amigos.*

—Gracias. Eres muy amable.

Parpadeé como un estúpido. ¿Pero qué pasaba con ella? ¿No me había visto bien? ¿Era miope? Yo no era el tipo de chico al que alguien como ella hubiese deseado de amigo.

Me tomé la cerveza casi de un trago mientras la estudiaba lo más disimuladamente que podía. Era muy guapa; muy dulce. Parecía bastante inocente. Me gustaba.

Un par de veces la sorprendí contemplándome con curiosidad, fijándose en cada uno de mis tatuajes. Al darse cuenta de que la había pillado, se ruborizó, desvió la mirada al suelo y se mordisqueó el carnoso labio inferior. Por un segundo me atreví a fantasear con cómo sería si se lo mordiera ya. Luego sacudí la cabeza para rechazar la idea. Era una estupidez. Ella era una hermanita de la caridad y yo el Diablo. No tenía sentido. Nuestra relación

estaba condenada al fracaso.

—Muchas gracias por la cerveza. Me tengo que ir.

Le di la espalda antes de ofrecerle la posibilidad de que hablara.

—Espera.

Fruncí el ceño cuando me agarró por el borde de la camiseta y me detuvo.

—No te vayas todavía —añadió, tras un segundo de vacilación.

Me volví extrañado y busqué sus ojos.

—¿Por qué?

Se encogió un poco de hombros.

—No lo sé, pero quiero que... te quedes. Me pareces interesante.

Me mordí el labio por dentro para no sonreír.

—¿Te ponen los chicos malos, eh? —me mofé.

Ella sostuvo mis ojos. Joder, ¿cómo podía ser tan guapa?

—¿Eres un chico malo?

—Depende. ¿Cuál es tu concepto de malo? —repuse, dirigiéndole una sonrisa descarada mientras me cruzaba de brazos.

—No tengo un concepto de *malo*.

—Mejor.

—¿Por qué?

—Porque superaría todas tus expectativas.

Se rio y yo me asombré riéndome con ella.

—Ven. Tómate algo conmigo.

Me cogió de la mano y me arrastró hacia la cocina. Retiró dos cervezas de un cubo de hielo, abrió la puerta y salimos fuera, a la parte trasera de la casa. Hacía un frío de narices, y ella iba sin abrigo.

Caminamos en silencio un par de metros. Había dos columpios ahí, y ella se sentó en uno de ellos, indicándome que ocupara el otro. Obedecí. Quería ver qué tenía en la cabeza y por qué le resultaba yo tan interesante. De toda esa fiesta llena de chicos formales y de buena familia, ella me había elegido a mí, la escoria.

—Me ha gustado tu recital —comentó después de darle un trago a su cerveza.

—¿Ah, sí? No parece tu tipo de música.

Ella soltó una risa incrédula y se volvió con el columpio para estar de cara a mí. Los rayos de la luna se derramaban sobre su rostro, y a mí me pareció todavía más guapa. Su piel había adquirido un resplandor especial ahí bajo

esa luz fría y plateada.

—¿Y cuál crees que es mi tipo de música, si puede saberse?

Fruncí la boca en un gesto pensativo.

—Hmmm... no lo sé. ¿Música celestial? ¿Con arpas y todo eso?

Había una sonrisa maliciosa prendida a mis labios y era evidente que a ella la divertía mi actitud.

—Pues te equivocas. Soy ecléctica.

—Sí, es evidente que vas a misa.

Estalló en carcajadas y yo la miré con mala cara. No entendía qué era lo que le hacía tanta gracia.

—Ser ecléctico significa que te gustan varios géneros, sin importar lo opuestos que sean —me explicó entre risas—. No tiene nada que ver con *eclesiástico*.

Me sentí un poco estúpido. Estaba claro que no tenía ni puñetera idea de la diferencia entre los dos conceptos.

—Ah. Ya veo. Bueno, no todos hemos ido a la universidad.

Ella dejó de reír, bajó la mirada y sacudió la cabeza. Algo había cambiado en su rostro.

—Lo siento, no pretendía hacer que te sintieras mal. Soy una estúpida.

No sé por qué, pero su actitud me enterneció. Mi rostro se suavizó, sentía que ya no desvelaba ninguna huella de hostilidad. Extendí el brazo y le alcé el mentón.

—Oye, tú no eres ninguna estúpida. Y no me has hecho sentirme mal. Solo un poco ignorante —bromeé, lanzándole un guiño.

Ella intentó sonreír. No parecía muy convencida.

—¿Y qué es lo que escuchas tú? —pregunté, para cambiar de tema.

Hizo una pausa y suspiró.

—Depende. Tengo días en los que escucho a Doris Day, y luego días en los que me pierdo 2Pac.

Casi me atraganté con la cerveza.

—¿2Pac?! ¿Estás de coña?

—No, ¿por qué?

—Joder, no parece tu tipo.

—Pues *Close my Eyes* me gusta mucho.

—¡No jodas! —me reí—. A mí también. Es mi canción favorita.

—¿Lo ves? Tenemos muchas más cosas en común de las que crees,

chico malo.

Nos quedamos mirándonos tan fijamente que me sentí un poco incómodo.

—Pero vas a misa todos los domingos, ¿verdad? —le solté, para acabar con ese momento tan extraño entre nosotros dos.

Se rio.

—Dios, qué pesado. Sí, voy a misa —afirmó exasperada.

No pude dejar de sonreír.

—¿Y te confiesas? —quise saber, mi sonrisa cada vez más descarada.

Entornó los ojos y tomó un trago.

—Constantemente.

—¿Y qué le cuentas al cura, eh? *¿Perdóneme padre porque he pecado; hoy he matado sin querer una hormiga del Señor?*

Me dio un golpe en el brazo.

—¡Oye! Te estás burlando de mí.

—Para nada.

—Eres malo.

—Bueno, un poco —coincidí mientras me acercaba la botella a los labios.

Tomé un trago. Se produjo un silencio, que ella acertó al susurrar:

—¿Vives cerca?

—Depende.

Una arruga apareció entre sus cejas.

—¿Depende, de qué?

—Si vas andando, vivo lejos. Si vas en coche, vivo un poco más cerca. Aunque no demasiado. Todo es relativo, supongo.

Me miró unos segundos a los ojos y advertí una chispa de irritación en su mirada.

—¿Por qué te burlas tanto de mí?

Dejé de sonreír y sostuve su mirada.

—Yo no me burlo —susurré.

—Y una mierda. Estás siendo sarcástico.

Me mordí el labio. Empezaba a sentirme arrepentido. No pretendía enfadarla.

—Lo siento. Es que yo... soy así. No lo hago aposta. Vivo en Scovill Avenue. Cleveland —cedí, con los ojos entornados.

Me siguió observando unos instantes más, toda ella la pura definición de la palabra desconfianza, y luego me sonrió.

—Está bien. Te perdono. Pero solo si bailas conmigo.

Hice una mueca.

—Oh, venga ya. No quieres bailar conmigo, confía en mí. ¿Qué pensarían tus amigos?

—¿Que me he llevado al chico más guapo de la fiesta? —me propuso, con aire travieso.

Aparté la mirada y cabeceé, un poco incómodo. Ella soltó una carcajada.

—¡Dios mío! ¡No me lo creo! ¡El chico malo se ha ruborizado! ¿Qué pasa, nunca te han hecho un cumplido?

Mortificado, volví la mirada hacia la suya.

—Ahora que lo mencionas, no. Nunca me han hecho un cumplido.

Se tornó seria de inmediato. Me estudió con curiosidad cuestión de veinte segundos, y yo me sentí cada vez más fuera de lugar.

—Pues eres guapo —sentenció en un susurro.

Le sonreí. Muy poco.

—Tú tampoco estás nada mal —repliqué con voz rasposa.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó su rostro.

—¿Que no estoy nada mal? —Me dio otro golpe en el brazo—. ¡Más quisieras tú salir con alguien como yo!

Sacudí la cabeza, sin quebrantar la intensidad de nuestro contacto visual.

—No funcionaría —musité, y mi tono sonó mucho más ronco que antes.

Ella ladeó la cabeza hacia la derecha. Sus ojos eran muy brillantes. Enormes. De un azul purísimo.

—¿Por qué no?

Tuve la impresión de que iba en serio. Tragué saliva y callé durante unos segundos. Bajé la mirada y me examiné los nudillos de las manos y las puntas de las zapatillas. No sabía cómo decírselo.

—No soy el chico que a tu padre le gustaría —confesé, alzando los ojos hacia los suyos.

Me di cuenta de que algo moría en su mirada en ese momento.

—Mi padre abusó de mí cuando tenía doce años —soltó con nitidez y una frialdad que me estremeció—. Ningún chico le gustaría.

Me quedé lívido, los ojos abiertos de par en par. ¿Qué coño podía replicar a eso?

Ella agitó la cabeza, como irritada consigo misma, y rehuyó mi mirada.

—Joder, no sé por qué te lo he dicho. No voy por ahí contándoselo a la

gente. Baila conmigo, anda —susurró, con voz queda—. Creo que hay por ahí un CD de 2Pac.

Se levantó, me cogió de la mano y me arrastró tras ella. Estaba tan aturdido que no fui capaz de reaccionar de ningún modo. Lo único que sabía era que ansiaba coger a su padre por el cuello y reventarlo a puñetazos.

Me llevó al salón, le susurró algo a una chica y se volvió para encararme.

—¿En qué piensas? —inquirió, después de haberme estudiado con suma atención durante unos segundos.

—En cómo sería matarle —gruñí mientras mis pensamientos trastabillaban los unos contra los otros dentro de mi cabeza.

—¿A quién?

—A tu jodido padre.

Sus labios bufaron una especie de sonrisa.

—Yo lo pensé muchas veces, pero no vale la pena. Estaba borracho y no sabía lo que hacía. Solo sucedió una vez. Nunca hablamos de ello.

Todos los críos de ese salón tenían los ojos fijos en mí. Yo miraba a Serena. Para mí, lo que nos rodeaba no existía.

—¿Lo sabe tu madre? —susurré, y ella lo negó despacio.

—Mi madre murió cuando yo tenía dos años.

Entrecerré los ojos y los mantuve así durante unos segundos.

—Lo siento —susurré por fin.

Ella intentó sonreír, pero la sonrisa fue tan amarga que no tardó más de lo que dura un parpadeo en morir encima de sus labios.

—Gracias. ¿Sabes?, nunca he hablado de esto con nadie. Sigo sin entender por qué lo he hecho contigo.

Alguien cambió la música y empezó a sonar una canción que me era muy familiar.

—Ya veo que te gusta 2Pac —comenté, con los ojos bajados hacia los suyos. Era bastante más alto que ella.

Me miró por debajo de las largas pestañas cargadas de rímel; sus ojos azules se pasearon por todo mi rostro y mi corazón se contrajo de ternura.

—¿Bailarás conmigo? —preguntó con tono cansado.

Mi boca se distendió en una sonrisa.

—Si me lo preguntas con esos ojos clavados en los míos, no puedo rehusar.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa a mis ojos?

Me quedé mirándolos unos segundos más de la cuenta y volví a sonreír.

—Son muy bonitos —susurré, absorto.

Ella me devolvió una sonrisa angustiada.

—Gracias.

La cogí por la cintura con suavidad y la acerqué a mí. No sé por qué, pero sentía la necesidad de protegerla. En ese momento me habría cargado a cualquiera que intentara hacerle daño a esa chica.

Bailé con ella mientras 2Pac cantaba: *lo único que necesito en esta vida de pecado, somos yo y mi novia*. Ese tío era el puto rey.

Bajé la mirada hacia la chica que estaba entre mis brazos. Tenía ganas de besarla. De hecho, me moría por besarla. Pero no iba a hacerlo. Le habían hecho bastante daño en su vida. No se merecía a alguien como yo para que la arrastrara a una vida de mierda. Ella era una niña bien, era evidente. Su ropa, su porte. No conocía las calles como yo. Quizá algún día sería digno de ella, pero esa noche no lo era, así que me limité a pasarme la lengua por los labios y a mordérmelos, enfocando su boca, carnosa y un poco entreabierta, e imaginando como sería si pudiera sentirla temblar encima de la mía.

Cuando acabó la canción, ella se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla. Recuerdo perfectamente el sentimiento que me inundó cuando sus cálidos labios rozaron mi piel por primera vez. Creo que fue el mejor momento de mi vida hasta aquel entonces.

Cerré los ojos mientras luchaba contra el impulso de cogerla entre mis brazos y besarla como nunca en su vida la habían besado.

—¿Por qué has hecho eso? —le susurré cuando el peligro de abalanzarme sobre ella hubo pasado.

Me atreví a mirarla, y ella sostuvo mis ojos con expresión tímida.

—Gracias por bailar conmigo, Aiden. Ahora tengo que volver a casa. Mi primo ha venido a buscarme.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, caí en la cuenta de que no conocía su nombre, así que la cogí de la mano y la detuve.

—Espera. ¿Cómo te llamas?

Frunció el ceño como si se sintiera desconcertada.

—Perdona. Estaba segura de que lo sabías. Soy Serena.

Me quedé con la mandíbula un poco desencajada. ¿Ella era Serena? ¿La Serena que salía con el neandertal? No era para nada lo que yo había imaginado.

—¿Serena? —balbucí para mí, todavía sin creérmelo.

Me guiñó un ojo.

—Hasta otra, Aiden.

No fui capaz de reaccionar hasta que se alejó un par de pasos.

—¡Serena! —la llamé con voz lo bastante alta como para hacerme escuchar a través del alboroto colectivo.

Ella se volvió y me miró expectante.

—Feliz cumpleaños —susurré al cabo de un buen rato.

Me sonrió, asintió y se marchó. Advertí la presencia de Ax, en la otra punta del salón. Me miró con una extraña media sonrisa, y luego me dedicó un gesto afirmativo, como dándome su aprobación. Serena fue hacia él, le plantó un beso en la mejilla y se agarró a su brazo. Antes de salir, nuestros ojos se volvieron a encontrar por última vez.

Me quedé ahí, en mitad del salón, las manos hundidas en los bolsillos de los vaqueros, la respiración alterada, y la miré mientras se iba. El corazón me latía como loco, y solo sabía que la idea de no volver a verla me asustaba.



## Capítulo 3

Esa fue una de las peores noches de mi vida: la noche en la que conocí a Serena. Y no por conocerla a ella, Serena siempre será lo mejor que me ha pasado en la vida, pero lo que sucedió a continuación, cuando regresé a Scovill Avenue, agrietó el recuerdo de nuestro primer encuentro.

Como en el barrio siempre había movidas, me vais a perdonar por no alterarme demasiado al aterrizar en lo que parecía la escena de un crimen. Eso estaba a la orden del día en esa parte de Cleveland. La zona estaba acordonada y había algo así como cinco coches de policía impidiendo el paso. Me puse de puntillas para ver por encima del gentío, pero no vi nada, solo un cadáver tapado con una sábana blanca.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a una señora con rulos.

Ella se volvió, me miró e hizo un gesto de desagrado. No me hacía falta ser un genio para comprender que ella y yo nunca íbamos a ser grandes amigos.

—No tengo ni idea —ladró, y al punto volvió la mirada al frente, como si le diera asco mirarme.

Lo sabía perfectamente, pero no le dio la gana decírmelo.

—La gente como tú siempre se mete en problemas —añadió.

Puse los ojos en blanco y di media vuelta. Vi a Ash apoyado contra su moto, fumándose un cigarrillo. Fui hacia él. Cualquiera cosa que pasaba en el barrio, Ash lo sabía. Por algo era el rey de Scovill Avenue.

—Eh, ¿qué coño ha pasado ahí?

El primer impulso de Ash fue apretar la mandíbula y los puños. Así era él, desconfiado por naturaleza. Siempre sospechaba de la gente que se le acercaba. Solo se relajó cuando se dio cuenta de que era yo, alguien a quien conocía. Se enderezó, vino hacia mí y me dio una palmada en el hombro.

—Lo siento, tío. Lo siento mucho.

Mis facciones se torcieron en un gesto huraño. ¿Qué se había fumado ese chico?

—¿Por qué lo sientes?

—Sé que era amigo tuyo, y debe de ser difícil verlo ahí, tapado con la puta sábana. Les dije a esos mamones de mierda que lo llevaran de una vez, pero

ni puñetero caso. Como si hablara con las paredes. ¡Putos maderos de mierda!

El corazón me dio un vuelco.

—¿Ash, de qué coño hablas?

Se me contrajo el corazón ante su mirada compasiva.

—Ese de ahí es Jinx, tío. Le han pegado un tiro.

—¿Jinx?! Te refieres a mi...

Ash asintió despacio, confirmando lo que yo no quería que me confirmara.

Me volví loco en ese momento. Eché a correr hacia la escena del crimen, empujado a todo aquel que se interpusiera en mi camino. Llegué a la cinta amarilla y quise arrancarla. Un policía me detuvo, no sé lo que dijo, no podía escucharle. Mis ojos solo podían mirar esa sábana manchada de sangre. Mi amigo, ¡mi hermano!, yacía debajo de ella. Le habían pegado un tiro y yo no había estado ahí para protegerle.

—Se lo vuelvo a repetir. Retroceda. Está alterando la escena de un crimen.

Agarré por el cuello al agente de policía que me estaba hablando y le pegué un puñetazo en toda la cara.

—¡Eh, eh, eh! —gritó Ash.

Cuando iba camino de propinarle el segundo golpe, Ash me cogió por el brazo y me empujó hacia atrás.

—Tranquilízate —gruñó, amenazándome con el dedo índice—. Lo siento, agente. Está en estado de *shock*. Conocía a la víctima. Si le deja marchar, le prometo que me haré cargo de él.

—Está bien, pero llévatelo de una vez, antes de que cambie de opinión y le detenga por agredir a un agente de la ley.

—Gracias. Vamos, Aiden, tío, cálmate.

No podía concentrarme en nada, lo vivía todo de modo abstracto, como si estuviese atrapado en una pesadilla de la que iba a despertar de un momento al otro.

—¡Está muerto! ¡Jinx! está muerto...

—¡Lo sé! —Ash me miró, se pasó una mano por las facciones desencajadas y luego me volvió a mirar mientras agitaba la cabeza—. Pero pegar a ese madero no arreglará nada. Harás que te detenga, y no es un buen momento ahora.

Me mesé el pelo, me cogí la cabeza entre las manos y empecé a menearme de un lado al otro, preso de una frenética desesperación que era incapaz de

controlar. Lo contemplaba todo con mirada torva, la mirada de alguien cuyo sufrimiento era inaguantable. La sábana, la sangre en la calzada, el aspecto de hombre torturado que mostraba Ash...

Deseé con todas mis fuerzas que se tratase de un sueño, aunque en mi fuero interno sabía que no lo era. Era real. Esa era mi vida, y Jinx éramos todos. ¡Cualquiera de nosotros! A cualquiera le podían pegar un tiro, en cualquier lugar, a cualquier hora. Nuestras vidas no importaban. Las vidas de los pobres nunca importan.

—¡Oh, Dios mío! ¡Jinx! ¡Joder, tío!

Me mordí el puño y ahogué un grito. Estaba tan rabioso que quería pegarme con todo el mundo. Ash posó una mano sobre mi brazo, y yo noté cómo se me tensaba cada músculo, cada fibra de mí se endurecía ante su roce. Aún no sé cómo conseguí controlarme para no pegarle un puñetazo. Me sentía como uno de esos animales heridos que atacan a cualquiera que se les acerca.

—Oye, necesito que te calmes, King, porque tengo que ir a hablar con su hermana y quiero que me acompañes.

Lo miré con ojos relucientes.

—¿Con Mia? ¿Qué coño tienes tú que hablar con Mia?

Ash bajó la mirada al suelo, sacudió la cabeza y se pasó la lengua por los labios. Me di cuenta de que estaba igual de tenso. Quería decir algo y no sabía cómo empezar.

—Esto es cosa mía —dijo finalmente—. Ahora tengo que arreglarlo.

Mi repugnancia se desbordó.

—¿Cosa tuya? Fuiste tú el que mató a...

—¡No! —me interrumpió en un rugido—. Mantén los puños quietos, te lo advierto. No me hagas que te parta la puta cara.

Apreté los puños. Estaba a punto de lanzarme sobre él.

—Más vale que me expliques qué coño está pasando —amenacé entre dientes.

Ante el tinte agresivo de mi voz, Ash levantó las manos en actitud pacífica.

—Jinx trabajaba para mí.

—¿Un camello? ¡Jinx no era ningún puto camello, joder! —rugí.

Algo se contrajo en la mandíbula de Ash, y sus ojos me parecieron hielo azul cuando se clavaron en los míos.

—Resulta que sí lo era.

—¿De qué estás hablando? —demandé saber, con voz baja y letal.

Ash se peinó el cabello rubio con los dedos. Casi le rozaba los hombros. A otros hombres les habría concedido un aspecto afeminado. No a él. No había nada afeminado en Ash Williams. Era demasiado rudo, demasiado áspero. Lo envolvía un aire demasiado peligroso y salvaje.

—¡Vamos, tío! Hace tiempo que su madre se largó con ese mierda y dejó a Jinx con su hermana de ocho años. ¿De dónde coño crees que sacaba el dinero para el alquiler y el colegio de la niña, eh? Vino a verme para pedirme trabajo. La situación era desesperada y yo lo ayudé.

—¿Lo ayudaste?! —rugí, sin dar crédito—. ¡Dios mío! ¡Lo ayudaste! ¡¿Pero tú te estás escuchando?! ¡Hiciste que lo mataran, joder!

Quise pegarlo, pero Ash puso una mano sobre mi pecho y me lanzó tal mirada de advertencia que me enfrió un poco la sangre.

—Y te aseguro que esos negratos de Detroit pagarán por su muerte. Pero de momento, tengo que ocuparme de su hermana.

—¿Tú? —pregunté, tan incrédulo que parecí incluso burlón—. Vas a ocuparte de su hermana, ¿tú?

—¿Y quién coño va a hacerlo sino, eh? Esa niña no tiene a nadie más. Sin mí, acabará en la calle, trabajando para ese capullo de Brown. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que una niña de diez años acabe chupando pollas por cinco pavos como hace tu madre?

—No, si al final conseguirás que te parta los piños... —gruñí.

Ash hizo una mueca.

—Lo siento. No debí haber sacado el tema. Anda, acompáñame a hablar con Mia. Me la llevaré a casa. No puede vivir sola.

Todavía tenía ganas de calentarme con él por haber arrastrado a mi mejor amigo al mundo de las drogas y haber hecho que lo mataran, pero tuve que priorizar y, sin duda, la seguridad de Mia era lo más importante en ese momento.

Sin más preámbulos, me fui con Ash hacia la casa donde vivía Mia, un edificio de madera tan pequeño y tan destartado como los demás. El matiz ahumado que envolvía la construcción todavía recordaba al incendio provocado por la madre de Jinx, que se había pasado con el crack unos años atrás y había pegado fuego a la casa sin querer. Cosas como aquella sucedían bastante a menudo en Scovill Avenue.

En nuestro barrio, la pobreza y la dejadez vibraban en cada rincón. Las fachadas de las viviendas de madera estaban desvencijadas. Los jardines, llenos de malezas secas. Los políticos en la tele hablaban de una gran nación. Era evidente que nunca habían pisado esa parte de Scovill Avenue.

—Mia, abre. Soy Ash, y Aiden viene conmigo.

Lo que sucedió a continuación lo tengo demasiado borroso. Yo estaba hecho polvo por la muerte de mi mejor amigo, y tener que decírselo a su hermanita, decirle que un cobarde hijo de su madre le había pegado un tiro en la nuca, no me resultó nada fácil. Aun así, lo hice lo mejor que pude. Al igual que lo hizo Ash. Tengo que reconocerle al menos ese mérito.

—Creo que deberíamos marcharnos ya —me susurró Ash—. Mira a ver si puedes meter algo de ropa de Mia en una bolsa. Al menos para un par de días. Luego ya le compraré algo.

Asentí y me puse en marcha. No podía pasar más tiempo en esa casa, rodeado de tantos buenos recuerdos.

Después de realizar la desagradable tarea de pasar por la habitación de Jinx para ir a la de Mia, Ash y yo nos la llevamos, envuelta en una manta, a su casa, donde él prometió cuidar de ella como si fuese su hermana. Me lo creí. A pesar de todo, Ash Williams era un tío legal; un antihéroe trágico pero noble. Si prometía algo, lo cumplía. Confiaba en su palabra.

Así que dejé a Mia en sus manos y me fui por fin a casa. Nunca me había sentido peor. Mis movimientos, lentos y forzados, mostraban claras señales de derrota que ni siquiera me molesté en disimular. Estaba hecho polvo.

Los coches de policía me adelantaron con las sirenas en marcha. No me inmuté. No importaba. A mis espaldas, ya estaba saliendo el sol. Jinx nunca volvería a ver un amanecer. Esa era la única idea en la que podía concentrarme.

Solo tuve tiempo de guardar mis quinientos pavos bajo el asqueroso colchón de mi cuarto. No podía permitirme el lujo de quedarme en casa para ahondar en la miseria. Mi turno en la gasolinera estaba a punto de comenzar.

\*\*\*\*\*

Empezó a nevar precisamente la mañana en la que enterramos a Jinx. Al principio, solo estábamos Mía, Ash, yo y un par de colegas del barrio, pero al cabo de unos diez minutos, llegó todo un ejército de moteros, amigos de Ash.

En mi interior agradecí el apoyo. Si estaba rodeado de gente, era más difícil desmoronarme. Me venía bien estar ocupado.

Incluso Seven, rubia, alta y toda vestida de cuero, se acercó para darme el pésame. Era una chica curiosa, problemática y desagradable la mayoría de las veces. Solo se llevaba bien con Ash. Por algún motivo que yo no alcanzaba a comprender, a Ash le gustaba Seven. Era como su mano derecha, la mujer a la que él se lo confiaba todo, incluida su propia vida. Mantenían una relación muy extraña, casi tóxica. No debía de ser su novia, pues él salía con otras chicas, y ella también. A lo mejor tenían una relación abierta. Nunca lo supe, y tampoco le di demasiadas vueltas aquel día. Tenía otras cosas más importantes por las que preocuparme.

Fue un entierro bonito. A Jinx le hubiese gustado. No lloré, me sentía demasiado congelado. No tanto por el frío. Se trataba más bien de una gelidez interior. Estaba congelado por dentro, como si el dolor me hubiese paralizado. Cuando te niegas a aceptar algo, simplemente te estancas y no puedes seguir adelante.

Mia estuvo abrazada a mí todo el rato, sollozando con el rostro hundido en mi sudadera. Intenté consolarla, aunque fue en vano. De todos modos, ¿qué podía decirle? ¿Que su hermano estaba en un sitio mejor? Yo no era tan hipócrita. No había ningún puto sitio mejor.

Cuando acabó la ceremonia y Jinx fue sepultado, nos marchamos hacia la salida. Vi que Ash le pasaba disimuladamente una pistola a Seven.

—¿Eh, qué coño estáis haciendo con eso? Esperad al menos a salir del cementerio. Todavía estamos en tierra sagrada, por si no os habéis dado cuenta.

—Métete en tus propios asuntos, rapero —advirtió ella, desagradable y hostil como siempre.

Ash me dirigió una mirada. Sin embargo, sentí que no era capaz de verme. Sus ojos azules apuntaban a lo lejos, perdidos en el horizonte.

—Nos vamos a Detroit —me contestó, abatido—. La guerra ha comenzado, tío. He reunido a todos los hermanos, porque vamos a ir a vengarnos de la muerte de Jinx.

Su expresión era fría, rígida. Me quedé pasmado. ¿Cómo podía decir esas cosas con tanta normalidad?

—¿Qué?

Ash apretó la mandíbula y su sonrisa era una mueca que daba escalofríos.

—Vamos a matar a todo el mundo —declaró entre dientes, y su voz me sonó diferente, ribeteada con alguna especie de ira que me puso los pelos de punta.

Joder, nunca había visto nada tan aterrador como la expresión de Ash ese día.

—Jinx se había convertido en mi familia —prosiguió, volviendo los ojos hacia los míos—, y la familia es lo más importante que tenemos, Aiden. Sobre todo, para aquellos que no tenemos nada más a lo que aferrarnos.

Se puso el casco y se subió encima de la moto. Seven lo imitó. Yo estaba demasiado pasmado como para reaccionar.

—Hazme un favor, ¿quieres?

—¿El qué? —conseguí balbucir mientras los contemplaba embotado.

—Si no vuelvo, cuida de Mia por mí.

Arrancó la *Harley* y se marchó, con Seven y todos sus *hermanos* siguiéndolo. No conocía a los de Detroit, pero la banda de Ash era lo más chungo que había en Ohio. Casi que sentía pena por cualquiera que se interpusiera en su camino.

Como no sabía qué otra cosa hacer, me llevé a Mia a comer un helado. Solía gustarle mucho el helado de vainilla, pero esta vez ni siquiera lo tocó. No hablamos de nada, estuvimos los dos sentados en esa cafetería durante horas, con los ojos perdidos en la nada y millones de preguntas debatiéndose dentro de nuestras cabezas. No podía creer que Jinx estuviera muerto, y supongo que a ella también le costaba asimilarlo.

Tuve a la cría en mi casa hasta que volvió Ash. Cuando le abrí la puerta y le dejé entrar, vi que tenía la camiseta blanca machada de sangre y nada humano se reflejaba en su rostro o en su mirada. No parecía el mismo Ash de siempre.

No pregunté qué había sucedido en Detroit. El hecho de que él estuviera de vuelta significaba que habían ganado la guerra y que los cobardes que se habían cargado a Jinx por la espalda ya estaban muertos. Me bastaba con saber eso.

—¿Ha cenado? —me preguntó Ash con una suavidad sorprendente en alguien tan áspero como él.

Negué, con mirada ausente.

—Está bien —le escuché decir detrás de mí—. Le prepararé algo en casa. Una tortilla o algo así.

Era como si buscara mi acuerdo, como si quisiera que yo diera mi aprobación al menú.

—Está dormida —fue todo lo que dije. Las palabras se negaban a nacer dentro de mi aturdido cerebro.

—Pero tiene que cenar, Aiden. Creo que lleva dos días sin comer nada.

Asentí y le traje a la niña, que se había quedado dormida en mi cama. Ash la cogió en brazos y sonrió un poco. Sonrió con tristeza. Me había equivocado aquella noche al juzgarle. Aún había algo humano en su interior, después de todo. Cuando miraron a Mia, sus ojos dejaron de ser desalmados. La frialdad calculadora de su mirada se esfumó. Solo vi ternura y pesar en su rostro. Vi compasión. ¿Qué bestia es aquella capaz de sentir compasión? Que yo sepa, no hay ninguna sobre la faz de la tierra. Creo que fue entonces cuando Ash Williams se ganó mi respeto.

—Gracias por cuidar de ella —susurró, para que el sonido de su voz no despertara a la niña.

No dije nada, solo moví un poco la cabeza para decir que no tenía importancia. Ash lanzó una mirada a las desconchadas paredes de mi salón, pero estaba demasiado entumecido como para avergonzarme de nuestra pobreza.

—Si necesitas algo, avísame —susurró—. Te debo una por lo de hoy.

En cuanto se fueron, me dejé caer en el sofá, mis ojos vacíos clavados en la pared. Había tenido una semana muy larga. Lo único que quería era que todo acabara. Pero quedaba un largo camino por delante. Olvidar es la cosa más difícil que he hecho nunca. Incluso perdonar me resulta más sencillo.

\*\*\*\*\*

Pasaré por alto un par de semanas, porque no sucedió nada verdaderamente importante. Fue mi cumpleaños, aunque no lo celebré. Nadie estaba de humor. Todos luchábamos por seguir adelante tras la muerte de Jinx. Yo trabajaba como un *hijoputa*, Mía iba al colegio y Ash se esforzaba en mantener a raya la delincuencia en el barrio. Su mayor preocupación era Brown, el chulo que se llevaba a nuestras chicas y las obligaba a hacer las calles.

Ash, si bien era un camello al cargo de una banda que no se echaba atrás a la hora de cometer un asesinato (o varios), tenía sus principios. La



prostitución, en concreto, le enfermaba. Consideraba que las mujeres no eran objetos a los que usar, sino seres humanos que debían tomar sus propias decisiones. Por eso la había tomado con Brown.

Supe todo eso porque ahora estaba un poco más unido a él, por lo de Mia. Iba a verla a menudo, y como Ash siempre tramaba alguna cosa, era imposible no pillar de paso alguna conversación entre él y sus colegas más cercanos. En Scovill Avenue se avecinaba una guerra entre el mundo de la droga y el de la prostitución. Yo, como siempre, me mantendría al margen. Creo que era el único del barrio que no estaba metido en nada ilegal. No pasaba droga ni la consumía, no mataba a nadie y no obligaba a las mujeres a prostituirse. Era un buen chico. Casi que ni encajaba en esa ratonera. Razón de más para querer salir de ahí cuanto antes.

—Desde que ese negrata ha ocupado nuestras calles, hay atracos y disparos a diario —escuché decir a Ash un día—. Ya no es seguro salir por ahí. Nuestras chicas tienen miedo de ir al colegio, por si alguno de esos depravados se les cruza en el camino. La semana pasada violaron a una niña del barrio en ese descampado de ahí. Solo tenía quince años. Debemos ocuparnos de Brown cuanto antes. La prostitución atrae a toda la escoria de la sociedad.

—¿Y la droga no? —me sorprendí hablando.

Ash y sus amigos se volvieron hacia mí. Me mordí la lengua. Hasta aquel momento ni se habían dado cuenta de que estaba apoyado contra el quicio de la puerta, esperando a que Mia bajara a jugar al baloncesto conmigo. Ahora sí, y no les gustó verme ahí.

—No, la droga no —contestó Ash irritado—. La mierda que vendemos no entra en Scovill Avenue.

—Qué considerado.

—No me toques los cojones, King. No estoy de humor.

—No te estoy tocando los cojones, Ash —repuse lentamente, enfatizando su nombre con irritación—. Solo que me parece hipócrita quejarse de que Brown trae a toda la escoria a nuestras calles, cuando tú haces exactamente lo mismo en otros barrios, donde también vive gente normal como aquí. ¿Sabes que ahí también hay niñas que tienen miedo de ir al colegio por si les violan por el camino, y chicos que mueren de un disparo todas las semanas, como murió Jinx? Tenía veintidós años, tío. ¡Veintidós putos años!

Ash apretó las mandíbulas. Una parte de él sabía que yo llevaba razón.

—Algún día pienso dejarlo —me gruñó.

Me crucé de brazos y le lancé una mirada desprovista de cualquier sentimiento. Cristal no dejaba de decir lo mismo. Algún día pienso dejarlo. Algún día, algún día. Todos sabíamos que *algún día* nunca llegaría.

—¿Cuándo exactamente vas a dejarlo?

—Cuando sea capaz de vivir de otras actividades. ¿Querías algo, King?

—Estoy esperando a Mia. Vamos a jugar al baloncesto.

—Ya. Pues espera fuera.

Hice una mueca y salí. Pasé la tarde con Mia, corriendo por el patio, y ya no me preocupé más por las guerras internas de mi barrio. No me importaba. Cuanto menos supiera, mejor.

\*\*\*\*\*

Era Nochebuena. Me pasé dos horas preparando la cena. Me había gastado una pasta en comprar un pavo y una botella de vino. Sabía que a Cristal le importaban una mierda las navidades. Aun así, elegí celebrarlas con ella. A pesar de todo, era mi madre, la única familia que tenía.

Cuando tuve el pavo asado y la mesa puesta, fui a buscarla a su habitación.

—Mamá, vamos, sal.

—¿Para qué? —ladró desde el otro lado de la puerta.

—Es Nochebuena.

—¿Y qué quieres, un puto abrazo?

Entorné los ojos. Qué encanto de mujer.

—He hecho pavo asado. Esperaba celebrar las navidades conmigo.

—Me suda el coño tu pavo asado y las jodidas navidades. ¡Largo! No tengo nada que celebrar.

Y para reiterarlo, lanzó algo contra la puerta, quizá un zapato. Sacudí la cabeza y la dejé en paz. Cené solo, en nuestra cochambrosa cocina, y no me levanté de la mesa hasta que me acabé toda la botella de vino. Siempre me resultaba dura esa época del año. Demasiados recuerdos desagradables, supongo.

Ya estaba bastante mareado cuando me trasladé al sofá y puse la tele. Echaban una película navideña cuyo principal mensaje era que, en navidades, las familias debían estar unidas.

—¡Que te den, Cristal! —maldije mientras apagaba la televisión. Lo que

menos me apetecía era ver a una familia feliz reunida alrededor de una mesa bien decorada.

Me encerré en mi habitación de un portazo e intenté dormir. Fui incapaz. No dejaba de pensar en todas las navidades de mi infancia. Cada año conservaba la esperanza de que fuese distinto al anterior, que Cristal se convirtiera en una buena madre, de las que hacían galletas y envolvían regalos para sus hijos. No me hubiese importado recibir un par de calcetines o unos lápices de color. Sabía que éramos pobres. Lo único que quería era que ella se comportara como una madre, aunque fuese un solo día al año.

Pero Cristal nunca fue una madre para mí.

## Capítulo 4

Pasó mucho tiempo hasta que volví a ver a la chica del cumpleaños. No la había olvidado. Me gustaba pensar en Serena como la mejor noche que nunca había tenido, aunque ya no ocupaba tanto espacio en mi mente como al principio. Me concentraba en mi trabajo y en mi música. La muerte de Jinx aún flotaba sobre mí, pesada, densa, oscura como una sombra, y la mayoría de mis canciones guardaban relación con eso. No lo había superado todavía, por lo que mis versos se volvieron todavía más violentos.

Con el paso de los meses empezó a irme un poco mejor en la vida. Tenía fiestas privadas casi todos los sábados, y cobraba por actuar. El boca a boca comenzaba a funcionar.

Cuando llegó la primavera, ya tenía tres mil dólares ahorrados bajo el colchón. Mi madre entraba y salía de prisión bastante a menudo. Fui a recogerla el día en el que se suponía que iban a soltarla. No sabía muy bien por qué todavía me tomaba tantas molestias con ella. Supongo que el hecho de que me machacara durante tantísimos años, diciéndome que mi padre la había dejado por mi culpa, había conseguido el efecto esperado: que yo me sintiera miserable por haber nacido y haberles jodido sus patéticos planes de futuro.

De mi padre apenas me acordaba ya. Se había largado con una camarera cuando tenía yo siete años. Me alegré. Sus palizas eran mucho más brutales que las de Cristal. Siempre usaba el cinturón. Cristal se limitaba a pegarme a la antigua usanza: con las manos. Era tolerable.

Di un par de vueltas por la calle, hasta que la vi cruzar las puertas de la prisión. Tenía peor aspecto que nunca, la ropa sucia, la cara decrépita, el pelo desgreñado. Creo que en ese momento fui verdaderamente consciente de que mi madre era una yonqui. Estaba delgadísima y demasiado vieja para tener solamente cuarenta y dos años.

Me acerqué a ella y le di un abrazo bastante torpe. Cristal llevaba cinco meses en chirona. Prostitución y posesión de drogas. La habían retenido poco, teniendo en cuenta los cargos. Supongo que la soltaron antes porque sabían que no tardaría nada en regresar. Donde mejor estaba era en prisión.

No correspondió a mi abrazo, se mantuvo rígida y distante como siempre.

—Me alegro de que estés fuera —le dije.

—Ya. ¿No tendrás un pitillo?

—La conversación que todo chico quiere mantener con su madre.

Con un mohín de disgusto, me llevé la mano al bolsillo de la sudadera y le ofrecí un cigarro. Lo cogió con manos trémulas y me dio las gracias con un gesto.

—¿Estás con el mono?

—¿Y a ti qué coño te importa? ¿Nos vamos?

Suspiré y la seguí por la acera. Regresamos a casa en autobús, callados y apartados el uno del otro, y nada más volver, Cristal se encerró en su habitación, donde se pasó toda la noche llorando. Deseé ayudarla de algún modo, pero no podía. Su cabeza estaba hecha una mierda y no había nada que yo pudiese hacer o decir para remediar las cosas.

Al día siguiente dimos la bienvenida a una preciosa mañana de mayo, más calurosa de lo habitual. Como no tenía que ir a trabajar, aproveché para cortar el césped. Desde que Cristal se había marchado y ya ninguno de sus novios se paseaba por ahí, había intentado mejorar un poco el aspecto de la casa. Quería incluso pintarla por fuera, porque la verdad es que tenía un color verde vómito repugnante. Además, había demasiadas desconchaduras. Se notaba que hacía veinte años que nadie se ocupaba del mantenimiento. La nuestra era una de las viviendas más abandonadas del barrio. Me avergonzaba vivir ahí.

Hacía tantísimo calor bajo ese reluciente sol que me quité la camiseta, me la colgué del bolsillo trasero de los vaqueros y me di prisa para acabar antes de que se me achicharrara la espalda.

Empecé a dar vueltas a las cosas, a organizarme mentalmente las siguientes semanas, y solo abandoné mis pensamientos cuando un coche tuneado se detuvo delante de mi casa. No conocía a nadie con un coche tan *guapo* como aquel. Era azul, y tenía las llantas de color naranja y unas llamas dibujadas en los dos laterales. Era verdaderamente bonito.

Me quedé boquiabierto al ver a Serena bajar de él. Era la última persona del mundo a la que esperaba ver aquel día. Vino hacia mí sonriente, con los rayos del sol de medio día haciéndole brillar los cabellos dorados. Estaba guapísima, llevaba un vestido blanco, veraniego, que se ondeaba en la brisa.

—Ah, qué bien que estés en casa. No sabía si te encontraría.

Apagué la desbrozadora y le devolví la sonrisa.

—¡Serena! ¡Menuda sorpresa! ¿Qué haces tú aquí?

—Pasaba por el barrio.

—¿Estás de paseo con tu novio? —me interesé, señalando el coche con la cabeza.

No quería parecer demasiado afectado. Sin embargo, mi tono sonó bastante desabrido. Ella volvió la cabeza hacia atrás y sonrió. No pude ver al conductor, las lunas eran demasiado oscuras. Fuese quien fuese, le odiaba con todas mis fuerzas. Él la tenía a ella. ¿Cómo no iba a odiarle?

—¿Ese? No, es Ax.

Fue casi brutal la oleada de alivio que me invadió.

—Ah, ¿en serio? Guau. Bonito trasto. ¿A qué se dedica tu primo?

De pronto estaba de muy buen humor y con muchas ganas de charlar.

—Está metido en el mundo del motor —explicó Serena—. Su hermano mayor es una especie de oveja negra de la familia. Era de esperar que arrastrara a Axel a este mundo.

—Hmmm. Ya veo.

Serena me lanzó una mirada lenta de arriba abajo, se fijó en mis brazos tostados de sol, en cada uno de mis tatuajes, en la anchura de mis hombros y en los huesos de mis caderas. Cuando su mirada cayó sobre mi abdomen, esbozó una media sonrisa de aprobación. Me sentí orgulloso de estar haciendo ciento veinte abdominales al día.

—Bonitas vistas —me dijo.

Aunque yo solía ser bastante descarado con las chicas, ese día me ruboricé un poco. Con ella era diferente. Era la única chica que conseguía ponerme nervioso.

—Haces que me sienta como un objeto sexual.

Serena soltó una carcajada.

—Lo siento.

—No pasa nada. Oye, lamento no poder hacer de anfitrión contigo. No tengo limonada para ofrecerte —me burlé.

—Es igual. Solo tengo cinco minutos, de todos modos. Ax siempre va con prisas. Es uno de esos chicos que viven demasiado deprisa.

Hundí las manos en los bolsillos, lo que hizo que los vaqueros colgaran todavía más sobre mis caderas. Serena me miró unos segundos y luego se ruborizó. No pude retener una sonrisa socarrona. Era evidente que yo le

gustaba. Parecía fascinada por mis tatuajes. No dejaba de obsérvalos.

Nos miramos en silencio, los dos cortados y sin saber qué decir. Me maravillé de cómo los rayos del sol iluminaban los mechones sueltos y rubios; de cómo brillaban sus ojos azules; del sonrojo que transparentaban sus mejillas. ¿Cómo podía ser tan bonita?

—Bueno, me tengo que marchar —soltó de pronto—. Me ha gustado volver a verte.

—Oye, Serena.

Se detuvo, suspiró y se volvió.

—¿Sí?

Me acerqué a ella, me planté delante y bajé los ojos hacia los suyos.

—Ya que estás aquí, acabo de recordar que me debes algo desde esa fiesta.

Apareció una arruga entre sus cejas.

—¿El qué te debo?

Le miré la boca y esboqué una sonrisa descarada.

—Un beso.

Antes de que ella dijera nada, la cogí por la nuca y la acerqué a mí hasta que sus labios estuvieron encima de los míos.

Solté un gruñido ansioso y le metí la lengua dentro mientras mis labios se acoplaban a los suyos. Serena me devolvió el beso un poco vacilante, como tímida, y admito que fantaseé con mucho más que besarla.

—Qué dulce eres —le susurré cuando nos detuvimos para coger aire.

La cogí por la cintura con una mano y la acerqué a mí hasta que se golpeó contra mi incipiente erección. Se puso tensa. La besé un poco más fuerte, empleando la otra mano en masajearle la nuca. Acabó relajándose entre mis brazos.

Antes de ponerle fin al beso, le mordisqueé el labio inferior, como había deseado hacer esa noche en la fiesta, y la mantuve a mi lado unos segundos más. No quería dejar escapar a esa chica. Supongo que lo supe desde el principio, supe que, en cuanto la besara, mi corazón sería suyo para siempre.

Después de ese día, nunca conseguí sacarla de mi sistema ni tuve deseos de besar a ninguna otra chica.

—Tengo que marcharme, Aiden —me susurró. No estaba preparado aún para dejarla ir.

—¿Cuándo volveré a verte? —musité mientras le acariciaba, absorto, el

arco de los labios.

Su boca se movió en una sonrisilla.

—¿Quieres volver a verme?

La miré con ojos atormentados. Me parecía mentira que ella no supiera que me moría por volver a verla.

—¿Estás de coña? Si fuese por mí, querría estar contigo a todas horas.

—¿Entonces, por qué nunca fuiste a buscarme? Sabías dónde estudio y que estoy todo el rato en el Gueto. ¿Por qué no te dejaste caer por ahí?

Fruncí el ceño y mantuve la vista clavada en sus hermosos labios.

—Porque tú te mereces algo mejor. Además, según me han contado, ya tienes novio.

—No desde que te conocí a ti.

Mi ceño se volvió más pronunciado. Mis ojos subieron hacia los suyos para analizarlos en profundidad.

—¿Vas en serio?

—Aiden, he venido hasta tu casa. ¡Claro que voy en serio!

La miré extrañado y sacudí la cabeza. Una parte de mí todavía se negaba a creérselo. Cuando te sientes tan poca cosa, crees que no te mereces nada, y te cuesta asimilar que, quizá, también tú te merezcas recibir algo bueno de la vida. No todo pueden ser bofetadas, ¿verdad?

—Pero ¿por qué? ¿Tú me has visto? Estoy lleno de tatuajes, me gusta rapear y... joder, ¡mira dónde vivo! La casa se nos está cayendo encima. ¡Soy el puto cajero de una gasolinera, Serena! No he ido a la universidad. La Virgen, ¡ni siquiera acabé el instituto! Tú te mereces a alguien mucho mejor que yo, un tío de esos rubitos, cultos y ricos que se pasean por tu campus con sus coches de marca.

Los ojos de Serena se llenaron de lágrimas.

—No podría salir nunca con alguien así —musitó, y reparé en que su voz estaba a punto de quebrantarse.

—¡¿Pero por qué?! —insistí, alzando un poco la voz—. Es que, sencillamente, no lo comprendo.

Hizo una pausa y tragó saliva.

—Me recordaría demasiado a mi padre.

Ahí estaba: la verdad pura y dura. La verdad que ninguno quería escuchar. Entrecerré los ojos y expulsé el aire despacio.

—Así que pretendes salir conmigo porque soy todo lo contrario, ¿eh?



—sentencié por fin.

Serena enroscó las manos alrededor de mi nuca, buscó mi mirada y la sostuvo, con sus enormes y relucientes ojos azules devorando mi expresión de desconcierto.

—Pretendo salir contigo porque desde que nos conocimos no hago más que pensar en ti.

Su confesión me llegó muy adentro. Mis ojos iban y volvían a los suyos, bajando de vez en cuando hacia su boca.

—Yo también he pensado mucho en ti —le susurré, mi voz desvelando un matiz un tanto pesaroso.

Serena me sonrió. Joder, cuando sonreía Serena, mi mundo se iluminaba. Era como el astro rey alrededor del cual giraba todo mi universo.

—¿Me buscarás?

—Mañana mismo —aseguré con firmeza, y no me cabía duda de que lo haría. Si ella apostaba por lo nuestro, ¡joder!, yo también.

—Genial.

Plantó un beso en mis labios y salió corriendo hacia el coche de Ax. Me quedé ahí sonriendo como un gilipollas. Nunca había estado tan pillado por una chica, y eso que apenas la conocía. Solo la había visto dos veces, pero me había bastado para saber que esa chica acabaría cambiando el curso de toda mi vida.

Cuando se me quitó el aturdimiento, al cabo de un buen rato, seguí con mi tarea de cortar las malezas. Ash pasó por la calle, con sus vaqueros caídos y su chupa de cuero. Me saludó con la mano. Le devolví el saludo. No era mal tipo.

—Cuando acabes, pásate por mi casa también. Hay mucho que hacer.

Le hice una peineta y proseguí.

Una vez lo tuve todo recogido, entré en casa para ducharme. Me encontré a Cristal tirada en el sofá.

—¿Quién era esa zorra? —interrogó tan pronto como sus ojos advirtieron movimiento en el pasillo.

—¿Y a ti qué cojones te importa? —ladré con aspereza.

—Parecía la jodida hija del pastor. ¿Te la has follado ya? Yo diría que es frígida.

—¡No hables así de Serena! —advertí entre dientes mientras me quitaba las zapatillas manchadas de hierba.

—Uh, Serena —se burló mi madre—. ¿El señorito está enamorado? Pues a lo mejor hablo yo con la dulce Serena y le cuento el hijo de puta que eres y cómo tratas a tu madre.

La fulminé con la mirada.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a decirle? ¿Que trabajo desde los quince para pagar el alquiler porque tú eres una madre desnaturalizada? ¿O que te reanimo cada vez que te pasas con la heroína? Quizá quieras contarle que no puedo tener nada en casa porque tú o tus novios yonquis me lo robáis para intercambiarlo por un gramo de la mierda que os pincháis, como hiciste con mi portátil. ¿Tienes idea de que estuve dos años ahorrando para comprarlo? ¿Te importa siquiera?

Mi madre esbozó una sonrisa sarcástica.

—Así que ese es el problema que tiene el señorito. Se queja de que lo he dejado sin medios para ver porno. Tú... me jodiste... la ¡vida! No se te olvide nunca.

—¡Haber usado un puto preservativo! ¡Yo no pedí nacer, so loca!

—¡Tu padre me dejó por tu culpa! —escupió con veneno.

—¡Mi padre te dejó porque era un cobarde de mierda y pensó que le iría mejor sin cargas familiares!

Cristal me miró con sus ojos de reptil dilatados y estalló en llanto. Casi que la prefería colocada. Al menos así dejaba de dar la lata.

—¿Qué sabrás tú? —sollozó entre hipos entrecortados—. Paul era el amor de mi vida y tú lo jodiste todo. Ya verás cuando joda yo tu relación con la buena de Serena. Ya, ya. Ya sabrás lo que se siente.

—¡Ni se te ocurra mirar siquiera a Serena! —le grité—. ¿Me has oído?

Su sonrisa malévola me inquietó tanto que tomé nota mental de no dejar nunca a Serena a solas en compañía de Cristal.

—No me provoques, Aiden. No sabes de lo que soy capaz.

Apreté los puños con ira y me marché, antes de ponerme a destrozar los muebles del salón. Mi vida era un asco y de nuevo empecé a dudar de si me merecía o no a Serena.

\*\*\*\*\*

Apenas dormí en toda la noche. Intenté aclarar mi mente y decidir si al día siguiente me iría o no a buscar a Serena. Estaba claro que era mi última

oportunidad, o iba tras ella o se había acabado. Una única oportunidad de hacer las cosas bien, ¡y yo no sabía qué decisión tomar! Por un lado, me consideraba un egoísta por querer arrastrarla a la mierda de vida que llevaba. Por el otro, me decía que mi vida no era para tanto y que, si ella me amaba, no le importaría vivir así. Joder, era muy complicado hacer las cosas bien.

A eso de las cuatro de la mañana, resolví dejarla ir. Si yo intervenía en su vida, su futuro prometedor nunca llegaría a materializarse. Ya no se casaría con un chico de buena familia, ni iría a misa los domingos, ni participaría en eventos benéficos. Si yo pasaba a formar parte de en su vida, Serena acabaría en Scovill Avenue, atrapada en la misma ratonera que yo. O dejaba que tuviera una vida plena sin mí, o lo jodía todo.

## Capítulo 5

En contra de mi resolución, al día siguiente estaba esperándola delante de su universidad, apoyado contra un árbol. Un cigarrillo colgaba de mis labios, y mi camiseta blanca dejaba al descubierto mis abultados brazos llenos de tatuajes. Todo el que pasaba por delante de mí me miraba dos veces. Creo que no tenía pinta de ser un estudiante de ese centro. Me temo que esa despreocupada indolencia no era muy típica en gente lista y... católica.

Serena salió del edificio. Lancé el cigarrillo al suelo y lo apagué con la punta de la zapatilla. No estaba sola, la acompañaban otras tres chicas, pero no me fijé en ninguna de ellas. Solo tenía ojos para Serena. Era como si mi mente solo pudiese centrarse en su figura. Llevaba un vestido azul de manga corta, un tono tan profundo como el color de sus ojos. Me alegré de que mi decisión de mantenerme al margen se hubiese ido a la mierda a primera hora de la mañana, porque, nada más verla, me di cuenta de que me moría por tenerla. Ella era lo *único* que quería de la vida. Sentía que, de haber tenido a Serena, habría estado en paz con el mundo.

Al verme, Serena frenó en seco y me miró fijamente, sin esbozar ningún gesto. ¿En qué estaba pensando? ¿Estaba contenta de verme? ¿O no le importaba en absoluto?

Un gesto de satisfacción alzó la esquina derecha de mi boca cuando vi que echaba a andar hacia mí. Ni siquiera se despidió de sus amigas. Parecía estar en trance, como si fuerzas invisibles estuvieran arrastrándola hacia ese árbol donde la esperaba yo. El corazón me latía con fuerza y me sentía un poco nervioso, lo cual nunca me había pasado con ninguna chica. Claro que Serena no era una chica cualquiera...

—Has venido —murmuró asombrada, y durante un corto lapso de tiempo no hizo más que contemplarme fascinada.

Me mantuve apoyado contra el árbol, las manos cruzadas sobre el pecho, mi habitual aire despreocupado y los ojos reteniendo a los suyos.

—Bueno, me invitaste tú. ¿Por qué te sorprendes tanto?

Esperaba una sonrisa por su parte, pero se mantuvo seria y me miró de un modo bastante extraño, como si le costase creer que me hallaba ahí de verdad. Tenía la impresión de que intentaba contenerse, luchar contra el

impulso de alargar el brazo y comprobar si todo eso era real.

—Es que... no creí que fueras a venir —musitó, un poco desconcertada.

Recordé que había estado a poco de no ir, y tuve que contener la sonrisa.

—¿Por qué no? —repuse, casi divertido.

Serena desvió la mirada al suelo y se encogió un poco de hombros.

—Mírate y... mírame. No creo que sea tu tipo de chica.

Arqueeé las cejas con incredulidad, sin poder creer que ella se sintiera insegura. ¿Cómo podía sentirse insegura una chica tan guapa como Serena? La cogí de la mano, la acerqué a mí e intenté atrapar su mirada.

—Serena, créeme, tú eres la única chica que podría ser mi tipo.

Alzó los ojos azules hacia los míos y los estuvo paseando por todo mi rostro.

—¿De verdad?

En vez de contestar, le levanté el mentón y la besé. Despacio, insistente, a conciencia. Cada vez más hambriento, entraba y salía de su boca, mi cuerpo estaba cada vez más cerca del suyo, acoplándose como si nunca hubiese pertenecido a otro lugar. No le di la opción de resistirse. Prácticamente, la obligué a corresponder. El ansia no me dejaba otras opciones.

Estaba arrastrando las manos por sus costados, cuando noté una interferencia que me hizo levantar los párpados. Yo siempre tan desconfiado... Cuando vienes de un lugar como Scovill Avenue, sospechas incluso de tu propia sombra. Nunca sabes si en el bolsillo de tu sombra hay una 45 apuntada hacia tu cogote.

—¿Serena?

Voz masculina. Teñida de duda.

Dejé de besarla y lancé una mirada a sus espaldas. Su ex novio, el *quarterback*, se había quedado boquiabierto ante esa descarada exhibición de deseo carnal. A fin de cuentas, era un chico católico. Era comprensible que mi atrevimiento le hiciera ruborizarse.

Serena se medio giró con expresión aburrída.

—¿Qué quieres ahora? —rezongó, sin tomarse la molestia de disimular su irritación.

—¿Qué haces con ese tío? —preguntó él, y su voz se me antojó mesurada, a pesar del rictus que tensaba su rostro.

—Creo que se le llama *besarle* —respondió Serena mientras se limpiaba el pintalabios de las esquinas de la boca.

El *quarterback* se enderezó las solapas de la chaqueta con aire de desconcertada indignación. Supuse que nunca se había imaginado que alguien como Serena pudiera estar interesada en alguien como yo. *Bienvenido al club, amigo.*

—¿Lo dices en serio?

Serena se aclaró la voz, levantó el mentón y lo desafió con la mirada.

—Lo digo muy en serio, Tommy. Soy su chica ahora.

—No me lo puedo creer. Así que por eso cortaste conmigo.

Estaba herido y furioso, pero se esforzaba en no demostrárnoslo. Yo en su lugar habría reaccionado de otro modo. Claro que yo era un animal y él un señorito de alta cuna...

—Más o menos —dijo Serena, sin dejar de observarme de reojo, quizá para captar mi reacción.

Tommy agitó la cabeza con asco y se alejó por el aparcamiento. Era evidente que yo le repugnaba. Serena se volvió de cara a mí y frunció el ceño.

—Soy tu chica, ¿verdad?

Bajé los ojos hacia los suyos y una sonrisa de ternura fue expandiéndose por toda mi cara.

—Sí, Serena. Eres mi chica.

Y para asegurárselo, hundí los dedos en su pelo, acerqué su rostro al mío y retomé el beso por donde lo habíamos dejado; es decir, en el momento justo en el que mi lengua se adueñaba de su boca.

Creo que estuve besándola durante media hora o más, parando solo para coger aire de vez en cuando. No podía dejar de besar a Serena.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —le pregunté, sosteniendo su bonito rostro entre las manos.

—Nada...

Sonreí un poco. Me gustaba que no tuviera planes.

—¿Y qué tal si me acompañas a una fiesta? Como ahora eres mi chica...

La sonrisa de Serena me hizo volver a sonreír. A sus espaldas, el sol estaba en lo alto. Eché mano de las matemáticas y llegué a la conclusión de que mi plan podía realizarse.

—Vale —accedió de inmediato, y yo no pude contener mi satisfacción.

—Genial. Vamos. No hay tiempo que perder.

La cogí de la mano y me la llevé a la estación de autobuses. Cleveland pillaba en la otra punta del estado, a más de tres horas de Dayton. Serena y yo

tendríamos que mantener una relación más bien a distancia. Yo no tenía tanto dinero como para andar paseándome por todo el estado, y mudarse a Dayton no era una opción.

—Me gusta esto —comentó Serena mientras paseábamos de la mano.

No sabía de qué me estaba hablando, por lo que la miré desconcertado.

—¿El qué?

Alzó los ojos hacia los míos y su sonrisa se intensificó.

—Lo de ser tu chica.

Las comisuras de mi boca se curvaron hacia arriba.

—A mí también —admití con un guiño.

En la estación nos quedamos de pie, fuera, esperando al autobús. Si Serena tenía que ir a casa a pedirle permiso su padre, no lo sabía. Desde luego, ella no parecía tener intención de hacerlo, y no pensaba ser yo quien se lo aconsejara.

Al cabo de unos segundos de permanecer inmóvil a mi derecha, se acercó a mí, apretó los brazos alrededor de mi torso y hundió la nariz en mi camiseta. Noté que el abdomen se me contraía y que el corazón me latía otra vez con fuerza. Tenerla tan cerca de mí era alucinante. Era como una droga que recorría mi sistema. Muy fácil engancharse a ella y casi imposible dejarla.

—Hueles bien —susurró con voz amortiguada.

Sonreí un poco y empecé a acariciarle la cabeza. Serena suspiró.

Por fin llegó el autobús. Planté un beso en su coronilla, la cogí de la mano y nos montamos. Nos sentamos al fondo, donde Serena apoyó la cabeza contra mi hombro y suspiró satisfecha. Sentí una repentina oleada de ternura hacia ella, y de nuevo me invadió ese preocupante deseo de querer destruir a cualquiera que le hiciera daño.

Sobre las cinco de la tarde llegamos a mi barrio. No sabía qué iba a parecerle a Serena pasar la tarde en una fiesta en Scovill Avenue, pero esperé que no tuviera problema con ello, porque mi vida era esa.

Cogidos de la mano, cruzamos la acera hacia la casa de Leroy, unos de mis mejores amigos ahora que Jinx ya no estaba. No me hizo ninguna gracia tropezar con Ash y su banda de moteros. Ahí parados con sus relucientes *Harleys*, sus chaquetas de cuero y sus pintas de malotes, parecían los ángeles del infierno.

—¡Eh! ¿Quién es esa? —interrogó el puñetero rey del barrio.

Mis manos se crisparon en un gesto amenazador. Solo necesitaba un empujón para lanzarme sobre él y machacarlo.

—¿Y a ti qué coño te importa? —ladré, consciente de que los rasgos se me tornaban rígidos y afilados.

El atractivo rostro de Ash no registró ninguna reacción. Quizá tan solo sus ojos desvelaran cierto brillo malévolo al clavarse en los de mi chica.

—No es de por aquí —contestó, mirándola—. Me gusta tener controlada a la gente que no es de por aquí.

—¡Oye, tú eres el hermano de Violet! —exclamó Serena de imprevisto.

Ash frunció el ceño y luego su cara se relajó lo bastante como para permitir el esbozo de una sonrisa.

—Hermanastro, en realidad. ¡Ah! Ya sé de qué me sueñas. Eres Serena, la prima de Ax.

—Ajá. O Serena, la chica de Aiden. Como prefieras.

Ash nos miró y estalló en carcajadas.

—Conque la chica de Aiden, ¿eh? —se mofó entre risotadas mientras le pegaba un repaso bastante descarado a Serena. A juzgar por su enigmática media sonrisa, le gustaba lo que veía—. Pues nada, bienvenida al barrio.

—Gracias.

—Si algún día necesitas leche, azúcar o... qué sé yo, búscame y te los prestaré con mucho gusto.

Rechiné los dientes y lo desafié con la mirada. El muy cabrón intentaba ligar con ella. ¡Conmigo delante!

—Ni se te ocurra acercarte a Serena —amenacé, con los puños apretados, y mi voz sonó lo bastante hostil como para que los colegas de Ash se echaran a reír. Él, en cambio, se mantuvo tan serio que daba escalofríos.

—Tranquilo, King. Las chicas de los demás son sagradas para mí. Solo intentaba ser amable.

—Ya. Pues no lo intentes tanto. Vamos, Serena. Tenemos una fiesta a la que acudir.

Una parte de mí pensó que Ash iba a dejarme caminar unos tres pasos y después arrastrarme hacia atrás y darme de puñetazos solo para impresionar a Serena, por lo que me asombré bastante cuando vi que se mantenía apoyado contra su moto, cruzado de brazos, y se limitaba a seguirnos con sus agudos ojos azules.

—Da escalofríos —me susurró Serena cuando estuvimos lo bastante lejos.



Le lancé una mirada incrédula.

—¿En serio? Pues parecías muy confiada mientras hablabas con él.

—Sé tratar a los chicos como él. O te impones, o estás jodida. Me lo enseñó Ax cuando era pequeña.

—Ese Ax es un tipo listo.

—Neah, no te creas.

Sonreí y abrí la puerta de Leroy. La casa ya estaba llena de gente. Algunos bailaban rap, otros fumaban hierba. Leroy estaba tomándose una cerveza, apartado de todo. Sus ojos estaban clavados en Sheila, su chica, que bailaba con sus amigas en la otra punta del salón.

—¿Eh, qué pasa? —le saludé.

Leroy sonrió al verme.

—¡Joder! ¡Van dos blanquitos y se presentan en una fiesta de negros! —se burló, y luego contestó a mi saludo—. ¿Qué pasa, tío? Creí que no ibas a venir esta noche.

—Ya. Resulta que he cambiado de opinión.

—Y esta monada, ¿quién es?

Antes de que yo contestara, Serena le alargó la mano y se presentó con una sonrisa de niña buena.

—Soy Serena. Su chica.

Realmente le gustaba lo de ser mi chica. No dejaba de repetirlo. Esa idea me hizo tanta gracia que tuve que ahogar una sonrisa.

—¡¡Su chica!! —Leroy soltó una carcajada—. Pues ya verás cuando te conozca Rebel.

Serena parpadeó y volvió la mirada hacia mí.

—¿Quién es Rebel?

Entorné los ojos. Quise pegarle un puñetazo a Leroy en toda su cara negra por haber sacado el tema.

—¿Y bien? —se impacientó Serena—. ¿Alguien me lo va a decir?

—Es mi ex —contesté a regañadientes, y le dirigí una mirada para evaluar su reacción.

A Serena no le gustó escuchar eso. Su rostro se nubló y una arruga se asomó entre sus cejas.

—¿Y está aquí esta noche?

Me encogí de hombros.

—No tengo ni puñetera idea. ¿Qué importa? Ahora mi chica eres tú.

Serena se mordisqueó el labio. Estaba mosqueada, lo vi en sus ojos. Le lancé una mirada áspera a Leroy y él levantó las palmas.

—Oye, ¿qué culpa tendré yo? Solo quería que supieras que Rebel anda por aquí como una gatita detrás de un ratón.

Rebel era la prima de Leroy, y no se le conocía precisamente por su tacto o su elegancia. Después de cortar con ella, salí un par de semanas con otra chica del barrio y Rebel le arrancó los pelos en cuanto se le presentó la ocasión. No me gustaba saberla cerca de Serena. Ella no era un lío de un par de noches. Era importante para mí, y no quería que Rebel me jodiera los planes.

—Aiden, ¿eres tú, chico? —escuché detrás de mí.

Puse los ojos en blanco. No había tardado nada en acercarse, la muy arpía. Me volví con cara de pocos amigos, y Serena se volvió conmigo. Mirándola de reojo, pude advertir que sus ojos se dilataban un poco. No hacía falta ser adivino para adivinar el conflicto que se debatía en su bonita cabeza. Creía que Rebel, con su brillante piel oscura llena de tatuajes, su *piercing* en el ombligo y su escasa ropa, encajaba conmigo mucho mejor de lo que lo hacía ella. Y puede que así fuese, pero me daba igual, porque a mí me gustaba Serena, con su dulzura y su vestido recatado que no dejaba a la vista nada, aparte de sus brazos y las piernas por debajo de las rodillas. Era perfecta tal y como era y yo no habría cambiado absolutamente nada.

—Hola, amorcito —me dijo Rebel tan pronto como nuestros ojos se encontraron—. Últimamente te has vuelto muy caro a la vista.

Se inclinó sobre mí y plantó un beso en mis labios, solo para fastidiar. La mano de Serena se cerró sobre la mía y yo me aparté de inmediato de mi ex.

—Agradecería que, en un futuro, dejaras de besarme en la boca, Rebel —exigí con dureza—. A mí chica no le gusta que te tomes tantas libertades.

—¿Tu chica? —Rebel bufó y repasó a Serena con una mirada despectiva—. ¿Esta?

—Haz el favor de ser amable.

—¡Pero si es una mosquita muerta, Aiden! ¿Dónde la has conocido? ¿En un convento?

Se acercó a Serena y la midió con la mirada de un modo bastante desafiante. La invitaba a una pelea. Decidí intervenir, antes de que las cosas se descontrolaran. Cuando estaba Rebel de por medio, las cosas se solían descontrolar.

—No te lo digo más veces, Rebel. Deja en paz a Serena.

—¿Y si no quiero?

—Entonces, te partiré la cara, zorra.

—¡La leche! —se jactó Leroy.

Me volví hacia Serena y la miré estupefacto. Con lo fina que era, ¿iba y le soltaba eso a Rebel? Joder, esa chica era la caña. Creo que en ese momento me enamoré de ella.

—¿Me partirás la cara tú a mí? —repuso Rebel dando un paso hacia adelante.

Serena no se echó atrás. Se acercó también y la provocó con la mirada. Sus bonitos ojos azules rebosaban desprecio.

—Ya te digo —gruñó entre dientes, manteniendo los ojos fijos en los suyos.

—¡Joder, se van a calentar, tío!

Miré a Leroy con mala cara. A mí no me parecía tan divertido que mi novia y mi ex empezaran una pelea de gatas.

—Está bien, chicas—. Me metí entre ellas porque ya se estaban empujando hacia atrás, intimidándose la una a la otra—. Tú, mantente alejada de ella —le advertí a Rebel, apuntándola con un dedo—. Y tú —me volví hacia Serena—, ven conmigo.

La arrastré de ahí muy en contra de su voluntad, la saqué a la calle y cogí su rostro entre las manos para que me mirara.

—Por favor, cálmate.

—¿Por qué no me has dejado? La habría machacado.

Me mordí el labio para retener la sonrisa. La simple imagen de Serena *machacando* a Rebel era desternillante.

—Lo sé, nena. Pero es que no quería estropear nuestra primera cita.

—Quiero que me lo cuentes todo sobre ella —escupió Serena, todavía furiosa, no sabía si conmigo, con Rebel o con todo el mundo.

La esquina derecha de mi boca se elevó en una media sonrisa tierna.

—Lo único que debes saber sobre ella es que me importa una mierda.

Serena frunció el ceño en un gesto desconfiado.

—¿Seguro?

—Ven aquí, gatita celosa.

Acerqué su rostro, acoplé mis labios a los suyos y la besé para hacérselo comprender. Serena tenía que entender que a mí solo me interesaba ella.

Cuando fui capaz de separarme de su boca, la abracé con fuerza y la mantuve pegada a mí un buen rato. Rebel salió por la puerta y, al pasar junto a nosotros, me dio un empujón con el hombro.

—Perdona. Estabas en todo el puto medio.

Solté un gruñido inarticulado de exasperación. Aun así, lo dejé estar. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Como, por ejemplo, los labios ligeramente entreabiertos de Serena.

Me lancé sobre su boca y le volví a robar un beso. Rebel nos miró unos segundos y luego se marchó.

—Lo siento —le susurré a Serena—. Sé que se merecía que la pusiera en su sitio, pero es que tu boca me obsesiona y necesitaba besarte.

Ella sonrió un poco.

—Creo que ese beso ha conseguido ponerla en su sitio.

Fruncí el ceño y me lo pensé.

—El caso es que llevas razón. Se ha largado, ¿no?

Serena asintió con enorme complacencia.

—Y ahora eres todo mío.

La miré con dulzura.

—Siempre soy todo tuyo.

Y la volví a besar, porque hablaba en serio: su boca me obsesionaba.

\*\*\*\*\*

Media hora más tarde, regresamos a la fiesta de Leroy. Serena quería conocer a mis amigos y yo no vi impedimento alguno.

—Bueno, a este gilipollas ya le conoces —comenté, señalando a Leroy—. Ahora te presentaré a los demás. Ese negrata de ahí es Roland. O el Chispas. Nuestro DJ oficial.

—Negrata tu puta madre, blanquito —juró Rolly, y le sonrió a Serena—. Encantado.

—Igualmente —le devolvió ella el gesto.

—Y estos son Michael, Carl, Kobe —a medida que los presentaba, ellos inclinaban la cabeza y le sonreían—, Magic, Pete, Babe y Tiger. A los demás gilipollas no los conozco ni me interesa conocerles.

Serena sonrió.

—Bueno, pues encantada de conocerlos a todos.

—¿Y a las chicas, qué? ¿No nos vas a presentar a tu novia?

Me volví hacia Rhonda con los ojos en blanco.

—Claro. Estas zorras son... —Rhonda me lanzó su botella de cerveza para acallarme, pero la esquivé a tiempo—. ¡Ajá! Has fallado —me mofé.

—¡Capullo! —me insultó con una sonrisa, luego volvió la mirada hacia Serena—. Hola, soy Rhonda, la chica de Tiger. Y estas son Sheila, la chica de Leroy, Yelena, la de Kobe, y... las otras zorras no importan, porque no son chicas de nadie.

A Serena le cayó bien Rhonda. Se hicieron amigas de inmediato. Es más, me dejó ahí plantado y se fue a bailar con ella. Como no, mis amigos aprovecharon enseguida su ausencia para darme el coñazo.

—Joder, tío —me empujó Magic con el hombro—. ¿Dónde coño la has conocido?, ¿en un congreso de republicanos?

Le puse mala cara.

—No es asunto tuyo, colega.

—¡Joder, está pillado! —rio Babe, dando palmaditas.

Lo apunté con una mirada tan fulminante que la sonrisa se congeló encima de sus labios.

—Y si estoy pillado, ¿qué?

Hablé con tanta aspereza que todos dejaron de reírse.

—Me parece que este va en serio —advirtió Michael.

—Voy muy en serio, y más vale que respetéis a Serena. No es como las zorras con las que salía antes.

Leroy asintió, aparentemente satisfecho.

—Ya te digo que no lo es. Tranquilo, chico, trataremos bien a tu Serena.

—Ya. Más os vale.

Les di la espalda airado y me fui a buscarla. Me irritaba no tenerla cerca de mí. Me acerqué al grupo de chicas, cogí a Serena por las caderas, la pegué a mí y bailé con ella. Mis amigos me miraban sonriendo burlones y sacudiendo la cabeza como los capullos que eran. Les hice una peineta, volví a Serena entre mis brazos y busqué su boca. Cualquier cosa que sucediera a mi alrededor, no me importaba.

\*\*\*\*\*

Esa noche hubo una pelea. Nuestras fiestas siempre acababan igual. Alguno

bebía más de la cuenta y se liaba a puñetazos.

—Joder, tío, estos negratos me tienen hasta los cojones —le dije a Leroy mientras contemplábamos cómo dos hermanos se machacaban a puñetazos por una tía.

—Que te jodan, blancucho.

Fingí sentirme ofendido y lo empujé con el hombro. Él se rio, y Serena se relajó un poco. Ella aún no pillaba nuestras bromas raciales. Creía que íbamos en serio.

—¿Qué coño hacemos? —pregunté, señalando con la cabeza a esos dos imbéciles que habían comenzado la reyerta en la cocina y ahora la habían trasladado al jardín—. ¿Les separamos?

Leroy lo negó.

—Bah, que les follen. Voy a buscar a mi chica. Tengo otros planes esta noche.

Miré a Serena y me encogí de hombros. Si Leroy no pensaba intervenir, yo tampoco iba a hacerlo. A fin de cuentas, ni siquiera era mi casa.

—Creo que deberíamos marcharnos, nena. Esto ha dejado de ser divertido.

—Vale...

La cogí de la mano y nos fuimos de ahí. De todos modos, era bastante tarde.

Anduvimos en silencio hasta la estación de autobuses. Consulté los horarios y vi que salía uno dentro de veinte minutos.

—Bueno, pues, hmmm... ¿me llamarás? —me propuso Serena, y a mí me hizo gracia el matiz de duda que había en su voz.

—No te despidas, gatita —dije, tirando de ella hacia mi pecho—. No voy a dejar que te marches tú sola a estas horas. Te llevaré a casa.

—Vivo en la otra punta de Ohio —me recordó en tono exasperado.

Solté un largo suspiro. Eso era lo único que no me gustaba de ella: lo lejos que vivía.

—Lo sé. Aun así, te llevaré a casa. Soy un caballero.

Serena ahogó una risita.

—¿Qué pasa?, ¿que eso te divierte? —fingí sentirme molesto por su actitud—. Ven aquí. Ya te enseñaré a comportarte.

La cogí por la nuca y estrellé los labios contra los suyos. Serena gimió en mi boca cuando nuestras lenguas se entrelazaron, y yo aproveché para repetir el movimiento.

Pasamos esos veinte minutos entre besos y bromas, y llegó el autobús con destino a Dayton. Serena y yo subimos y presentamos los billetes que yo había comprado antes.

El autobús viajaba casi vacío. Nos sentamos al fondo y la abracé. Ella apoyó la cabeza en mi hombro. Parecía cansada. Había sido un día muy largo. Miré la hora y me di cuenta de que no dormiría en toda la noche. Por si fuera poco, al día siguiente me tocaba turno doble. Le había pedido a mi compañera que cubriera mi turno ese día, para poder ir a ver a Serena, y ahora tenía que devolverle el favor.

Me estremecí y empecé a empalmarme cuando ella arrastró los dedos por mi abdomen, por encima de la camiseta.

—Cuéntame cosas sobre ti —me pidió en un susurro—. Quiero saberlo todo.

Bajé los ojos hacia los suyos y le sonreí.

—Pues a ver... hmmm... Me llamo Aiden King, tengo veintiún años y soy sagitario.

Me puso mala cara.

—Algo serio, Aiden —gruñó, un tanto exasperada.

—¿Serio? Hmmm... Pues mira, un dato curioso: no tengo móvil para llamarte.

Serena se quedó pasmada.

—¿Que no tienes móvil? Dios mío, ¿de qué siglo has salido tú?

Le pasé los dedos por el pelo, fascinado por la suavidad de esos mechones rubios.

—Una vez tuve un móvil —comenté medio ausente—, pero Cristal, mi madre, lo intercambié por un gramo de heroína.

La expresión de Serena se quebró.

—¿Tu madre...?

—Sí —contesté con los ojos entornados—. La gran Cristal King es una leyenda local. Cuando no está en prisión, está en rehabilitación. Y cuando no está en ninguno de esos dos sitios, está en casa, haciendo pifias. Como robar mis cosas y todo eso.

—¿En serio? Lo siento.

Hice ademán de sonreír. No me gustaba verla tan triste.

—No pasa nada. Estoy acostumbrado a ella.

—¿Y tú...?

Si bien dejó la frase en el aire, sabía lo que quería saber, y lo negué.

—No, yo no me meto nada. Mi vida es de por sí lo bastante jodida. No necesito más complicaciones. Si quiero pasármelo bien, me tomo una cerveza de vez en cuando, eso es todo. He vivido con una madre drogadicta y un padre alcohólico. Yo no soy como ellos y no voy a vivir la vida de mierda que vivieron mis padres. Algún día tendré mucho dinero, más de lo que puedas imaginar, y entonces te pediré que te cases conmigo.

La sonrisa de Serena fue muy tierna.

—¿De verdad? Pero si solo es nuestra primera cita.

Moví la mano para acariciarle la mejilla.

—¿Y eso qué importa? Yo ya sé que quiero casarme contigo.

Ella ahogó una risita.

—¿Y cómo piensas ganar todo ese dinero?

Me tomé un momento y desvié la mirada hacia la ventanilla, hacia los descampados que volaban en el lado derecho de la carretera.

—Tengo un sueño, Serena. Y lo conseguiré. Algún día, tu chico será famoso. Sacará un disco y tendrá éxito.

—¿Y sabes cómo hacerlo?

Ojalá lo hubiese sabido.

—Intento averiguarlo. —Volví los ojos hacia los suyos y sonreí débilmente—. Solo sé una cosa: cuando uno tiene un sueño, ha de perseguirlo cueste lo que cueste, y eso pienso hacer. Algún día se me presentará la oportunidad de mi vida y te aseguro que no pienso dejarla escapar. La reconoceré en cuanto la vea. Mientras tanto, seguiré trabajando en una gasolinera para pagar el alquiler.

Serena alargó un poco el cuello y me besó en la boca. No fue un beso pasional, fue algo mucho mejor, algo que me llegó muy adentro.

—Espero que lo consigas —me susurró.

—Lo haré. Te lo prometo.

Al cabo de un rato, se quedó dormida. Yo no podía cerrar los ojos. Mi sueño me atormentaba más que nunca. Tenía que alcanzarlo como fuera. Estaba harto de vivir así, harto de Scovill Avenue, esa puta ratonera donde los sueños se ahogaban en lodo. Quería más. Quería ser digno de esa chica cuya cabeza descansaba contra mi hombro.

La contemplé embobado, me fijé en cómo subía y bajaba su pecho mientras respiraba; en la serenidad que desvelaba su bonito rostro. Estaba



abrazada a mi torso y yo le había rodeado la espalda con el brazo. Lo que Serena despertaba en mí era algo curioso, una mezcla de ternura y pasión. Quería hacerle el amor salvajemente, a la vez que quería cuidarla y protegerla como se merecía. Puede que no lo pareciera, pero ella y yo teníamos muchas cosas en común. Los dos habíamos tenido una infancia de mierda y sentía que eso nos unía muchísimo.

Planté un beso en su pelo dorado y pasé el resto del viaje mirando por la ventana. Mis ojos no vieron nada.

\*\*\*\*\*

Cuando llegamos por fin a Dayton, era tardísimo. Miré los horarios de los viajes de vuelta y compré un billete. Tenía media hora antes de que saliera el autobús. A pesar de su negativa, acompañé a Serena hasta su casa. Vivía bastante cerca, a unos diez minutos a pie de la estación. Quedé alucinado al ver su barrio. Joder, ¿quién vivía en esos casoplones? ¿Los Kennedy? Eran todas mansiones blancas, majestuosas. Muy elegantes. Me sentí más pobre que nunca.

—Estás muy callado —se percató Serena.

—Estaba pensando en tu barrio —dije mientras arrastraba los pies por la acera, las manos en los bolsillos, los ojos mortecinos—. El cartero debe de alucinar aquí. Todas las casas son iguales.

Ella soltó una risita.

—Sí, supongo. Mira, ahí vivo yo.

Me señaló una de esas mansiones, ante la cual tragué en seco.

—Bonita choza.

—Nada del otro mundo —le quitó hierro al asunto, y yo se lo agradecí en mi fuero interno. Era muy considerada intentando que yo no me sintiera inferior.

Cuando estuvimos delante de su casa, se detuvo y se giró hacia mí.

—No quiero ir a casa —soltó de pronto.

Algo se rompió dentro de mí. Serena no era feliz en ese lugar, por muy bonito y lujoso que fuese.

—Lo sé, pero tengo que marcharme. Mi turno empieza dentro de unas cuantas horas.

Soltó un suspiro melancólico.

—Ya. ¿Cómo voy a comunicarme contigo si no tienes móvil?

Le atraje a mis brazos y le acaricié la cabeza despacio.

—Te prometo que conseguiré uno esta semana y te llamaré.

—Sí, pero no tienes mi número.

—Bueno, esperaba que me lo dieras esta noche. ¿Nos es así como acaban las primeras citas?

Las esquinas de su boca se levantaron despacio.

—Sí, supongo. El problema es que no tengo ningún papel para apuntártelo.

—No pasa nada. Tengo muy buena memoria.

Me lanzó una mirada recelosa.

—Estás de broma.

—Para nada. Dime tu número.

Serena recitó una larga lista de cifras. Yo las repetí un par de veces.

—Tengo que marcharme o perderé el autobús —urgí, echando una mirada a su reloj.

Ella asintió despacio.

—Ya te echo de menos.

Le sonreí.

—Yo también. ¿Estarás bien ahí dentro?

—Sí, casi nunca está en casa. Creo que se siente muy culpable por lo que pasó esa noche.

—No jodas. Más vale que sí. Sigo teniendo ganas de entrar ahí dentro, cogerle del pescuezo y reventarlo a puñetazos.

—Pues tendrás que controlarte. Aún lo necesito.

—¿Para qué?

Se encogió de hombros.

—Me tiene que pagar los estudios —dijo como si fuese obvio.

No había pensado en eso.

—Bien visto. Ojalá tuviera pasta. Te llevaría conmigo y me ocuparía de tus estudios.

Sonrió de un modo tan tierno que me derretí.

—Eres un buen chico.

Fruncí los labios.

—No, no te creas.

—Yo sé que sí.

Me abrazó y me besó lentamente. Aproveché el momento para saborearla a consciencia. Iba a echarla de menos. Aún no sabía cuándo podría volver a verla.

—Llámame —pidió al separarnos—. ¿Te acuerdas de mi número?

Se lo repetí y ella asintió.

—Muy bien. Adiós, Aiden.

—Adiós, S.

Sonrió sorprendida.

—Nadie me llama S, pero me gusta cómo suena.

—Mejor. Quiero ser el único en llamarte S.

— Es... glamuroso.

Hundí los dedos entre sus mechones de pelo, aplasté su boca contra la mía y le di un último beso de despedida.

—Ahora sí que tengo que marcharme.

—Cuídate.

—Y tú.

Eché a andar hacia el porche de su casa y yo aguardé en la calle hasta que estuvo dentro. Suspiré, di media vuelta y eché a andar en dirección a la estación. No tenía ningún derecho a joderle la vida a esa chica, pero iba a hacerlo porque estaba muy pillado por ella. Era una idea malísima arrastrar a Serena a mi mundo, y lo sabía. Sabía que tenía que haberme mantenido alejado de ella. Ahora era demasiado tarde para apartarse. Los dos estábamos demasiado pillados.

## Capítulo 6

La semana se me pasó volando entre mi trabajo en la gasolinera, las movidas en el barrio y mis constantes conflictos con Cristal, que tenía un novio nuevo y no dejaba de traerlo a casa. Otro yonqui como ella. Un sueño hecho realidad.

El jueves le pedí el móvil a Leroy, para poder llamar a Serena. Contestó al quinto toque. El corazón me retumbaba en el pecho con tanta violencia que notaba una extraña presión en los oídos. Temía no recordar bien la combinación de números.

—¿Sí?

Resoplé aliviado. Era su voz.

—Hola. Soy yo.

—¿Aiden?

—El mismo.

—¡Dios, te has acordado de mi número!

Parecía muy contenta de hablar conmigo, lo cual pintó una sonrisa exultante en mi rostro, porque yo también me alegraba mucho de escuchar su voz.

—Ya te dije que me acordaría.

—Ya... Me alegro de que hayas llamado. Llevo toda la semana pensando en ti —dijo, bajando la voz.

Callé un segundo, y luego, con voz ronca, añadí:

—Yo también llevo toda la semana pensando en ti.

*Y la semana anterior, y la anterior a la anterior, y todas las semanas desde que bailé contigo...*

—¿Y cómo van las cosas por ahí? ¿Has ido a muchas fiestas en casa de Leroy?

Entrecerré los ojos y suspiré. Sabía adónde quería ir a parar. A pesar de su tono despreocupado, lo que quería saber era si había visto a Rebel.

—Oye, Serena, no quiero que te preocupes por nada. Cuando digo que solo me interesas tú, hablo en serio.

Se produjo una pausa, después de la cual su voz sonó extraña en mis

oídos, insegura.

—Sí, lo sé, pero... Es que estamos muy lejos el uno del otro, y tú eres un tío muy guapo, seguro que tienes a todo un ejército de mujeres persiguiéndote, y sé que nunca hemos hablado de esto, pero...

—No me acuesto con nadie, Serena —interrumpí para ahorrarle el mal trago a ella—. No hace falta hablarlo. Sé lo que conlleva una relación.

—¿Tenemos una relación?

—Si no me falla la memoria, te dije que algún día pienso casarme contigo. Joder, ¡ya te digo que tenemos una relación!

Se rio, y su risa era tan dulce que me sorprendí a mí mismo sonriendo como un imbécil. Me hubiese gustado tenerla cerca en ese momento, pasar los dedos por su sedoso cabello, acercarla a mí y besarla. La echaba de menos como nunca había echado de menos a nadie.

—Está bien. ¿Cuándo podré verte?

—Espero que pronto. ¿Cómo van las cosas en tu casa?

Otra pausa. Y luego, la voz quebrada:

—Bien. Bien, ya te lo dije. Estamos bien.

No sé por qué, pero no terminó de convencerme.

—¿Y si te fueras de ahí?

—Aiden, me cerraría el grifo. Necesito dinero para pagarme los estudios.

En ese momento me di cuenta de que ni siquiera sabía qué estudiaba Serena. De hecho, no sabía nada sobre ella. Solo que no podía arrancármela de la cabeza. De eso sí estaba al tanto.

—¿Y qué es lo que estudias exactamente?

—Ciencias. Siempre me han fascinado las ciencias.

—Vaya, doctora. Menudo latazo.

Serena soltó una carcajada.

—Sí, suelen serlo. Pero resulta, señor King, que me gustan los latazos. Me reí.

—¿Y qué más te gusta, ya que has sacado el tema?

—Me gustas tú.

Sonreí un poco, bajé la mirada y enfoqué las baldosas color crema.

—¿De verdad?

—Ajá.

—¿Y qué tal tu ex novio, el *quarterback*?

—No me habla.

—Mejor. Oye, tengo que colgar. Es el móvil de Leroy.

—Oh. Pensaba que era tuyo.

—No, yo no puedo tener nada. Mi madre me lo acaba robando, tarde o temprano. Te llamaré la semana que viene, ¿vale?

—Sí, vale...

Estaba triste, y eso me puso triste a mí también.

—Ojalá estuviera ahora contigo —le susurré en un impulso.

Serena calló unos segundos.

—Sí, ojalá...

Y me colgó. No sé por qué, esa conversación me dejó inquieto. Pasé lo que quedaba de semana pensando en ella y en la tristeza que había flotado entre nosotros hacia el final de la llamada.

El sábado fui a una fiesta en casa de Leroy y coincidí con Rebel. No hablamos de mucho, me insultó y llamó zorra a Serena, luego nos deseó los peor y se largó enrabiada. Apenas pude decir nada. Su verborrea era incesante. Esa chica nunca escuchaba. Hablaba y hablaba como un disco rayado.

Aburrido de las fiestas y sin poder sacarme a mi chica de la cabeza, volví a casa, retiré mi bloc de notas de debajo del colchón y me puse a componer algo nuevo. Sorprendentemente, esta vez no me salió nada violento sobre la vida en las calles, ni el arte de morir joven, ni nada de las chorradas que formaban mi rap, sino que hablé sobre mi chica, Serena, y de cómo destruiría a cualquiera que intentara meterse con ella. En tan poco tiempo se había convertido en la persona más importante en mi vida.

\*\*\*\*\*

No vi a Serena durante dos meses, y la echaba de menos como nunca había echado de menos a nadie. Todas las noches me tendía en la cama y me imaginaba que ella estaba tumbada a mi lado. Yo le acariciaba el pelo y ella me sonreía con esa sonrisa suya que iluminaba mi oscuridad. Ninguno llevábamos demasiado bien la relación a distancia. Éramos jóvenes e inseguros. Y proveníamos de mundos tan diferentes que era normal que nos sintiéramos así.

Una vez nos peleamos por teléfono. Serena quería que fuera a verla, pero yo no podía, porque ese fin de semana me habían invitado a actuar en una

fiesta y necesitaba la pasta. Quería comprar un coche, para así ir a Dayton más a menudo. No se lo dije, quería que fuese una sorpresa. Me imaginaba su bonita sonrisa al verme parado en la puerta de su universidad. Pensaba sorprenderla la semana siguiente. Ya había juntado casi cinco mil dólares.

La noche del recital que me acarreó la pelea con Serena, volví a casa a guardar mis ganancias. Iba a pasar el rato con Leroy y nuestro grupo, averiguar si conocían a alguien que vendiese su coche por ese dinero, pero cuando levanté el colchón, no encontré nada debajo. Me volví loco, empecé a buscar el dinero por todas partes, revolví cada centímetro, miré en cada rincón, cada escondite. No quería aceptar lo que había sucedido en realidad; me negaba a aceptar que el dinero había desaparecido y que ya nunca podría darle la sorpresa a Serena. Nunca vería sus labios dibujar esa sonrisa que tantas veces había imaginado.

Mi furia se desbordó. Empecé a tirarlo todo, estanterías, cajones. Destruí la habitación en menos de diez minutos. Luego cogí una bolsa, metí la escasa ropa que tenía y salí dando un portazo. Cristal y su novio estaban tumbados en el sofá. A juzgar por su expresión serena, estaban rozando el nirvana. ¡Con mi jodido dinero!

Vi negro delante de los ojos. Dejé caer la bolsa al suelo, cogí al menda por el cuello y empecé a darle de puñetazos en toda la cara. La sangre manó de su nariz y me salpicó en la cara. Cristal chillaba y tiraba de mí hacia atrás, pero yo solo podía centrarme en mi objetivo: cargarme a ese hijo de perra. No podía detenerme, estaba demasiado enrabiado.

Acabó desmayándose y solo entonces comprendí que pegarle no iba a arreglar nada. Nunca iba a recuperar lo que había perdido. Y no me refiero solo al dinero. También a la ilusión de ver a mi chica, a la confianza en mi madre, a todo. Nunca iba a recuperarlo. Entre Cristal y yo había ahora un abismo imposible de cruzar, y no había modo de que las cosas fueran a mejor.

—Capullo de mierda —juré entre dientes. Solté las solapas de su chaqueta polvorienta y lo arrojé lejos con una expresión de asco y rabia ardiendo en mis ojos.

—Voy a hacer que te arresten, ¿me has oído? —chilló Cristal, histérica.

Puse una mano en su pecho para mantenerla apartada de mí, y la apunté con el dedo índice, advirtiéndola de que, si no dejaba de arañarme y pegarme, las cosas irían a peor.

—A partir de este momento, estás muerta para mí, ¿te enteras? No quiero volver a verte nunca. Jamás. ¡En la puta vida! Considera que no tienes hijos, porque a mí ya no me tienes.

La empujé hacia atrás con repugnancia, cogí mi bolsa y salí para no volver nunca. Solo tenía veintidós años, doscientos dólares en el bolsillo y ni puñetera idea de adónde ir o qué me aguardaría el día de mañana. Lo único que sabía era que estaba harto y que no podía seguir viviendo de esa forma.

\*\*\*\*\*

Conseguí una habitación en un motel de mala muerte, en la otra punta de Cleveland. Veinte dólares la noche, con un café incluido. En fin, cualquier cosa era mejor que vivir con la loca de Cristal.

Como ya no había problema de que me robaran, en cuanto cobré mi paga en la gasolinera me compré un móvil de segunda mano para poder comunicarme con Serena. Con cada día que pasaba la echaba de menos un poco más, y hablar con ella todas las noches antes de irme a la cama no mitigaba mi deseo de verla y estar a su lado.

Nunca había mantenido una relación a distancia, y tenía la impresión de que apenas formaba parte de la vida de Serena. Me la imaginaba yendo a fiestas en el Gueto, rodeada de *quarterbacks* guapos y ricos que, además, conocían el significado de la palabra *ecléctico* (aún me atormentaba el haber hecho el imbécil esa primera noche), y me sorprendía a mí mismo experimentando algo que nunca antes había sentido: celos. No me gustaba saberla rodeada de otros tíos. ¿Y si se daba cuenta de que ellos eran mejores que yo?

Estaba bastante pillado por Serena, demasiado incluso, y me enervaba ese enamoramiento tan absurdo. Se suponía que yo tenía un plan, pero en vez de esforzarme en conseguirlo, me pasaba el día soñando con los ojos despiertos en cómo sería mi vida con ella.

Al abandonar Scovill Avenue, me quedé bastante aislado, con lo que no me escaseaba tiempo para pensar. Apenas veía ya a mis colegas. Solo alguna noche cuando salía de trabajar en la gasolinera y no estaba demasiado cansado, pasaba por casa de Leroy, que era donde se solían organizar la mayoría de los encuentros. Incluso mis visitas a Mia disminuyeron.



Por el contrario, el número de mis canciones no hacía más que crecer. No experimentaba el así llamado *bloqueo*.

Pasaron de ese modo unos tres meses hasta que pude ir a ver a Serena por fin. No le dije nada, quería sorprenderla. Y la sorprendí, ¡en compañía de un tío que parecía muy interesado en ella!

Los vi a lo lejos. Estaban en el jardín de su casa. Ella le ofrecía limonada y él iba descamisado. Apreté los puños y me encaminé hacia ellos, no sé muy bien con qué intenciones. Aunque conociendo mi trayectoria, seguro que eran intenciones nefastas.

Cuando me vio, la primera reacción de Serena fue palidecer a causa de la sorpresa. Un instante después, salió corriendo a mis brazos con tanto entusiasmo que me olvidé de mi cólera anterior y de mis deseos de arreglarle la cara al gilipollas que cortaba el césped.

—¡No puedo creer que estés aquí y que no me hayas dicho nada! —me riñó, rodeándome la cintura con las piernas. Sus brazos se enroscaron alrededor de mi cuello, sus ojos azules se hundieron en los míos, y yo me sentí completo por primera vez en meses.

—Quería que fuese una sorpresa —le dije, sosteniéndola por las caderas.

—Dios, es la mejor sorpresa que me han hecho nunca —declaró.

Sus labios fueron al encuentro de los míos, y le di un beso bastante ansioso y puede que un tanto agresivo. Serena era mía y supongo que ese era mi modo de dejárselo claro.

Salió una mujer de la casa de al lado y nos lanzó una mirada escandalizada. Serena ni se inmutó. Yo lo vi todo de reojo, pero me dio igual. Que se escandalizaran todo lo que les diera la gana.

—Coge tus cosas —le susurré al oído—. Nos vamos.

Serena retrocedió un poco y me miró parpadeando.

—¿Adónde?

—No lo sé. A cualquier parte. Me he cogido dos días de vacaciones para estar contigo.

Sonrió, plantó otro beso en mis labios y me pidió que la bajara al suelo. Su vecina fingía regar el césped, aunque no nos quitaba ojo.

—¿Es amiga tuya? —le pregunté a Serena con un discreto gesto de cabeza.

—No. Pero quiere pescar a mi padre.

—Ah. Conque es una potencial madrastra. No me extraña que me esté

observando de ese modo. Creo que no le gusto para ti.

—Que le den. Voy a por mi bolso. ¡Qué ganas tengo de estar contigo!  
—chilló, de lo más entusiasmada.

Dio media vuelta y se fue corriendo hasta su casa.

—¡Serena! —grité a sus espaldas, y ella se volvió justo antes de entrar—.  
Llévate ropa para dos días. Nos iremos a alguna parte.

Sonrió y asintió. Mientras la esperaba, llegó un tipo con un Mercedes plateado, muy lujoso. Detuvo el coche en la entrada y se bajó, sin reparar en mi presencia. Tenía unos cuarenta y tantos años, era rubio y llevaba un traje muy elegante y un maletín negro en la mano.

—¿Cómo estás, Miguel? —saludó al descamisado moreno y musculoso cuya mera presencia ahí me sacaba de mis casillas.

El así llamado Miguel apagó la desbrozadora durante un par de segundos, lo justo como para contestar.

—Muy bien, señor Fry. Ya casi he acabado.

Apreté los puños y los dientes con ira. Conque ese era el padre de Serena.

Lo estudié con atención y me sentí enfermo. Ese tío me revolvía el estómago.

No sé en qué estaba pensando, pero fui hacia él, muy lanzado, probablemente con alguna intención violenta que, sin embargo, no llegó a materializarse, pues Serena salió por la puerta con una mochila en la mano y me lanzó tal mirada de advertencia que frené en seco a medio camino, di media vuelta y regresé a mi sitio, donde me apoyé disgustado contra un árbol.

—Serena, ¿adónde vas? —la interpeló él nada más verla.

Ella se le acercó, siempre mirándolo a la cara con una expresión que yo nunca antes había visto en ella. En sus bonitos ojos refulgía tal mirada fiera, había tanta rabia subyacente en ellos que me sorprendió el hecho de que él no lo viera. En su interior, Serena ardía en llamas. ¿Por qué era yo el único que se percataba de ello? ¿Nadie más podía ver que esa chica moría lentamente con cada segundo que pasaba?

—Voy a pasar unos días con Aiden —contestó, sosegada y distante, en absoluto contraste con la ira que la consumía por dentro.

—¿Quién diantres es Aiden?

—Mi novio.

—No tengo constancia de ningún novio. ¡Y desde luego que no vas a pasar el fin de semana por ahí!

—¿Qué es lo peor que puede pasar, papá? ¿Que pierda la virginidad?  
—propuso Serena con actitud desafiante.

Me di cuenta de que al tipo se le nubló el rostro. Apartó la mirada con nerviosismo, y Serena aprovechó su golpe para marcharse. Mientras ella caminaba hacia mí, su padre se volvió, y entonces, sus ojos azules cayeron sobre la figura apoyada contra un árbol delante de su mansión. No le gustó verme ahí. Me lanzó una mirada de arriba abajo y vi el horror y el desprecio impresos en su rostro.

—¿Preparado? —me dijo Serena, intentando atrapar mi mirada.

Aunque la chica de mis sueños estaba delante de mí, esperando una respuesta, yo solo podía mirar a su jodido padre. Él, a su vez, me miraba a los ojos.

—¿Aiden? —susurró, insegura.

Tenso y consumido por la rabia, lo reté con la mirada a que se me acercara. No lo hizo. Encima, un cobarde de mierda. Serena me zarandeó y tuve que bajar la mirada hacia ella por un instante.

—¿Qué? Sí, nos vamos —murmuré, y de nuevo alcé la mirada hacia su padre.

Al vernos marchar, sacudió la cabeza para mostrar su reprobación.

—¡Adelante! —le gritó a su hija—. Vete con ese Don Nadie lleno de tatuajes, si es lo que quieras. Pero que sepas que...

Solté la mano de Serena y fui hacia él. Era justo el empujón que necesitaba para estallar.

—¿Qué me has llamado, so capullo?

—¡Aiden! —gritó Serena, tirando de mi camiseta para detenerme—. Déjalo en paz. Nos vamos.

No tenía la más mínima intención de retroceder. Seguí con la mirada fija en la de su padre y los puños preparados para el ataque.

—¡Aiden! He dicho que lo dejes estar.

Serena se colocó en medio y empujó mi pecho hacia atrás. Me dejé empujar, aunque no me hizo demasiada gracia tener que retroceder. Me había exaltado y era frustrante tener que marcharme de ahí sin calentarme con él.

—Ojito con cómo tratas a Serena, o te las verás conmigo —advertí enrabiado, con los dientes rechinados.

—¿Me estás amenazando? —gruñó, sin creer que un Don Nadie como yo fuese capaz de tal atrevimiento.

—Aiden, vámonos. No vale la pena —insistió Serena.

Ni de coña me iba a ir.

—Como veo que tienes problemas para entender el lenguaje, te lo diré más claro, *viejo*. Si le vuelves a poner un dedo encima, ¡te partiré la puta cara! ¿Está claro?

Se debió de dar cuenta de que yo iba en serio, y creo que se asustó, porque no dijo nada más. Cerró su estúpido coche caro, a lo mejor pensó que se lo iba a robar, y se dio prisa en esconderse dentro de casa. Solo entonces me volví hacia Serena, y advertí lo cabreada que estaba conmigo.

—Te pedí que lo dejaras estar. ¿Y si ahora deja de pagarme los estudios?

Oh, me habría gustado ver eso.

—Entonces me presento en tu puerta y le machaco como nunca en su puta vida lo han machacado.

La expresión en sus ojos cambió. Pasó de la ira a la tristeza. Eso me dolió; me dolió que la entristeciera mi modo de ser, es agresividad ignominiosa que cada vez que intentaba refrenar, no conseguía más que avivarla.

—¿Tú lo resuelves todo con violencia? —preguntó, esta vez con la voz calmada y puede que herida.

Cerré los párpados por unos segundos y cogí aire en los pulmones. Necesitaba tranquilizarme de inmediato. No quería que se asustara de mí. No pretendía espantarla. Lo único que quería era protegerla. De todo el mundo.

—Lo siento, Serena —susurré, volviendo a mirarla cuando fui capaz de recuperar la compostura—. Siento si no te gusta mi forma de comportarme. No puedo ser de otro modo ni puedo evitar querer cargarme a cualquiera que te haga daño.

Tenía que haberle dicho en ese momento lo importante que era ella para mí, pero me lo callé porque no quería que huyera de mí. ¿Y si yo me había cogido un enamoramiento estúpido y ella solo quería pasar el rato con un chico como yo, antes de optar por algo mejor? Como no sabía a ciencia exacta qué sentía Serena respecto a mí, cerré la boca y no dije nada más. Me limité a esperar su veredicto.

—¿Y si el que va a hacerme daño vas a ser tú mismo, Aiden? —propuso con voz temblorosa.

Bajé los ojos hacia los suyos y le acaricié la mejilla con ternura.

—Eso nunca pasará. Te lo prometo. Yo nunca te haría daño.

*Porque te quiero.*

—Pues espero que lo cumplas —me susurró, moviendo ansiosamente los ojos por todo mi rostro, como si estuviera buscando algo, un indicio, una confirmación.

Sonreí un poco para infundirle ánimos.

—Ya verás cómo sí.

Nos quedamos los dos en silencio, evaluando la mirada del otro.

—¿Sigues queriendo pasar el fin de semana conmigo? —pregunté en un impulso, al ver que ella se mantenía callada y seria.

Caviló durante unos momentos mientras se mordisqueaba el labio inferior. Aguardé con el corazón frenético. ¿Y si me decía que no?

—¿Intentarás cargarte a alguien? —repuso, sus ojos clavados en los míos como en un duelo.

Sonreí con expresión indulgente.

—Solo si se mete contigo.

—Está bien —suspiró—. Vámonos de aquí.

Estaba aliviado, aunque conseguí disimularlo bastante bien. La cogí de la mano y echamos a andar por la acera. El sol, en su descenso, deslumbraba tanto que apenas podía mantener los ojos abiertos. Eché en falta unas gafas de sol.

—¿Todavía estás enfadada conmigo? —inquirí, poniéndole fin a ese ambiente silencioso y mesurado que se había instalado entre nosotros después del tenso momento con su padre.

Serena frunció los labios en un gesto que podría haber significado cualquier cosa.

—Ligeramente molesta —resolvió, una respuesta que se me antojó exigua.

Le lancé una escueta mirada de reojo y advertí que su resolución de mantenerse enfadada conmigo se estaba quebrando. A duras penas fui capaz de reprimir una media sonrisa de complacencia.

—¿Y qué puedo hacer para que se te pase?

Cuando giró el cuello para observarme, en sus ojos fulguró un destello de malicia.

—Te lo diré más tarde. Creo que se me ocurre un buen modo de que me lo compenses.

Sonreí al comprender sus intenciones, y negué con la cabeza. Esa chica me encantaba.

\*\*\*\*\*

Serena y yo cogimos una habitación de motel. Vale, no era muy romántico, pero era lo que había.

—¿Te parece cutre, a que sí?

Se dejó caer en el borde de la cama, me miró y suspiró. Sus hermosos ojos azules se pasearon por toda la habitación. Era pequeña y muy modesta, aunque en mi defensa diré que estaba limpia. Había una cama, dos mesillas, un armario y una butaca. Me consolé diciéndome que al menos tenía baño propio. En el sitio donde vivía yo, había que compartir baño con toda la planta.

—Seguro que hay sitios peores —sentenció Serena.

Me sentí triste por no poder darle lo que ella se merecía. Supongo que me sentí más pobre que nunca. Su padre lleva razón: yo era un Don Nadie.

—Voy un segundo al baño —dijo al tiempo que yo abría la boca para disculparme.

A lo mejor se quería cambiar de ropa y le daba vergüenza hacerlo delante de mí. Decidí darle un poco de intimidación y posponer lo que tenía pensado decir.

—Vale. ¿Quieres que vaya a por unos refrescos?

Sus ojos destellaron algo que no supe descifrar.

—Qué buena idea. Ve.

Suspiré, cogí la cartera y salí por la puerta, comprendiendo que ella quería estar sola en ese momento. Me hubiese gustado saber qué pasaba por su mente. Esperé que no se sintiera ofendida por haberla llevado a un motel como a una chica cualquiera. Yo no tenía pensado acostarme con ella. Solo quería pasar la noche a su lado, abrazarla y besarla.

Saqué dos Coca Colas y unas patatas de la máquina del pasillo, y resolví aclararle ese asunto en cuanto estuviera de vuelta. No quería ningún malentendido en nuestra relación, por lo que tenía que ser franco con ella. Ya bastante difícil era pasar tanto tiempo separados y provenir de mundos tan opuestos, como para andar encima con malentendidos.

Regresé a la habitación, metí la llave dentro y empujé la puerta con el hombro.

Frené en seco nada más entrar, y los ojos se me salieron de las órbitas. Serena estaba de pie en el umbral de la puerta del baño y solo llevaba una

especie de camisón negro. No pude evitarlo, la estudié de arriba abajo de un modo no demasiado decente, y tragué saliva.

—Estás muy callado —advirtió Serena buscando mis ojos.

¡No jodas! Pues claro que estaba callado. ¡Estaba en una jodida conmoción! Mi chica estaba delante de mí, medio desnuda, y yo solo podía pensar en cosas muy... muy... ¡Cosas que no tenían nada que ver con lo que había planeado, joder!

—Es que... no sé qué decir —balbucí, y mi voz sonó tan débil que parecía mentira que yo fuese Aiden King, el chico que había machado a puñetazos al jodido Ash Williams, el tipo más chungo de Scovill Avenue.

—Puedes decirme que estoy guapa —me propuso Serena, con la cabeza ladeada hacia la derecha.

Dejé caer las Coca Colas y las patatas al suelo, atravesé la habitación, cogí su rostro entre las manos y estrellé nuestros labios en un beso. Mi lengua empujó para entrar y Serena soltó un gemido, antes de besarme de vuelta. Con la mente cada vez más nublada de deseo, la apoyé contra el umbral de la puerta y bajé los labios por su mentón.

—No estás guapa —le dije entre beso y beso—. Estás preciosa.

Serena hundió los dedos en mi pelo y me dio un suave tirón. Me hacía falta un corte de pelo.

Mi boca se volvió cada vez más ávida por saborear su piel. Bajé por su cuello y su clavícula, y luego volví a subir por el lateral, hacia su oído.

—Me vuelves loco, Serena —gruñí en su oreja.

—Y tú a mí —musitó mientras tiraba de mi pelo para volver a besarme.

Arrastró mi boca hacia la suya y me metió la lengua dentro. Se me puso dura de inmediato, y Serena lo debió de notar, ya que estaba pegada a mí. Su boca se tornó un poco más hambrienta, y eso me mataba, porque sabía que no podía pasar de ese punto con ella.

Así que, a pesar de lo difícil que me resultaba, me detuve, retrocedí un poco y bajé la mirada hacia sus ojos. Me notaba el rostro alterado a causa de la excitación. La respiración brotaba, entrecortada, a través de mis labios entreabiertos, y estaba tan necesitado que casi resultaba doloroso.

—Serena, vamos a parar, ¿quieres?

Parpadeó desconcertada y me miró como si estuviese hablándole en chino.

—¿Quieres que paremos?

Entorné los ojos. No, no quería parar. *Debía* hacerlo.

—No quiero que te lleves una impresión equivocada. Si te he traído a un motel ha sido porque quería estar contigo, pero no de este modo.

Serena suspiró irritada, se volvió de espaldas y se fue hacia la ventana. Estuvo ahí durante un buen rato, ocultándome su reacción. La miré inquieto, sin dejar de mordisquearme el labio. Me estaba poniendo muy nervioso lo prolongado que se estaba volviendo su silencio. ¿En qué pensaba? ¿Por qué no me hablaba?

—Crees que podría llegar a sentirme como una puta barata, ¿verdad? Por estar en un motel cutre y todo eso...

Me sentía cada vez más tenso, lo notaba, sobre todo, en la zona de los hombros, que se había vuelto rígida de repente.

—Bueno, no lo sé. Sí. No quiero que te sientas obligada a hacer nada que no quieras hacer solo porque estamos en un motel.

Calló de nuevo y yo empecé a frotarme las palmas encima de mis vaqueros caídos. *Di algo, Serena.*

Se volvió hacia mí y me escrutó con un gesto ceñudo. Al cabo de unos inquietantes segundos, su boca empezó a moverse despacio, hasta que vi asomarse una sonrisa.

—Eres el mejor chico con el que he salido nunca.

Creo que me ruboricé. Un poco.

Me acerqué a ella y la envolví en un abrazo. Quería resguardarla de todo mal, ahorrarle todos los dolores que la vida iba a producirle; coger su sufrimiento, la rabia que la consumía por dentro, y convertirlos en míos propios, para que así ella pudiera conocer la felicidad más absoluta. Quería hacer tantísimas cosas por ella...pero no podía. Lo único que podía hacer era abrazarla, y la abracé mientras sentía que nuestras mentes se fusionaban y se convertían en una sola.

—Quiero que sepas que voy en serio contigo —le susurré al oído—, y que, si hay que ir despacio, lo haremos. No te sientas presionada de ningún modo, ni vayas a pensar que si no me acuesto contigo es porque lo hago con cualquier otra de por ahí.

—¿No lo haces?

Noté cierto matiz desconfiado en su voz. Cogí su cabeza entre las manos y mis ojos apuntaron hacia los suyos.

—Serena, no he mantenido relaciones sexuales con nadie desde que te besé. O me besaste, en fin, como sea —me corregí, con los párpados



entornados.

Serena se mordió el labio.

—¿Por qué? ¿Estás enamorado de mí?

Sus enormes ojos azules se movían de un lado al otro, buscando respuestas en mi mirada. Esbocé un gesto de dulzura y mis dedos apretaron su cabeza con más fuerza.

—Vale, sé que esto te parecerá precipitado, y puede que lo sea, porque solo es nuestra segunda cita, pero... creo que estoy bastante enamorado de ti.

Se volvió a morder el labio, esta vez para retener la sonrisa.

—¿Ah, sí? ¿Pues sabes qué, Aiden?

La miré por debajo de la frente arrugada.

—¿El qué?

—Yo también creo que estoy *bastante* enamorada de ti.

Le sonreí y le besé ambos párpados.

—Entonces... ¿quieres que pongamos la tele?

Me miró unos segundos y asintió. La cogí de la mano, nos fuimos a la cama y la acurruqué contra mi costado. La rodeé con un brazo y encendí la vieja televisión. Hice *zapping* durante un rato, hasta que Serena me dijo que parara.

—¡Mira! Echan *Love Story*.

Puse los ojos en blanco, aprovechando la oscuridad de la habitación. Pues claro que le gustaba *Love Story*. Era una chica.

—Ella muere —comenté con una mueca.

Serena me dio un golpe en el brazo.

—Ya lo sé, cascarrabias. La película empieza así. Esa no es la cuestión. Todos morimos alguna vez. La cuestión es si, antes de morir, hemos encontrado o no el amor verdadero.

La miré sin ser capaz de dejar de sonreír.

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó, un poco irritada conmigo.

—Porque eres muy dulce —contesté, antes de plantar un beso en la punta de su nariz.

Ella sonrió y se abrazó a mí con más posesividad.

—Gracias. Tú también.

—¿En serio? —me reí—. ¿Te parezco *dulce*?

—Bueno, si ignoramos tus pintas de malote y todos estos tatuajes —paseó el dedo por mi brazo, y yo me estremecí por la suavidad con la que me

rozó—, sí, me parece que eres dulce —sentenció, buscando mis ojos.

La cogí por la mandíbula, le levanté el rostro y la volví a besar, solo que esta vez la besé de un modo mucho más tierno.

—Sí. Ya te digo que eres dulce... —suspiró Serena cuando solté sus labios.

—Pero chissss, que no se enteren en mi barrio. Ash me machacaría.

Dejó escapar una risita.

—Será nuestro secreto. ¿Vemos la peli?

—Si no queda otra...

Apoyó la cabeza en mi pecho y yo me pasé el rato acariciándole el pelo. La verdad era que la película me parecía un latazo.

—¿No es perfecto? —farfulló Serena, sorbiendo por la nariz.

Sonreí un poco, aprovechando que no podía verme. En mi opinión, mirar esa película era una absoluta muestra de masoquismo.

—¿Perfecto? No. Perfecto habría sido que ella viviera y que tuvieran siete hijos y que de mayores pudieran llevar al parque a sus catorce nietos.

Alzó el rostro hacia el mío. Tenía los ojos cargados de lágrimas y un poco enrojecidos. Estaba guapísima. Despertó en mí oleadas de ternura que me hicieron enamorarme de ella todavía más.

—Ya. Pero la vida no siempre es así —me dijo con amargura—. Las historias de amor no siempre acaban bien.

Le sonreí con afecto.

—La nuestra, sí.

Serena intentó sonreír a pesar de su tristeza.

—¿Me lo prometes?

—Ajá. Tú y yo viviremos una vida larga y plena, tendremos hijos y un montón de nietos, y te prometo que te querré igual cuando tengas ochenta años y el rostro surcado de arrugas.

—Espera... —Sus ojos escrutaron a los míos durante unos segundos, mientras que su boca se movía, empezando a desvelar una sonrisa—. ¿Me acabas de decir que me quieres?

Mierda. ¡Tenía razón! Se lo había dicho sin querer.

—Bueno, me ha salido así —intenté justificarme.

Serena se rio, tiró de mí hacia abajo y me dio un beso muy pasional.

—¿Ves cómo eres muy dulce? —susurró contra mis labios.

Puse las manos en su cintura, la levanté y la subí encima de mí. Vale, no

íbamos a acostarnos, pero sí podíamos enrollarnos, ¿o no? Decidí que sí, y la besé mientras mis manos se arrastraban por su espalda y sus caderas.

—¿Lo que noto es tu...?

—Ajá —la interrumpí, y ella sonrió en mi boca y empezó a contonearse encima de mi erección.

—Serena, no hagas eso.

—¿Temes perder el control? —se burló.

—Lo que temo es que acabe aprisionándote por debajo de mi cuerpo, te arranque este sexy... lo que sea la cosa esta que llevas puesta, y que termine metiendo *esto* —cogí su mano y la apreté contra mi polla— dentro de *esto* —subrayé, acariciándola por encima de la tela de su ropa interior.

Serena entrecerró los ojos.

—¿Y qué tiene eso de malo? —repuso con la voz rota.

Le mostré una de mis repentinas sonrisas descaradas, las que no tardaban más de unos segundos en apagarse.

—Es nuestra segunda cita y si nos acostamos, me sentiré utilizado.

Se rio y su boca se acercó a la mía.

—Que tonto eres —susurró, encima de mis labios.

Me reí, me abracé a su espalda y la besé en la boca. A medida que pasaban los segundos, el beso se volvía cada vez más pasional. Serena no dejaba de frotarse contra mí, y yo no dejaba de maldecir mis estúpidos principios. Mi lado menos sensato quería cogerla por las muñecas, darle la vuelta por debajo de mi cuerpo, aprisionarla contra el colchón y hacerle el amor ahí mismo, sin importar que estuviésemos en un motel asqueroso o que aquella fuese solo nuestra segunda cita.

—Aiden...

—¿Hmmm?

—¿Y si me quitas el camisón?

—Serena —advertí, con los ojos entornados—. No me tortures.

Serena se enderezó, me miró con una sonrisa pícara y dejó caer el tirante de su camisón. Juré por lo bajo, porque mi imaginación se estaba volviendo loca. Me la imaginaba ya desnuda y, por supuesto, mi cuerpo reaccionó ante esas imágenes.

Serena buscó mis ojos y me provocó con su adorable sonrisa traviesa. Sin quebrantar la intensidad de nuestro contacto visual, hizo que el camisón se le deslizara hasta las caderas. Mi garganta se movió al tragar saliva. La miré

turbado y ella asintió.

—Quiero más, Aiden. Quiero que estés dentro de mí. Llevamos un año conociéndonos. No es como si fuésemos extraños.

¡A la mierda el caballerismo! Cogí a Serena por las caderas, la giré por debajo de mí y la apreté contra el colchón, mientras con una mano me deshacía de sus bragas y las lanzaba hacia atrás. Creo que la asusté y todo. No se esperaba una reacción tan inmediata.

Mis ojos planearon sobre los suyos, buscando una confirmación. Ella me miró y advertí la inquietud en su mirada.

—Yo no soy él —le susurré, y le acaricié la cadera muy despacio para mostrarle que eso podía ser diferente a lo que ella había conocido.

Ella hundió los dedos en mi pelo y tiró de mí hacia abajo.

—Lo sé. Y por eso te quiero.

Cerré los ojos y me entregué a sus besos. Me acababa de decir que me quería, y creo que, por primera vez en toda mi trastornada vida, descubrí qué era aquello a lo que llamaban *felicidad*.

Deslicé los labios por su mandíbula y su cuello, y ella se estremeció por debajo de mí y acarició cada músculo que se había tensado en mi espalda. Cogí uno de sus pechos con la mano y me lo metí en la boca. Serena dio un respingo cuando pasé la lengua por el pezón y lo moví de un lado al otro. Intentó tocarme, pero la cogí por las muñecas y le coloqué los brazos por encima de la cabeza, para poder contemplarla bien.

—Dios mío, eres muy guapa. ¿Qué haces con un tipo como yo?

—Intento hacer el amor con él —me contestó, y yo sonreí mientras cabeceaba, divertido por sus palabras. Con cada instante que pasaba a su lado, el amor que ella hacía vibrar en mí se estaba desbordando.

—Bueno, si tanto te empeñas, vale, te haré el amor —concedí como con fastidio—. Me sacrificaré.

Se rio y me obligó a que la besara. Y la besé, porque yo, en realidad, era muy débil y ella me volvía loco.

Le cogí de nuevo los pechos entre las manos y se los apreté mientras la contemplaba con ojos ardientes. No pude resistirme, bajé la cabeza y pasé la lengua por las cimas erguidas, y luego las rodeé con los labios y tiré de ellas para que se endurecieran todavía más. Serena se estaba retorciendo y su entrepierna se frotaba contra mis vaqueros.

Decidí que era el momento de quitarme la ropa yo también. Retrocedí y

me saqué la camiseta por encima de la cabeza. Serena, al quedar libres sus muñecas, aprovechó para mover el brazo y deslizar un dedo desde mi pecho hasta mi abdomen. Trazó una línea y me sonrió.

—Me gusta el tatuaje de tu costado —musitó.

—¿Ah, sí?

En respuesta, se incorporó y pasó la lengua por encima de él. Cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás y dejé que siguiera. Serena me empujó y aterricé en la otra punta del colchón. Se me subió encima y empezó a besarme de un modo muy pasional. Yo hundí los dedos en sus caderas y la mantuve pegada a mí.

Mientras me besaba, movió la mano y me desabrochó los vaqueros. Bajó la cremallera y sus dedos se colaron por debajo de la tela. Sonreí contra su boca y le mordí el labio inferior.

—Quítate los vaqueros —ordenó.

—Sí, señora.

Se movió y yo terminé de desnudarme. Los ojos de Serena se oscurecieron un poco.

—Estás muy...

—¿Desnudo? ¿Empalmado? ¿Lleno de tatuajes siniestros?

—Guapo —susurró con una suavidad que me hizo sonreír tiernamente.

—Gracias, S. Tú también estás muy guapa.

Me volví a tumbar en la cama, la cogí por las caderas y la coloqué encima de mí.

—Ahora prosigue con lo que estabas haciendo —le pedí.

Sonrió un poco y bajó los labios por mi pecho. Me besó y me lamió, mientras su mano se cerraba sobre la rigidez de mi miembro. La dejé que mandara un par de minutos, y luego la volví a girar.

—¿Te gusta controlarlo todo? —pregunté cuando estuve encima de ella, con los ojos planeando sobre los suyos.

—No. Lo que pasa es que yo soy el experto aquí.

Su pecho se sacudió de la risa y yo bajé la cabeza y arrastré los labios por su piel. Mi polla empezó a frotarse contra los pliegues de su sexo, impaciente por encontrar el modo de entrar. Metí la mano entre sus piernas y empecé a acariciarla mientras mi lengua se perdía en su boca. No me detuve hasta que hice que se corriera.

Cuando advertí las violentas sacudidas de su cuerpo, metí la cabeza entre

sus piernas y la saboreé conforme se dejaba llevar. Serena enroscó los dedos entre los mechones de mi cabello y me dio un tirón bastante fuerte. Sus caderas se contorsionaron hacia arriba y un lánguido gemido escapó de su garganta.

No dejé pasar la oportunidad y le metí un dedo dentro y lo giré despacio. Al estar dentro de ella, notaba como su vagina se cerraba y se abría. Le rodeé el clítoris con la lengua y ella gritó y me cogió la cabeza entre las manos para obligarme a parar. Supuse que era una sensación muy fuerte para su sexo, sensible después de ese orgasmo, así que no insistí demasiado.

—Estás muy mojada.

—Lo estoy... Y te quiero dentro. YA.

Sonreí, subí a besos por su abdomen y su pecho y la besé en la boca, mientras mi polla la atravesaba. Una vez dentro, me detuve, para que los dos nos acostumbráramos a esa sensación. Di vueltas por su boca y por fin empecé a moverme dentro de ella.

Cuando solté sus labios, Serena clavó los dientes en mi hombro y me dio un buen mordisco. Intenté ser lo más tierno posible, aunque en algún momento perdí un poco los estribos y me dejé llevar por la fuerza de la pasión durante un par de segundos, en los que entré y salí de ella como si me fuera la vida en ello. Luego recordé que para ella era una especie de primera vez y bajé el ritmo de inmediato.

Hice que se volviera a correr una vez más, antes de salir de ella y correrme yo también. No me había puesto un condón. Más que nada, porque no tenía uno. Mi plan no era acostarme con ella tan pronto.

Exhausto, me dejé caer en el colchón y tiré de Serena hacia mis brazos. Ella apoyó la cabeza contra mi pecho y se entretuvo lamiendo mis pezones.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que esto vuelva a funcionar?  
—preguntó, con mi polla en la mano.

Bajé la mirada con una sonrisa.

—Si sigues tocándome así, muy poco.

—Bien —murmuró, bajando la lengua por los agarrotados músculos de mi abdomen.

\*\*\*\*\*

Pasé esa primera noche amando a Serena hasta el amanecer, y luego me

dormí junto a ella, aferrado a su mano. Era mi último día con ella y no quería irme a casa. Me habría quedado en ese motel durante años.

Cuando me desperté a mediodía, volví a hacerle el amor, esta vez con más ternura que antes. Ya no íbamos con tantas prisas como la noche anterior. Ahora podía disfrutarla un poco más. La besé sin saciarme, la toqué muy despacio y le hice muchas promesas que aún no sabía cómo iba a cumplir.

A eso de la una de la tarde, decidí que había que largarse de ahí. Estábamos los dos famélicos. No habíamos cenado nada aparte de las patatas fritas.

Llevé a Serena a una cafetería de las de antaño. Llamadme anticuado, pero siempre he odiado las franquicias. No lo sé, me gustan las hamburguesas que solían servir en los sesenta, cuando todo era paz, tranquilidad y... maría.

El local era un poco cochambroso, hay que admitirlo, pero olía tan bien que decidimos entrar de inmediato. Nos sentamos cada uno en un asiento de color azul cielo y examinamos nuestras cartas. Yo, como ya lo tenía claro (iba a pedir una hamburguesa de las de antes), me pasé el rato contemplando a Serena por encima del menú. Esa mañana su piel tenía un brillo especial que no dejaba que la sonrisa se apagara encima de mis labios. Cada vez que la miraba, sonreía como un estúpido. ¡Porque esa chica tan guapa era mía! *Chuparos esa, capullos*, desafié con la mirada a los idiotas que, al igual que yo, no dejaban de mirar a Serena.

—¿Eres feliz? —susurré alocadamente, y ella alzó la mirada, sorprendida.

—¿Qué?

—Que si eres feliz. Ahora. Aquí. Conmigo.

La sonrisa que se abrió paso en su rostro me aseguró que lo era. Se alargó un poco y cogió mi mano por encima de la mesa.

—Aiden, claro que soy feliz. Aunque me entristece saber que te marcharás esta noche.

Me medio encogí de hombros. No quería pensar en el futuro. Para mí, no existía nada más allá de ese momento, sus ojos trabados en los míos, su mano en mi mano. Era perfecto, y nunca volveríamos a presenciar tanta perfección, por eso quería aferrarme a esos breves instantes con las dos manos y retenerlos a mi lado todo lo posible.

—Bueno, y a mí, pero no quiero pensar en eso. Aún es pronto. Tú y yo tenemos todo el día por delante para hacer lo que nos plazca.

Serena sonrió, se enderezó en su asiento, soltando mi mano, y volvió a

mirar dentro del menú. Unos minutos después, se nos acercó la camarera. Serena pidió una hamburguesa con queso y un batido de chocolate. Yo pedí lo mismo, pero sin el queso.

—¡Pero sí es lo mejor que tienen las hamburguesas! —se escandalizó mi chica.

—Chorradas. Lo mejor es la carne, aunque con la pinta que tiene este tugurio, probablemente sea de rata.

Serena se rio y me tiró una pajita a la cara. Justo entonces se abrió la puerta y entraron un grupo de chicas y chicos que consiguieron nublar la expresión de júbilo de Serena.

—¿Qué pasa? —le susurré, inclinándome hacia ella.

—Nada. Nos... conocemos.

—¿Y te da vergüenza que te vean conmigo?

Me puso mala cara.

—Por supuesto que no. Es que... no me caen bien.

—Si quieres, les puedo pegar. Pero solo a los chicos. Con las chicas no me meto. Eso es de cobardes.

Serena soltó una risa que hizo que el grupito alegre reparara en ella. Una chica en concreto, una rubia que me cayó mal de inmediato, se nos acercó con la sonrisa más falsa que había visto en toda mi vida. Era una tía extraña. Iba vestida como una republicana de mediana edad, el pelo con mucho volumen y peinado hacia atrás y un collar de perlas rozando el cuello de su conservadora blusa con volantes.

—Serena, ¿eres tú?

Trascurrieron unos cinco segundos hasta que Serena se volvió en su asiento, forzando una sonrisa.

—Sí, Taylor, soy yo.

—Dios mío, me he enterado de que Tommy ha roto contigo. ¿Estás bien?

—Querrás decir que yo he roto con él —repuso Serena, sin permitir que las emociones traslucieran en su rostro. Tan solo un ligero matiz en su voz delataba lo irritada que se sentía.

—Pues no es eso lo que él cuenta por ahí.

—¿Y qué cuenta por ahí, Taylor?

Serena estaba cada vez más a la defensiva, lo percibí en su voz y en el brillo de sus ojos.

—Ya sabes, lo de siempre. Que follasteis y luego él te dejó porque se



hartó de ti.

Si bien no dije nada, apreté el tenedor con tanta fuerza que se me pusieron los nudillos blancos.

—Pues es mentira —rebatío Serena, con el rostro convertido en piedra—. Rompí con Tommy porque estoy enamorada de otra persona, y más vale que deje de decir esas cosas sobre mí.

Taylor volvió a hacer uso de su sonrisa remilgada.

—No sé, chica. Ya sabes que una vez tu reputación esté hundida, los chicos se tomarán ciertas libertades contigo.

—¿Qué chicos? —pregunté yo con calma.

Taylor parpadeó como si acabara de reparar en mi persona y me enfocó con la mirada. Sus ojos verdes se pasearon por mis tatuajes y, luego, por mi rostro. Estaban llenos de desprecio, porque yo no era uno de ellos, estos estúpidos niños ricos.

—¿Por qué quieres saberlo? —repuso, con esa sonrisa superior que me sacaba de mis casillas.

—Porque pienso partirle la puta cara a cada uno de esos capullos.

Taylor retrocedió, escandalizada.

—¿Serena, es este... *chico* tu novio?

Nunca en mi vida me había sonado tan insultante la palabra *chico*.

—Sí, este es Aiden. Y le encanta partir caras. Ayer casi pega a mi padre. Si yo fuera Tommy, cuidaría las formas. No le gustará tropezar con los puños de Aiden. Es un tipo duro.

Taylor tuvo que esforzarse mucho para volver a sonreír.

—Me aseguraré personalmente de hacérselo saber —garantizó con eficiencia.

—Hazlo, Taylor. Ahora si nos disculpas, estamos teniendo una cita y preferiríamos estar a solas.

—Claro. Por supuesto. Pues... adiós, Serena.

—Ajá.

Se fue hacia sus amigos y se sentaron en la otra esquina del restaurante. Como no dejaban de mirarnos, supuse que Serena y yo nos habíamos convertido en el blanco de todas sus conversaciones.

—El *quarterback* me está tocando los cojones.

—¡Aiden! —me riñó Serena.

—¿Qué? —me irrité, alzando un poco el tono.

—No seas tan mal hablado —me susurró.

—Disculpa, amor mío. No pretendía hacerte sentir incómoda con mi lenguaje barriobajero —declaré con condescendencia—. Te lo diré de otro modo. El *quarterback* me está tocando los testículos. ¿Mejor?

Ella estalló en carcajadas, y sus amigos, o lo que fuesen esos pringados, nos miraron con mucho interés. Era evidente que nos lo estábamos pasando en grande, Serena y yo.

—Eres una bestia.

—Sí, todas las chicas me dicen eso a la mañana siguiente.

Serena me lanzó otra pajita.

—Capullo.

—No seas mal hablada, Serena —se la devolví.

—Lo aprendí de Rhonda —se defendió, y yo me volví a reír.

—Sí, me temo que esa chica no sabe enseñar cosas bonitas.

—A mí me gusta.

—Tú también le gustas a ella. Siempre me pregunta por ti.

Serena dio un mordisco a su hamburguesa y me miró a través de las pestañas.

—¿Y qué tal está Rebel? —preguntó como si tal cosa.

—Ni lo sé ni quiero saberlo —contesté mientras engullía mi comida a grandes bocados. Era una hamburguesa de las de antes, y yo tenía mucha hambre.

—¿De verdad se llama Rebel?

Me encogí de hombros y di un trago a mi refresco.

—No tengo ni puta idea.

—Madre mía, qué boca más sucia.

—Pues anoche no escuché quejas —mascullé mientras le robaba una patata a Serena. Las suyas, no sé por qué, me sabían mejor.

—Para ya. Estás haciendo que me ruborice.

—Lo siento —me disculpé al tiempo que robaba otra patada y la bañaba en mayonesa.

—No lo sientes —acusó Serena.

Me detuve un segundo y lo pensé.

—Tienes razón —admití, con los ojos entornados.

Le dediqué una de mis sonrisas burlonas, como si compartiéramos algún secreto, y seguí comiendo despreocupado.

Serena se acabó su comida y empezó a tomar despacio el batido.

—¿Te he dicho que no quiero que este día termine?

—Unas diez veces —contesté, y cogí lo que quedaba de sus patatas. Esa chica no comía nada.

—Pero es que no quiero que termine —se quejó en tono lastimero.

Me olvidé de las patatas, me incliné sobre la mesa y le di un beso tierno. Los dos intentamos sonreír cuando se separaron nuestros labios, pero era evidente la tristeza que de repente flotaba en la atmósfera.

—Lo sé, nena. Ni yo quiero que acabe esto —le susurré.

—¿No podrías encontrarte un trabajo en Dayton? —propuso Serena con gesto ceñudo.

—Lo dudo. Apenas conseguí el que tengo. En todas partes te piden el graduado escolar.

—¿Y si te lo sacaras?

—Claro, como estudiar se me da tan bien...

—Yo podría ayudarte.

—¿Por teléfono? —repuse con las dos cejas enarcadas.

Suspiró de pura frustración.

—¡Qué difícil es todo!

Trabé mi mirada con la suya y la tranquilicé con una sonrisa.

—Te prometo que algún día las cosas irán mejor.

—¿Cuándo, Aiden?

—No lo sé, nena. Pronto.

—Lo mismo dijiste hace tres meses. ¿Cuánto es *pronto* para ti?

—Sinceramente, no lo sé, Serena.

Estreché su mano y me prometí a mí mismo que haría todo lo posible por darle a Serena lo que ella quería, sin importar lo mucho que tuviese que trabajar. Ella se lo merecía, merecía cualquier esfuerzo.

Mi mente voló hacia el futuro. Nos vi en una casa bonita, en un barrio decente, y no pude evitar sonreír. Otra vida era posible. Tenía que haber algo más que eso. Si no, mi existencia hubiera sido una auténtica mierda. Entorné los ojos y me corregí mentalmente. Una auténtica... ¿putada? ¿Era esa una palabra que podía decir sin parecer mal hablado? No lo sabía. Cristal no me había dado una buena educación. Y Scovill Avenue no era precisamente Oxford.

Mientras estudiaba a Serena, resolví sacarme el carné de la biblioteca y

leer un par de libros. A lo mejor así aprendía a comportarme y dejaba de avergonzarla. Me complació esa idea, por lo que sonreí ampliamente y me centré en mis patatas, y en la chica cuya mano sujetaba por debajo de la mesa. Desde el principio ella me hizo desear ser mejor.

## Capítulo 7

Llovía a cántaros, una lluvia muy intensa y bastante gélida, aderezada, además, con una ventisca que impedía caminar con un paraguas abierto. No es que yo tuviese un paraguas, de todos modos...

Había ido a una fiesta en casa de Leroy, con lo que regresé al motel pasadas las tres de la madrugada. Tenía la sudadera empapada y estaba muerto de frío. Lo único que quería era llegar de una vez a mi asquerosa habitación, cambiarme de ropa y dormir como un tronco.

Mientras me apresuraba a alcanzar un refugio, vi una silueta agazapada en la oscuridad. Estaba sentada en las escaleras, delante de mi puerta, y se estaba abrazando con fuerza a sus rodillas, quizá para mantener el calor corporal. Aumenté el paso, un poco inquieto. No se me ocurrió nadie que pudiera venir a visitarme, y mucho menos a esas horas tan extrañas. Salvo Cristal, para pedirme dinero. Y mi madre era una compañía de la que quería prescindir esa noche. Esa noche, y siempre.

Sin embargo, no era Cristal la mujer que esperaba bajo el aguacero.

—¿Serena? —musité incrédulo, cuando estuve lo bastante cerca como para divisar su cabeza rubia.

Ella levantó del rostro de entre los brazos y me miró. Lo que vi en sus ojos en ese momento me dejó sin aire en los pulmones. Estaba rota. Lo supe de inmediato, porque el tormento en su mirada era devastador.

—Por fin —dijo, entre ansiosa y aliviada, y se puso de pie.

Corrí hacia ella, acoplé su cuerpo al mío y la abracé con muchísima fuerza. Creo que ni siquiera pudo respirar entre mis brazos.

—Estás empapada y muerta de frío —me di cuenta enseguida—. Entremos.

Abrí la puerta sin más dilación y la arrastré dentro. Encendí una especie de calefactor viejo, que siempre que se calentaba olía tanto a quemado que me daba pánico dejarlo encendido y dormirme, por si se prendía fuego la habitación y moría chamuscado. Cualquier cosa era posible con ese cacharro. Esta vez, en cambio, elevé la temperatura al máximo, una actitud casi suicida, aunque necesaria. Me volví hacia Serena y empecé a desnudarla lo más

rápido que mis entumecidos dedos eran capaces de moverse. Corrí al armario, retiré un pantalón de chándal, una camiseta y la sudadera más gruesa que tenía, y empecé a vestirla con ellas. Serena no reaccionaba, lo cual me aterró, porque tenía la impresión de que sufría alguna especie de *shock*. Me recordó a mí mismo la noche en la que asesinaron a Jinx. La misma lejanía en la mirada, el mismo rostro inexpresivo.

—¿Hace cuánto que me esperas sentada bajo la lluvia?

—Las seis de la tarde —me contestó mecánicamente.

Me maldije por haber ido a esa estúpida fiesta en lugar de volver directamente a casa. Por mi culpa, Serena se había pasado tantísimas horas bajo la maldita lluvia.

Cuando la tuve vestida, la hice sentarse en la cama, cogí un par de calcetines y le froté los pies con fuerza, antes de deslizárselos dentro. Agarré una toalla, me puse a secarle el pelo y le limpié el maquillaje, que se le había escurrido por toda la cara.

Solo cuando estuvo limpia, seca y tuvo un poco más calientes las manos, me tranquilicé.

—¿Qué ha pasado? —susurré suavemente mientras seguía frotándole las manos para activarle la circulación.

Sus ojos me miraron. Huecos. Inexpresivos. Pasó mucho tiempo hasta que sus labios se movieron para dejar brotar las palabras.

—No puedo seguir viviendo con ese monstruo, Aiden.

Dejé caer los párpados, y me obligué a respirar y a controlar la oleada de furia que acababa de impactar contra mí con la brutalidad de un tsunami.

—Dijiste que solo había sucedido una vez —musité, volviendo a mirarla.

Serena tragó saliva. Su rostro se torció en un gesto de súplica.

—Mentí.

La miré y asentí varias veces.

—Voy a matarle. Ahora mismo —resolví, con una calma que me pareció más siniestra que cualquier agitación.

Me puse en pie y agarré una cazadora. Estaba decidido a ir hasta Dayton y cargármelo. Pero Serena reaccionó a tiempo, me cogió del brazo y me detuvo.

—No.

—¿No? —repetí, incrédulo, casi a gritos—. ¿Estás de coña o qué?

—Si le matas, te habré perdido. Y no puedo perderte. No tengo nada más.

No tengo nada más que tú... —me miró suplicante y se aferró a mis muñecas—. Por favor...

Se vino abajo, empezó a llorar, y yo la rodeé entre los brazos, intentando tranquilizarla.

—Oye, no, no llores. Te prometo que no me perderás.

—Prométeme que no irás a Dayton —farfulló entre sollozos.

Callé, dejé caer los brazos y aparté la mirada. No podía prometer algo así. Serena me cogió por el mentón y volvió mi rostro hacia el suyo.

—Aiden, prométemelo —suplicó con sus enormes ojos azules evaluando a los míos y los dedos clavados en mi mandíbula. Vi el miedo desgarrando sus pupilas, el terror más absoluto impreso en su rostro, y supe que me amaba, me amaba tanto como yo la amaba a ella—. Por favor, prométemelo.

¡No quería prometer algo así! Sentía tanta rabia en mi interior que mis venas ardían, como incendiadas por una especie de fuego que no hacía más que propagarse. Necesitaba matar a su jodido padre. Por ella. Serena no se merecía que le hicieran algo así. Ninguna chica se merece que la rompan de ese modo.

—Aiden... —sollozó al ver que yo guardaba silencio.

Miré su rostro, surcado de lágrimas, y mi rabia empezó a desvanecerse, a ser reemplazada por la ternura que esa chica despertaba en mí.

—Está bien —suspiré al cabo de unos momentos—. No iré a Dayton, a pesar de que pienso que debería matarle.

—Gracias —me abrazó con desesperación y yo la rodeé de nuevo entre mis brazos.

Estuvimos callados mucho tiempo, cada uno perdido en sus pensamientos. La lluvia tamborileaba contra el techo y había empezado a hacer bastante calor ahí dentro. El olor a quemado era más penetrante que nunca. Aun así, no se estaba mal. La temperatura, ese calor tan seco, me sosegó un poco la mente. O quizá me la paralizara, no lo sé.

—Vine a verte porque no tengo adonde ir —me susurró Serena, calmada e imperturbable. También estaba paralizada.

Le puse una mano en la nuca y empecé a mecerla como a un niño pequeño.

—Siento no haber estado en casa. Serena. —Cogí su cabeza entre las manos y mis ojos aterrizaron sobre los suyos—.Lo siento mucho.

—¿Qué voy a hacer, Aiden? No tengo nada.

—No digas eso. Me tienes a mí.

—¿Adónde voy a ir?

—A ninguna parte. Te quedarás conmigo. Siempre. Para siempre.

Serena sacudió la cabeza, rechazando la idea.

—¿Eres consciente de que es nuestra tercera cita? No puedo obligarte a que vivamos juntos.

Le sonreí con ternura.

—A lo que no puedes obligarme es a estar separado de ti. *Te quiero*. Tu lugar está conmigo. Buscaré un piso para los dos y nos mudaremos ahí.

—Ni siquiera tengo un trabajo —siguió diciendo, cada vez más agitada—. ¿De qué vamos a vivir?

—Echaré más horas en el trabajo. Me buscaré un segundo empleo si hiciese falta. No lo sé. Nos las apañaremos.

Serena volvió a llorar.

—Dios mío, lo siento. Siento hacerte pasar por eso. Si tuviera adonde ir...

—Todo va a salir bien —aseguré con los ojos fijos en los suyos.

—Tienes la ropa mojada —advirtió ella al agarrarme por los brazos—. Cámbiate, por favor. No quiero que encima enfermes por mi culpa.

Le di un beso tierno en los labios y me aparté para cambiarme de ropa. Elegí un viejo pantalón de chándal y una camiseta blanca. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo fría que estaba mi ropa

—¿Mejor así?

Me volví hacia ella y alcé las cejas en gesto apremiante.

—Sí —susurró, bajando la mirada.

—Ven. Vayamos a tumbarnos. Necesitas descansar.

Tiré de ella hacia la cama, donde nos tumbamos y la abracé. Las lágrimas de Serena se escurrían por mi camiseta mientras mis dedos le acariciaban el pelo despacio.

—¿Tienes hambre?

Sacudió la cabeza para decir que no.

—¿Sed?

Volvió a negarlo.

—¿Necesitas algo? —seguí indagando.

—Solo a ti —musitó Serena con voz lejana.

—A mí ya me tienes.

—Bien.



Mantuvo la mejilla apoyada contra mi abdomen y yo cerré los ojos y suspiré. En algún momento, Serena, rendida por el esfuerzo, el llanto y la lluvia, se quedó dormida. Yo permanecí en la oscuridad, con ella entre mis brazos, y empecé a cavilar acerca de lo que iba a hacer a continuación. Lo primero en la lista era encontrar un piso para los dos. Estaba claro que no podíamos vivir en un motel para siempre. Me puse a hacer cálculos y llegué a la conclusión de que, en principio, nos lo podíamos permitir. Claro que tenía que ser algo minúsculo y horrible... Me dolía no poder ofrecerle más, porque ella se lo merecía todo.

Me dormí finalmente, entre cálculos y planes de futuro. Fue Serena la que me despertó. O, mejor dicho, fue su boca, que buscó a la mía. Gruñí cuando me metió la lengua dentro y tornó el beso más pasional. Estaba encima de mí y yo ya estaba empalmado. Esa chica me volvía loco, pero sabía que era muy mala idea acostarme con ella esa noche. No después de todo lo que le había sucedido.

Coloqué las manos en sus hombros para apartarla.

—Serena...

—Chiss —musitó contra mis labios—. Necesito esto ahora.

Ya se había quitado la sudadera, y se estaba quitando también la camiseta. Entrecerré los ojos, arrastré las manos por sus costados y le cogí los pechos entre las manos, pasando despacio los pulgares por encima de los pezones erguidos. Serena echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido abandonado. Me incorporé un poco, hice que me rodeara la cintura con las piernas y la besé, mis labios bajando poco a poco por su mandíbula y su cuello. Cogí uno de sus pezones entre los dedos y lo retorcí hasta que se le puso tan duro como una piedra. Mi polla se agitaba furiosa, deseando tener la atención de Serena, y todas las preocupaciones anteriores se habían esfumado de mi mente.

Le di la vuelta y la atrapé contra el colchón. Me enderecé, me quité la sudadera y la camiseta y las tiré al suelo. Serena subió las palmas por mi abdomen y las arrastró por mi pecho mientras me miraba a los ojos. Parecía fascinada en ese momento, tan enamorada de mí como lo estaba yo de ella.

—Aiden, bésame...

Me precipité hacia su boca y estrellé los labios contra los suyos. Mi lengua empujó para entrar, se reunió con la suya y acarició todos los rincones de su boca. Serena gimió y sentí sus pezones empujando contra mi pecho. Mi boca bajó, hambrienta, y se deslizó por su piel, devorándola centímetro a

centímetro.

Cuando llegué a la parte interior de su muslo, mi mirada cayó sobre su sexo. Hice que separara las rodillas. Necesitaba verla bien, no quería perderme ni una parte de ella.

—Quiero probarte —le susurré absorto, y ella hundió los dedos en mi cabello y empujó mi cabeza entre sus piernas. Sonreí un poco y di una lenta pasada con la lengua. Serena se tensó y murmuró algo que no conseguí escuchar.

Deslicé un dedo en su interior y ella tembló ante esa caricia. Me quedé mirándola por un segundo, mirando embobado el modo en el que se movía, cómo se agitaban sus caderas. Serena era lo primero en toda mi vida que me pertenecía de verdad. No venía prestada ni la había robado. Era mía. *Solo* mía.

Bajé la cabeza y le hice el amor, la acaricié con la lengua, sin dejar de penetrarla con el dedo. Sonreí hacia mis adentros cuando Serena empezó a temblar contra mi cuerpo y sus músculos internos se cerraron en torno a mi índice. Se estaba corriendo.

—¡Dios, Aiden! —gritó, sacudiéndose por debajo de mí. Me encantaba verla así de salvaje y saber que todo eso lo había provocado yo.

Levanté la cabeza, me lancé sobre su boca y la besé minuciosamente, mientras mis dedos seguían acariciando su sexo, esparciendo toda la humedad.

—Me muero por estar dentro de ti —le susurré, centrándome esta vez en sus perfectos pechos.

Sus pezones erectos y sonrosados parecían suplicar mis caricias. Rodeé uno con los labios y lo pellizqué. Serena clavó las uñas en mi espalda. Arrastré la boca por su piel, humedeciéndosela, devorándola, y me centré en el otro pezón. Noté que Serena separaba más las piernas y arqueaba un poco las caderas. No podía soportarlo más. Estaba demasiado duro y quería hundirme en ella.

Ascendí por su cuello, cogí sus labios entre los míos y arremetí dentro de su boca. Ella empezó a moverse más salvaje, a agitar las caderas con más impaciencia. Dejé de acariciarla con los dedos, busqué sus ojos y lo negué.

—No, aún no, Serena —le susurré, antes de volver a cubrir sus labios con los míos—. Cuando vuelvas a hacerlo, quiero estar bien dentro de ti.

Sin dejar de recorrer todos los rincones de su boca con la lengua, me

deslicé a través de los pliegos húmedos y empecé a moverme en su interior. Estábamos los dos muy excitados. Quería correrme dentro, pero sabía que no podía hacerlo. Otra vez sin condón. Eso no era propio de mí. Odiaba el modo en el que me habían concebido mis padres (por error), y no quería que mi hijo se sintiera nunca como me había sentido yo toda mi vida. Cuando Serena y yo estuviésemos preparados, entonces tendríamos un hijo.

Y esa noche no lo estábamos. Aún era muy pronto para eso, por lo que ralentice mis movimientos y bajé la intensidad con la que la estaba besando.

Bajé los dedos por su abdomen y los giré alrededor de su clítoris. Quería correrme ya, pero la necesidad de ver a Serena corriéndose de nuevo era más poderosa que cualquier otro deseo. No tardó mucho en darme lo que quería. Se corrió conmigo dentro y su reacción me excitó tanto que salí de inmediato y me corrí encima de su vientre.

—Joder. Por los pelos —suspiré, aliviado—. Lo siento, Serena. No sé qué coño me ha pasado. Casi no llego a salir a tiempo.

Serena sonrió, tiró de mí hacia abajo y buscó mis ojos.

—Soy irresistible, señor King.

Me reí.

—Y muy arrogante, señorita Fry —apunté, divertido.

La besé con dulzura.

—Espera —susurré contra sus labios—. No te muevas. Voy a por una toalla.

Regresé al cabo de un par de segundos y le sequé el vientre a Serena. Luego conseguí otra toalla y la limpié entre las piernas. Me encantaba hacer esa clase de cosas; cuidar de ella. Sopesé la idea de buscar un piso con bañera. Quería poder bañarme con Serena siempre que se me antojara.

—Creo que ya estoy bastante limpia, Aiden.

Estaba tan perdido en mis pensamientos que ni siquiera me había dado cuenta de que seguía frotando su piel, a pesar de que ya llevaba un tiempo seca. Busqué los ojos y le sonreí. Ahora que la tenía en mi vida, solo quería más.

—Sí, creo que sí. Perdona.

—No pasa nada. Te veo raro. ¿Estás bien?

—Sí...

Me aparté, me limpié con la toalla y bajé la temperatura del calefactor. Me puse algo de ropa encima, regresé a su lado y la abracé. Ella hundió la nariz

en mi cuello y acopló el cuerpo al mío.

—¿No vas a apagar el calefactor? Huele a quemado.

—Lo sé. Nunca lo dejo cuando duermo, pero esta vez da igual. No pienso dormir.

Alzó sus preciosos ojos azules y me dirigió una mirada de curiosidad.

—¿Por qué no?

—No quiero perder ni un segundo contigo. —La cogí por la nuca y la empujé contra mi cuello—. Ahora duerme.

Serena suspiró y plantó un beso bajo mi oreja. Era increíble tenerla tan cerca de mí. No sabía cómo nos las apañaríamos a partir de ese momento, qué haríamos o adónde iríamos. Lo único que sabía era que no podía perderla. Nunca.

—Aiden...

—¿Hmmm?

—Cántame algo...

Sonreí contra su cabello.

—No sé cantar nanas, Serena.

—Pero sabes rapear.

—Eso sí.

—Pues cántame algo.

Volví a sonreír, y le canté, tal y como me había pedido.

—*Lo único que necesito en esta vida de pecado, somos yo y mi novia... Yo y mi novia... Estamos el uno con el otro hasta el final sangriento...Solo mi novia y yo...*

Noté sus labios curvándose contra mi cuello.

—Sonaba esa canción la primera vez que bailé contigo —musitó, y después se quedó dormida mientras yo le acariciaba el pelo y me perdía en mis pensamientos.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente, cuando regresé al motel, eran las once de la noche. Había ido a trabajar, luego a buscar un piso y, por último, a solucionar un asunto privado. No era la clase de hombre que dejaba las cosas a medias.

Cuando entré por la puerta, llevaba en la mano una bolsa de comida y en la cara una sonrisa de oreja a oreja. Estaba muy contento de volver a casa.

Había echado de menos a Serena.

—Traigo hamburguesas —anuncié alegre, soltando las llaves encima de la mesa—. Estarás muerta de hambre.

Serena me esperaba sentada en el borde de la cama. Me miró. No dijo nada. No me sonrió de vuelta. No contestó. Una cálida oleada de miedo descendió sobre mí. El corazón brincó dentro de mi pecho. La dureza de su mirada me estaba poniendo muy nervioso.

—¿Serena? —susurré con acento de duda.

Su rostro se mantuvo impenetrable, inexpresivo.

—Me lo prometiste —habló por fin, y su voz desvelaba un matiz tan gélido que me estremecí en mi fuero interno.

Expulsé el aire de los pulmones y dejé la bolsa encima de la mesa. Tardé unos momentos en volver a cruzarme con la iracunda acusación que ardía en su mirada. Mis movimientos eran lentos, calculados, totalmente al contrario que mis pensamientos, que rugían dentro de mi cabeza como una tempestad fuera de control.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con tono plano, pasados unos momentos de pesado silencio.

—Me llamaron del hospital. Está ingresado.

Chasquéé la lengua y me mordisqueé el labio. Le había dado una paliza de muerte a su padre, aun cuando le había prometido que no iba a hacerlo. Esa fue la primera promesa que no cumplí. Todavía era pronto para saber que, en un futuro, rompería una enorme cantidad de promesas hechas a Serena.

—Está vivo —afirmé, con la mirada clavada en la sucia pared. Advertí entonces que en algún momento había estado pintada de verde. Ahora tenía un color imposible de nombrar—. Quería matarlo, pero no lo hice. Lo dejé vivir. ¿No te basta eso?

Moví los ojos hacia los suyos y Serena agitó la cabeza.

—No quiero que hagas esta clase de cosas, Aiden.

—¿Pegar al monstruo que ha abusado de ti decenas de veces?

—Arriesgarlo todo. ¿Y si te denuncia, eh? ¿Y si mañana mismo viene un policía y te levanta en plena noche? ¿Cómo has podido ser tan inconsciente?

—No pensaba con claridad, Serena —gruñí, taladrándola con la mirada.

—¡Pues piensa, Aiden! En un futuro, piensa antes y actúa después. Y no, no tengo hambre.

Se tumbó en la cama, se tapó con la sábana hasta las orejas y no dijo nada

más. Me dejé caer en el borde de la cama, hundí la cabeza entre las manos y suspiré. No me gustaba pelearme con ella. Tampoco comprendía su reacción. Tenía que haber estado contenta. Ese tipo se había llevado su merecido y aún respiraba. Había sido misericordioso con él aun cuando no se lo merecía. ¿Por qué ella tenía otro modo de ver las cosas?

Juré hacia mis adentros, me quité las zapatillas y la chaqueta con ademanes bruscos y me tumbé a sus espaldas. Me quedé quieto unos segundos. Me di cuenta de que lloraba en silencio. Eso me dolió mucho. No quería ponerla triste. Quería hacerla feliz, y ya había empezado con mal pie. Solo era nuestro primer día juntos como pareja. ¡Maldita sea, no podía hacerla llorar tan pronto!

Me volví hacia ella, me pegué a sus espaldas y la rodeé en un abrazo.

—Serena, vamos, lo siento. Te prometo que no volveré a hacer estas cosas. Perdí un poco los nervios.

—Tú pierdes mucho los nervios —farfulló con voz ahogada.

—¿Y tú qué coño sabrás? —le grité. Acto seguido, cerré los ojos y maldije.

Esa no era la actitud. Gritarle no iba a conseguir que dejara de llorar. Empeoraría las cosas y aumentaría su convicción de que yo tenía muy mal carácter. Y puede que lo tuviera. Me peleaba a menudo y creía que la violencia lo arreglaba todo. ¿Cómo iba a ser de otro modo si me había criado en las calles de Scovill Avenue, rodeado de violencia? Si golpeas a un perro día tras día, ¿qué sucede? ¿Se vuelve manso? No señor. Se vuelve tan fiero que te desgarrar la yugular.

—Lo siento —susurré—. No quería gritarte.

—No querías gritarme, no querías pegarle... Pero lo haces. ¿Por qué haces cosas que no quieres hacer, Aiden?

No me veía con fuerzas de discutir con ella sin perder los papeles, por lo que hice lo único sensato que podía hacer: me levanté de la cama, me calcé, cogí mi sudadera y salí dando un portazo. De haberme quedado, las cosas habrían ido a peor. Tenía que aprender a controlar mi ira.

Como no sabía adónde ir, fui a una fiesta en casa de Leroy. Estaban todos ahí, Rebel incluida.

—Pero si es el chico paliducho —se mofó nada más verme.

Le lancé una mirada de piedra, abrí una cerveza y le di un buen trago. Rebel se me acercó.

—¿Eh, qué te pasa?

—Nada, joder. Déjame en paz.

—A ti te pasa algo —insistió, siguiéndome por el salón abarrotado de gente.

Volví la mirada hacia ella y le dediqué una mueca.

—No me pasa nada. Solo quiero beber.

—Tú nunca bebes, Aiden. Te criaste con un padre alcohólico.

—¡Por Dios! ¿Me vais a volver todas loco esta noche? ¡Dejad de calentarme la cabeza! —le solté, y me fui hacia mis amigos, para que se diera por enterada.

Me pasé toda la noche bebiendo. Nunca me había emborrachado. Y esperaba no volver a hacerlo. Emborracharse me parecía algo despreciable.

Rebel no me quitaba ojo. No se marchó como otras veces, sino que se sentó en una silla y se pasó las siguientes horas estudiándome con atención. En algún momento me cansé de evitar su mirada y fui a enfrentarla.

—¿Por qué no dejas de mirarme?

Rebel sonrió.

—Te echo de menos, chico.

—Ya, pues yo a ti, no.

Soltó una carcajada y yo apoyé la espalda contra un mueble, quedándome a su lado por motivos que ni yo mismo comprendía.

—¿Cómo te va con esa zorra blanca?

—Serena no es una zorra —gruñí mientras me acercaba la botella a los labios.

—Lo que tú digas. ¿Te la chupa bien? ¿Mejor que yo?

—Rebel, no me provoques. No estoy de humor.

—Está bien, chico. Ya veo que estás de malas pulgas esta noche.

—Lo estoy, y te agradecería que me dejaras en paz.

—Solo si bailas conmigo.

La miré con ojos entornados.

—Sabes que lo nuestro se ha acabado, ¿verdad? ¿Y que nunca vamos a volver? ¿Y que estoy muy enamorado de Serena?

Rebel puso cara de exasperación.

—Solo es un baile, Aiden. No te estoy pidiendo que folles conmigo. Somos amigos, ¿no?

La contemplé durante unos segundos más de la cuenta y asentí.

—Pues los amigos bailan —sentenció ella.

De haber estado sobrio, no lo habría hecho. Pero como no lo estaba, no vi problema alguno en bailar con mi ex novia.

—Está bien. Bailemos.

Dejé la cerveza encima de un tocador y empecé a moverme a su lado.

—Echaba de menos bailar contigo.

—Pues yo, no.

—Vale, don gruñón. Solo era un comentario inocente.

Se me acercó, colocó los brazos alrededor de mi cuello y me miró a los ojos.

—¿Por qué no funcionó lo nuestro, Aiden?

Me encogí de hombros e intenté seguir su ritmo.

—No estaba enamorado de ti.

—Pero el sexo era increíble. ¿Por qué no te bastó con eso?

—No lo sé, Rebel. Deja de irritarme.

—¿De verdad estás enamorado de ella?

—Sí —gruñí, aún más exasperado.

—Pero ella no te conoce. No es de los nuestros.

—Y por eso la quiero. Ella es especial.

Rebel sonrió con malicia.

—¿Te cuento un secreto, tío duro?

—Si es necesario...

—Tu chica especial ha estado aquí hace treinta segundos, te ha visto bailar conmigo y ha salido corriendo.

Retrocedí y la miré con ojos dilatados.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Una chica alta, rubia... creo que la llaman Serena, acaba de marcharse.

Empujé a Rebel hacia un lado y solté un juramento. Lo que me faltaba. Que Serena me dejara por ser un gilipollas. No bastaba con haber machacado a su padre. Ahora, encima, me pillaba abrazado a mi ex. ¡Había que ser estúpido para hacer esa clase de cosas!

Eché a correr tras ella. La vi a lo lejos. Estaba alejándose por la acera, envuelta en la oscuridad de esa gélida noche de otoño tardío.

—¡Serena! —le grité—. ¡Serena, para! No es lo que crees.

Se volvió con el rostro lleno de lágrimas y yo corrí más rápido para alcanzarla.



—Soy un lastre para ti —farfulló, sorbiendo por la nariz—. He aparecido en tu vida de repente, lo he puesto todo patas arriba y esto te queda grande. Lo comprendo. Yo... no debí hacer lo que hice. No estamos preparados para...

La cogí por la nuca y aplasté los labios contra los suyos para que se callara de una vez. Empujé con la lengua para que me dejara entrar y, aunque se resistió al principio, acabó cediendo y me permitió besarla. La besé con más agresividad que nunca. Quería arrancárselo todo, las dudas, el dolor, la ira... Y solo sabía hacerlo de ese modo.

—Yo sí estoy preparado, Serena —le susurré cuando por fin dejé de besarla—. Y tú no eres un lastre. Eres mi chica. Te quiero. Y para que quede claro, no me estaba liando con Rebel. Solo bailé con ella para que dejara de darme el coñazo. No significa nada para mí.

Los ojos de Serena devoraron inquietos la expresión seria de mi rostro.

—¿De verdad?

Asentí despacio.

—Te lo prometo, Ahora regresemos a casa, que es el único lugar donde quiero estar. Ahí contigo. Quiero hacerte el amor y besarte hasta quedarme dormido. Es lo único que necesito en mi vida, Serena. *A ti.*

## Capítulo 8

Encontré un piso minúsculo en la 55 con Outhwaite y lo alquilé. El edificio estaba prácticamente en ruinas. La parte de abajo debió de servir a modo de local comercial en algún momento, aunque, a juzgar por las pintas que mostraba, eso sucedió antes del asesinato de Luther King. Quizá, incluso antes del de Kennedy. Ahora, el almacén, o lo que fuese en su momento, estaba cerrado y desvencijado, la mayoría de las ventanas cegadas desde dentro con tablones mohosos, y solo servía para alojar a las hordas de ratas de Cleveland, que no tenían mejores cosas que hacer que pasarse el rato royendo los viejos muebles que los anteriores dueños habían dejado atrás.

En la parte superior había seis pisos. Minúsculos. Ridículos. Muy sucios. El estado de esas viviendas era tan deplorable que, en vez de alquilarlas, los propietarios las tenían que haber golpeado con una de esas enormes bolas de metal hasta convertirlas en escombros. Las persianas de nuestra nueva casa tenían un enorme agujero en medio y, a priori, pude ver que había dos ventanas rotas. Supuse que ya más tarde, una vez instalados, se me mostrarían todos los vicios ocultos.

Muebles apenas teníamos, solo un sofá en el que daba asco sentarse, una mesa para dos, una cama (sin mesillas), un armario con las puertas caídas y un par de estanterías en la cocina, al lado del oxidado fregadero y una antiquísima cocina de gas. El piso era un desastre, una jodida caja de cerillas en la que apenas cabíamos Serena y yo, pero no podíamos permitirnos nada mejor.

A Serena se le llenaron los ojos de lágrimas cuando lo vio por primera vez. Me dolió tan fuerte que no pude seguir mirándola.

—Te prometo que lo mejoraré —le susurré.

Serena asintió y tragó saliva. Me sentí como un pobretón. No podía estar ahí, de pie, y seguir observando esa decepción en su rostro. Me cerré la sudadera y planté un beso en su mejilla.

—Bueno, luego te veo.

—¿Adónde vas? —preguntó, parpadeando.

—A trabajar.

Era mi día libre, pero no se lo dije a Serena. Quería salir de ahí y poner orden en mis pensamientos.

Me pasé todo el día recorriendo las calles del vecindario, preguntando en todas las tiendas si necesitaban un ayudante. Ya tenía un trabajo de setenta horas semanales, con lo que mucho tiempo libre no me quedaba, salvo por la noche. No importaba, estaba dispuesto a renunciar a unas cuantas horas de sueño.

Cuando volví a casa, era casi medianoche. En ninguna parte necesitaban nada. Tenían más empleados de los que se podían permitir pagar.

—Traigo la cena —anuncié nada más entrar.

Un fuerte olor a amoníaco impactó contra mis fosas nasales. Serena salió de la cocina y me miró en silencio, con sus grandes ojos azules fijos en los míos. Se había recogido el sedoso cabello rubio con una cinta ancha de color azul, no sé de dónde la había sacado. A lo mejor la traía en el bolso. Nunca se la había visto.

—Hola —susurró.

Me quedé atascado. Era muy bonita. Parecía sacada de un catálogo de moda de los sesenta. Llevaba una camiseta mía y un vaquero roto que colgaba sobre sus estrechas caderas. No habíamos ido a Dayton a por sus cosas todavía, por lo que solo podía llevar ropa mía o la ropa con la que se había presentado en mi puerta aquella noche.

—Hola —dije por fin, igual de cortado e incómodo que ella.

Mirándola, advertí lo cansada que parecía. *Muy* cansada. Lancé una mirada a mi alrededor y comprendí el porqué del asunto. Se había pasado todo el día limpiando. A conciencia, además. El piso seguía siendo espantoso, pero se veía de otro modo tras la exhaustiva limpieza de Serena. El linóleo lucía ahora un tono de amarillo, no el grisáceo anterior. Y las ventanas brillaban y podías ver a través de ellas. Había cambiado la distribución de algunos muebles, lo cual hacía que el mini salón pareciese un poco más amplio.

Reparé en que el sofá no tenía las fundas puestas. Las sucias cortinas habían desaparecido, y tampoco estaba la roída manta de rayas rojas. Supuse que lo había lavado todo y estaría secándose en alguna parte.

—Serena, no tenías que haber hecho todo esto tú sola.

—Estaba asqueroso —respondió con un leve encogimiento de hombros—. No podíamos vivir así.

—Lo sé, pero debiste haberme esperado. Te habría ayudado.

Se pasó una mano por la frente para secarse el sudor.

—Es igual. ¿Qué tal el trabajo?

Me sentí como un gilipollas. ¿Cómo iba a decirle ahora que no había estado trabajando porque era mi día libre y que, en vez de ayudarla con el piso y estar ahí para ella, había salido corriendo porque me dolía demasiado verla tan triste?

—Bien. El trabajo va bien —balbucí a media voz.

—Me alegro. ¿Cenamos?

La miré un momento prolongado, y luego sacudí la cabeza para alejar mis sentimientos de culpabilidad.

—Claro. Pondré la mesa. Tú siéntate. Debes de estar agotada.

Fui a la cocina y retiré dos vasos de la estantería. Estaban relucientes, y no solo los vasos. Me fijé en que todo lo que me rodeaba brillaba de lo limpio que estaba. Incluso la grasa quemada e incrustada en la cocina de gas había desaparecido. Tragué saliva, cogí los vasos y regresé al salón.

Encontré a Serena hundida en el sofá. Se estaba mordisqueando el labio. Tenía los ojos llorosos. Puse los vasos encima de la mesa, retiré la comida china de la bolsa y abrí los recipientes. Recordé que no había traído tenedores y fui a por ellos a la cocina. Cuando lo tuve todo dispuesto, arrastré una silla de debajo de la mesa y se la ofrecí.

Se levantó con un suspiro y ocupó el asiento que yo sujetaba para ella. Me senté a su lado y, con la ayuda del tenedor, empujé una caja de cartón hacia sus dedos.

—Es ternera. Con setas. Espero que te guste. No sabía cuál era tu comida favorita.

Carraspeé y la miré inquieto. Estaba impávida a mi lado.

—Gracias.

Sus respuestas eran cortas. Secas. No era feliz. ¿Y cómo iba a serlo? La acababa de arrastrar a un cuchitril, en uno de los barrios más peligrosos de Estados Unidos. Nadie podía ser feliz en ese lugar.

Puse una mano encima de la suya y la miré insistentemente, absorbí cada uno de los rasgos que componían su hermoso rostro.

—Serena, yo...

—No pasa nada, Aiden —interrumpió con cierta brusquedad—. Estoy bien. Solo un poco cansada.

Hizo el esfuerzo de componer una sonrisa tranquilizadora y yo la amé por ello. Estreché su mano con un poco más de fuerza, antes de soltarla e instarla a cenar.

—¿Qué has comido hoy? —pregunté en voz baja.

Levantó la mirada y lo negó.

—Nada.

—Serena... —la reñí con suavidad.

—Solo tenía cinco dólares, y los usé para los productos de la limpieza —murmuró avergonzada, apretando el tenedor entre los dedos.

Entrecerré los párpados y solté una maldición.

—Joder, lo siento —le susurré, volviendo a mirarla—. Soy un gilipollas. Me marché y ni siquiera pensé en dejarte dinero para la comida.

Serena puso una mano encima de la mía.

—Aiden, deja de disculparte constantemente. Nada de esto es culpa tuya.

—Sí que lo es.

Me llevé la mano al bolsillo, conté cincuenta dólares y se los ofrecí.

—Toma. Para la comida. No quiero que vuelvas a pasar hambre. Nunca más.

Me miró con los ojos empañados en lágrimas.

—No, yo no... No puedo aceptarlo.

—Serena, eres mi mujer ahora. Coge el puñetero dinero. Por favor.

Titubeó unos segundos más, y lo cogió. Algo se rompió en ella al coger ese dinero.

—Gracias.

—No me des las gracias. Quiero que estés bien. Quiero... hacerte feliz. Y me... *aterra* no ser capaz de conseguirlo, porque...

—Tú me haces feliz —me interrumpió enseguida.

Sonreí con amargura.

—No, no lo hago. Sé que esta casa es una mierda, y que la vida que te estoy ofreciendo no es la que tú te mereces, y que yo no soy...

—No sigas, Aiden. Tú eres todo lo que quiero —atajó con vehemencia.

La miré yforcé una sonrisa. Extendí el brazo y le rocé una mejilla.

—Tú sí que eres todo lo que quiero yo, princesa.

Nos sonreímos el uno al otro y empezamos a cenar sin intercambiar ninguna otra palabra.

Esa noche, una ruidosa tormenta barrió las calles, cayendo tal tromba de

agua que daba miedo acercarse a las ventanas, aunque a mí me dio igual, porque estaba dentro, con el calefactor a tope, haciéndole el amor a Serena. Fui más tierno que nunca con ella. Mi instinto de protegerla y cuidar de ella se había desbordado por completo.

La besé hasta que noté los labios hinchados, y me hundí en ella despacio, lo más despacio posible, para así poder saborearla bien. Nunca había amado a nadie. No había tenido a quién entregarle mi amor. Una vez tuve un amigo. *Buby*. Una monada de perro. Lo envenenó mi padre. Ladraba demasiado y no le dejaba dormir la mona. Desde *Buby*, nunca volví a amar a nadie. Hasta que conocí a Serena y volqué todo ese amor reprimido en ella. Tenía la impresión de que esa chica de cabellos dorados y sonrisa dulce era más importante para mí incluso que el aire que llenaba mis pulmones.

Mientras la amé esa noche, me volví a jurar a mí mismo que nunca permitiría que nada ni nadie la lastimara. Cuando estuvimos los dos saciados, me dejé caer a su lado en el colchón, me aferré a su mano y esperé en silencio a que dejara de llover. Pero no lo hizo. Llovió cada vez más fuerte.

\*\*\*\*\*

—El salón está inundado. Llueve dentro de casa.

Miré a Serena demudado. No era esa la noticia que uno espera recibir a primera hora de la mañana.

—¡Joder, lo que nos faltaba!

Pegué un salto de la cama, fui al salón y evalué el desastre. Serena había colocado dos ollas, para que el agua dejase de escurrirse por todas partes. Aun así, el linóleo estaba mojado y había llovido encima del sofá.

—Me queda una semana de vacaciones —comenté, con los ojos fijos en la gotera—. Me la pediré y arreglaré esto. Pero ahora tengo que ir a trabajar, así que tendrás que apañarte con las ollas.

Ella asintió en silencio. Planté un beso en sus labios y regresé a la habitación para vestirme.

—Come, por favor —le dije al volver, mientras caminaba hacia la puerta—. Y si necesitas cualquier cosa, llámame. Hasta luego.

—Aiden.

Me detuve y me volví hacia ella. No se movió durante unos segundos.

—¿Serena? —musité dubitativo.

Entonces, ella me sonrió, echó a correr hacia mí y se lanzó a mis brazos. Su boca buscó ansiosa a la mía y me dio el beso más alucinante de toda mi vida. La casa se nos caía a cachos, llovía en el salón y apenas teníamos para comer y pagar las facturas, pero Serena me amaba y eso era suficiente para los dos.

Mi lengua acarició el interior de su boca, se enredó con la suya, hasta que fuimos perdiendo gradualmente la noción del tiempo y nos dejamos llevar por la pasión. Mi polla empujaba contra su vientre y sus pezones estaban durísimos. Cogí uno de sus pechos con la mano y lo amasé, cada vez más hambriento de ella. Le subí la camiseta, metí la cabeza por debajo de la tela y rodeé su pezón con la lengua. Lo chupé y lo mordisqueé mientras ella se frotaba contra mí.

Estaba a punto de pegarla contra la pared y arrancarle la ropa, cuando me detuvo.

—Vas a llegar tarde.

Gruñí. Serena llevaba razón. No podía llegar tarde. El capullo de mi jefe era capaz de despedirme.

—Es verdad.

Le di otro beso, antes de apartarme y recuperar el aliento.

—¿Tú crees que yo puedo ir así de empalmado al trabajo? —fingí enfado, y ella soltó una risita y se mordió el labio inferior con aire travieso—. Ahora me pasaré todo el día pensando en ti.

—Estupendo. Porque yo no pienso hacer nada que no sea pensar en ti.

La miré con una sonrisa reprobadora, sacudí la cabeza y me marché. Llegué al trabajo por los pelos y lo primero que hice fue ir a hablar con el encargado. No le hizo ninguna gracia que fuera a reclamar mis días de vacaciones. Tuve que pelear con él para que me los concediera. ¡Capullo de mierda!

Estaba harto de que siempre se aprovecharan de los empleados, de que nos pagaran una miseria, de que nos trataran como a basura. No éramos más que esclavos dentro de un estado capitalista. De no haber necesitado tanto el dinero, le habría dado una paliza a ese gilipollas. Pero sabía que no podía. No había empleos en ninguna parte. Cleveland estaba siendo azotada por una de las crisis más duras de las últimas décadas. Había un montón de gente a la que el banco le había quitado la casa porque no había podido hacer frente a la hipoteca; ancianos desahuciados y niños que efectivamente no tenían ni un

cacho de pan para llevarse a la boca. Era desolador. La delincuencia se había desbordado, como siempre sucede a causa de la pobreza. En la gasolinera ya habían atracado en tres ocasiones. Me tocó a mí las tres veces. Y la verdad es que no opuse resistencia. Les di todo el dinero, porque vi en sus ojos que lo necesitaban para dar de comer a sus famélicos hijos.

—Aiden, ve a ver por qué no traga el váter —ladró el encanto de mi jefe, supuse que a modo de castigo por haberle pedido las vacaciones que me correspondían por ley.

Entorné los ojos y seguí colocando botes de Coca Cola en la nevera.

—Voy, jefe.

—Hoy, chaval, hoy. La gente quiere cagar.

*Asqueroso.*

Dejé lo que estaba haciendo y fui a arreglar el asunto. Luego, me pasé el resto del día de un lado para otro, dividiéndome entre atender la caja, llenar los depósitos y limpiar la mierda incrustada en los váteres. Mi jefe era un tacaño. Había un único empleado por turno, y se tenía que hacer cargo de todo a la vez. Tenías que estar en todas partes, en todo momento, lo cual era imposible. Se generaban colas, atascos en la entrada, pitidos y juramentos. Esos blancos richachones me hablaban como si fuese una mierda, no era una persona para ellos. Al margen de mi color de piel, me discriminaban por no ser uno de ellos. Solo era un pobretón que tardaba demasiado en llenar los depósitos de sus estúpidos coches de marca extranjera.

Mi odio hacia ellos se endurecía con cada día que pasaba. Fue en esa gasolinera donde me formé, donde me hice el hombre que soy ahora. Ahí adquirieron forma mis ideas, convicciones, y ahí es donde se desbordó mi repugnancia hacia gran parte de la sociedad. Cuanto más conocía a la gente que me rodeaba, más la despreciaba. Llevaban razón al tratarme de forma diferente. No tenían por qué considerarme su igual. A fin de cuentas, yo no era uno de ellos. Porque yo nunca le habría hablado de ese modo a una persona, sin importar el saldo de su cuenta bancaria o su dirección postal. No discriminaba a nadie por ser negro o por ser pobre, me preocupaban los demás seres humanos que vivían peor que yo, respetaba a la gente y no me creía superior a nadie. Por eso no era, y nunca iba a ser, uno de ellos. ¿Y quién querría ser como esos estúpidos, de todas formas?



\*\*\*\*\*

Esa noche llegué a casa cargado de bolsas. Cuando giré la llave dentro de la cerradura y entré, me golpearon en la cara los vapores de algo que olía como a estofado. Me entró un hambre atroz. Apenas había probado bocado en todo el día. En mi jornada laboral no había pausa para comer. Solo podía picar algo en los ratos muertos, y de eso hacía años que no teníamos.

—Serena, estoy en casa.

Salió de la cocina y se quedó en el vano de la puerta, con los ojos azules clavados en los míos. Parecía una niña desamparada y sola en el mundo. Enternecido por esa faceta suya, dejé las bolsas en el suelo, fui hacia ella, la cogí por la cintura y la besé.

—Este es el mejor momento del día —le susurré, con su rostro entre las manos—. Llegar a casa y encontrarte aquí no tiene precio.

Ella me sonrió con ese gesto suyo que tanto adoraba yo. La sonrisa de Serena era especial. Tenía tal modo de sonreír que, si la mirabas, tu corazón se inundaba de felicidad.

—He hecho la cena.

—Huele de muerte.

—Espero que sepa igual.

—Seguro que sí.

La volví a besar.

—¿Qué tal el día? —me preguntó en un susurro mientras me seguía por el salón.

Me encogí de hombros.

—No vale la pena recordarlo. El día ha sido una mierda. Pero las noches que paso a tu lado lo compensan todo. ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo?

—He ido al mercado y he hecho la compra con el dinero que me dejaste. Prácticamente he llenado la nevera. Incluso te he comprado cerveza.

Solté una carcajada y decidí que no era un buen momento para confesar que yo apenas bebía. Lo había hecho con la mejor de sus intenciones, y la amaba por ello.

—Y te lo agradezco, pero no vuelvas a ir tú cargada con todo, ¿vale? La próxima vez espérate a mi día libre y haremos la compra juntos. Tú elijas y yo cargo. Como un equipo. ¿Qué te parece?

—Que el chico del rap es un caballero —se mofó, y yo me ruboricé un

poco—. Y que es adorable cuando esboza esa sonrisa tan tímida.

Me reí, le di otro beso en la boca y me aparté.

—Traigo varias cosas. —Cogí las bolsas y las dejé encima del sofá—. Toma. Esto es para ti.

Serena recibió mi regalo con el ceño fruncido.

—¿Qué es?

—Ropa. No es gran cosa. Unos vaqueros y unas camisetas. Para que te sientas...

Se le empañaron los ojos, lo cual me aterró. Odiaba hacerla llorar.

—¿Serena? Si no te gusta, lo podemos...

—No es eso. Es que yo...

La miré por debajo de la frente arrugada.

—¿Tú...? —apremié.

—Me siento como una mantenida, Aiden. Ayer el dinero de la comida, hoy la ropa...

Me fui hacia ella y la abracé.

—Eh, no digas eso. Tú no eres una mantenida. Eres mi chica, y es mi deber hacerme cargo de ti. ¿Me has oído? Por favor, no llores. No sabes lo que me duele verte llorar.

Sorbió por la nariz e intentó sonreír a través de las lágrimas.

—Eres la mejor persona que he conocido nunca —balbució, escondiendo la cabeza en mi cuello.

Mis manos le acariciaron la espalda despacio y ella siguió llorando durante un buen rato.

—Dios, estarás pensando que soy una estúpida llorona —rio con amargura mientras retrocedía y se enjuagaba las mejillas.

Sacudí la cabeza.

—Eres la chica más lista que conozco. Vamos, no llores más. Mira a ver qué he comprado. Tengo pensado pintar mañana, ¿qué te parece? ¿Vas a ayudarme? ¿Sí? Bien, porque hay un par de botes de pintura dentro de esas bolsas. Espero que te guste el amarillo. No es muy intenso, es más bien un tono pálido y... ¿elegante? No lo sé, pensé que te podría...

—El amarillo es perfecto, Aiden.

Me sonrió y yo me callé y le devolví la sonrisa.

—También he comprado yeso y cosas así, a ver si soy capaz de tapar los agujeros del techo.

Serena me contempló con veneración. En su rostro se había pintado una sorprendente emoción.

—¿De verdad? —susurró, con voz extraña, como ronca.

—Pues claro. Soy el hombre de la casa.

Se rio, aunque la risa no le alcanzó la mirada.

—Sí que lo eres.

Me quedé parado, mirándola con seriedad.

—Te quiero, Serena —le susurré alocadamente.

Sus labios tardaron unos segundos en curvarse en una sonrisa apenas perceptible.

—Y yo te quiero a ti, chico del rap.

Nos sonreímos el uno al otro y luego empezamos a movernos, yo a retirar las cosas de las bolsas y a dejármelo todo preparado para el día siguiente, y Serena a ir a probarse la ropa nueva.

—Es todo de mi talla, y me encanta. Gracias.

Vino hacia mí, con sus vaqueros nuevos y el top blanco.

—No me lo agradezcas, no lo he hecho por ti.

Frunció el ceño.

—¿Ah, no?

—No, Serena. Lo he hecho por mí. Con estos vaqueros ajustados estás mucho mejor que con un pantalón de chándal que no me deja apreciar bien la redondez de tu...

—¡Vale! Te he comprendido.

Me reí y le guiñé un ojo. La atmósfera se había relajado por fin. Estábamos de nuevo cómodos el uno con el otro.

—¿Y qué has hecho para cenar? —cambié de tema.

—Cerdo estofado.

—¿Y no se te ha ocurrido preguntar antes si soy judío?

Serena abrió los ojos de par en par.

—¿Eres judío?

—No. Pero podría haberlo sido.

Sacudió la cabeza con fingida irritación.

—Por Dios, lo vuelves a hacer.

—¿El qué?

—Burlarte de mí.

—Yo no me burlo.

—JA. Te burlas siempre, pero creo que es lo que más me gusta de ti, así que... no pasa nada.

Me abrazó y nos besamos hasta que el sonido de las tripas de Serena dejó bien claro que era la hora de cenar.

—Voy a preparar los platos —dijo ella.

—Voy a poner la mesa —me ofrecí yo.

Fuimos los dos a la cocina. Yo a por cubiertos y vasos, y Serena a echar la comida en los platos. Eché una mirada a mi alrededor y tragué saliva.

—Has hecho que esto parezca un hogar —comenté, con voz ronca—. Creo que es la primera vez que como comida casera.

El etéreo azul de los ojos de Serena se nubló un poco. Aun así, se esforzó en sonreírme.

—Te prometo que no será la última.

Planté un beso en su cuello y regresé al salón. Al poco tiempo llegó ella y nos sentamos a cenar. Estuvimos en silencio casi diez minutos. Estábamos los dos hambrientos y el guiso de Serena estaba delicioso.

—Serena.

—¿Hmmm?

—¿Has vuelto a saber algo de tu padre?

Su coleta rubia se agitó en señal de negación.

—Nada. Supongo que estará vivo. De lo contrario, me habría enterado ya.

—Sí, supongo...

Trascurrieron otros cinco minutos hasta que volví a hablar.

—¿Y la universidad?

Se encogió de hombros.

—Bueno, ya no puedo pagar la matrícula, así que...

—¿Cuánto dinero es?

—Aiden...

—¿Cuánto dinero es, Serena? —gruñí, atravesándola con la mirada.

—Cinco veces más de lo que vale el alquiler.

Dejé caer los párpados. Era imposible pagarlo.

—Al trimestre —añadió Serena pasados unos cinco segundos.

Solté un suspiro prolongado.

—Este año es imposible. Pero te prometo que...

—¿Qué? ¿Que harás cualquier cosa para ayudarme? ¿No lo pillas, Aiden? ¡No quiero que hagas *cualquier* cosa para ayudarme! No quiero que seas

como Ax —me gritó, con ojos llameantes.

—¿Ax? —me asombré, sin saber de qué me estaba hablando—. ¿Qué es lo que hace Ax?

—No lo sé. Pero está en la cárcel. Y le han caído cinco años.

—Joder. Lo siento.

—Ya. Es igual. No quiero que tú acabes como él, ¿vale? Porque yo no puedo perderte. No puedo enfrentarme a lo que se está enfrentando Violet ahora.

Cogí la mano de Serena por encima de la mesa, me incliné y la estreché un poco, para atrapar su mirada.

—Te prometo que no pasará eso. No haré nada ilegal.

—Más te vale.

Me quedé mirándola y, a medida que pasaban los segundos, mi sonrisa se volvió cada vez más tierna.

—¿Por qué pones era cara? —balbuceó, entre disgustada y curiosa.

—Porque me gusta —confesé, sin dejar de sonreír.

—¿El qué?

—Que te estés preocupando por mí. Es la primera vez en toda mi vida que alguien se preocupa por mí. Gracias, Serena.

—No tienes que darme las gracias. Tú eres todo lo que tengo. Te has convertido en la persona más importante para mí, Aiden.

—Y tú en la persona más importante para mí —susurré, paseando la mirada por todos los rincones de su rostro, fascinado por lo hermosa que era.

Al cabo de un rato, nos levantamos y empezamos a recoger la mesa. Yo me ofrecí a fregar los platos. Serena me los trajo y se quedó a mi lado, secándolos. Cuando acabamos, me dio un empujón con la cadera.

—Hacemos un buen equipo —me dijo.

Me reí.

—Y estaremos juntos toda una semana. Podemos aprovechar para hacer lo que quieras.

—Arreglaremos el piso —decidió después de unos segundos—. Y haremos el amor.

Solté una carcajada.

—Me gusta. Es un plan muy bueno.

—Estupendo. Comencemos por eso último. Estoy demasiado cansada como para ponerme a arreglar el piso ahora.

Trabé la mirada en ella mientras me secaba las manos con el trapo.

—¿Y no estás demasiado cansada como para hacer el amor conmigo?  
—repuse con seriedad.

Serena se quedó inmóvil y en sus ojos había una expresión que no podría expresar con palabras.

—Nunca estoy cansada de ti, Aiden —susurró.

Se me hizo un nudo en la garganta y tuve que carraspear para conseguir hablar.

—Serena, tú eres lo único bueno que hay en mi vida. Lo único bueno que ha habido *nunca* en mi vida.

Se lo dije porque tenía que decirlo y ella tenía que saberlo. Su sonrisa fue suave, con cierto matiz de dulzura. Se me acercó y enroscó los brazos alrededor de mi cuello.

—Baila conmigo, anda —me pidió.

Puse las manos en la parte baja de su espalda y la mantuve pegada a mí, para poder evaluar sus insondables ojos azules.

—No hay música —susurré.

Serena deslizó los dedos por mis cabellos y atrajo mi boca hacia la suya.

—¿A quién le importa? —musitó con su respiración rozando mi boca.

Bajé el rostro y la besé con ternura, sin ser demasiado consciente de que ya estaba bailando con ella. A medida que pasaban los segundos, el beso se volvía cada vez más pasional, mi lengua cada vez más impaciente, la boca de Serena cada vez más ávida de recibirme. Llevé las manos al borde de mi camiseta y me la quité por encima de la cabeza, dejándola caer al suelo, y luego cogí su rostro entre las manos y apreté la boca contra la suya. Las manos de Serena se arrastraron por mi piel desnuda, subiendo y bajando lentamente. Se detuvo encima del botón de los vaqueros y lo desabrochó mientras yo me ocupaba de quitarle la camiseta y hundir la boca en su carne cálida.

La cogí en brazos y la subí a la minúscula encimera. Con los pantalones desabrochados colgando sobre los huesos de mi pelvis, me abrí camino entre sus rodillas, tiré de sus caderas para pegarla a mí e hice que me rodeara con las piernas.

—Me tienes loco —le susurré, acariciándole los labios.

Nuestros ojos se fundieron en un intenso abrazo.

—Y tú a mí.

—Lo sé...

Esa noche no fuimos capaces de llegar a la cama. El sofá fue suficiente para nosotros, para dar riendas sueltas a esa pasión que parecía gobernar ahora nuestras vidas. Nunca había sentido nada igual. Nunca había estado tan enamorado. No quería que ese sentimiento acabara nunca. Era incapaz de imaginar mi día sin Serena en él.

## Capítulo 9

Serena estaba preciosa con la punta de la nariz manchada de pintura. Le había dejado unos vaqueros míos, muy anchos, y una camiseta negra tan grande que se la había tenido que meter dentro del pantalón para poder moverse cómodamente. A primera hora de la mañana, se había recogido sus cabellos rubios en un moño alto, pero, con el paso de las horas, algunos mechones se le habían ido soltando y ahora colgaban sobre su delgado rostro, limpio de cualquier maquillaje. Me encantaba verla tan natural, sin nada de artificios. Solo Serena.

Llevábamos toda la mañana trabajando. Yo me había ocupado de arreglar las goteras, y Serena había retirado algunas cosas del dormitorio y había pintado toda una pared, aun cuando le había dicho que se estuviera quieta, que ya me ocupaba yo de todo.

Sobre las dos de la tarde, fui al dormitorio y me apoyé contra el marco de la puerta. Serena estaba de espaldas, retocando la pintura de una zona que le parecía a ella que no había quedado del todo bien.

—A ver, Miguel Ángel, no hace falta que te esmeres tanto. Con dejar esto salubre nos vale.

Se volvió con una sonrisa radiante.

—Mófate, pero mira lo bien que me está quedando. Soy una artista.

Me reí, entré, la cogí por la cintura y le di un beso muy dulce.

—Creo que he arreglado el techo —le dije al despegarse nuestros labios.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Y antes de bajar, he aprovechado para llamar y pedir una pizza. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas al banquete? Tú, yo, pizza, un cartón de vino barato...

—Jamás se me ocurriría un plan mejor.

Planté un beso en sus labios y me dispuse a regresar al salón, cuando recordé algo y di media vuelta.

—Serena.

Se volvió con la brocha en la mano.

—¿Eh?



Sonreí, fui hacia ella y le limpié la mancha de la nariz.

—Ahora sí estás perfecta.

Su sonrisa irradió luz. Sus palabras, en cambio...

—Vamos, no pierdas el tiempo, so vago. Tenemos mucho que hacer.

Me fui agitando la cabeza. Le gustaba meterme caña.

Había pintado media pared del salón cuando llegó el repartidor con la pizza. Me guardé la brocha en el bolsillo trasero del vaquero y fui a abrirle. Cambié un par de palabras con él, ya que le conocía del barrio, le pagué lo que se le debía y regresé con la caja en la mano. Estaba todo recogido y tapado con plásticos, por lo que Serena y yo nos tuvimos que sentar en el suelo. Abrí el cartón de vino y lo serví en dos vasos. El primero, para ella.

—Has organizado una comida romántica —se entusiasmó Serena con ojos brillantes, mientras yo terminaba de cortar la pizza.

Levanté la cabeza y le devolví la sonrisa.

—Te prometo que algún día te llevaré al mejor restaurante de París y beberemos el mejor vino del mundo. Mientras tanto... ¡voilà! ;

Ella cogió mi mano, se la llevó a los labios y plantó un beso en mi muñeca.

—Mientras tú estés conmigo, me conformo con cualquier cosa. ¿Quién quiere ir a París, de todos modos?

Nos sonreímos y empezamos a comer. No teníamos nada, pero éramos felices porque nos teníamos el uno al otro.

—¿Vas a ver a tu madre alguna vez?

Necesité un segundo para reaccionar. Aparté el trozo de pizza y sacudí la cabeza.

—¿A Cristal? No. Está muerta para mí. Y yo para ella.

Serena tomó un sorbo de vino y me observó por encima del vaso. Debió de captar la expresión perdida de mis ojos.

—¿Y tu padre?

Mi boca se tensó.

—Muerto.

—¿Muerto de verdad, o muerto para ti?

—No lo sé, no me importa. No quiero hablar de ellos, Serena.

—Aiden, vamos, no seas tan hermético. Quiero conocerte. Nunca quieres hablar de nada.

Moví la mirada hacia la suya y cabeceé irritado.

—¡Ya me conoces! Sabes quién soy y cómo soy. No tienes necesidad de conocer mi infancia o mi relación con mis padres.

—Sí que la tengo —se empeñó—. No sé nada sobre ti. ¿Cómo vamos a conseguir que esto funcione si ni siquiera nos conocemos el uno al otro?

Cogí aire en los pulmones y lo expulsé con fastidio. El salón quedó en silencio; un silencio tenso e incómodo.

—Mi madre es una drogadicta y mi padre un borracho —solté de pronto, sin atreverme a mirar a Serena—. Se conocieron en un concierto de rock. Follaron esa noche. No usaron condón. Ella se quedó embarazada. Se casaron, Dios sabe por qué, quizá con el único fin de amargarme la vida a mí. Él se marchó cuando yo era un crío. Me alegré mucho y deseé que lo atropellara un camión. Fin de la historia. ¿Contenta?

Ella no dijo nada. Sentía la frustración escociéndome en la garganta. Odiaba hablar del tema. Mi infancia estaba clausurada con una cinta policíaca y el paso quedaba prohibido.

—¿Por qué te irritas tanto? —susurró Serena.

Exasperado, volví el rostro hacia el suyo y la acuchillé con la mirada. Notaba la faz tensa, desencajada.

—No quiero hablar de mi infancia, Serena, te lo he dicho decenas de veces. Porque si dejo que todos esos recuerdos broten, las cosas se volverán reales. *Todo* se volverá real. El pasado me alcanzará y tendré que enfrentarme a él. Y no quiero quedarme atrapado en el pasado, porque fue horrible para mí. Las palizas, las peleas de mis padres... Tú no te haces ni una idea de lo que era mi casa en esa época. Mi padre pegaba a mi madre con el cinturón, y luego me pegaba a mí. Una vez creí que iba a matarla. Ella estaba en el suelo, llena de sangre, y él la golpeaba con las puntas de las botas. En el estómago, en la cara... —me detuve, con expresión vacía, solté el aire y mi tono se tranquilizó, se volvió mesurado—. Yo tenía seis años. Le grité que parara. Pero no paró.

—¿Y qué pasó? —se atrevió a susurrar Serena, al ver que yo callaba, perdido en mis erráticos pensamientos.

Me encogí de hombros.

—Cogí un cuchillo y me acerqué a él. No sé lo que quería hacer, la verdad. No sé si quería matarlo o... No lo sé —repetí, sacudiendo la cabeza—. Le hice un corte en el dedo y esa noche me dio la paliza de mi vida. Aunque eso no fue lo mejor, porque cuando se recuperó Cristal, recibí

otra paliza por su parte, por haber intentado *asesinar* al amor de su vida. El amor de su vida que la estaba pisoteando en el sentido más literal de la palabra, por cierto. Ya ves. Esta es mi vida, Serena, y por eso no quiero recordarla. No quiero recordar una mierda. Para mí, mi vida comienza el día en el que te conocí a ti. No quiero hablar más del tema, ¿vale? No vuelvas a preguntar nunca más.

Serena suspiró y estrechó mi mano.

—Yo no me acuerdo de mi madre —me susurró, unos momentos más tarde—. Pero he visto fotos tuyas. Era muy guapa. Rubia. Tenía unos ojos preciosos. Fui feliz, Aiden. De verdad lo fui. Aunque me crié sin una madre, *fui feliz*. Hasta esa noche. Al principio, mi padre no bebía tanto. Pero luego fue perdiendo el control gradualmente. La noche en la que me marché de casa, ni siquiera llegó a tocarme. Se la estaba cascando al lado de mi cara. Yo fingí que estaba durmiendo, porque tenía demasiado miedo. Sabía que si se daba cuenta de que estaba despierta... Estaba *tan* borracho... Dios, tenía mucho miedo.

La atraje hacia mis brazos y la acallé con besos desesperados.

—No sigas, Serena. No tiene sentido que pases por todo eso de nuevo.

—Pero a veces viene bien hablar de ello con la gente, ¿no?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Yo no lo hago. Hablar de ello lo vuelve real. Si finjo que no ha pasado...

—Llegará un día en el que te rompas.

La miré y esboqué un amago de sonrisa.

—Puede. Pero me enfrentaré a ello en su momento. No me gusta atormentarme en vano. Recordar el pasado no mejorará nada. Lo único que podemos hacer tú y yo es asegurarnos un futuro mejor.

Serena sonrió débilmente.

—Y lo estamos haciendo. Míranos, pintando nuestro primer piso.

Mis labios se desplegaron en una especie de sonrisilla. Le besé la punta de la nariz y la insté a seguir comiendo.

—Se nos está enfriando la pizza.

—Sí... —susurró ella, como ausente.

\*\*\*\*\*

Nos llevó dos días dejar el piso en condiciones. Tras pintarlo y limpiarlo bien, parecía otro, mucho menos cochambroso. De acuerdo, apenas teníamos muebles y espacio, pero, no lo sé, había algo hogareño, algo que Serena y yo le habíamos aportado a ese lugar. Ahí dentro y con ella a mi lado, me sentía como en casa por primera vez en mi vida.

Esa mañana me levanté temprano e hice café. Quería sorprenderla con el desayuno, aunque no me dio tiempo. A los dos minutos de salir yo de la cama, ella me siguió a la cocina.

—¿Cómo puedes estar tan guapo por la mañana? —preguntó desde el vano de la puerta.

Me volví con una sonrisa.

—¿Qué haces despierta tan pronto?

—Quiero ir a Dayton.

Mi mandíbula se tensó. Eché café en dos tazas y le ofrecí una a ella. La mera mención a Dayton me ponía de los nervios.

—¿Para qué?

—Quiero coger mis cosas. Mi ropa, mi portátil, está todo ahí.

Apoyé la espalda contra la encimera y medité mientras tomaba el café a sorbitos.

—¿Estás segura de que quieres volver a ver a tu padre?

—Necesito mis cosas, Aiden.

Apreté los labios hasta que mi boca se convirtió en una línea recta y rígida.

—Muy bien. Pues iremos a Dayton.

—Respecto a eso...

Me miró incómoda, balanceándose como una niña pequeña que acaba de cometer una travesura y no sabe cómo confesárselo a sus padres.

—¿Qué pasa, Serena?

—Voy a ir sola.

—Puedes ir olvidándote —bramé con aspereza.

—Aiden, no te pertenezco.

—¿A qué coño viene eso ahora? —le grité, atravesándola con una mirada chispeante.

Se encogió de hombros, cada vez más cohibida.

—Es que... me estás tratando como si fuese un objeto de tu propiedad.

—Que yo te estoy tratando... —No daba crédito—. ¡Hay que joderse!

¿Quieres ir a Dayton, Serena? ¡Pues ve al puto Dayton! ¡Haz lo que te salga del coño!

Arrojé la taza al fregadero. Se rompió en pedazos. Me dio igual la puta taza. Pasé por delante de Serena, sin mirarla, agarré una chaqueta y salí cerrando de un portazo. Fuera, eché a correr por la acera. No tenía ningún destino. Solo quería alejarme. Tranquilizarme. Era la segunda vez que perdía los papeles con ella y no me gustaba eso ni un pelo, porque no quería que se llevara una impresión errónea. Ella llevaba razón. Apenas nos conocíamos. No podía saber la clase de persona que era yo, y si no dejaba de comportarme como un neandertal, la espantaría. No quería eso, porque perder a Serena era una idea que me aterraba. En tan poco tiempo se había convertido en todo lo que yo necesitaba.

Corrí al menos una hora, hasta que me calmé lo bastante como para regresar a casa. Me sorprendió encontrar a Serena todavía ahí. Había estado llorando. Sus ojos delataban vestigios de lágrimas, y eso me partió el corazón. Había vuelto a hacerla llorar, lo cual hizo que me sintiera como un capullo.

Entré, dejé las llaves encima de la mesa y la miré inquieto.

—Lo siento, Serena —musité—. Yo... a veces...

Vino hacia mí corriendo, se refugió contra mi pecho y rompió a llorar.

—No me gusta pelearme contigo —balbució.

Cerré los ojos, gruñí una maldición hacia mis adentros y le acaricié el cabello con los dedos, me aferré a ella con fuerza y empecé a mecerla en mis brazos.

—Yo *odio* pelearme contigo.

—¿Y por qué nos peleamos todo el rato?

Bajé la mirada hacia esos enormes ojos azules repletos de lágrimas y le dediqué una sonrisa tierna.

—Dejaremos de pelearnos. Te lo prometo. Controlaré mi mal carácter.

Ella cogió mi cabeza entre las manos y sacudió la cabeza.

—No quiero cambiarte, Aiden. Me gusta cómo eres.

—Entonces, seguiremos peleándonos. Porque si soy yo mismo, nunca permitiré que vayas a Dayton tú sola. Sé que es tu decisión y que yo debería respetarla, pero...

—Iremos a Dayton juntos —resolvió, para mi asombro.

La miré ceñudo.

—¿Seguro?

—Pero solo si me prometes que no vas a cargarte a nadie por el camino.

—¿Y si te lo juro? —le propuse, mi sonrisa recuperando el habitual matiz travieso.

Puso los ojos en blanco, simulando irritación.

—Me vale.

Le sonreí, ella me sonrió, y yo la besé. Habíamos hecho las paces. Resultaba así de sencillo en esa época.

Fuimos a Dayton juntos. Encontramos a su padre sentado en el porche. Todavía tenía un ojo morado, aunque no mostraba ya tan mal aspecto como la última vez que lo había visto. Se puso en pie nada más verme y retrocedió despavorido. Levanté las manos en actitud conciliadora.

—No vengo a buscar más pelea. Serena quiere coger sus cosas. Si dejas que lo haga, no será necesario llegar a los puños. Aunque a ti no te lo parezca, soy una persona civilizada.

Me miró receloso. Luego miró a Serena y esbozó un gesto de dolor.

—No te vayas con él —suplicó en un murmullo—. Yo prometo... prometo... dejar de beber. Me he apuntado a Alcohólicos...

—Tenías que haberlo hecho hace muchos años —interrumpió Serena antes de que acabara la frase—. Ahora es demasiado tarde, papá. Me has perdido, y es para siempre.

—Serena... Cariño...

Intentó tocarla, pero yo me interpuse entre ellos, lo cogí del cuello y lo estrellé contra la pared.

—Cuidadito con las manos. No toques a Serena.

Ella rompió a llorar. Le hice una señal con la cabeza para que se fuera a recoger sus cosas. Cuando se cercioró de que no iba a pegar a su padre, obedeció. Lo mantuve de ese modo, agarrado por el cuello y atrapado entre la dureza de mi pecho y la solidez de la pared. No confiaba en él y no quería que hiciera ninguna estupidez.

—¿Qué clase de monstruo eres tú? —le dije con desprecio.

Sus ojos azules, muy parecidos a los de Serena, se llenaron de lágrimas.

—No sabía lo que estaba haciendo —balbució.

Sentí tantas ganas de matarle que aún no sé cómo conseguí dominarme.

—¿No sabías lo que estabas haciendo?! Me das náuseas. ¿Cómo pudiste hacerle algo así a tu *propia* hija? Tu papel era protegerla y asegurarte de que

el mundo no la rompiera. ¡Pero fuiste tú el que la rompió, jodido bastardo! Y ella nunca volverá a ser igual, ¿lo entiendes? —lo empujé con fuerza contra la pared, y él empezó a llorar—. *Nunca* volverá a ser normal —gruñí, rechinando los dientes.

—Lo siento... —sollozaba mientras sacudía la cabeza—. Lo siento mucho...

—Sentirlo no va a mejorar una mierda. Ojalá pudiera matarte en este momento, porque nada me gustaría más. Pero puede que merezcas vivir. Puede que merezcas vivir toda tu puta vida sabiendo que la has destrozado.

—¿Aiden? —susurró Serena insegura. Estaba en el umbral, con dos maletas en la mano. No la miré, porque no quería ver lo desbordante que debía de ser su dolor.

—¿Has acabado? —pregunté con gelidez, mis ojos fijos en los de su padre.

—Sí, llevo más o menos todo lo que necesito.

—Pues vámonos.

Solté su cuello con brusquedad y lo arrojé lejos de mí. Cogí a Serena de la mano y nos marchamos, mientras su padre se quedó en el porche. La última vez que miré, estaba apoyado contra el muro y lloraba a mares.

Serena y yo caminamos de la mano unos cinco minutos sin que ninguno de los dos dijera nada.

—Estoy orgullosa de ti —habló por fin.

Le lancé una mirada extrañada.

—¿Por qué?

—Querías matarlo hoy.

—Cierto.

—Pero no lo has hecho. Te has controlado. Y estoy muy orgullosa de ti, Aiden.

Sonreí un poco.

—Lo hice por ti. Quiero ser mejor.

Serena ralentizó el paso y me observó con una sonrisilla que me dejó bien claro lo enamorada que estaba de mí.

—*Eres* mejor —subrayó.

—Ven aquí —musité, cogiéndola por el mentón.

Acerqué su rostro al mío y le di un beso muy suave.

—Te quiero, Serena.

—Y yo te quiero a ti.

—Vayámonos a casa —le susurré.

—Hmmm, qué bien suena.

—¿El qué?

—A casa.

Me reí.

—¿Te gusta vivir conmigo, Serena?

—Oh, sí. ¿Cómo si no iba a poder espiarte en la ducha? Estás muy cañón, ahí mojado y todo cubierto de tatuajes.

Me reí.

—Si quieres verme desnudo...

—Tengo que desnudarme a cambio —terminó ella mi frase.

—Exacto. Me alegro de ver que lo tienes claro.

Soltó una risita y me empujó con el hombro.

\*\*\*\*\*

Poco a poco, las cosas fueron a mejor para Serena y para mí. No teníamos gran cosa, pero nos bastaba con tener el amor del otro. O eso creía yo, hasta que llegué un día a casa antes de lo previsto y me la encontré llorando en la bañera. Al principio no supe ni cómo actuar; qué hacer o qué decir para mejorar las cosas. No conocía la razón de su tristeza.

—¿Serena? —dudé.

Ella levantó el rostro surcado de lágrimas y esbozó un gesto de tormento.

—Lo siento. No sé qué es lo que me pasa —balbució.

Entonces lo comprendí. Su cabeza estaba hecha una mierda, como la de Cristal.

Me quité la ropa, me hundí en el agua y tiré de ella hacia mis brazos. Intenté consolarla acariciándole el cabello y susurrándole palabras de amor al oído. Le dije que daba igual lo que hubiera sucedido, que íbamos a solucionarlo juntos y que no quería que ella se preocupara por nada; que todo iba a salir bien.

Serena deslizó una mano por debajo del agua y me rodeó el miembro con los dedos. Puse la palma encima y la detuve.

—Oye, Serena, no hagas eso.

—Ya no me deseas... —sollozó, apartándose dolida.



—No es eso. Sabes que me muero por estar contigo. Pero ahora mismo no estás bien.

—Sí que lo estoy —se obstinó.

—Eh —cogí su cabeza entre las manos y la obligué a mirarme—. No estás bien. Estás llorando.

—Pero no tiene que ver con nosotros.

—De acuerdo. Háblémoslo. Quiero saber de qué se trata.

—Pero...

—Serena, follando no arreglaremos nada. Me tienes que contar las cosas. Es el único modo de que esto funcione.

Serena me miró unos momentos, luego sacudió la cabeza y se enjuagó las mejillas.

—Eres un aguafiestas. Cualquier tío habría follado conmigo.

—No soy *cualquier* tío. Tú me importas. *Te quiero*. Y necesito saber qué es lo que te pasa. Me enferma verte llorar. ¿Puedes comprender esto? ¿Puedes comprender que para mí eres más que un trozo de carne?

Resopló irritada, me empujó hacia atrás y se apoyó contra el borde de la bañera. Estuvo en silencio durante un buen rato, debatiéndose entre la ira, la irritación y el tormento.

—Me siento como una inútil —dijo por fin—. Tú estás todo el día trabajando y yo no hago nada para ayudar. Me pasó horas y horas viendo telenovelas. Esta no es vida para mí.

Necesité unos momentos para digerirlo; para comprender que, a pesar de todos mis esfuerzos, Serena no era feliz conmigo.

—¿Echas de menos la vida en el campus?

—Ya sabes que sí —balbució, con los ojos repletos de lágrimas.

—Entonces, deberías volver.

Bufó una risa entre incrédula e irritada.

—¿Y cómo demonios sugieres que lo haga? No puedo pagarlo.

—¿Puedes pedir un préstamo de estudiante?

Frunció el ceño. Era evidente que no había tomado en cuenta esa opción.

—Supongo que sí.

—Intentémoslo. Yo te ayudaré todo lo que pueda.

Sus ojos azules me miraron por debajo de la frente arrugada. Por primera vez en muchas semanas, brillaban esperanzados.

—¿Lo harías?

Le mostré mi sonrisa más tierna.

—Ya sabes que sí. Lo único que quiero es que seas feliz. Me revienta verte tan triste.

Se enderezó, me cogió por la nuca y me acercó a ella.

—He dejado de llorar. ¿Podemos follar ahora?

Moví el brazo y le acaricié la mejilla.

—No. Pero podemos hacer el amor.

—Me vale —musitó mientras sus labios se acercaban cada vez más cerca de los míos.

## Capítulo 10

En vísperas de mi cumpleaños, Serena me asombró con una extraña noticia.

—Tengo trabajo.

Se me cayó la cuchara de la mano. Levanté la mirada, azorado a más no poder, y la estudié con el ceño fruncido.

—No sabía que estuvieras buscando un empleo —me obligué a decir ante el constante aleteo de sus pestañas.

No dijo nada, empujó el plato hacia el centro de la mesa y me miró con sus enormes ojos azules repletos de agonía. No lo había tocado. Sabía que no le gustaban los guisos de patata, y me odié por no poder pagar nada mejor. Estábamos a finales de mes y solo nos quedaban veinte dólares en el bolsillo. Tendríamos que alimentarnos a base de patatas durante toda la semana, o renunciar a pagar la luz y comprar un poco de carne. Yo había optado por lo primero. Tener luz en casa me parecía importante.

—No me van a dar el préstamo, Aiden.

—¿Qué? ¿Por qué no?

Se encogió de hombros y me di cuenta de que pestañeaba demasiado, como si tuviera miedo de que las lágrimas fuesen a brotar.

—No lo sé. Ya da igual. Me he buscado un empleo porque no podemos seguir viviendo solo con tu sueldo. Me han contratado en una cafetería. De momento, para limpiar y todo eso, aunque dijeron que más adelante podría ascender al puesto de camarera. Quién sabe, incluso puede que algún día me hagan gerente —intentó bromear para restar importancia al asunto.

Mis ojos recorrieron enajenados su rostro. Serena intentaba mantener una expresión impávida, pero pude ver la desesperación bien oculta detrás de sus pupilas. Algo se quebrantó dentro de mí. Supongo que no me sentí como un hombre en ese momento.

—Serena...

Puso una mano encima de la mía para interrumpirme.

—No importa, en serio. Cuando nos lo podamos permitir, regresaré a la universidad. Mientras tanto, trabajaré. Como todos los demás.

No me gustaba la idea, pero tuve que darle la razón. No teníamos una

opción mejor que esa.

—Está bien—. Me limpié con la servilleta y ordené mis pensamientos. Cuando volví a abrir la boca, hablé con mesura y sensatez—. Intentaremos ahorrar todo lo posible. Así, a lo mejor, si trabajamos los dos, el curso que viene...

—Sí, seguro que sí.

Ella no estaba convencida. Yo tampoco lo estaba. Empecé a rumiar, empeñado en encontrar una solución que permitiera que Serena regresara a la universidad cuanto antes.

—¿No te gusta la comida? Apenas la has probado.

—Volveré a cantar, Serena —declaré súbitamente, recorriendo su rostro con la mirada.

—Aiden...

No era la primera vez que lo hablábamos. Esa conversación solía acabar en pelea. Serena no quería que cantara.

—Sé que no te gusta que me pase las noches de fiesta en fiesta, pero eso trae dinero extra a casa y...

—No quiero ese dinero.

La cogí de la mano y le di un apretón para que me mirara.

—Vamos, nena, sabes que lo necesitamos. Estamos muy mal de dinero. No tenemos ni para comer. Míranos. Todo el día alimentándonos a base de patatas hervidas.

—Ya sé que sí. Pero recuerda que yo te conocí en una fiesta de esas.

Sonreí un poco y fui invadido por una repentina oleada de orgullo al recordar la noche en la que ella me había elegido a mí.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —le susurré, con repentina suavidad.

—¿Y si te vuelve a suceder?

Fruncí el ceño, sin entender muy bien adónde quería ir a parar.

—¿Qué quieres decir?

—Que ¿y si...? —Respiró hondo y se obligó a mirarme. Estaba avergonzada—. ¿Y si conoces a otra persona y...?

La miré sin dar crédito y no pude controlarme más. Rompí a reír en carcajadas mientras ella me estudiaba con expresión tosca.

—Espera. ¿El problema es que tienes celos? ¿Por eso no me dejabas rapear?

Hizo una pausa en la que se estuvo mordisqueando el labio inferior todo el

rato. Su nerviosismo hizo que me reafirmara en mi opinión. Estaba celosa.

—¡Pues sí! —me gritó irritada.

Dejé de reír y le levanté el mentón para que me mirara a los ojos.

—Serena, cielo, yo te quiero. Si voy a una fiesta, no es para ligar. Lo hago por nosotros. Para tener una vida mejor. Si tuviésemos dinero, no querría irme nunca de casa.

—Quieres decir que, si tú consiguieras hacer mucha pasta, ¿lo dejarías todo y te quedarías en casa conmigo?

Vaya planteamiento.

—Por supuesto. Eh. Mírame, Serena. *Por supuesto* que lo haría. El propósito de todo esto es sacar adelante a esta pequeña familia. Nada más. Cuando ya no sea necesario rapear, se habrá acabado. No más fiestas, no más noches fuera de casa... Te lo prometo.

—¿Y no vas a fiestas porque te aburres conmigo?

Le sonreí con ternura. ¿Cómo se le ocurría siquiera pensar algo así?

—Si por mí fuera, estaría contigo cada instante de mi vida. No puedo pensar en un modo mejor de pasar el tiempo.

Se inclinó sobre la mesa y me dio un beso en los labios.

—Qué bonito. Te quiero, Aiden King.

—Y yo te quiero a ti, señorita Fry. Y te prometo que en cuanto consiga una vida mejor para nosotros, todo esto será historia.

En ese momento no me pareció una promesa difícil de cumplir. Yo cantaba porque necesitaba el dinero, nada más. Estaba convencido de que, en cuanto lo tuviera, sería capaz de parar.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente era mi cumpleaños. Lo celebré en casa de Leroy, porque la nuestra era demasiado pequeña. Además, no podíamos hacer ruido. Los vecinos eran unos capullos.

Serena llegó directamente del trabajo, con su uniforme rosa y el rostro cansado. Dejé mi cerveza encima de un barril y me fui a recibirla.

—Eh, hola —la abracé con fuerza y le di un beso en el pelo—. ¿Qué tal el primer día?

Me miró desvalida como una niña.

—Todo resulta tan diferente a como lo había imaginado...

Nunca me había parecido más vulnerable. Tenía la sensación de que estaba a punto de quebrantarse de un momento al otro.

—Serena, cariño. —La cogí por los brazos mientras me tragaba el nudo de la garganta—. ¿A qué te refieres?

—A la vida, Aiden. ¡Mi vida! —gritó, y luego añadió en un susurro—: No es lo que había imaginado que sería.

Mis ojos verdes se cargaron de preocupación. Los arrastré por toda su faz, en un silencioso intento por calibrarla. La sentí muy lejos de mí en ese momento, inapelable y fría como una estatua.

—Te prometo que mejoraré las cosas para ti.

Intentó sonreír, pero seguía luciendo desanimada.

—Ya sé que sí. Te quiero. Felicidades.

Me dio un abrazo, retrocedió y retiró un regalo del bolso.

—Serena, lo habíamos hablado. Nada de regalos. Sabes que no nos lo podemos...

—Vendí los pendientes de mi madre. Tranquilo. Nos lo podemos permitir.

—¡Pero no quería que vendieras nada! Tenían valor sentimental para ti.

—Y tú tienes valor sentimental para mí. Espero que te guste. Ábrelo.

Plantó un beso en mi mejilla y asintió con la cabeza, para instarme a abrir la caja. La abrí, miré dentro, y mis ojos vagaron de un lado al otro por su rostro.

—Es precioso, pero...

—Pero nada. Necesitas un reloj. ¿Me dejas que te lo ponga?

—Serena...

—Aiden, yo también quiero pasar mi tiempo contigo. Por eso te estoy regalando un puñetero reloj. ¿Quieres aceptarlo de una vez? No estoy de humor para pelearme contigo ahora.

Sus ojos azules destellaban enfado. De mala gana, extendí el brazo y dejé que me pusiera el reloj. Yo tampoco quería pelearme con ella, aunque seguía sin parecerme bien el hecho de que se viera obligada a vender lo único que le quedaba de su madre para comprarme algo a mí.

—Y ahora qué me dices, chico del cumpleaños, ¿bailarás conmigo?

Tuve que hacer un enorme esfuerzo para sonreír. Estaba muy triste esa noche. Muy desanimado y muy decepcionado con la vida. Con mi edad, otros habían conquistado el mundo. En cambio, yo no era más que un fracasado cuya chica tenía que trabajar en un tugurio de mala muerte porque él no era

hombre suficiente como para darle de comer. Estimulante, ¿verdad?

Cogí a Serena de la mano y la saqué a bailar. Fue todo muy mecánico. Yo no estaba ahí con ella. Mi cuerpo, por supuesto. Pero yo, no. Mi mente se alejó y vagó por lugares oscuros e inhóspitos de mi propia consciencia. Intenté decidir cuándo había echado a perder mi vida. ¿El día en el que me habían expulsado del colegio? ¿La noche en la que se había marchado mi padre? No, nada de eso. Había sucedido veintidós años atrás, el mismo día de mi nacimiento, cuando mi vida se había echado a perder.

Los fríos labios de Serena me arrastraron de vuelta al presente. Bajé la mirada hacia la suya y fruncí el ceño.

—¿Qué haces?

—Intento besarte. No estás aquí, Aiden. ¿En qué piensas?

—En lo mucho que te quiero —mentí. Llega un momento en la vida en el que comprendes que ciertas mentiras son necesarias.

Serena sonrió.

—¿Cuánto tiempo más vamos a estar aquí?

—¿Te aburres en mi fiesta de cumpleaños, señorita Fry?

Frunció los labios en un mohín.

—Se me había ocurrido otra manera de celebrar tu cumpleaños.

—Soy todo oídos.

Se me acercó y me susurró algo bastante obsceno. Fingí estupor.

—¿Con nata?

—Yo había pensado más bien en chocolate.

Esbocé una media sonrisa traviesa.

—Me gusta cómo piensas.

Me guiñó un ojo.

—Entonces... ¿nos vamos?

—De inmediato.

Mis palabras sonaron tan tajantes que Serena soltó una risita. Nos despedimos de mis amigos y regresamos a casa para celebrar mi cumpleaños a solas. No lo lamentaba, era el mejor plan que había tenido nunca.

—Tú ve a la cama y desnúdate. Ahora voy yo.

Le miré con una sonrisa que fui incapaz de ahogar a tiempo. Era tan dulce...

—Vale. Pero no tardes. No querrás que me quede dormido.

Soltó una carcajada, se me acercó y me besó los labios con suavidad.

—Más te vale que no. Ahora vete y deja de incordiar.

Le lancé un beso antes de marcharme. Fui a la habitación, como ella había solicitado, y me quité toda la ropa. Cogí aire en los pulmones y me dejé caer encima de la cama. Serena tardó unos minutos en regresar. Me dejó boquiabierto. Estaba preciosa. Solo llevaba un negligé negro, transparente, y un bol de algo entre las manos.

—Estás...

No encontré las palabras. De todos modos, ella me comprendió, asintió con la cabeza y me dedicó una sonrisa.

—¿Qué llevas ahí? —volví a decir, y tuve que aclararme la voz.

—Chocolate derretido y bastante caliente.

Me mordí el labio para no sonreír.

—¿Y qué vamos a hacer con el chocolate caliente, Serena?

Esbozó una media sonrisa bastante traviesa.

—Relájate, amor. Tengo un plan.

Me incorporé, le cogí el bol de entre las manos y lo dejé en el suelo. Luego la agarré por las muñecas y la atraje a mis brazos. Hice que se sentara encima de mi erección y me mordisqueé el labio por dentro para frenar el brutal impulso de hundirme en ella sin más preámbulos. No había nada interponiéndose entre nosotros y notaba su sexo caliente latiendo contra el mío. Tuve que pensar en cosas desagradables para refrenar todos mis impulsos primitivos. No quería prisas esa noche. Quería disfrutar de Serena todo lo posible.

Coloqué las palmas en sus caderas y empecé a moverla contra mí. Ella bajó los párpados, echó la cabeza hacia atrás y se arqueó de tal modo que uno de sus pechos acabó a la altura de mi boca. No pude resistirme, lo rodeé entre los labios y tiré del pezón con los dientes, lo cual dejó una mancha de humedad en la tela negra.

—Yo también tengo un plan, señorita Fry.

Le di la vuelta antes de que le diera tiempo a reaccionar y la atrapé por debajo de mí, con una mano sujetándole las muñecas por encima de la cabeza.

—¿Me vas a robar el chocolate?

—Oh, sí. No se me ocurre nada mejor que chocolate y... —mientras mis ojos la observaban de lo más concentrados, mi dedo se deslizó por su estómago, se coló por debajo de la fina tela negra y trazó una línea por su



sexo—... *tú* —añadí, sonriéndole travieso.

\*\*\*\*\*

Ese fue el mejor cumpleaños de toda mi vida. Le hice el amor a Serena hasta altas horas de la madrugada y luego nos bañamos juntos, cada uno en un extremo de la bañera. Le lavé el pelo y se lo sequé fascinado. Era la chica más bonita que había conocido nunca. Con maquillaje estaba asombrosa, perfecta, pero cuando más me gustaba era recién salida del baño. Entonces no llevaba nada. Era Serena. Sin más. Era natural. Y me encantaba, con su pelo mojado colgándole sobre el rostro limpio. Adoraba cada pequeña mancha de sol de su nariz, cada pequeña imperfección. Eso la volvía real y cercana.

Nos tumbamos en la cama y yo la abracé y me prometí que nunca dejaría escapar a esa chica. Ella era mía y yo era suyo. Serena apoyó la cabeza contra mi pecho y nos quedamos los dos en silencio mientras mis dedos acariciaban distraídos el vello de su nuca.

—Cásate conmigo —musité de pronto.

Serena se incorporó con mirada errática. Nunca la había visto tan turbada. Mis pensamientos estaban tan agitados que acabaron desbordándose. ¿Y si me decía que no? ¿En qué estaría yo pensando? No se lo tenía que haber soltado de ese modo. Era demasiado pronto.

—¿Qué? —consiguió decir en un murmullo apenas audible.

La media luz titilante concedía a sus ojos un brillo vidrioso que hizo que el corazón empezara a retumbarme en los oídos. Me invadió el abrumador deseo de besarla y decirle que no hablaba en serio, pero no podía ser tan cobarde. Debía seguir adelante y enfrentarme a las posibles consecuencias de mi inconsciencia.

—Sé que no tengo nada que ofrecerte y que es muy egoísta por mi parte pedirte algo así en un momento como este, pero si pudieras tomar en cuenta la posibilidad de convertirte en mi esposa, me harías el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

Los ojos de Serena se llenaron de lágrimas que no tardaron nada en desbordarse por las esquinas. Eso era malo, ¿verdad? ¿Lloraba porque le daba pena rechazarme?

—Aiden...

—Sé que no tengo un anillo para ofrecerte, y si me quieres decir que no, lo

comprenderé y nunca volveremos a hablar del tema.

Las palabras se arremolinaban en mi mente y tuve que soltarlas, casi sin aliento. Ella cogió mi cabeza entre las manos y la desconcertante intensidad de sus ojos azules me acalló.

—No hables más.

—Sí, señora —musité.

—Te quiero más que a nada en el mundo, y lo único que deseo y me haría completamente feliz sería casarme contigo.

Parpadeé un par de veces. Supongo que estaba tan seguro del rechazo que nunca había tomado en cuenta la posibilidad de que ella me dijera que sí.

—Espera... ¿Vas a casarte conmigo?

No sabía si llorar, reír, chillar de alegría...

—Sí, Aiden, voy a casarme contigo.

La envolví en un abrazo tan desesperado que Serena no pudo ni respirar.

—Me estás ahogando —consiguió decir.

—Oh, lo siento. —Retrocedí y la miré inquieto—. ¿Estás bien? ¿Has cambiado de opinión?

Se rio.

—¡No! No he cambiado de opinión, así que tranquilízate. Sigo deseando casarme contigo.

Suspiré aliviado, enrosqué los dedos alrededor de su nuca y la acerqué a mí. Nos respiramos unos momentos, temblando el uno contra el otro, hasta que no pude soportarlo más y la besé. Mis labios se movieron con firmeza encima de los suyos, instándola a abrir la boca para mí. Obedeció, lo cual aproveché para meterle la lengua dentro y saborearla con movimientos lentos y eróticos. Gimió en mi boca, sonido que repercutió en algún lugar dentro de mí y envió estímulos directamente a mi polla, que empezó a moverse contra la mano de Serena. Ella lo entendió, entendió lo que quería, y me tocó despacio. Cogió mi miembro entre los dedos y lo acarició de arriba abajo mientras yo me perdía en su boca.

El beso se volvió cada vez más ferviente. Yo me volvía cada vez menos consciente del mundo que me rodeaba. Sentía el calor de su carne desnuda y solo sabía que quería fundirme en ella. Todo lo demás carecía de sentido en ese momento. Serena tenía el don de embrujarme. Cuando estaba con ella me olvidaba de todo lo demás.

—Serena... te quiero...

Mis manos se movieron por su piel, la veneraron centímetro a centímetro. Mis dientes le arañaron el hombro. Sus labios me susurraron algo al oído. La lluvia lenta salpicaba las ventanas. Estábamos en absoluta oscuridad, y ella era mía. ¿Qué más podía pedir?

La levanté en brazos, la coloqué encima de mí y mi cuerpo se hundió en el suyo. Los mechones mojados colgaban sobre su bonito rostro, y yo la miré fascinado. Me aferré a su cintura mientras nuestros cuerpos se movían arriba y abajo en busca de una liberación. Era todo demasiado primitivo, ninguno de los dos estábamos pensando con claridad. El deseo que nos desgarraba las entrañas era superior a nosotros.

Los ojos de Serena me parecieron dos pozos oscuros y apasionados en los que ahogarse. Sus sensuales labios susurraron mi nombre. Me enloquecía... Los acaricié con el dedo y luego lo colé dentro de su boca. Serena movió la lengua y lo rozó suavemente. Mi abdomen se tensó.

Ella arrastró los dedos por mi clavícula y los bajó por mi pecho. Su modo de mirarme era alucinante. Con un solo movimiento, le di la vuelta y la apreté contra el colchón. Estábamos perdiendo el control, lo notaba en nuestros movimientos. La pasión había derivado en ansia. La ternura, en impaciencia.

Llevé una mano a su sexo y la acaricié con movimientos circulares, hasta que sentí que en las profundidades de su vientre empezaba a desatarse un brutal orgasmo. Entonces dejé de acariciarla, la cogí por las caderas y la moví contra mí con cada vez más fuerza, empujándome cada vez más adentro, hasta que no pude soportarlo más y estallé dentro de ella. Era la primera vez que perdía el control, y fue así como concebimos a Trish. Ni era el momento ni era el lugar, pero sucedió y nos tuvimos que enfrentar a ello.

\*\*\*\*\*

Cinco semanas después, Serena y yo nos estábamos casando. Nunca me había sentido más intranquilo. No dejaba de pasearme de un lado al otro como alma en pena. Derecha, izquierda. Derecha, izquierda. Como un soldado en su guardia.

—Oye, chico, ¿quieres tranquilizarte ya?

Miré a Leroy mientras intentaba refrenar la neblina que se estaba apoderando de mi cabeza.

—¿Y si no viene? ¿Y si ha cambiado de opinión? ¿Qué hora es? Está

tardando demasiado, ¿no?

Leroy vino hacia mí, se apoyó contra un banco de la iglesia y se cruzó de brazos.

—Acabo de hablar con Rhonda. Están de camino, así que cálmate de una puta vez.

—Debe de ser el traje este —grazné, aflojándome la corbata azul—. ¿De dónde sacaste un traje? Me asfixia esta ropa.

—Se lo pedí prestado a Ash. Nadie en el barrio tenía un traje.

—¿A Ash? Lo que me faltaba. ¿Y de dónde cojones ha sacado Ash Williams un traje?

—Se lo compró para el entierro de su madre.

—Cojonudo. Me voy a casar con el traje funerario del gilipollas supremo de Scovill Avenue.

—Oye, chico, ¡pues cástate con el puto chándal! No haces más que poner pegas a todo. Hemos hecho lo que se ha podido.

Me arrepentí de haber actuado así. Sabía que mis amigos se lo habían currado mucho para improvisar una boda a lo pobre. Le di una palmada en el hombro a Leroy y le pedí disculpas.

—Perdona, tío. Soy yo, que me matan los nervios. Todo está perfecto. No lo habría podido hacer sin ti. Sin todos vosotros, capullos.

Me dio un empujón.

—¿Para qué están los padrinos y los amigos, idiota?

En ese momento comenzó la música. La novia acababa de llegar. Mi nerviosismo se desbordó. Me temblaban las manos y notaba un hilito de sudor deslizándose por mi espalda. Cuadré los hombros y me obligué a respirar. Era un hombre y debía comportarme como tal.

Ocupé mi sitio, con Leroy a mi lado, y aguardamos, los dos con aire formal, a que entraran Serena y Ash. Como Axel estaba en chirona, le había pedido a su mejor amigo que llevara a la novia al altar. Obviamente, Serena no había invitado a su padre.

—¡Joder, tío! ¡Ash Williams con traje! Mira cómo suspiran todas estas zorras.

Le di un codazo a Leroy para que cerrara la boca de una vez. Parecía un demonio sentado encima de mi hombro. Su incesante cháchara me estaba distrayendo.

Mis ojos buscaron los de Serena. Estaba preciosa ese día. Se estaba

casando con el vestido de novia de la hermana de Rhonda, y le sentaba como un guante. El blanco le concedía un brillo especial a su hermoso rostro.

—Es la novia más guapa que he visto nunca —susurró Leroy—. Menudas tetas.

—Te daré un puñetazo, te lo juro.

—Vale, vale. Me callaré.

Se calló por poco más de tres segundos.

—No sé por qué coño se casa contigo —volvió a decir, y yo le dediqué una mueca irritada, a la que él correspondió con una sonrisa que me dejó verle incluso las muelas de juicio.

Por fin llegaron al altar, donde Ash me entregó a Serena. Le di las gracias con un gesto de cabeza y él asintió, dio media vuelta y se fue a ocupar su lugar en primera fila, al lado de Mia, Sheila y mis amigos más íntimos. Serena no había invitado a nadie.

No recuerdo muy bien la ceremonia. Estaba demasiado inquieto. Lo único que recuerdo es el beso que le di a Serena. Hicimos que el sacerdote se ruborizara, carraspeará y apartara la mirada. Esto lo sé porque me lo comentó Mia más tarde. Yo no presté atención en ese momento.

Celebramos el así llamado banquete en un restaurante en las afueras. Lo había pagado todo Ash. Después de cortar la tarta, fui a hablar con él del tema. Lo encontré fuera, apoyado contra un árbol. Se estaba tomando una cerveza a solas.

—¿Qué haces aquí a oscuras? —dije mientras me acercaba.

Levantó los ojos azules y me miró.

—Nada. Necesitaba tomar el aire. No me gustan las fiestas.

—Oye, quería hablar contigo de los gastos —le dije al tiempo que me encendía un cigarrillo.

Ash negó con la cabeza.

—No hay nada de lo que hablar, King. Ya está pagado.

—Ya, de eso se trata. No quiero deberte nada.

—Y no me debes nada. Esto no es por ti. Es por Ax —murmuró, acercándose la botella a los labios.

—¿Por Ax? —parpadeé.

—Le han trincado por mi culpa. Se lo debo. Le prometí que cuidaría de su prima por él. Así que durante los próximos cincuenta y tres meses ya puedes ir acostumbrándote a mí, porque me verás muy a menudo.

*Un sueño hecho realidad.*

—Siempre pagas tus deudas, ¿verdad?

Sacudí la ceniza del cigarrillo y lo miré. Ash hizo una pausa en la que sus ojos se perdieron en la nada.

—No me gusta deberle nada a nadie.

—Ya. Pues a mí tampoco me gusta.

—Ya. Pero como te he dicho, no es por ti, es por Serena. Así que te jodes —gruñó, volviendo los ojos hacia los míos—. Ahora largo de aquí. Que sea tu boda no quiere decir que estés exento de recibir una patada en el culo.

Entorné los ojos y me marché. Aún no había bailado con Serena, despiste que remedié nada más entrar en el local. Fui hacia Rolly, el Chispas, que hacía de DJ esa noche, y le pedí una canción. Serena estaba hablando con Mia, pero cuando oyó la música, comprendió que quería bailar con ella y se me acercó.

—Has elegido nuestra canción —me dijo mientras se abrazaba a mí.

Me hice el ingenuo.

—¿Tenemos una canción?

—No seas idiota. Claro que tenemos una canción. *Me&my girlfriend*.

Sonreí un poco cuando ella enterró el rostro en mi cuello. Notaba el cosquilleo de su respiración en la piel. Me moría por estar dentro de ella. Arrastré las palmas por su espalda desnuda y la mantuve pegada a mí.

—No te molesta que sea una canción de 2Pac, ¿no? No soy muy fan de Celine Dion.

Serena soltó una carcajada.

—No, no es tu estilo. Y 2Pac me parece perfecto.

—Bien, porque es lo que hay.

La abracé con fuerza y luego la besé. Todos mis amigos vitorearon, los muy idiotas, y pidieron un beso con lengua. Sonreí contra los labios de Serena y cumplí con las exigencias. No quería que nadie se marchara decepcionado.

Fue una boda bonita. Y una noche de bodas memorable. Al día siguiente, en cambio, las cosas empezaron a chirriar.

\*\*\*\*\*

Fui a comprar el pan y tuve la mala suerte de cruzarme con Rebel. Estaba

medio desnuda, como de costumbre. Rebel no se abrigaba ni siquiera en invierno. Siempre vestía unas minifaldas que parecían cinturones. Las camisetas solo le tapaban los pechos. Estaba demasiado orgullosa del *piercing* de su ombligo como para querer tapanlo.

—¡Pero si es el recién casado! ¿No te has ido de luna de miel con tu mujercita?

Pasé de largo.

—Rebel, no me montes una escena. No estoy de humor.

—¿La noche de bodas no resultó ser tan apasionante como habías planeado?

—Fue incluso mejor, aunque no es asunto tuyo. Una barra de pan y un paquete de tabaco —le pedí al dependiente de una pequeña tiendecita, la única abierta en el barrio.

Rebel se apoyó contra el mostrador, de espaldas al dependiente y de cara a mí, e hizo balones con su chicle de color rosa.

—Te veo triste. El matrimonio no te sienta bien. Fue muy repentino todo, ¿no te parece? ¿Hace cuánto que la conoces?, ¿un mes?

—No es asunto tuyo —gruñí.

—Cinco con ochenta —dijo el dependiente.

Le pagué, cogí mis cosas y empujé la puerta con el hombro. Rebel, la muy arpía, me siguió.

—Oye, King...

Me detuve y gruñí una maldición.

—¿Qué quieres ahora?

Las puntas de sus dedos empezaron a acariciarme la clavícula, pero la cogí de la mano y la obligué a parar de una vez.

—Si algún día te cansas de ella...

—Nunca va a pasar. La quiero.

—Si algún día te cansas de follarte a la misma chica...

—Rebel —aseveré entre dientes.

Me guiñó un ojo.

—Ya sabes dónde encontrarme. Recuerda lo bien que nos lo pasábamos —susurró, pasándose la lengua por los labios.

La miré unos segundos, sacudí la cabeza para no *recordar* nada de eso y seguí con mi caminata. Lo único que quería era llegar a casa cuanto antes y estar con Serena. Era mi día libre. El gilipollas de mi jefe no me había

concedido vacaciones. Dijo que mi boda no era cosa suya, que podía haber esperado a casarme el año siguiente y coger los días vacaciones que me correspondían por un año trabajado. Como ese año ya había gastado diez días, ahora tenía que joderme. Admito que, mientras le escuchaba, fantaseé con coger la escobilla del váter y metérsela por la boca tan adentro como para poder sacársela por el culo, por abusón. Pero no lo hice. No quería casarme en prisión. Así que tragué, una vez más, y permití que me pisoteara. Una vez más. Aquello se estaba convirtiendo en una desagradable costumbre.

Llegué a casa envuelto en mis pensamientos. Abrí la puerta y me di prisa para entrar. Hacía un frío de cojones en la calle.

—¡S! He vuelto.

Nadie contestó. Era preocupante. Por norma general, cuando yo llegaba de alguna parte, ella salía corriendo de donde quiera que estuviera, se lanzaba a mis brazos, me rodeaba con las piernas y plantaba decenas de besos en mi rostro. Ahora ni siquiera contestó.

—¿Serena? —musité, inseguro.

Entré en la habitación y no estaba. Fui a la cocina y no estaba. Lo único que quedaba era el baño. Esperé con toda mi alma que estuviera en la bañera, esperándome. Tenía un trauma con las mujeres que se encerraban en el baño y no contestaban. Había encontrado a mi madre medio muerta en más de una ocasión.

—¿Serena? —intenté abrir, pero había echado el cerrojo por dentro—. Nena, por favor, abre. Me tienes preocupado. Cualquier cosa que haya sucedido lo arreglaremos, ¿vale? No estás tú sola. Me tienes a mí, ¿recuerdas?

Escuché cómo giraba el cerrojo. Respiré aliviado. Al menos estaba viva.

—Vamos, nena, sal de ahí. No puede ser tan grave.

La puerta se entornó con un suave crujido y se asomó Serena, con los ojos azules enrojecidos de llanto. Tenía el rostro húmedo y el labio inferior tembloroso. Se me cayó el alma a los pies.

—Cielo, ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás llorando?

Se mordisqueó el labio, pero eso no fue suficiente. El llanto volvió a sacudir su delgado cuerpo. Vale, ahora estaba del todo acojonado. ¿Me había visto con Rebel? ¿Era eso? ¿Creía que le ponía los cuernos? Dios, era demasiado pronto para tener tantas movidas con Serena. Le di un puñetazo al quicio de la puerta y bajé la mirada hacia la suya.



—Serena, por favor, habla conmigo. Te lo suplico.

Hundió el rostro entre las manos como si no quisiera verme en ese momento.

—Estoy embarazada —farfulló.

Me quedé inmóvil por algo más de veinte segundos. Me sentía paralizado, incapaz de esbozar ninguna reacción.

—¿Ves cómo es terrible? —berreó Serena—. Me odias, ¿verdad? ¡Te he jodido la vida!

No pude controlarme y solté una risa. Ella separó los dedos y me miró a través de ellos.

—¿Por qué te estás riendo?

—¿Estás montando todo este cirio porque vamos a tener un bebé? —pregunté entre risas.

Serena bajó las manos y me estudió con expresión ceñuda.

—No pareces cabreado —apreció.

Mi rostro irradiaba felicidad. Podía notarlo. Menos mal que no me había visto con Rebel. Eso habría sido desastroso. Lo otro era... Bueno, no era tan malo, ¿no?

—Porque no lo estoy. —Me lo pensé y comprendí que, no solo que no me sentía destrozado como ella, sino que la noticia me producía una extraña alegría—. ¡Vamos a tener un bebé! ¡Tú y yo! ¡Es alucinante! Ven aquí.

La cogí en brazos y la hice girar por el aire. Serena no se lo podía creer. No sé qué demonios esperaba que hiciera, pero estaba claro que nunca había tomado en cuenta la posibilidad de que a mí me agradara la idea de ser el padre de la criatura.

La dejé en el suelo y me fui corriendo a la habitación. Ella me siguió.

—Es un poco pequeña, pero nos las apañaremos. ¿Qué te parece si ponemos la camita al lado de la ventana?

Serena parpadeó azorada.

—No, tienes razón —admití, aun cuando ella no había contestado—. Si se cuele el aire, el bebé se podría resfriar. No sé en qué estaría pensando. Buscaré otro sitio. A lo mejor empujando nuestra cama hacia ese lado...

—¿Aiden, estás sufriendo un brote psicótico?

Me volví hacia ella y fruncí el ceño.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Porque tengo la impresión de que se te ha ido la olla. Esperaba que me

gritaras, o que me dijeras que no estamos preparados, o... ¡Yo qué sé! Cualquier otra cosa menos esto.

Me sentí enternecido. Fui hacia ella y cogí sus manos entre las mías.

—En primer lugar, jamás te gritaría. Fui yo el que se corrió dentro y no se puso un condón. Esto no es culpa tuya. En segundo lugar, admito que no es el mejor momento para tener un bebé y que no es así como lo había planeado, y que, en efecto, no estamos preparados, pero, oye, ¿quién lo está? ¡Nadie está preparado, Serena!

—Es que somos tan jóvenes...

—Lo sé, nena, pero ha sucedido y nos enfrentaremos a ello juntos, ¿vale? No quiero que te preocupes por nada. Todo va a salir bien.

—Aiden... ¿no quieres que pensemos en otras opciones?

Parpadeé lentamente.

—Otras... ¿opciones?

—Como... ¿poner fin al embarazo? —me propuso, bastante esperanzada. Sentí arcadas solo de pensarlo.

—Pensemos también en esa opción —insistió ella.

Me alejé y me senté en el borde de la cama, con la mirada errando por toda la pared. No podía creer que ella quisiera algo así. Estaba en *shock*.

—Di algo, por favor. Estás muy raro.

Imágenes del pasado dieron vueltas por mi mente. Otro tiempo, otra chica, una situación similar...

—Cuando tenía quince años, fui a acompañar a Rebel a hacerse un aborto —le susurré, al cabo de unos momentos de silencio—. Te juro por Dios que algo murió en su mirada ese día. No quiero que te pase lo mismo a ti, Serena —hice una pausa y alcé los ojos hacia los suyos—. Te quiero demasiado como para verte tan destrozada.

Esa noticia impactó en Serena y la dejó con el semblante pálido. Se apoyó contra la cómoda que habíamos montado juntos una tarde lluviosa y bajó la mirada al suelo. Me pareció tan frágil, tan delgada, tan vulnerable. No era más que una niña que había empezado a vivir demasiado pronto.

—¿Era hijo tuyo? —dijo por fin.

Lo negué.

—No. La habían violado. No podía conservar el bebé. Sus padres la habrían matado.

Serena cogió aire en los pulmones y lo soltó despacio.

—Es que no sé si esto es para mí, Aiden, sinceramente. Ha pasado demasiado deprisa —musitó y se echó el pelo hacia atrás.

Me levanté, fui hacia ella y cogí su rostro entre las manos.

—Lo sé. Y lo siento. Sé que no es un buen momento ahora, y si de verdad quieres poner fin a esto, yo te apoyaré tomes la decisión que tomes. Pero quiero que te lo pienses bien, ¿vale? Y que sepas que estoy aquí para todo. Lo bueno y lo malo. Serena, cielo, te juro que tú y yo lo haremos mejor que nuestros padres, si es eso lo que te asusta.

Asintió, plantó un beso en mi mejilla y se fue a la cama. Se hizo un ovillo encima del colchón y se abrazó a sí misma. Me dispuse a ir a su lado, cuando me detuvo.

—Necesito estar sola ahora, ¿vale? —me susurró, con voz insegura.

Me partió el corazón verla de ese modo, pero tuve que dejarla a solas. Era lo que ella necesitaba en ese momento. Serena debía tomar una decisión y no quería que yo influyera en ella.

\*\*\*\*\*

Fui directamente a casa de Leroy, el sitio donde era bien recibido cada vez que no tenía adónde ir. Las puertas de mi amigo siempre estaban abiertas, para mí y para todo aquel que lo necesitara. Entré hecho una furia, crucé el salón y me abalancé sobre su saco de boxeo. Necesitaba expulsar toda esa ira que me consumía por dentro.

—Oye, chico, ¿qué coño te pasa?

Leroy, atónito, lanzó a la mesa su bolsa de patatas fritas, vino hacia mí e intentó detenerme. Lo empujé con el hombro y seguí descargando puñetazos contra el saco.

—La he cagado.

Se puso delante de mí, agarró el saco y me lo sujetó mientras yo lo golpeaba como un loco.

—¿Que la has cagado? ¡Pero sí no han pasado ni veinticuatro horas desde tu boda! ¿Cómo has podido cagarla tan pronto, cabrón?

—Serena está embarazada.

—¿¿YA?? Joder, ¿pero qué coño le hiciste anoche?

Me detuve por un momento y le puse mala cara. Un instante más tarde, volví a golpear el saco.

—¿Es tuyo? —inquirió Leroy, bajando la voz.

—Claro que es mío, imbécil.

—¿Cómo ha podido pasar?

—Me corrí dentro. ¿En serio te lo tengo que explicar?

—¡Qué hijo puta! No, ya sé cómo se preña a una mujer, so gilipollas. Lo que te estoy preguntando es por qué coño lo has hecho.

—No lo sé. No estaba pensando. Se me fue la olla. El caso es que Serena no quiere el bebé.

—¿Y tú sí?

Reduje un poco la intensidad de mis golpes. Empezaba a sentirme cansado.

—Yo solo la quiero a ella —respondí efusivo.

—¡Joder, quieres el bebé! —exclamó Leroy incrédulo.

—Joder, sí —admití, exasperado.

Nos detuvimos y nos evaluamos con la mirada cuestión de unos cinco segundos.

—¿Y por qué cojones no estás ahora con tu mujer hablando del tema?

Sacudí la cabeza y me limpié el sudor de la frente con la manga de la sudadera.

—Quería estar sola.

—Ya, pero no puede estar sola. Una vez vi una película de Leonardo DiCaprio en la que su mujer se provoca un aborto y muere. ¿Y si tu Serena hace lo mismo?

Puse los ojos en blanco.

—No seas tan melodramático, negro. Nadie se provocará nada. La llevaré a una clínica, si es eso lo que quiere.

—Pero no es lo que quieres tú. ¿Verdad?

—Pues no. Yo quiero tenerlo.

—¿Y a qué esperas para decírselo? El padre eres tú, chico. El bebé es un bien ganancial. Mitad y mitad.

—¡No hables así de mi hijo, gilipollas!

—¡Ay va! ¿Ya te están afectando las hormonas? —se mofó Leroy.

Le mostré el dedo.

—No sé para qué coño vengo a verte.

—Porque no tienes un saco de boxeo en tu propia casa. Y que sepas que me has jodido el hombro. ¿Por qué no te ganas la vida luchando? Ganarías

algo de pasta. Pegas como un animal.

—Bah, que te jodan. Me voy a casa con mi mujer.

—Ay, te morías por decirlo, ¿eh? Mi mujer esto, mi mujer lo otro. ¡Menudo calzonazos!

Le hice otra peineta y me marché mientras él seguía riéndose de mí. Nada más pisar la calle, vi a Cristal. Estaba delgadísima y muy demacrada. Vestía unas mallas de color rosa y una especie de vestido corto y escotado que a nadie le habría sentado bien, y mucho menos a ella.

—¡Ehh! —me gritó desde el otro lado de la acera—. Enhorabuena, capullo. Me han dicho que te has casado con la zorra rubia.

—No es asunto tuyo, Cristal.

—Anda que no invitar a tu propia madre...

—Ya te he dicho que estás muerta para mí.

—Ya, ya. —Cruzó la calle y vino hacia mí—. No tendrás cincuenta pavos en ese bolsillo, ¿verdad?

—Aunque los tuviera, no te los iba a dar.

—Malnacido.

Caminamos en silencio unos momentos, ella arrastrando los tacones y yo con las manos hundidas en los bolsillos de mis vaqueros anchos.

—Oye, Cristal...

—¿Qué? —graznó.

—¿Por qué no abortaste?

—Yo me pregunto siempre lo mismo.

La cogí del brazo y la obligué a detenerse.

—No, en serio. ¿Por qué?

Mi madre me miró a los ojos. Por primera vez en mucho tiempo, me miró de verdad. Se lo pensó unos momentos, hasta que finalmente me susurró, entre confusa y asombrada:

—Supongo que... pensé que sería bonito tener una familia con Paul.

Tragué saliva. ¿De verdad ella pensó eso en algún momento?

—¿Y qué fue lo que salió mal?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, Aiden. Las cosas nunca salen como uno quiere.

La estaba mirando con tanta concentración que pegué un brinco al escuchar el pitido de un coche. Mi madre sacudió la cabeza para zanjar nuestra conversación.

—Tengo que marcharme. Cuídate.

¿Que me cuidara? ¿Quién era esa mujer y qué había hecho con la loca de mi madre? La seguí con la mirada hasta que desapareció en el interior de ese coche. Agité la cabeza y regresé a casa. Serena y yo teníamos que hablar.

## Capítulo 11

La sala de espera me pareció demasiado pequeña. Demasiado impersonal. ¿No deberían haberla decorado de un modo más alegre? ¿Por qué tenía que resultar todo tan gélido? Me inquietaba estar en un lugar como ese. Tenía la impresión de que todas las miradas estaban clavadas en mí. Era el único hombre en una sala repleta de mujeres.

—Mírale —parecían decir los ojos de una señora, que no dejaban de recorrer los tatuajes de mis brazos—. Ha dejado preñada a la pobre chica y ahora se está desentendiendo del tema. ¿Qué puedes esperar de alguien como él? Menos mal que mi pequeña Sue es una chica sensata.

Quise recalcarle a esa señora que su *pequeña Sue* estaba a su lado, esperando a que la llamaran, pero antes de abrir la boca, recordé que me lo había imaginado todo. Ella nunca había formulado esas palabras. Habían sido sus ojos azules. ¿Por qué no dejaba de mirarme de una vez? Me escurrí en mi asiento, rezando para que acabara todo de una vez. No me gustaba ese sitio. Se me había puesto la piel de gallina.

Serena se puso en pie cuando una enfermera leyó su nombre de una lista. Me disponía a acompañarla cuando me detuvo.

—No. Voy a entrar sola.

—Serena...

—No, Aiden. Lo hemos hablado. Te quedarás fuera.

Rechiné los dientes. No me hizo ninguna gracia que quisiera enfrentarse a todo eso ella sola. Sentía que yo no pintaba nada en su vida en ese momento. Era su decisión. Yo no quería que abortara, y así se lo había hecho saber. Pero Serena había hecho oídos sordos a mis palabras. De nada sirvió que yo le prometiera que iba a sacar adelante a nuestra familia, o que me ocuparía de ser un buen padre. Le dio igual. Ya había pedido cita en una clínica y quería seguir adelante con esa locura.

Así que me tocó respetar su decisión, aun cuando no concordaba con la mía propia.

—Estaré bien —aseguró, a pesar de que el brillo de su mirada contradecía esas palabras.

Me dejé caer en la silla, hundí la cabeza entre las manos y esperé. Al cabo de unos diez minutos, salió Serena. Estaba llorando.

Pegué un brinco de la silla y corrí a abrazarla. Aunque estaba muy cabreado con ella, me necesitaba en ese momento e iba a estar ahí para ella, tal y como le había prometido.

—Chissss. Ya pasó. Todo va a salir bien.

—No he podido —balbució, aferrándose con las dos manos al cuello de mi sudadera.

Me aparté, la cogí por los hombros y bajé los ojos hacia los suyos.

—¿Qué?

Sacudió la cabeza, con el rostro desfigurado por el llanto.

—No he podido, Aiden. No he podido hacerlo.

Admito que me sentí aliviado. Yo quería tener ese bebé.

—Gracias a Dios.

Cerré los ojos, la abracé con fuerza y le besé el pelo decenas de veces.

—¿Y ahora, qué? —susurró Serena, con voz amortiguada.

—No te preocupes por nada. Podemos hacerlo. Lo haremos bien.

El cuerpo de Serena se sacudía contra el mío. Mis palabras no habían sido suficientes para tranquilizarla.

—Es horrible —lloriqueó.

—No lo es. Es una buena noticia. Un bebé siempre es una buena noticia.

—¿Cómo puedes ser tan buen chico? —farfulló, sorbiéndose las lágrimas.

—Ah, ya me conoces. Soy un alma cándida.

La madre de la pequeña Sue, o como se llamase aquella chica rubia, tosió para desvelar su desacuerdo. Serena sonrió, alzó la cara y se limpió la nariz.

—¿Nos vamos a casa?

Qué bien me sonaba eso. *A casa*. Ella, yo y el bebé. Como una familia.

—Claro.

Planté un beso en su sien y salimos abrazados de esa clínica. Yo era feliz. Serena no lo parecía. Sin embargo, yo confiaba en que se le iba a pasar. No era más que el impacto inicial. Ya iría acostumbrándose a la idea.

\*\*\*\*\*

Tenía la impresión de que mi vida empezaba a encauzarse. Acabé



encontrando un segundo trabajo. Descargaba camiones en el turno de noche. Con una mujer y un bebé de camino, cualquier sacrificio me parecía poco. Necesitaba ahorrar todo lo posible para poder pagar un piso mejor. Ese cuchitril era demasiado pequeño para los tres.

Serena trabajaba en la cafetería, limpiando y atendiendo en la cocina. Quería que la ascendieran al puesto de camarera. Antes de conocerme a mí, soñaba con ser científica. Ahora solo quería ser camarera en un tugurio de mala muerte. Procuraba no pensar en eso. Era demasiado deprimente.

Se pasaba las noches llorando y yo no sabía qué hacer para ayudarla. Había cometido el error de pensar que, una vez superado el impacto inicial, se animaría un poco con lo del bebé, pero no fue así. Estaba peor que nunca, desesperada, deprimida y más infeliz de lo que había estado en toda su vida. No quería tener un bebé ni tampoco se veía con fuerzas para interrumpir el embarazo. Nada le hacía feliz, y a mí me carcomía la culpa, porque era todo cosa mía. Tenía que haberla apoyado más, haberla comprendido y haber estado ahí para ella. Ahora era demasiado tarde.

Me sentía impotente ante su dolor, aunque no perdí la fe. Seguí luchando para mejorar las cosas. Estaba tan convencido de que sus llantos se debían a su inminente maternidad que pasé por alto todas las señales. Fui un estúpido. Supongo que estaba demasiado ocupado, trabajaba demasiadas horas y no me daba cuenta de lo que le sucedía en realidad. Siempre lamenté que ella y yo no nos comunicáramos más. Probablemente no habríamos acabado así.

Una noche, era viernes, llegué a casa pasadas las dos. Se suponía que Serena dormía, pero no la encontré en la cama. El corazón me dio un brinco, como sucedía cada vez que no la encontraba. De algún modo me sentía responsable de ella y quería saber dónde estaba en todo momento, por eso me inquietaba tanto cuando desaparecía.

Entré en el baño como una tormenta, y ahí estaba Serena, hundida en la bañera. Vislumbré su silueta a través de la penumbra.

—Me has dado un susto de muerte. ¿Qué haces despierta a estas horas?

No dijo nada.

—¿Serena?

Me acerqué, con los ojos bajados hacia ella. Serena movió el cuello y me miró. Algo se encogió dentro de mí. Su rostro estaba desfigurado. Hinchado y morado. Me agaché, la cogí por el mentón y la acerqué a la ventana para verla mejor. No había encendido la luz en el baño. Estaba ahí a oscuras.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

—Estoy bien.

—¡Serena! —le grité—. ¿Quién ha sido?

Desvió los ojos hacia los azulejos azules. No quería que la viera llorar.

—Mi jefe —dijo por fin, y su voz se rompió.

—Voy a matarle.

—Aiden...

—¡Voy a matar a ese hijo de puta! —estallé, con mirada chispeante.

Me incorporé, pero ella me tiró de la sudadera.

—Está en el hospital. Bastante grave. Cálmate. Ya no puedes hacer nada.

Parpadeé y volví los ojos hacia los suyos.

—¿Por qué? ¿Te has defendido?

Me costaba creer que Serena hubiese metido en el hospital a ese animal. Le conocía. Le triplicaba el tamaño.

—No. Fue cosa de Ash.

—¿Ash? ¿Qué coño hacia Ash ahí?

—Ash para mucho por el bar —explicó Serena con voz queda—. Esta noche mi jefe me llamó a su despacho, pero no se limitó a manosearme como siempre hace.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Ese tío te manoseaba y tú no me lo dijiste?

—¡No, Aiden, no te lo dije!, ¡porque sabía cómo ibas a reaccionar! —gritó en tono exasperado—. Te habrías ido a darle la paliza de su vida.

—¡No jodas, Serena! ¡Claro que le habría dado la paliza de su puta vida! ¿Qué coño ha pasado esta noche? Y más vale que esta vez me lo cuentes todo.

Cogió aire y permaneció en silencio durante unos segundos. Parecía muy cansada.

—Empezó a desnudarme. Me dijo que me follaría, me gustase a mí o no. Intenté defenderme, pero ya sabes que es mucho más fuerte que yo. Como no se me ocurrió nada mejor, le di una patada entre las piernas. Creo que no lo hice bien, porque ni se inmutó. Me agarró del pelo y empezó a golpearme contra el escritorio. Debí de gritar mucho, porque alguien abrió la puerta de una patada, cogió a mi jefe por el cuello y le dio lo que tú llamarías *la paliza de su puta vida*.

—¿Ash?

Serena dijo que sí con un gesto de cabeza.

—Ash iba de camino al baño cuando me oyó gritar. No sabía que fuera yo. Pensó que se trataría de una camarera cualquiera. Como es un caballero, o eso dice él, fue a ayudarla. Cuando me vio, perdió los papeles. Tenías que haberle visto. Fue brutal. Le pisoteó la cabeza varias veces. En mi vida he visto una pelea tan violenta. Fue muy difícil conseguir que lo soltara. Ash le habría matado.

Me senté en el borde de la bañera y me cogí la cabeza entre las manos. Nunca me había sentido peor. De no haber sido porque Serena temía mis reacciones impulsivas, nada de eso habría sucedido. Ella me habría dicho que la acosaban en el trabajo y yo habría tomado medidas. Ahora ya no podía hacer nada para remediar las cosas.

—Esto es culpa mía —musité—. Debí haber estado ahí.

—Aiden...

—Hablo en serio. Soy yo el que te tenía que haber protegido, no Ash.

—¿Qué más da? Estoy bien.

Levanté la mirada y la observé en silencio. Si me hubiese dejado caer más por su trabajo... Si le hubiese hecho saber a ese tipo seboso que ella era mía y que más le valía mantenerse alejado de ella... Pero no hice nada. Obvié todas las señales. Los llantos de Serena, su continua tristeza...

Cuanto más lo pensaba, más enfermo me sentía. Joder, de no haber estado en el hospital, habría ido a por él esa misma noche. Le habría matado, y me habría tomado mi tiempo.

—¿Y el bebé? —musité, mirándola inquieto.

Ella compuso una sonrisa escueta.

—Ash me arrastró al hospital. Me hicieron una ecografía. Está todo bien ahí dentro. Solo me golpeó la cara.

Solté un suspiro de alivio. Moví la mano, le alcé el mentón y procuré tranquilizarla con una sonrisa tierna.

—No quiero que vuelvas a trabajar, Serena.

—¿Y de qué vamos a vivir?

—Tengo dos trabajos. Y me buscaré fiestas para actuar. Tú no te preocupes por nada, ¿vale?

—Aiden, ya no estamos en los sesenta. Las mujeres trabajan.

—Y mira lo que les sucede.

—Ya, bueno, mala suerte.

—No soportaría que tuvieras más *mala suerte*, Serena. Ya te han hecho bastante daño hasta ahora. No quiero... No quiero que nada, nunca, vuelva a dañarte. Lo digo muy en serio.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Alzó el brazo y sus dedos recorrieron muy despacio mi barba incipiente.

—Eres tan buen chico...

Me incliné sobre ella y la besé dulcemente. Ella era tan frágil que me aterraba la idea de que se rompiera en añicos.

—Vámonos a la cama, cariño. Se te ha enfriado el agua.

Sorbió por la nariz, asintió y se levantó. Cogí una toalla blanca, enorme, y la sostuve para ella. Serena me dio la espalda y yo la envolví con la toalla. La abracé por detrás, hundí el rostro en su nuca y suspiré.

—Te quiero mucho. *Muchísimo*. Y quiero que sepas que puedes contarme cualquier cosa. No me tengas miedo, cielo.

—No te tengo miedo, Aiden. Tengo miedo de perderte. Es diferente.

—Ya, pero no lo tengas. Llevo muchos años cuidando de mí mismo. Sé cómo hacerlo, ¿vale? Soy un chico de las calles. No temas por mí. Saldré adelante pase lo que pase.

—Vale...

La giré entre mis brazos e incliné el rostro sobre el suyo.

—¿Me lo prometes? ¿Me prometes que a partir de ahora me contarás las cosas? ¿Todo lo que te sucede? ¿Incluso lo que no te parezca relevante?

Durante unos segundos, se limitó a sostener mis ojos. Luego, dijo que sí con un gesto de la cabeza. Esbocé una sonrisa muy débil y apenas rocé sus labios. Serena gimió en mi boca.

—Aiden...

—¿Hmmm?

—Esta noche te necesito. He intentado bañarme para borrar las huellas, pero no he podido hacerlo. Solo tú podrías conseguirlo. Tus besos... tus labios... Por favor, borra todas las huellas de mi cuerpo. Hazlo como si fuera la primera vez. Empecemos de nuevo esta noche.

Le acaricié la cabeza con las dos manos.

—Me ocuparé de ello.

Solté la toalla y dejé que cayera al suelo. Los ojos de Serena brillaban como dos luciérnagas. Los míos se oscurecieron.

—Dios mío, eres preciosa, Serena —musité, paseando la mirada a lo largo

de su cuerpo.

La cogí por las muñecas y la acerqué a mí. Notaba la calidez de su piel traspasando la tela de mi ropa. Serena estaba tensa, pero mis caricias consiguieron calmarla.

La cogí por las caderas, la levanté en brazos y caminé con ella hasta la cama. La dejé suavemente encima del colchón y encendí la luz.

—¿Qué haces?

—Eres demasiado bella. Necesito verte. Necesito ver qué es lo que yo despierto en ti.

Serena sonrió traviesa, separó las rodillas y me invitó a acercarme con un gesto de las cejas. Me encantaba esa chica.

\*\*\*\*\*

Los meses fueron pasando y el embarazo de Serena avanzaba. Aunque lo intentó (haciendo caso omiso de mi petición), no consiguió otro trabajo. Todos rehuían de contratar a una embarazada. Y luego hablan de igualdad. ¡JA!

No voy a negar que, por una vez, me alegrara la idea de estar viviendo en una sociedad de mierda. No quería que Serena tuviera que trabajar. A no ser que eso la hiciese feliz. Y algo me decía que a la señora King no le agradaba demasiado irse a limpiar váteres en alguna pocilga cualquiera.

Yo seguí adelante con mis trabajos. Para complementar nuestros ingresos, dos fines de semana al mes me iba a rapear por ahí. Sabía que Serena lo pasaba mal cuando se quedaba sola en casa. No quería que yo cantara, y a medida que su embarazo avanzaba, se oponía todavía más. Se sentía cada vez menos atractiva, y estaba convencida de que yo encontraría algún ligue por ahí, menos malhumorado y menos... embarazado. De nada servía que yo reiterara mi amor por ella. Era como si no me escuchara.

Discutíamos, lo admito. Discutíamos bastante. Yo no quería alterarla, y menos en su estado. Me angustiaba verla tan nerviosa. Pero no había otro modo de calmarla que gritarle, salir dando un portazo y regresar al cabo de un par de horas, cuando ella estuviera ya tranquila y arrepentida. Había aprendido más o menos cómo manejar a Serena. En sus momentos de locura absoluta, había que dejarla en paz.

La noche en la que nació Trish discutimos como siempre. Yo salí dando

un portazo y ella se quedó llorando. Claro que no me fui. Según la costumbre, me apoyé contra la puerta y me deslicé hacia abajo. Apoyé la nuca contra la madera y cerré los ojos. Ella pensaba que me iba por ahí con alguna cada vez que nos peleábamos. Nunca llegó a sospechar que yo me quedaba en el descansillo, apoyado contra nuestra puerta, esperando a que se le pasara el berrinche.

Después de una media hora o así, escuché un estrépito al otro lado de la pared. En nuestra casa solían volar objetos cuando ella estaba cabreada. Ya no sabía qué hacer para tranquilizarla, me parecía que cada vez iba a peor. Estaba tan nerviosa que no se le podía decir nada sin que estallara. Cualquier cosa la enfurecía. Incluso las cosas bonitas.

—Cielo, ¿quieres que te haga la cena?

—¿Te parece que no estoy lo bastante gorda, imbécil?

Pelea.

—Serena, cielo, voy a comprar tabaco.

—¿Vas a follarte a alguna zorra por ahí, a que sí?

Pelea.

—Serena, nena, te quiero.

—¡Y una mierda! Te sientes culpable por haberme preñado, eso es todo.

Pelea.

Supuse que era todo cosa de las malditas hormonas. Habían convertido a mi mujer de princesa a bruja malévola. Esa idea me hizo sonreír. Bruja o no, seguía estando muy enamorado de ella.

El teléfono vibró dentro de mi bolsillo. Miré la pantalla con una sonrisa. Era Serena. Bien. Ya podía volver a casa. Esa era mi carta blanca. Solía llamar cuando estaba ya arrepentida.

—¿Sí? —me hice el inabordable.

—¿Estás muy lejos? —susurró.

—Depende...

—No estoy para bromas, Aiden. He roto aguas.

Me puse en pie como un resorte y abrí la puerta de inmediato. Serena estaba en mitad del salón y me miró con ojos desorbitados.

—¿Cómo coño has llegado tan pronto?

En las comisuras de mis labios empezó a insinuarse una sonrisa tierna.

—Porque nunca me voy, cariño. Me quedó ahí, apoyado contra la puerta, esperando a que te calmes.

Rompió a llorar.

—Eres tan buen chico —balbució, con el rostro desfigurado a causa del llanto—. ¿Cómo me soportas?

Suspiré.

—Es fácil. Te quiero. ¿Estás bien?

Asintió.

—Sí, pero llévame al hospital. La cosa esta quiere salir.

La cogí del brazo, agarré la maleta que ya teníamos preparada y salimos por la puerta. Trish nació a las cuatro menos ocho minutos de la madrugada. Era una niña preciosa.

Me acerqué con ella en brazos y se la mostré a Serena, deseando con toda mi alma que aceptara a la niña. Durante su embarazo siempre se había quejado y no dejaba de referirse a nuestro bebé como *la cosa esa que llevo dentro*. Temía que su rechazo se tornase todavía mayor al dar a luz, pero no fue así. Serena le sonrió a Trish, la cogió en brazos y la miró con una expresión de inefable afecto maternal. Suspiré aliviado. Bien. No iba a ser una mala madre como Cristal. A lo largo de esos nueve meses, aquel había sido mi mayor temor. En todas mis pesadillas, Serena odiaba a Trish y quería matarla.

—Es preciosa, Aiden. Mitad tú, mitad yo.

Le acaricié la cabecita a Trish mientras miraba a Serena con ojos vidriosos.

—Sois mis dos chicas. Os quiero.

Besé el pelo de Serena y luego el de Trish. Tenía bastante pelo para ser un bebé recién nacido. Desconocía si todos los bebés eran iguales, pero mi orgullo paternal me decía que no, que mi hija era mejor que los demás bebés. Más lista, más guapa, con más pelo...

Al día siguiente conocí a Violet, la novia de Ax. Era una chica alta, morena, con unos ojos verdes preciosos. No se parecía en nada a Ash. Ni físicamente ni en ningún otro aspecto de su carácter. Violet era fina, demasiado fina como para tener parientes en Scovill Avenue. Y demasiado fina como para salir con alguien como Ax. Supuse que, al igual que a Serena, le ponían los chicos malos.

—Hola. Tú debes de ser el padre. Quiero ver a mi sobrinita —declaró nada más entrar.

Venía cargada de cosas. Flores, bombones, peluches... Lo plantó todo en

mis brazos y se fue corriendo hacia la cama donde estaba Serena.

—¡Vi! —exclamó mi chica, incorporándose contenta—. ¡Tengo una niña!

—Eso me han contado.

Violet se inclinó y besó a Serena en la mejilla. Luego fue hacia Trish y la cogió en brazos.

—Es preciosa. Mira, Ash. ¿No te parece la niña más bonita que has visto nunca?

Ni siquiera había reparado en la presencia de Ash. Me volví justo a tiempo de verle entrar, con las manos en los bolsillos y actitud despreocupada. Tenía pinta de malote, como siempre. Me extrañó que le dejaran entrar en una zona con bebés. Qué inconscientes.

—Enhorabuena, tío —me dijo, dándome un incómodo abrazo.

¿Ash? ¿Dando abrazos? Vaya. Esa hermana suya le tenía muy domado.

—Gracias —le dije, carraspeando. No me gustaban las muestras de afecto, y mucho menos si estaba Ash Williams de por medio.

—Me encontré con tus amigos. Vienen de camino. Esos negratas conducen como las abuelitas.

Me reí.

—El coche de Leroy no pasa de setenta. De lo contrario, se desintegraría.

Ash soltó una carcajada.

—Voy a ver a la niña —me dijo.

—Adelante.

—Y a la mamá —añadió con una sonrisa maléfica.

—Te parto el brazo si la tocas.

Me dedicó una peineta y yo sacudí la cabeza con reprobación. Siempre lamenté no haberle hecho una foto a Ash en ese momento. Las bandas rivales habrían pagado millones por ver al jodido Ash Williams haciéndole carantoñas a un bebé.

Llegaron mis amigos, armando un barullo impresionante.

—Eh, bajad la voz, idiotas. Esto está lleno de bebés —les amonestó Ash.

—¿Qué coño hace este blanquito aquí? —preguntó Leroy, plantando los globos y los peluches en mis brazos. ¿Pero qué era yo, el jodido perchero? Al estar de pie al lado de la puerta, ¿todo el mundo daba por hecho que debían tirar las cosas a mis brazos?

—¿Algún problema, negro? —lo desafió el rey del barrio.

—Pues sí, blancocho. Ahora que lo preguntas, sí que tengo un problema



contigo.

Me coloqué entre Ash y Leroy. Yo, los globos, los peluches y los bombones. Menudo espectáculo.

—Acabo de tener una niña y no me apetece calentarme con nadie. Pero si no os calmáis, os patearé el culo a los dos.

—Hagámosle caso al semental —resolvió Ash con su media sonrisa insufrible—. Yo no he venido a pelearme.

—¿Y a qué coño has venido? —ladró Leroy.

Aproveché para depositar las cosas en una butaca. Parecía el jodido Mickey Mouse, ahí rodeado de globos.

—Quiero darle algo a Aiden. No es que sea asunto tuyo, de todos modos.

Me cogió del brazo y me sacó al pasillo, donde me ofreció un sobre cerrado.

—Toma. Para ti.

—¿Qué se supone que es esto?

—Para tu hija. De parte de Ax.

Abrí el sobre. Había cinco de los grandes dentro.

—Estás de coña.

—Para nada. A Ax le hubiese gustado venir.

—No puedo aceptarlo.

—Me la suda. El dinero no es mío, es de Axel. Si no puedes aceptarlo, te vas a la trena y se lo devuelves. Yo no soy tu jodido recadero, King. Y, por cierto, tienes un bebé precioso —añadió, antes de volverme la espalda—. Y la mamá sigue estando buena. Eres un tío con suerte.

Boquiabierto, lo miré mientras se alejaba en dirección al ascensor.

\*\*\*\*\*

Un par de semanas después, encontré tiempo para ir a ver a Ax y devolverle su pasta. El mono naranja le daba un aspecto todavía más chungo. Tenía un tatuaje nuevo, en el cuello.

—¿Te lo has hecho en prisión?

—No. Antes de que me trincaran.

—Siento que estés aquí.

—Bueno, a todo se acostumbra uno. ¿Cómo está la pequeña Trish? Violet me ha enseñado fotos. Es muy bonita.

—Y mala como el demonio. No pega ojo en toda la noche.

Ax soltó una risa.

—Tiene que ser impresionante.

—¿No dormir?

—Tener hijos.

—Ah.

—Sí, tiene que serlo... —repitió, distraído.

—Oye, vengo a darte las gracias por todo. Sé que tú nos pagaste la boda y...

—No hay que darme las gracias. —Volvió los ojos azules hacia los míos y sonrió—. Lo hice con mucho gusto.

—Me lo imagino, y te estoy muy agradecido. Realmente no habría podido pagarla.

—Ya me lo dijo Ash.

No me gustó que Ash y él hablaran sobre mi situación económica, pero me abstuve de hacer comentarios al respecto.

—Pero esto —continué, sacándome el sobre del bolsillo—, esto sí que no puedo aceptarlo.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado.

—Aiden, no tienes coche. Usa el puñetero dinero para comprarte uno.

Sacudí la cabeza.

—No puedo, Ax.

—No es para ti, idiota. Es para Trish.

—Haberle regalado un peluche, como todo el mundo.

—El tío Ax no regala peluches. Regala coches. Compra un coche, Aiden, en serio. Así podrás llevar a Trish al médico, y al colegio o... adonde sea que vayan los bebés.

No me dejó la oportunidad de seguir discutiendo. Se levantó y se marchó, dejándome a solas en la sala de visitas de la prisión.

Esa misma tarde compré un coche. Mi primer coche. Serena y yo nos sentíamos como unos ricachones.

## Capítulo 12

A pesar de todos mis esfuerzos, no pudimos abandonar el barrio de mierda en el que vivíamos. Tener un bebé resultaba muy caro. Siempre que se ponía mala Trish, nos costaba un ojo en la cara.

Aun así, Serena, Trish y yo salimos adelante, viviendo el día a día, intentando sobrellevarlo lo mejor que podíamos. ¿Y qué si no teníamos nada? Nos teníamos los unos a los otros. En esa época apenas discutíamos. Estábamos demasiado agotados. Biberón, pañal, médico, intentar dormir. Biberón, pañal, médico, intentar dormir. A eso se resumía nuestra vida. Era como un círculo cerrado. Ya ni siquiera hacíamos el amor. El poco tiempo libre lo empleábamos en dormir.

Un día, era marzo, Serena y yo decidimos improvisar una pequeña terraza en la azotea, y lo hicimos en una tarde. Siempre que hacía sol, salíamos a desayunar ahí arriba. Para mí era uno de los mejores momentos del día. Esa media hora en la que Serena y yo tomábamos el café, mientras Trish, sentada en su sillita de bebé, se entretenía mirando el vuelo de los pájaros, era por lo que valía la pena seguir adelante con esa vida de mierda.

—Deberías sacar un disco y mandarlo a todas las productoras de este país.

Levanté la mirada y miré atónito a Serena. Era la primera vez en todos esos meses que ella me animaba a cantar.

—¿Qué?

—Mira el tío este —me señaló la portada de su revista—. Cantaba en una boca de metro. Era un vagabundo, Aiden. ¡Un jodido vagabundo! Y ahora es el puto rey del rock.

Cogí la revista y miré por encima el artículo que ella señalaba. Un tal Archie Blackwood (ni de coña era ese su apellido real), oriundo de Inglaterra, había vendido millones de copias de su disco tras haber sido descubierto por un productor. Antes de convertirse en el ídolo de todas las adolescentes rebeldes, el joven Blackwood era un sin techo. Todo un melodrama de superación personal, perseguir ilusiones y cumplir sueños. Los de *People* se habían puesto muy lacrimógenos.

—Bueno, ha tenido éxito. ¿Y qué?

—¿Y qué? —Serena me miró irritada—. Pues que deberías buscarte una discográfica.

—Tú no quieres que cante.

—Ya, pero tampoco quiero convivir con ratas y cucarachas y preocuparme por la factura de la luz.

Sonreí un poco.

—Tú no te preocupes por nada, S. Tu chico lo hará por ti. —Mis ojos bajaron hacia el reloj y se dilataron un poco—. Uy, a papá se la ha hecho tarde. Un beso, princesa —besuqué los mofletes de Trish—, y mi otra princesa —le di un beso a Serena—. Tengo que irme.

Me puse la gorra del revés y me guardé el móvil en el bolsillo.

—¡Deberías sacar un disco! —gritó Serena detrás de mí.

Alcé una mano en el aire para despedirme y bajé las escaleras corriendo. Mi jefe era un capullo. No podía llegar tarde.

Esa noche, Serena siguió con el tema. Y al día siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente...

Acabó convenciéndome. Serena siempre me convencía para que hiciera cosas que en realidad no quería hacer. Instado por ella, fui a un estudio de grabaciones y pedí presupuesto.

—Ni de coña nos lo podemos permitir —le dije a Serena esa misma tarde, mientras me quitaba la ropa en nuestro dormitorio. Tenía tres horas antes de mi segundo trabajo. Pensaba aprovecharlas bien.

Ella me estudió con sus ojos azules, que en ese momento lucían un poco más oscuros de lo normal.

—¿Y si pidiéramos un préstamo? —propuso.

—¿A los bancos? Ni de coña. No me fio de esos cabrones.

Se levantó, vino hacia mí y me cogió por las muñecas.

—No tenemos otra solución.

—Si no me cogen, estamos jodidos.

—¿Pero y si te cogen? Piénsalo, Aiden. Podríamos irnos de este barrio horrible. Trish iría a un buen cole y...

Resoplé. Ella tenía razón. ¿Y si era esa la oportunidad que había estado esperando durante toda mi vida? ¿Iba a dejarla escapar? ¿Y si nunca se me volvía a presentar una ocasión así?

—Está bien. Mañana iré al banco —resolví, en tono hastiado. A veces me parecía que Serena y yo éramos demasiado jóvenes como para ejercer de

adultos. Era todo muy difícil en esa época—. ¿Ahora podemos hacer el amor?

—¿¿Ahora?? No, ahora me viene fatal. Tengo que limarme las uñas.

—Serena... —advertí con los ojos entornados.

Su rostro se arrugó en una sonrisa maléfica.

—Era coña. Ven aquí, idiota.

\*\*\*\*\*

Mientras estuve ahí sentado, esperando el veredicto, me pregunté si acaso en mi banco elegían a sus empleados por el rostro. De lo contrario, no me explicaba por qué todos exhibían la misma expresión avinagrada.

—Bueno, por sus ingresos y su trayectoria como cliente, como mucho le podemos dar cinco mil dólares —me explicó el operario, lanzándome alguna que otra mirada por encima de sus gafas de montura marrón.

Fruncí los labios y me lo pensé.

—Con cinco mil me basta —resolví.

—Entonces, tendrá que rellenar este formulario.

Cogí el bolígrafo y me centré en las preguntas. Estaba impaciente por salir de ahí. Todo el mundo me miraba. Podía notar la desaprobación que despertaba mi aspecto entre todos esos tipos trajeados y triunfadores, que habían ido a la universidad, eran miembros de alguna iglesia y no tenían que pedir préstamos para financiar un CD de rap. Capullos.

—Aquí tiene.

Al acabar, empujé el formulario hacia el centro de la mesa. Él lo cogió y lo miró muy por encima.

—Excelente. Pues hemos acabado. Un placer hacer negocios con usted.

Nos dimos la mano. En el mundo de los adultos, los tratos se cerraban así. Aunque aquel no era un trato. ¡Era un puñetero robo! ¿¿Veinticinco por ciento de intereses?? Tuve que coger aire en los pulmones para calmarme. Aún no sabía cómo iba a devolver todo eso. Más valía que el disco se vendiera.

Con el dinero que me dieron en el banco, más lo que Serena y yo habíamos ahorrado, regresé al estudio de grabaciones y pagué lo que me pedían por alquilar el espacio y contratar los servicios de dos técnicos de sonido. Estaba pletórico. ¡Iba a sacar mi primer disco! Casi que me olvidé de

la deuda que había contraído para conseguirlo.

Cuando se lo enseñé a Serena, se echó a llorar y me dijo que me quería y que estaba muy orgullosa de mí.

—Mira, Trish, papá tiene un disco. ¿Qué te parece? ¿Quieres que lo escuchemos?

Trish soltó una risita. Ya le habían empezado a salir los diente-cillos. Era una monada de niña, la viva imagen de Serena. Los mismos ojos azules, los mismos rasgos. Algunas veces intentaba averiguar qué había de mí dentro de Trish, pero nunca vi ningún indicio. Casi que mejor.

Serena puso el CD, cogió a Trish en brazos y se sentó en el sofá. Escuchó el disco varias veces. Estaba muy entusiasmada.

—Papá es una estrella del rap, Trish.

Les sonreí, fui hacia ellas y las besé, primero a Serena y luego a Trish.

—Papá os quiere.

—Y nosotras queremos a papá.

Al día siguiente hice copias y las envié a todas las discográficas de rap del país. Nunca recibí respuesta. Ni una sola vez.

A medida que pasaban los meses, empecé a sentirme cada vez más asfixiado; desilusionado, porque había puesto todas mis esperanzas en ese proyecto, pero más que eso, preocupado, porque no sabía cómo hacer frente a todos los gastos. El banco, el casero, la empresa de la luz, y encima, dar de comer a mi familia. Apenas llegábamos a fin de mes. Si bien Serena no decía nada, yo sabía que esa situación le estaba partiendo el corazón. Se consideraba culpable por haberme instado a coger dinero del banco para financiar el disco y, por mucho que yo lo intentara, no había modo de hacerla creer que yo no la culpaba a ella sino a mí mismo.

Había comenzado a darle la razón a Cristal. En Scovill Avenue los sueños no existían. No había más que lodo y miseria. Nunca iba a cambiar nada. Había sido un ingenuo al creer lo contrario.

Cuando me echaron de la gasolinera para enchufar al sobrino de mi jefe, nuestra situación se volvió crítica. Dejamos de pagar al banco y, aun así, estábamos cada vez más asfixiados. Las facturas iban acumulándose encima de la encimera de la cocina y yo no tenía modo de pagarlas con mi trabajo de descargar camiones. Ganaba quinientos dólares al mes. El alquiler nos costaba trescientos.

Serena y yo discutíamos muy a menudo. La pobreza te hace discutir

mucho. Estábamos con el agua al cuello y había cada vez más noches en las que nos íbamos a la cama sin hablarnos. La echaba mucho de menos. No tanto el sexo como a ella, charlar hasta la madrugada, reírme, oler el aroma de su cabello. Lo que más echaba de menos era el olor de su cuerpo envolviendo al mío. Estaba a mi lado en la cama, pero la sentía a mil años luz de distancia. Cada vez nos aislábamos más el uno del otro y nos refugiábamos en nosotros mismos. La que peor lo pasaba era Trish. Creo que no entendía por qué mamá y papá se gritaban tanto. El nuestro había dejado de ser un hogar feliz. Había momentos, claro, aislados instantes de felicidad, pero se apagaban de inmediato, como las estrellas fugaces.

Al cabo de dos meses de impago, nos cortaron la luz. Después de la luz, perdimos la calefacción. En pleno invierno, además. Teníamos dos estufas de gas que, sin duda, no cumplían con las exigencias de seguridad, y nos apañábamos con eso. La comida era escasa y de la peor calidad. Así no podíamos vivir.

El peor bache llegó cuando Trish tenía cuatro años. Me sentía desbordado por todas las deudas que habíamos contraído en los últimos años. Por si fuese poco, nuestra hija entraba y salía del hospital muy a menudo. Nadie sabía qué era lo que le sucedía. Le subía muchísimo la fiebre y se pasaba toda la noche llorando. Serena y yo estábamos destrozados. Impotentes, sin saber qué hacer para quitarle ese dolor. La llevamos a urgencias cuatro veces en una sola semana. Finalmente dieron con el problema. Una infección urinaria. ¡Una puñetera infección! Gracias a Dios, no era nada grave. Se podía curar. El problema era: ¿cómo íbamos a pagarlo?

—Esto nos ha complicado el mes —me dijo Serena mientras examinaba las facturas de urgencias—. Nos hemos gastado todo lo que teníamos. No nos queda ni para comer. Estamos a día quince. Aún queda medio mes por delante. ¿Qué vamos a hacer?

Me dejé caer en el borde de la cama y me cogí la cabeza entre las manos. Me sentía como un inútil. ¿Qué clase de hombre era yo, si no podía dar de comer a mi familia?

—No puedo con esto —musité.

Me levanté, la miré y lo negué.

—De verdad. No puedo más.

Me puse la sudadera y salí de la habitación. Serena me siguió por el pasillo.

—¡Aiden! ¿Adónde vas? Vuelve aquí de inmediato. Tenemos que hablar.

Me detuve al lado de la puerta de la entrada y me giré hacia ella. Me escocían los ojos a causa de las lágrimas que se empeñaban en asomarse.

—Lo siento, Serena. —La miré impotente y sacudí la cabeza—. Siento haberme cruzado en tu camino y haberlo jodido todo.

Su rostro mostró una expresión de absoluto pasmo.

—¿Estás cortando conmigo?

Bufé una sonrisa amarga.

—No soy lo bastante hombre ni siquiera para hacer eso.

Antes de que ella dijera nada más, me marché. Necesitaba estar a solas para poner orden dentro de mis caóticos pensamientos.

No sé muy bien qué hice toda esa tarde, adónde fui o con quién me encontré. Cuando me quise dar cuenta, eran las doce de la noche y yo estaba borracho como una cuba, delante de la puerta de Ash Williams. Llamé con agresividad, mientras unos perros ladraban a mis espaldas, molestos por la intromisión.

—Más vale que sea importante —gruñó Ash mientras abría—. Ah, King. ¿Qué pasa?

—Necesito trabajo.

Ash me estudió como a un objeto curioso.

—¿Estás borracho?

—Rozando el coma etílico. *Necesito* trabajo —insistí, balanceándome delante de su puerta.

Ash cruzó sus fuertes brazos a la altura del pecho. Solo llevaba una camiseta y un pantalón corto. Parecía cómodo. Eran las doce de la noche y el rey de Scovill Avenue se encontraba fuera de servicio. Estaba invadiendo su intimidad, pero me daba igual. Necesitaba ayuda. No podía seguir así. O bien hacía lo que fuese necesario para sacar adelante a mi familia, o bien me largaba como mi padre. Y yo no era ningún cobarde.

—Sabes perfectamente que no puedo ayudarte.

Le lancé una mirada cruzada.

—¿Por qué no?

Ash esbozó una sonrisa socarrona.

—Porque tú no eres ningún puto camello, ¿recuerdas?

—Las cosas cambian. Han cambiado mucho desde la muerte de Jinx.

—Me suda los cojones. No tienes lo que hay que tener para este trabajo.



No estás motivado, chico.

Perdí la paciencia con él. De todos modos, en esa época de mi vida, mi paciencia se había vuelto demasiado escasa. Lo cogí por el cuello de la camiseta y lo empotré contra el marco de la puerta.

—Escúchame bien, hijo de perra. Mi hija está en urgencias y yo no tengo dinero para pagar las putas facturas. ¿Te parece que estoy lo bastante motivado?

Ash se deshizo de las manos que le aprisionaban y se sacudió, parsimonioso, la camiseta, como si se la hubiese manchado con la suciedad de mis dedos.

—Como me vuelvas a tocar, te parto la cara, rapero. Empiezas mañana. A las ocho. Más vale que seas puntual.

Lo miré parpadeando. ¿Me acababa de ofrecer ayuda? No tuve tiempo para asegurarme de ello. Ash Williams me dio con la puerta en las narices.

Volví a casa como pude y me arrastré hasta la cama. Serena estaba despierta. En cuanto me tumbé, vino hacia mí y me abrazó. Me destrozó verla llorar. Notaba sus lágrimas escurriéndose por mi cuello.

—Creí que no volvería a verte.

Conmovido, le acaricié el cabello despacio.

—Chiss. Estoy aquí. Siempre estaré aquí.

—Sé que últimamente parece que ya no te quiero, porque estamos todo el rato discutiendo, pero quiero que sepas que te quiero más que nunca, Aiden.

La cogí por el mentón, quizá con un poco más de fuerza de lo habitual, y le alcé el rostro.

—Y yo te quiero a ti, S. Tú eres mi todo. Tú y Trish.

Arrastré su boca hacia la mía y la besé. Esa noche la besé como un loco. Me perdí en su boca. Me parecía que había pasado demasiado tiempo desde que había besado a Serena. Besarla de verdad. La mayoría de los días me limitaba a rozarle los labios. Pues bien, esa noche se los lastimé, con tanto empeño la besé.

—Tu lengua sabe a alcohol.

—Lo siento, nena.

—Me gusta...

Me subí encima de ella y mi boca se arrastró por su mentón, lamiendo y mordisqueando su piel. Bajé por su clavícula y me centré en sus pechos. Serena se retorció por debajo de mí. Me las apañé para desnudarla, con

manos temblorosas, le separé las rodillas y me hundí en ella.

—Oh, Dios... Nena, cuánto te he echado de menos... —musité, enterrando la cabeza en su cuello.

Serena acopló el movimiento de sus caderas al ritmo que yo imponía. Sus uñas se arrastraban por mi espalda. Esa chica me volvía loco. Siempre. No podía vislumbrar una vida sin Serena.

Me corrí demasiado pronto esa noche, pero encontré el modo de compensárselo antes de quedarme dormido con ella entre mis brazos.

A las ocho de la mañana, quería que me pegaran un tiro. Me había pasado la noche bebiendo y follando. No estaba en condiciones de ir a ninguna parte. Pero lo hice.

\*\*\*\*\*

Cuando me vio, Ash puso los ojos en blanco. Debía que tenía un aspecto cojonudo esa mañana. Si mis pintas iban acordes con cómo me sentía, entonces no me extraña que mi nuevo jefe pusiera esa cara.

—Este quiere que nos trinquen los maderos —le dijo a Julian, su mano derecha—. Mira con qué careto se me presenta el muchacho. Eh, rapero. Vente *pa'ca*. He de habar contigo.

Me fui arrastrando los pies detrás de él. Nos detuvimos a unos cuantos metros de los demás. Ash se sacó del bolsillo un fajo de dinero, contó unos billetes y me los ofreció.

—Toma.

—¿Qué es esto?

—Tres mil pavos. Para tus deudas.

Sacudí la cabeza y se los devolví. Nunca había visto a nadie llevar tanto dinero encima.

—No puedo aceptarlo.

—Sí que puedes. Considéralo un regalo de cumpleaños. Ahora vuelve a casa, compra comida y paga el hospital de tu hija.

—¿Pero no íbamos a trabajar?

Lo negó con la cabeza.

—No, hoy no. Hoy vas a estar con tu familia y vas a ocuparte de los pagos pendientes. Si mañana decides que quieres más dinero y que estás dispuesto a cualquier cosa para conseguirlo, sabes dónde encontrarme. Si no, estamos en

paz. Te quedas el dinero y no me debes nada.

—Pero me acabas de dar tres mil dólares.

Ash torció la boca.

—Un pago atrasado por las veces que me la chupó tu madre. Admitámoslo, cinco pavos no era bastante para la técnica de Cristal. Anda, tira.

—Pero...

—¡Que te largues, joder! —me gritó—. Y no vuelvas, a no ser que tengas las ideas claras.

Lo miré un segundo más y me fui. Creo que los dos sabíamos que iba a volver.

\*\*\*\*\*

Volví. Claro que lo hice. Como si hubiese tenido otra opción. Odiaba las drogas. Me había criado con una madre adicta a la heroína. Aun así, volví al día siguiente y me metí de lleno en ese mundo que tanto detestaba. No fue para nada fácil. De hecho, esos meses debieron de ser los más duros de mi vida. Hice cosas de las que no estoy orgulloso; cosas de las que nunca hablo. Ni siquiera le contaba a Serena nada de toda esa mierda. Cuando volvía a casa, me encerraba en mí mismo. No quería hablar. No quería que me contara nada. Solo quería follar para sacarme de la cabeza toda esa carga emocional.

Creía conocer la vida en las calles, la miseria humana y la desesperación. No tenía ni puñetera idea. Mi mundo era el paraíso comparado con los lugares por donde se movía Ash Williams. Estuve trabajando con él durante casi un año, y pude verle desde todas las facetas. De niño, conocí al Ash capullo, el Ash que se burlaba de mí porque mi madre se la había chupado. Años más tarde, llegué a conocer al Ash noble, el que se hizo cargo de la hermana de mi mejor amigo y me ofreció ayuda cuando nadie más lo hizo. Y, por último, vi al Ash cabrón, el que no perdonaba una ofensa o un pago retrasado.

Era un hombre de fuertes contrastes. Duro. Aun así, había algo dentro de él, algo noble. Supuse que la vida en las calles era lo que reprimía esa nobleza. En otras circunstancias de la vida, Ash Williams habría sido un buen chico. Un chico legal. A lo mejor habría ido a la universidad, porque era listo.

O a lo mejor se habría dedicado a los trabajos físicos, porque era fuerte. En todo caso, de haber llevado una vida normal, todo habría sido diferente para él. Llegué a conocerlo lo bastante como para saber que le habría gustado llevar una vida diferente. Ser un delincuente no le hacía feliz. Al igual que yo, lo hacía para poder pagar las facturas. Nada más. No era personal. Nada, nunca era personal.

Una vez me llevó con él a un barrio de mala muerte, donde le dio a un tipo una paliza de muerte. Tras dejarlo inconsciente en el suelo, se limpió los nudillos llenos de sangre en los vaqueros, la sacó la cartera del bolsillo al tipo y le quitó todo el dinero.

—¿Eso era necesario? —pregunté mientras volvíamos a casa.

Me miró un segundo y luego volvió la vista al frente. Ese día estaba como distraído, como si llevara el peso del mundo encima de sus hombros y estuviese enfrentándose a la encrucijada de su vida.

—Ese tipo me robó. Este dinero me pertenece. En vez de vender la mercancía, la esnifó con todas las putas del barrio.

—¿Y había que matarle por ello?

—¿Crees que a mí me gusta esta vida? —repuso, mirándome mosqueado—. ¿Crees que me gusta comportarme como un animal?

—¿Y por qué lo haces, si no te gusta?

—¿Por qué lo hago...? —repitió para sí, y después bufó una sonrisa—. Porque de lo contrario, acabaría muerto. No puedo permitirme muestras de debilidad. Tú no tienes ni idea de lo que ha sido mi vida. ¿Piensas que tú lo has tenido difícil porque tu mamaíta se pinchaba en la vena y tu papaíta se largó? ¡No tienes ni puta idea de lo que he tenido que hacer yo para sobrevivir en las calles, Aiden! Tenía doce años cuando empecé a vender droga y armas. ¿Cómo crees que he sobrevivido tanto tiempo en este mundo de gánsteres e hijos de puta? ¡Convirtiéndome en un cabrón de mierda! Yo no nací siendo un *badass* —me dijo, señalándome el tatuaje que recorría la parte interna de su antebrazo, *Badass Boys*, el nombre de su banda—. La vida me convirtió en uno. No se te olvide.

Me pasé la lengua por los labios resecos y asentí.

—Ash...

—¿Qué? —graznó, aún más enervado.

—¿Cómo le va a Mia? —susurré apaciguador.

Su boca se movió en una sonrisa sorprendentemente tierna.

—Es la chica más lista de toda su clase. Esta se nos va a la universidad, Aiden. Ya lo verás.

Sonreí. Ash estaba muy orgulloso de Mia. Y yo también.

*Jinx, donde quiera que estés, ojalá te sientas orgulloso, tío.*

\*\*\*\*\*

Mi vida delictiva acabó una semana más tarde. El tío al que Ash había machacado presentó cargos. Tenía pruebas. Una vecina había grabado la agresión. A Ash no se le veía la cara. A mí, en cambio... Esa era otra historia.

—Si delatas al agresor, el fiscal está dispuesto a dejarte ir —me dijo el abogado de oficio—. A fin de cuentas, tú no le pusiste la mano encima. Pero si te niegas a cooperar, irás preso. Eres cómplice de un intento de asesinato.

Mi rostro no registró ninguna reacción. Tenía claro lo que iba a hacer.

—No soy un puto soplón.

—Recuerda que tienes familia.

—No voy un *puto* soplón —insistí, con énfasis.

Y como no era un puto soplón, me cayeron quince meses. Ocho, si me portaba bien.

Mi primera visita fue Serena. Estaba destrozada. Se pasó todo el rato llorando. Me quedé en mi silla, cruzado de brazos, y la miré impasible. Yo también estaba destrozado, pero no podía dar muestras de debilidad en un sitio como aquel. No si pretendía seguir vivo durante ocho putos meses.

—¿Cómo pudiste no elegirnos a nosotras? Debiste haberle delatado.

—No soy un soplón, Serena —le dije con aspereza.

Sacudió la cabeza, asqueada por mi arraigado sentido del honor.

—No. Eres un puto presidiario. ¡Tienes mujer y una hija! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Esa era mi mayor preocupación. Había juntado algo de dinero desde que trabajaba con Ash, pero no lo bastante como para que ellas sobrevivieran durante tantos meses.

—Con el dinero que hay en casa, podréis vivir durante cinco o seis meses.

—¿Y después? ¿Qué coño hago después? ¿Has pensado alguna vez en mí, o en Trish?

Me puse de pie, me acerqué al alguacil y le dejé que me pusiera las

esposas.

—Después ya lo veremos —le dije mientras me marchaba.

—¡Eres un carbón egoísta, Aiden! —gritó desde la sala de visitas.

Dejé caer los párpados y seguí avanzando por el corredor.

Al día siguiente vino Ash.

—Pudiste haberme delatado.

Suspiré.

—Sí. Podía haberlo hecho.

—Pero no lo hiciste.

—No es lo mío, Ash. No soy un traidor.

Asintió y me miró con expresión grave.

—Tu mujer me abofeteó anoche, ¿sabes?

Me mordí el labio para no sonreír.

—¿Y te dio fuerte?

—Joder, para ser tan delgada, pega como un tío.

Solté una carcajada.

—¿A mí me lo vas a contar? —me reí.

Ash se inclinó sobre la mesa y sus ojos azules se clavaron en los míos.

—Escucha, tú no te preocupes por nada. Yo cuidaré de Serena y de Trish mientras tú no estés.

Asentí.

—Gracias.

Se levantó de la silla y me miró desde arriba.

—No, gracias a ti, tío. Cuídate.

—Tú también, Ash. Procura no cargarte a nadie. No tienes muchos amigos aquí dentro.

Me guiñó un ojo.

—Los reyes nunca caen, chaval.

—Claro, para eso están los plebeyos —dije con una sonrisa cínica.

Me quedé ahí un rato después de que Ash se marchara. Mínimo ocho meses metido en esa puta ratonera. Iba a echar de menos a mis dos chicas. Y más si Serena cumplía su amenaza de no visitarme nunca.

\*\*\*\*\*

Pese a sus amenazas, Serena sí vino a verme, aunque nunca trajo a Trish.

—La prisión no es un buen sitio para un niño. Espero que lo comprendas.

—Lo comprendo. Pero la echo de menos.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Lo sé. Es tu chica favorita.

—Lo es.

—Y ella es una niña de papá. Te echa mucho de menos, Aiden. Yo no soy suficiente para ella. Lloro todas las noches, ¿sabes? Cuando llega la hora del cuento y tú no estás ahí para leérselo... —Hizo una pausa para tragarse las lágrimas y agitó la cabeza—. Dios, qué duro es esto.

Cogí su mano por encima de la mesa.

—Lo siento.

Se encogió de hombros.

—Así es la vida —musitó, secándose furiosa las mejillas. Odiaba que yo la viera llorar.

—¿Qué te cuentas tú? ¿Ash se ocupa de vosotras?

—Más de lo que me gustaría. Tu hija le adora. Le llama el tío Ash.

—Hay que joderse.

—Es una influencia pésima. El otro día Trish pegó a un niño por culpa suya.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Qué? ¿Por qué?

Los ojos azules de Serena se entornaron.

—Estábamos en el parque, y el niño le levantó la falda. Ya sabes cómo son los críos. Quería ver lo que había debajo. ¿Y qué crees? ¡La bestia de tu hija le dio un puñetazo en todo el ojo!, porque su querido *tío Ash* tuvo la consideración de decirle que a las chicas hay que respetarlas y que, si algún gilipollas no lo hace, está justificado *patearle el culo*. Con esas mismas palabras.

Solté una carcajada.

—Qué lista es mi niña. Se dio cuenta de que en el ojo duele más que en el culo.

—Tú riéte. A mí no me hace ni puñetera gracia que vaya por ahí solucionando los problemas a través de la violencia.

—Ese niño es un degenerado —escupí, mosqueado—. Se lo tenía merecido.

—¡Ese niño tiene cuatro años! —repuso Serena a gritos.

—Si es que nacen siendo unos degenerados... —refunfuñé para mí y me crucé de brazos.

Serena volvió a poner los ojos en blanco.

—¿Y tú qué te cuentas?

Me encogí de hombros.

—Oh, ya sabes cómo es la prisión. El puto Las Vegas. Un sin parar de diversión. Es todo jiji jaja.

—Te estás burlando.

—¿Qué quieres que te cuente, Serena? —Sostuve sus ojos con irritación y luego sacudí la cabeza y musité—. Estoy bien. Te echo de menos.

—Y yo a ti. Uy. Tengo que irme. El tío Ash tendrá cosas que hacer.

—¿Has dejado a Trish con Ash?

—Sí, se ha convertido en la niñera oficial de los King desde que tú estás en la trena.

Se colgó el bolso del hombro y se dispuso a marcharse, cuando la cogí del brazo. Al alguacil me dijo que retrocediera, lo cual hice. No quería rollos. Necesitaba salir en ocho meses.

—Pasas mucho tiempo con Ash.

—No estarás celoso.

—No, es solo que... —Me rasqué la nuca y resoplé—. Bueno, un poco.

Los labios de Serena se curvaron en una sonrisa tierna.

—Tranquilo. A mí solo me gusta un chico malo. Y ese eres tú.

Plantó un beso en mis labios y se marchó. Me quedé muy inquieto. Ash era todo un mujeriego. Y muy guapo, además. ¿Y si Serena se enamoraba de él?

\*\*\*\*\*

La prisión no fue tan mala como creía. Me mataba estar lejos de Serena y de Trish, pero, por lo demás, me estaba acostumbrando. Cuando ya llevaba dos meses dentro, mi compañero de celda salió y en su lugar metieron a un tal Reggie. Un novato, como yo. Nunca le habían trincado antes.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté en su primera noche en chirona.

—Posesión, tío. Llevaba un poco de cocaína encima. Y un par de armas que no estaban registradas. No sé por qué se ponen tan tiquismiquis.

—Vaya. Lo siento.



—Sí, iba a una fiesta en casa de Mad Max y...

—¿Mad Max el rapero? —interrumpí perplejo. ¿Habían metido a la realeza en mi celda?

—Sí, ese. El caso es que me pillaron los jodidos maderos. Vieron a un negro con un coche caro y ya se olieron algo. ¡Gilipollas de mierda! Estoy hasta la polla de la caza de brujas a la que nos someten a los negros.

Reggie y yo nos hicimos amigos de inmediato. Teníamos muchas cosas en común. Sobre todo, el rap. A los dos nos chiflaba el rap. Cuando le conté mi experiencia con las discográficas, me dijo que le mandara el disco a Mad Max. Le pedí a Serena que lo hiciera por mí. No tenía ninguna esperanza. Ya había pasado por todo ese rollo y me habían dado con la puerta en las narices demasiadas veces. No esperaba que ahora fuera diferente. Pero lo fue.

Antes de salir de prisión, ya había firmado un contrato con *MadMax Enterprise*. Mi primer contrato. Reggie pasó a ser mi representante. Por fin podía ver un poco de luz a través de todas esas sombras.

Como era de esperar, tuve que dejar Cleveland para mudarme a Los Ángeles. Había que grabar el disco. A Serena no le gustó eso. No porque no se alegrara de mi éxito, sino porque acababa de salir de prisión y ahora me volvía a marchar, al día siguiente.

—Dios, ¿y ahora cuándo volverás? —se quejó esa primera noche en casa, mientras yo intentaba besarla. La había echado muchísimo de menos esos ocho meses que había estado en prisión, y lo que menos me apetecía era perder el tiempo charlando. Había otras ideas y necesidades ocupando mi mente.

—No lo sé, nena —contesté al tiempo que le desabrochaba los botones del vestido que llevaba—. Pero te prometo que no estaré fuera más de lo estrictamente necesario.

Aparté la tela y arrastré la mirada por el cuerpo desnudo de Serena. Por debajo del vestido solo llevaba unas braguitas rosas de encaje.

—Oh, cariño, me estás matando. ¿Cómo puedes ser tan preciosa?

—No quiero que te marches mañana —siguió diciendo, cada vez más enfurruñada.

—Ni yo tampoco, pero es lo que hay. Ven aquí, tengo que besarte.

La cogí por la cintura para atraerla a mis brazos, pero colocó las palmas en mi pecho y me echó hacia atrás.

—Para. No estoy de humor.

—Nena... Llevo ocho meses sin ti —me quejé.

—Algún novio te habrás echado.

—No seas mala. Solo podía pensar en ti. Y mira que he tenido mejores ofertas en prisión, pero no. Me mantuve fiel. Te echaba mucho de menos.

Puso mala cara. Yo hice pucheritos y le señalé la imponente erección que se erguía entre mis piernas.

—Ella también te ha echado de menos, Serena —le dije con un guiño—. Anda, sé buena y acaríciala un poco. *Porfa...*

—No —se obstinó, y se cruzó de brazos.

—¿Y si te pongo ojitos de cordero degollado? —le propuse.

Se echó a reír y me dio un golpecito en el pecho.

—Mira que eres retorcido. Sabes que no puedo resistirme a tus ojitos de cordero degollado.

Solté una carcajada, la cogí de la muñeca y me dejé caer en el colchón, atrayéndola a mis brazos.

—Se acabaron las tonterías, Serena. Vamos a follar. Tú y yo. Ahora mismo.

—Bueno, si te pones tan firme...

Puso los ojos en blanco en un fingido gesto de irritación y yo la besé. Despacio. Larga, meticulosamente. Le di la vuelta, me coloqué encima y seguí besándola.

Mi lengua se movió por todos los rincones de su boca. Necesitaba saborearla y grabarme eso dentro de la mente, porque no sabía cuándo volvería a verla.

Pasé esa primera noche en casa haciéndole el amor a Serena. Al día siguiente ninguno quería separarse del otro. Sin embargo, lo hicimos, porque no había modo de evitarlo. Creo que fue ese día cuando ella se sintió excluida por primera vez, como si ya no formara parte de mi vida; como si yo estuviese escurriéndome de entre sus dedos como la neblina.

Empezaba una nueva etapa de mi vida, en una ciudad nueva, lejos de ella, y Serena no sabía qué esperar de ese cambio. A decir verdad, yo tampoco.

## Capítulo 13

No tardé demasiado en darme cuenta de que Los Ángeles era una ciudad podrida. Creo que había más pijos y gilipollas que en ninguna otra parte del mundo. Me sentía como pez nadando fuera de agua, lejos de mi gente, de Serena y de Trish. Mad Max me alquiló un piso de casi doscientos metros cuadrados en el centro de la ciudad. Un sitio para un rey. Las ventanas ocupaban una pared entera, de arriba abajo. Las vistas desde una planta veintidós eran impresionantes. Siempre que miraba hacia abajo, me quedaba con un enorme hueco en el estómago. Había una chica que venía a limpiar a diario, y el edificio contaba con conserje las veinticuatro horas del día y piscina propia. En mitad del salón había un enorme *jacuzzi*. Era todo demasiado ostentoso para un chico de Scovill Avenue.

Apenas disponía de tiempo libre para disfrutar esos lujos. Durante tres meses, trabajé como un cabrón. Cuando no grababa, componía. Cuando no componía, iba a fiestas a conocer a gente importante. Era todo un mundillo de gilipolleces y protocolos, y si quería triunfar, había que estar a la altura. Con Serena apenas hablaba. A esas horas a las que llegaba yo a casa, ella estaba durmiendo y no quería molestar.

La volví a ver al cabo de tres meses. Debían de ser las doce de la noche. Quizá, un poco más tarde. Yo había ido a una fiesta, y admito que regresaba a casa un poco achispado. Ese rollo del champán y brindar con todo el mundo me había mareado. O quizá fuese cosa de la euforia. Acabábamos de grabar el disco. A la semana siguiente salía a la venta. Teníamos mucho que celebrar esa noche.

Cuando la limusina de Mad Max me dejó delante de mi edificio, lo que menos esperaba era encontrar a mi mujer y a mi hija, esperando en la calle, a esas horas tan tardías. Parpadeé varias veces, por si se trataba de una aparición producida por mi deseo de verlas. No era el caso. La mujer que tenía delante era Serena y, desde luego, estaba la mar de cabreada.

—Así que a esto dedicas tu tiempo ahora. A pasearte en una limusina como si fueses el puto rey de *Villatejoda*.

—Serena... —empecé pacientemente.

—Sí, Serena. Me halaga que al menos te acuerdes de mi nombre.

—Oye, cielo, siento si... —Sacudí la cabeza. Las ideas se estaban amontonando dentro de mi mente y no podía centrarme en ninguna—. Espera. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has avisado de que venías? Te habría...

—¿Recogido? —interrumpió furiosa—. ¿En serio? Pero sí no tienes tiempo ni para una mísera llamada telefónica.

—Sé que ando muy ocupado, pero...

—¿Ocupado?! Porque ahora no parece que vengas de trabajar. Apesta a alcohol.

Trish se echó a llorar. Siempre hacía eso cuando su madre levantaba el tono.

—Ya basta. Estás asustando a la niña. Hola, princesa. Ven con papá. ¿Me has echado de menos?

Cogí a Trish en brazos y le besuqué los mofletes hasta que se calmó.

—¡Pero qué niña más guapa tiene papá! —exclamé mientras la meneaba para tranquilizar sus sollozos—. Vamos a entrar. Estaréis congeladas. ¿Por qué no esperaste dentro?

—Porque el gilipollas de tu portero —empezó Serena, alzando la voz, para que el conserje se diera por aludido—, no deja entrar a chusma como yo.

Vi negro delante de los ojos. Me acerqué a él con la intención de partirle la cara por no haber dejado entrar a mi mujer y a mi hija, pero como llevaba a Trish en brazos, no pude hacer más que pulverizarle con la mirada.

—Lo siento, señor King, pero su amiga no estaba en la lista de visitantes.

—Uno. Serena es mi mujer, no mi *amiga*. Y dos. Más vale que esté en la puta lista. La lista VIP, ¿me has oído, gilipollas?

—Sí, señor. De inmediato la incluiremos.

—Mamón —juré entre dientes, ya de camino hacia el ascensor.

Serena no dijo nada cuando abrí la puerta y entramos. Esperaba al menos una exclamación, o que dijera que era el sitio perfecto para los dominios del rey de *Villatejoda*, pero ella no abrió la boca, lo cual era todavía peor que escucharla gritarme.

Dejé a Trish en el sofá y le ofrecí mi *tablet*, para que jugara un rato a esos juegos estúpidos que les gustan a los niños de hoy en día; esos que te dejan ciego y medio bobo. Yo siempre he desaprobado la tecnología, la verdad. Un niño debe jugar en los parques, con las manos llenas de mugre, como se ha

hecho toda la vida.

—¿Quieres una copa de vino? —le pregunté a Serena, yendo hacia la barra de acero.

Me miró como si no me conociera. Luego lo negó y se fue hacia la ventana. De espaldas a mí, estuvo un buen rato mirando la ciudad, mientras yo la miraba a ella, cada vez más inquieto. Al entrar, había percibido un brillo muy extraño en sus ojos y me preocupaba su significado.

—¿Serena? —susurré con suavidad, al ver que ella no tenía pensado decirme nada.

Cuando se volvió, me di cuenta de que tenía los ojos cargados de lágrimas. Me acerqué a ella de inmediato y la cogí por los brazos.

—Eh, nena, ¿qué te pasa?

Sacudió la cabeza y rompió a llorar. Parecía presa de un enorme desconsuelo, como si hubiese estado aguantando mucha presión y ahora todo se hubiera desbordado. Me partió el corazón verla así. La quería demasiado como para soportar verla llorar.

—Es que este sitio es tan... *bonito*.

Los dos sabíamos que no era esa la razón por la que lloraba. Había otras ideas atormentando su mente.

—Serena, cariño, ¿qué te pasa? Por favor, habla conmigo. Por favor.

Sorbió por la nariz y buscó mis ojos.

—Es que... siento que ya no formo parte de tu vida —musitó—. Yo soy... vulgar comparada con esto.

Sentí una especie de dolor en el pecho.

—¿Vulgar? —repetí en un susurro—. Serena, amor mío, tú no eres vulgar. Eres preciosa. Y no es que formes parte de mi vida. Es más que eso. Mi vida *eres tú*, ¿lo entiendes? —Cogí su cabeza entre las manos y la obligué a mirarme—. Serena, dime que lo entiendes, cielo. Dime que entiendes que tú eres todo cuanto me importa en el mundo.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Por qué apenas me llamabas? ¿Estás con alguien?

—Pero ¿cómo puedes preguntarme algo así?

—Tú contesta —farfulló.

—¡No! ¡Por supuesto que no estoy con nadie! Vamos, nena, ¿qué te pasa? Sabes que esto lo hago por nosotros, por tener una vida mejor. Todo lo que he hecho estos cinco años, ha sido por nosotros, cariño. Tienes que saber lo

mucho que os quiero, a ti y a Trish. Por favor, dime que lo sabes.

Intentó sonreír. No le salió muy bien.

—Papi, tengo sueño —escuché decir a Trish a mis espaldas.

Miré unos segundos a Serena, antes de reaccionar.

—Ya voy, princesa. Por favor, Serena, nena, siéntate. Voy a acostar a Trish y en un momento estaré contigo, ¿vale? —La miré interrogante y ella asintió—. Vamos, princesita. A la cama. Papá te leerá un cuento.

Trish dio palmaditas. Creo que lo que más echaba de menos era el cuento que yo solía leerle por la noche. Si es que todavía se acordaba de ello. Hacía más de un año que ya no le leía nada. Papá había estado muy ocupado con sus hazañas. Primero en prisión y ahora en la ciudad de los jodidos seres emplumados. Empecé a darme cuenta de lo mal padre que estaba siendo. Me perdía los mejores años de la vida de mi hija. Su etapa más bonita, y yo no había estado ahí para verla.

Llevé a Trish a una cama enorme, la arropé y me tumbé a su lado, con su mano en la mía.

—¿Me vas a contar un cuento?

Sonreí y mantuve los ojos clavados en el techo.

—¿Te acuerdas de cuando papá te contaba cuentos?

—No. Pero mami dice que me contabas cuentos todas las noches antes de irte a trabajar.

Una ola de tristeza cayó sobre mí.

—Sí...

—¿Y qué cuento me vas a contar?

Mi mirada se perdió en algún punto de la pared.

—Erase una vez un rey que pasaba mucho tiempo en el campo de batalla, lejos de su hija, a la que amaba más que a nada en el mundo.

—¿Y por qué pasaba tanto tiempo lejos? —quiso saber Trish.

La acerqué a mí y le di un beso en el pelo.

—Porque quería que su hija heredase un reino mejor que el suyo. Se había propuesto batallar todas las guerras en su nombre, para que así ella tuviera una vida mejor. Una vida plena, algo que él nunca había tenido.

Antes de que acabara el cuento, Trish dormía como un tronco. Me deslicé fuera de la cama y regresé al salón. Serena estaba de nuevo detrás de las ventanas, contemplando las titilantes luces de la ciudad. Fui hacia ella, la envolví entre mis brazos y le di un beso en la nuca.

—Hueles muy bien —le susurré.

Ella no dijo nada.

—Hemos acabado el disco, ¿sabes?

Silencio.

—Quieren que lo promocione.

—¿Cuánto tiempo? —habló por fin.

Suspiré.

—No lo sé. La verdad, no lo sé, Serena.

Se dio la vuelta entre mis brazos y su boca buscó indecisa a la mía.

—No quiero hablar de ello, Aiden.

—Pero...

—Trish y yo estaremos bien. Ash se hace cargo de nosotras.

Ash pasaba más tiempo con mi familia del que pasaba yo mismo. Me cabreaba eso.

—Serena...

Me metió la lengua dentro, y yo me callé y le devolví el beso. Mi cuerpo reaccionó de inmediato a todos esos estímulos eróticos. Llevaba tres meses sin verla y me moría por hacerle el amor.

Ni siquiera llegamos a la cama. La tumbé encima de la mesa, le levanté la rodilla y arrastré la palma por su muslo mientras me encajaba entre sus piernas y me inclinaba sobre ella para juntar nuestros labios en un beso bastante impaciente.

Serena gimió, tiró del borde de mi camiseta y coló las palmas por debajo. Me tensé y la besé con un poco más de agresividad. Fue una noche especial. Creo que conseguí hacer que Serena sintiera mi amor. Aunque duró muy poco, como siempre.

Al día siguiente ella se marchó a casa y yo volé a Nueva York. La próxima vez que vio mi cara fue en el programa con más audiencia de Estados Unidos, *Midnight Stars*. Yo era toda una estrella para entonces.

Habían pasado cinco meses. Mi éxito en ventas había sido brutal. Todo el mundo me conocía. Mi nombre y mi imagen estaban por todas partes. El chico pobre arrancado de las calles del segundo barrio más peligroso de Estados Unidos y catapultado hasta las cimas de la fama. Otra historia melodramática de superación personal, perseguir ilusiones y cumplir sueños. A la gente le encantaba ese rollo. Cuanto más jodida había sido tu infancia, mejor les caías. Y la mía había sido muy, muy jodida.

Con Serena hablaba muy de vez en cuando. Me limitaba a mandarle dinero. Cuando dejó Cleveland para mudarse en Beverly Hills, yo ni siquiera estuve ahí para recibirla. Tenía un concierto en Londres. Serena no lo comprendió. No comprendía que para vender un álbum hacía falta de mucho más que componer las canciones. No entendía las giras, los anuncios de publicidad en los que tenía que posar sin camiseta, las *grupies* que me seguían a todas partes...

Ni yo mismo lo comprendía algunas veces. Lo único que sabía era que, en contra de lo que creía Serena, eso no me gustaba. Estaba rodeado de muchísima gente, pero me sentía más solo que nunca. Cuando los focos se apagaban, no tenía a nadie. Mi mujer y mi hija estaban en la otra punta del mundo mientras yo me quedaba solo en una oscura habitación de hotel. Solía sentarme en el suelo, me sacaba del bolsillo la única foto familiar que tenía y miraba a Serena y a Trish durante horas. Para estar en la cima había un precio que pagar, y yo ya había empezado a hacerlo. Así es la vida. Para ganar, tienes que perder algo. Es todo un *quid pro quo*.

\*\*\*\*\*

Conseguí regresar a casa para navidades. Estaba muy ilusionado. Tenía dos semanas por delante para estar con mi familia, y me moría de ganas. Salí de Milán cargado de regalos navideños. Cuando llegué a Los Ángeles, había toda una cola de fans esperando en el aeropuerto. Tuve que detenerme a hacerme fotos con ellas. No me apetecía, solo quería llegar cuando antes a Serena, que me esperaba al final de la cola, pero era mi deber ser simpático. Mad Max había sido muy claro: la publicidad es el alma del comercio.

Al principio las cosas se desarrollaron con normalidad, hasta que una chica que parecía bastante normal se me acercó para la foto de rigor. Sonreí, posé y le di las gracias y le deseé unas felices navidades. Entonces, ella se desquició, saltó a mis brazos, me rodeó con las piernas y me besó en la boca. El guardaespaldas la bajó de inmediato y se la llevó a rastras, pero ya era tarde. Serena lo había visto todo y me miraba de un modo que me partió el corazón. Las navidades ya se habían estropeado. Lo supe tan pronto como vi sus ojos nublándose.

Aun así, intenté remediar la situación. Me negué a hacerme más fotos, fui



hacia mi mujer, la cogí por la cintura y le di un beso pasional delante de todo el mundo. Sus labios se movieron encima de los míos como hielo sólido y cortante. Eso me dolió mucho, porque lo que había sucedido no era culpa mía. La chica estaba loca. ¿Por qué Serena no pensaba lo mismo? ¿De verdad creía que yo animaba esa clase de comportamientos?

—¿Así es siempre? —me preguntó cuando ya estábamos en el coche.

Sacudí la cabeza y busqué sus ojos a través de la oscuridad.

—No, cariño. No lo es. Esa chica... bueno, a ella se le ha ido un poco la olla, eso es todo.

—Está enamorada de ti.

—Serena...

—Sí, ya sé cómo va esto. Es decir, lo entiendo. Ahora eres un *sex simbol* y las mujeres se enamoran de ti. Es solo que... resulta difícil... acostumbrarme a la idea.

Hablaba pausadamente, como si le costase la vida formular esas palabras. Cogí su mano, me la llevé a los labios y planté un beso en sus nudillos.

—A mí solo me interesas tú, ¿vale?

Consiguió un débil amago de sonrisa, para nada convincente.

—Sí, claro, ya lo sé.

Enrosqué los dedos alrededor de su nuca, la acerqué a mí y la besé.

—Te quiero, S.

—Sí, yo también.

Apoyé la frente contra la suya y le acaricié las comisuras de los labios.

—Quiero que Trish y tú me acompañéis en la siguiente gira —le susurré.

Me miró unos segundos, sin que yo pudiera interpretar su expresión.

—¿Eres consciente de que Trish va a la guardería?

—La educación infantil no es obligatoria, Serena —rebatí en tono irritado—. Aún le queda un año para que sea obligatoria.

—Ya. Pero tiene sus rutinas, Aiden —me contestó del mismo modo—. No puedo quitárselas, sin más, para acompañarte a ti a través del mundo.

—¿Por qué me miras como si pensaras que soy un mal padre? Yo solo quiero estar con vosotras.

—Pues ven a casa con tu familia.

—Sabes que lo haría si pudiera.

—Pero no puedes.

—No, Serena, no puedo —me exasperé—. Joder, tengo que ganar dinero.

¿Cómo coño crees que pagamos la guardería de Trish? Algunas veces parece que no eres consciente de estas cosas. ¿Acaso piensas que el dinero nos cae del cielo?

Serena hundió la cabeza entre las manos y resopló hastiada. Hizo una inquietante pausa y luego me susurró con voz extraña:

—Casi que es mejor que no nos veamos, Aiden. Siempre que estamos juntos, acabamos discutiendo.

Sentía la frustración escociéndome en la garganta. Todavía tenía ganas de gritarle para hacerla comprender que todo lo que hacía era por ellas dos. Para mí también era un sacrificio trabajar tantas horas y estar siempre fuera de casa. ¿Por qué Serena se victimizaba tanto? ¿Creía que a mí me resultaba fácil? ¿No comprendía que me estaba sacrificando por ella y por nuestra hija?

Cabreado, cogí una de las botellitas de *whisky* que siempre había en las limusinas y me la tomé entera. Como apenas bebía, estaba bastante mareado cuando llegamos a casa. Era Nochebuena, y Trish ya estaba dormida. Mi vuelo había llegado con retraso. Nada estaba saliendo según lo había planeado. En vez de cenar los tres como una familia feliz, yo había pasado la Nochebuena en un puto avión, Serena en el aeropuerto y Trish con la niñera. Mierda de vida.

Dejé los regalos debajo del árbol y me fui a darle un beso a mi hija. Había crecido un montón desde que la había visto por última vez. Era toda una señorita ahora. Por video chat no lo había notado tanto. En persona, me impresionó.

Le besé el pelo, me senté en una butaca al lado de la ventana y me pasé al menos una hora contemplándola mientras dormía. Sentía ganas de llorar. Ella y su madre habían puesto el árbol, habían adornado la casa y habían hecho galletas. Mis primeras navidades normales, y yo no había estado ahí. Me estaba perdiendo cada vez más cosas en la vida de mi familia. Las sentía más lejos de mí que nunca, y eso me sacaba de quicio, porque no dejaba de decirme a mí mismo que todo lo que hacía era por ellas dos, para que tuvieran una vida mejor, para que Trish no tuviera que enfrentarse a todo lo que Serena y yo habíamos vivido, esa desesperación, la inseguridad, el no saber qué nos sucedería el día de mañana... No me daba cuenta de que el dinero no lo era todo para ellas. Que necesitaban algo más. Algo que yo no les podía dar.

Me sequé las esquinas de los ojos, me levanté y fui al salón. Serena me

ofreció una copa de vino blanco.

—No es de *brick* —me dijo.

Intenté sonreír. No pude.

—Feliz Navidad, Aiden.

Asentí en silencio y me bebí toda la copa de golpe.

—Últimamente has adquirido el hábito de vaciar así las copas, ¿o qué?

Me apoyé contra un aparador y la miré apenado, mis hombros caídos, mis ojos cargados de lágrimas.

—Solo cuanto estoy triste.

Su silencio fue elocuente. Dejó su copa encima de la mesa y se me acercó. Era la chica más guapa que había conocido nunca. Era... natural. No llevaba maquillaje, tenía el pelo suelto y solo vestía una camisa blanca. Estaba preciosa.

—¿Y por qué estás triste ahora? —me preguntó en voz baja.

Me mordisqueé el labio, porque aún tenía ganas de llorar.

—Por no haber estado aquí. Por haberme perdido... todo esto —susurré, señalando a mi alrededor—. La casa os ha quedado preciosa. ¿Sabes que es la primera vez que la veo? *Mi casa*... ¡es la primera maldita vez que la veo, Serena!

Lo era. Me había limitado a pagar las facturas. Ni siquiera había visto mi propia casa. No había acompañado a Serena a buscar un hogar para nosotros y Trish. Yo solo era el marido ausente que se hacía cargo de los costes, como si eso lo arreglara todo.

—Eh, oye. —Serena vino hacia mí y cogió mis manos entre las suyas—. No importa. Estás aquí ahora.

Sacudí la cabeza y aparté la mirada.

—Lo estoy jodiendo todo, ¿verdad?

Se me acercó un poco más y rozó mis labios.

—Intentas hacer lo mejor para tu familia, Aiden. No te atormentes tanto. Sé que yo tengo momentos en los que me vuelvo loca, y ¡Dios!, ojalá pudiera dejar de hacerlo. Ojalá pudiera relajarme y creerte cuando me dices que solo te intereso yo y ninguna otra.

—Serena, ven conmigo —supliqué con los ojos traspasando a los suyos—. Por favor. Tú y Trish. Tres meses. Por favor. Arreglemos esto. Hagamos que funcione. A los dos nos está matando esta situación. La distancia no es buena para ninguno de los dos.

Frunció el ceño y caviló unos momentos.

—Está bien.

Entreabrí los labios. Estaba tan preparado para la negativa, o para otra pelea, que me conmocionó recibir una respuesta afirmativa.

—¿En serio?

—Sí, está bien —respondió entre risas. Creo que ella tampoco se lo creía.

La cogí en brazos y la hice dar una vuelta por el aire. La dejé de nuevo en el suelo, hundí los dedos en sus cabellos dorados y le di un beso largo y pasional.

—Te quiero, nena.

—Y yo a ti —susurró Serena mientras acariciaba fascinada las esquinas de mi boca—. Joder, te quiero mucho. ¡Un montón!

Puse una mano detrás de sus rodillas, la levanté en brazos y la llevé a la cama. Nuestra cama. Una cama que ni siquiera conocía aún.

Me pasé la Nochebuena haciéndole el amor a Serena. No podía, no quería separarme de ella. Cuando salió el sol, estábamos despiertos. Apenas habíamos pegado ojo en toda la noche.

—Me gusta esto —ronroneé, olisqueando su cuello.

Los ojos azules de Serena se clavaron en los míos.

—¿El qué?

—Despertarme contigo entre mis brazos, envuelto por el calor de tu piel y el olor de tu pelo. —Pasé los dedos por los mechones rubios y sonreí como un bobo—. Son las mejores navidades de mi vida.

No acabé bien de decir la frase, que ya se había abierto la puerta de par en par para dar paso a Trish, corriendo y chillando como una loca.

—¡Mami! ¡Papi! ¡Papá Noel me ha traído muchas cosas!

Serena y yo rompimos reír en carcajadas. Trish saltó a la cama, me dejó besuquearla un par de veces y luego tiró de mí para que nos fuéramos al salón a abrir los regalos de Papá Noel. Estaba impaciente y no tenía ganas de carantoñas.

—Pues habrá que seguirla —le dije a Serena mientras mi hija tiraba de mí como de un perro con una correa.

En el salón, me arrodillé en el suelo, a su lado, bajo el árbol y la contemplé mientras desgarraba el papel regalo. La emoción en su rostro, el brillo de sus ojos, sus risas... Era indescriptible. Esa era la magia de la Navidad. No podía dejar de mirarla. Trish era mi pequeño milagro personal.

Serena se me acercó y me ofreció un café. Debió de ver algo extraño en mi rostro, porque frunció el ceño y me preguntó si me encontraba bien. Asentí con fervor. Estaba bien, solo que tenía ganas de llorar al ver a mi hija abrir todos esos regalos navideños. Lo había conseguido. Había conseguido edificar una vida mejor para Trish. Estaba muy emocionado.

—Yo nunca abrí un regalo de navidad —le dije a Serena.

Trish dejó de trastear con sus muñecas y alzó el rostro hacia el mío.

—¿Por qué? ¿Fuiste un mal papá?

Me reí con amargura y asentí.

—Sí, hija. Papá era malo, por eso nunca recibía nada en Navidad.

—Bueno —dijo Serena acercándoseme por detrás—, pues resulta que papá se ha portado muy bien este año, así que he aquí tu regalo, papá.

Dejó una enorme caja en mi regazo. Parpadeé y levanté la mirada hacia la suya. Estaba de pie y me sonreía. Mis ojos se volvieron a llenar de lágrimas. Serena lo comprendió y algo se suavizó en su rostro. Creo que en ese momento me amó más que nunca. Lo vi en su mirada.

—Ábrelo —susurró con suavidad.

—Sí, papi, ábrelo. Es tu primer regalo.

Me temblaban las manos cuando empecé a rasgar el papel dorado. Retiré una caja y la abrí. Dentro de la caja, había otra caja. Trish se rio, encantada de ver que Papá Noel era muy travieso. Tuve que abrir cinco cajas de diferentes tamaños hasta que encontré mi regalo. *The Don Killuminati: The 7 Day Theory*. 2Pac. El álbum que contenía la canción de *Me&My Girlfriend*.

Trish puso cara de decepción.

—¿Tantas cajas para eso? Creo que este año tampoco has sido muy bueno. Moví los ojos hacia los suyos y sonreí.

—Créeme, hija, es el mejor regalo que me han hecho jamás —declaré, y la emoción vibró a través de mis palabras, mi voz había enronquecido.

—¿Por qué? —quiso saber Trish, para nada conforme con mi aclaración.

—¿Sabes lo que es el valor sentimental?

Se lo pensó un poco y luego agitó su melena rubia en señal de negación.

—Es algo que no se puede comprar con dinero. Algo que tiene un valor incalculable.

—Pero esto sí se puede comprar con dinero —rebatí, ceñuda—. Tiene el precio pegado detrás. Vale dieciocho dólares con veinticinco centavos.

Solté una carcajada. La niña me había fastidiado la explicación. Era

mucho más lista que yo.

—Tu planteamiento es muy inteligente, Trish —tuve que admitir.

Serena se apresuró a arrancar la etiqueta.

—Es que... Papá Noel hmmm... iba con prisas —se justificó, y yo me volví a reír.

—Mis dos chicas... —Las miré maravillado y volví a sonreír—. ¿Qué vamos a hacer estas navidades?

—¿Podemos poner una cama elástica? ¿Podemos poner una cama elástica? ¿Podemos poner una cama elástica? —chilló Trish, pegando brincos a mi lado—. *Porfi, porfi, porfi.*

—Sí, hija, pondremos una cama elástica —cedí con los ojos entornados.

Serena sacudió la cabeza como con desacuerdo. Aun así, sonreía. Lo interpreté como una buena señal y pedí que le instalaran una cama elástica a Trish. Solo quería que se callara, y si una cama elástica era su precio, estaba dispuesto a abonarlo.

## Capítulo 14

Pasadas las navidades, nos fuimos de gira los tres. Estaba muy entusiasmado. Quería que ellas estuvieran orgullosas de mí, y pensé que sería estupendo cruzar el mundo juntos, en plan los tres mosqueteros, dejando atrás ciudades y países, mares y continentes.

Me equivoqué.

Ni Serena ni Trish eran felices. Mis planes de aventura y diversión, cómo no, se truncaron de inmediato. Me pasaba todo el tiempo trabajando. Acudía a montones de fiestas privadas, casi todas las noches. Serena había acertado: no era vida para un niño. Por desgracia, a mí me llevó demasiado tiempo comprenderlo.

Trish se echaba a llorar cada noche que me veía salir por la puerta. Serena no decía nada, no discutía conmigo, pero podía ver la decepción en sus ojos y se me partía el corazón cada vez que me marchaba. Aun así, me iba.

Al cabo de un par de semanas, tuve clara una cosa: o era padre o era artista. No podía conciliar mis dos grandes amores, porque no había forma de estar en dos sitios a la vez. O era Aiden King o era papá.

Y cuando comprendí todo eso, tomé la decisión de hacérselo saber a Serena, aunque no antes de organizar una última aventura: volar los tres a París. No iba a cantar, me había tomado un par de días libres. Tenía una promesa que cumplir, e iba a cumplirla.

Me pasé mucho tiempo organizándolo. Necesitaba que saliese perfecto. No quería ningún contratiempo, nada que fastidiara mis planes. En cuanto lo tuve todo dispuesto, contraté a una niñera nueva para Trish. Una chica joven, Sophie. A Serena no le gustó. Prefería a la niñera que teníamos en Beverly Hills.

—Es demasiado guapa —protestó nada más verla—. No me gusta saberla cerca de ti.

Bajé la mirada para que no me viera sonreír. Nunca se lo dije a Serena, pero me encantaba cuando se ponía celosa. Me gustaba saber que era yo el que provocaba esos sentimientos de posesividad en ella. De no haber sido tan idiota, habría concedido al asunto la importancia que tenía. Por desgracia, yo era un estúpido, todavía muy joven para comprender a mi chica.

—¿Te da miedo que me enamore de la niñera? —le pregunté esa mañana mientras desayunábamos.

Serena dejó su taza de capuchino encima de la mesa y me estudió en silencio. Estábamos en la azotea del hotel, en una pequeña terraza privada. Teníamos vistas sobre todo París, la Torre Eiffel alzándose en medio de los demás edificios, el Sena, convertido en un espejo a causa del sol. Me sentía como un bohemio.

—¿Cabe esa posibilidad? —repuso, enfurruñada.

—Cristo, no lo sé, Serena. Ya sabes que lo de la niñera es todo un clásico. Se levantó enfurecida.

—Que te jodan, Aiden.

Me reí y la cogí del brazo para detenerla a mi lado.

—Nena, mírame.

Se empeñó en mantener sus bonitos ojos clavados en el muro.

—Serena, vamos. Por favor. Solo un momento.

Pasados unos momentos de lucha interna, Serena bajó la mirada y yo desplegué los labios en la sonrisa más seductora de todo mi arsenal de sonrisas.

—Estoy de broma, ¿lo sabes? Esa chica me importa un comino. Si la he contratado es solo porque he hecho planes para esta noche.

—¿Qué planes? —graznó.

—Planes que no incluyen a Trish —intenté apaciguarla con tono suave.

Una arruga apareció entre las cejas de Serena.

—¿Planes que no incluyen a Trish?

Le lancé un guiño.

—Tú confía en mí, ¿vale? Lo tengo todo organizado. Quiero sorprenderte. Déjame que lo haga —le pedí mientras le acariciaba la muñeca y mantenía los ojos clavados en los suyos.

No parecía muy convencida. Aun así, confió en mí e hizo todo lo que le pedí. Ni siquiera se lo pedí en persona, sino a través de notitas que fui esparciendo por ahí a lo largo de todo el día. Serena las fue encontrando, las leyó y siguió todas mis instrucciones.

A las ocho de esa noche, salió de la ducha, tal y como yo le había solicitado. Encima de la cama, encontró una caja de *Valentino*. Dentro había un vestido de fiesta. Rojo. El rojo más intenso que pude encontrar. Al lado de la caja, una nota que rezaba: *un vestido bonito, para una chica guapa*. Sonrió.



No estaba ahí para verla, pero sabía que esa nota la haría sonreír. O, al menos, esperaba que lo hiciese.

Se puso el vestido, se maquilló y se pintó los labios de rojo. El cabello rubio fue recogido en un peinado desenfadado. Sus ojos fueron subrayados con lápices negros y grises. Los iris azules destacaban más que nunca.

Cuando entró en el salón, encontró una caja de *Tiffany's*. La nota decía: *las chicas guapas llevan diamantes*. Abrió la caja. Había un colgante dentro. Sus ojos se nublaron. No me vio. No vio que yo la contemplaba desde una butaca, oculto por la penumbra de la estancia. Me levanté y me acerqué a ella por detrás.

—¿Me dejas que te lo ponga? —susurré a sus espaldas, con voz ronca.

Solo pudo asentir. La emoción le impedía hablar. Cogí el colgante y se lo puse.

—Estás preciosa —le susurré, acariciándole distraído la clavícula.

Se volvió hacia mí. Las lágrimas estaban a punto de desbordarse en las esquinas de sus ojos.

—Por favor, no llores —dije bajito, rozándole la mejilla con una mano—. No quiero hacerte llorar. Nunca.

Asintió y parpadeó varias veces seguidas.

—Esto es perfecto.

Sonreí un poco.

—Tú eres perfecta.

Le ofrecí mi brazo. Serena me miró con expresión de duda.

—Y ahora, ¿qué?

Sonreí misteriosamente.

—Ahora llega lo mejor. Confía en mí.

Se agarró a mi brazo y nos fuimos hacia la puerta. En recepción nos cruzamos con Trish y su niñera. Maldita chica del demonio. Volvió antes de lo previsto. Le había dicho a las nueve y media. ¡Eran las nueve menos cuarto, joder!

Trish, por supuesto, montó todo un cirio porque no quería que nos marcháramos. Intenté explicarle que mamá y papá tenían una cita, que eran cosas de mayores y que ella se tenía que quedar en casa; que se lo compensaríamos al día siguiente. Nada de lo que yo dijera consiguió calmar el llanto de mi pequeña. No quería que nos marcháramos y punto. Miré suplicante a Serena y le pedí disculpas con la mirada. Ella asintió para

indicarme que lo comprendía.

—Está bien, hija —resolví, agachado delante de Trish—. Mamá y papá regresarán a casa. Pero vas a ser buena chica y te irás a la cama de inmediato, ¿verdad?

—Mamá se puede ir —balbució entre sollozos—. Pero tú, no. Quiero mi cuento.

Eso le dolió a Serena. A pesar de todos sus esfuerzos por ser una madre entregada, Trish seguía siendo una niña de papá.

Suspiré, la cogí en brazos y nos fuimos hacia el ascensor. Me giré cuando me di cuenta de que Serena no nos seguía.

—¿No vienes?

Negó con la cabeza. Estaba triste. La tristeza se reflejaba en su bonito rostro.

—Id vosotros. Estaré en el bar. Necesito una copa.

Asentí y crucé las puertas del ascensor, con Trish entre mis brazos y la niñera a mi lado.

—¿Qué ha sido de tu puntualidad? —gruñí entre dientes en cuanto se cerraron las puertas.

—Lo siento. La niña quería volver.

—La niña es una niña. Hay que saber dominarla. Si esta noche quiere trepar por la jodida Torre Eiffel, ¿la dejarás?

—No regañes a Sophie —exigió Trish, la muy mandona.

Le sonreí para tranquilizarla. Estaba muy cabreado con la niñera. Esa chica me había destrozado la cita con Serena.

—No la estoy regañando, cielo. Era una conversación entre adultos. No pasa nada.

Bajamos del ascensor delante de nuestra *suite*. Abrí la puerta y llevé a Trish a la cama. Como era pronto, tardé hora y media en hacer que se quedara dormida. Le conté cinco cuentos diferentes y el comienzo del musical *Los Miserables*. Finalmente, se calló y su respiración se sosegó. Aguardé unos momentos en silencio. Sí, estaba dormida. Retiré con cuidado el brazo de debajo de su cabecita rubia, la arrojé y me di prisa para irme. Ya había hecho esperar demasiado a Serena.

—Haz el favor de cumplir con tu trabajo esta vez —le solté a la niñera en un gruñido, mientras caminaba hacia la puerta.

—Aiden...

Me detuve, con los ojos entornados.

—¿Y ahora qué?

—¿Puedo pedirte un autógrafo?

Me giré, exasperado, y resollé.

—Está bien.

Crucé la habitación a grandes zancadas, le cogí el marcador de la mano y la miré expectante.

—¿Y el papel? —rezongué impaciente.

Sophie sonrió traviesa y se levantó la camiseta. Me señaló su costado derecho. Puse mala cara.

—Estás de coña.

—Nop. Lo quiero ahí. Vamos.

Volví a entornar los ojos, solté una maldición hacia mis adentros y firmé. La gente estaba chiflada.

Le ofrecí el marcador de vuelta.

—Que lo disfrutes —le dije secamente.

Antes de que yo pudiera reaccionar, cogió mi rostro entre las manos y me besó en la boca. La agarré por los hombros y la empujé hacia atrás.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

—Era mi modo de darte las gracias. Tranquilízate.

La fulminé con una mirada oscurecida a causa de la ira.

—Ya. Pues no me des las gracias, ¿vale? Cuida de Trish.

Al día siguiente iba a despedirla. Lo tenía claro.

Salí por la puerta hecho una furia y bajé al bar del hotel. Mi mujer se había pasado con los Martini. Cojonudo. Lo que me faltaba.

—Pero si es el príncipe del rap —se burló al verme—. La Cenicienta está un poco achispada.

Fui hacia ella y le di un beso en la coronilla. Tenía que haberle dicho lo de la niñera, pero no lo hice. No quería que nada más estropeará nuestra cita.

—Lo siento. Trish no se quería dormir.

—Ajá. ¿Nos vamos?

La ayudé a incorporarse y bajamos al aparcamiento. Había alquilado un Porche. Quería impresionar a mi chica.

—Joder. ¡Menudo trasto! —exclamó Serena cuando estuvimos dentro.

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? Es precioso. Y huele muy bien.

—¿Mejor que la vieja camioneta que compré con el dinero de tu primo?  
Soltó una carcajada.

—Esa camioneta olía a rata muerta.

Arrugué la nariz.

—Pues sí que olía a rata muerta, sí —tuve que admitir.

Arranqué el coche y conduje hacia el restaurante. Estuvimos a punto de perder la reserva. Tuve que discutir con el maître para que nos permitieran entrar. Se calmó cuando le ofrecí cinco mil dólares por darnos de cenar.

Nos condujo a nuestro reservado, abrió el champán frío y se marchó.

—Me siento como una princesa.

—*Eres* una princesa —enfaticé, atrayendo sus ojos hacia los míos.

Su expresión se destensó.

—Es un sitio muy bonito, Aiden.

—Lo es —susurré.

—¿Por qué estamos aquí?

Hice una pausa. Tomé un sorbo de champán y luego busqué su mirada.

—Hace mucho tiempo te hice una promesa. Te dije que algún día te llevaría al mejor restaurante de París y que beberíamos el mejor vino del mundo. Este soy yo cumpliendo mis promesas.

Se mordió el labio. Vi la emoción en su rostro.

—Eres tan buen chico... —susurró con voz amortiguada. Quería llorar. Lo noté en sus palabras. Se estaba conteniendo muchísimo para no hacerlo.

—Hay algo más.

Enarcó una ceja.

—¿Algo más?

—Sí, algo más que debo hacer esta noche.

—¿El qué?

Me saqué una pequeña cajita de terciopelo del bolsillo de la chaqueta. Era la primera vez que llevaba traje desde nuestra boda. Me arrodillé delante de Serena y ella soltó un chillido de emoción.

—No vas a hacerlo.

—Oh, sí —dije maléficamente.

Sacudió la cabeza. Lloraba y reía al mismo tiempo.

—¡No, no lo harás!

Abrí la caja y alcé los ojos hacia los suyos.

—Serena King, ¿quieres casarte conmigo?

Hundió el rostro entre las manos y articuló otro chillido.

—¡Ay, Dios! ¡Ya estamos casados!

Puse los ojos en blanco.

—Técnicamente. Pero nunca hice las cosas bien contigo. Quiero hacerlas ahora.

—Dios, Dios, Dios...

No dejaba de menearse en su asiento y de chillar.

—¿Eso es que sí? —me impacienté.

—¡¡¡Sí!!! —gritó Serena, aleteando como un pájaro—. ¡Claro que sí!

Aliviado, puse el anillo en su dedo y la besé. Le di un beso largo, lento. Un beso que me dejó con ganas de más. Pero como era un buen chico, me aparté y ocupé de nuevo mi asiento. No quería hacerle el amor en un restaurante.

Llamé al maître y pedí la cena para los dos. No sabía pronunciar los platos. Serena se rio de mí.

—Soy de Scovill Avenue, ¿vale? —fingí enfado—. Lo más exótico que he probado nunca creo que fue el peperroni de una pizza.

Ella soltó una carcajada y me dio un golpecito por debajo de la mesa.

—Mira que eres exagerado. ¿Te acuerdas de ese sushi que compraste en la gasolinera donde trabajabas porque yo había dicho que nunca lo había probado?

Puse mueca de asco.

—Oh, sí. Lo escupí de inmediato.

—¡Es que era repugnante!

—Vomitivo —coincidí entre risotadas.

Le lancé una mirada larga conforme mi sonrisa empezaba a menguar, hasta convertirse mi rostro en una máscara de seriedad.

—¿Qué te parece mayo? —pregunté con voz bajita.

Serena juntó las cejas en un gesto de desconcierto.

—¿Qué me parece mayo, para qué?

—Casarnos —respondí como si fuese evidente.

Parpadeó despacio.

—¿Hablas en serio?

Cogí su mano por encima de la mesa y absorbí sus rasgos con la mirada.

—Nunca he hablado más en serio, Serena. Quiero hacer las cosas bien contigo. Te daré la boda de una princesa. La boda que no pude ofrecerte hace

seis años.

Titubeó unos instantes antes de contestar.

—Mayo me parece perfecto.

—¿Y Tailandia?

Contuvo el aliento.

—Madre mía. Me siento como si estuviera en una montaña rusa.

—Eso es bueno. Brindemos por las nuevas emociones que nos esperan.

Cogió su copa y la chocó contra la mía. Tomó un sorbo y luego la dejó encima de la mesa.

—Serena...

Hice una pausa significativa y ella me dirigió una mirada de curiosidad.

—¿Hmmm?

Me pasé la punta de la lengua por el labio superior y me lo mordí. Me costaba mucho decirlo.

—Deberíais volver a casa —susurré por fin.

—¿Qué? —musitó ella con expresión confusa.

Ladeó la cabeza hacia la derecha y aguardó a que yo siguiera hablando.

—Trish y tú. Deberíais volver. Llevabas razón. No es vida para un niño.

Sus ojos traspasaron a los míos. Apretó los labios y me estudió con tanto interés que empecé a removerme inquieto en mi asiento.

—Así que... quieres que nos marchemos. Sin más —habló por fin.

Mi expresión se nubló un poco.

—No es eso. Es que... no sois felices. Trish se pasa las noches llorando, y tú te quedas sola con ella. Yo...

Sacudí la cabeza y me callé. No sabía qué más podía decir.

—Está bien. Nos iremos, si es lo que deseas.

Lo negué.

—No es lo que *deseo*, cariño. Deseo teneros a mi lado, pero no puedo tener todo lo que quiero. He de renunciar a algo.

—Y renuncias a nosotras.

Dicho así, sonaba fatal. Me sentí como una mala persona.

—No es eso, Serena. Esto es temporal, te lo prometo.

Se humedeció los labios y me miró en silencio. Me estudió. La atmósfera estaba cada vez más cargada entre nosotros.

—¿Ah, sí? ¿Y cuánto durará?

—Acabo de empezar en esto. Dame un par de años.

—Años —repitió devastada mientras meneaba la cabeza con tristeza.

—Sé que lo que te estoy pidiendo no es fácil...

—¿Fácil? —enfaticó en un bufido—. Cuando Trish tuvo un virus estomacal y yo creía que era apendicitis, tuve que llamar a Ash a las dos de la mañana para que nos llevara al hospital, porque tú no estabas ahí.

—Eso no es justo. Estaba en prisión.

—NO estabas ahí —insistió con voz áspera—. Y cuando saliste, te volviste a marchar. Y ahora me estás hablando de años. ¡Años, Aiden!

Me cogí la cabeza entre las manos, me mesé el pelo y resoplé hastiado.

—Serena, nena, vamos...

—No, ¿sabes qué? No me vengas con Serena ahora. Cuando Trish empezó la guardería este año, el patio estaba lleno de mamás y papás. Yo fui sola. Se me partió el corazón cuando tu hija me preguntó por qué tú no estabas ahí. Le expliqué que estabas grabando un disco, pero no lo comprendió. No está en la edad de comprender cosas, ¿sabes? Solo comprendía que tú no habías venido y que los demás papás sí.

Hundí el rostro entre las palmas y permanecí con la mirada bajada por algo más de medio minuto, consciente de que Serena me calibraba en silencio.

—¿Te has propuesto atormentarme? —mascullé, mirándola por fin.

Lo negó despacio.

—Solo quiero que establezcas tus prioridades, Aiden. Quiero que decidas qué es más importante para ti: nosotras o ser el puto príncipe del rap. Solo eso.

—Eres injusta. Sabes que no puedo dejar esto. ¿Quieres que volvamos a Cleveland, a esa época en la que no teníamos un centavo, eh?

Se encogió de hombros como si aquello no tuviera importancia para ella.

—Éramos felices.

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—No lo éramos. Discutíamos todo el rato.

—Estábamos juntos —rebatía Serena.

Asentí con expresión de gélida rabia.

—Sí, y no teníamos luz ni calefacción.

Joder, ¿por qué no se acordaba también de lo malo?

—Estábamos juntos.

No pude rechazar esa afirmación. Estábamos juntos en Cleveland y ahora

nos teníamos que separar. No sabía por cuánto tiempo. Días, semanas, meses, años... Las giras parecían eternas. Y cuando acababa una, solo era porque otra estaba a punto de comenzar.

—Podríamos... ¿dejar de hablar de esto ahora? Nos estamos cargando la cita.

—Por mí, bien. Si total, por mucho que hablemos, no llegaremos a ningún acuerdo, Aiden.

Solté un gruñido inarticulado de rabia. Ya daba igual. La cita se había estropeado.

Cenamos sin intercambiar ni una palabra y luego regresamos al hotel. Fuimos directamente a nuestra habitación y empezamos a desnudarnos en silencio, para irnos a la cama.

Le lancé a Serena una mirada de tristeza. Estaba de espaldas a mí y se quitaba el vestido con movimientos bruscos. Era nuestra última noche juntos, pero había quedado claro que no íbamos a hacer el amor. Ni siquiera podía despedirme de ella como era debido. Mi vida era una mierda.

Antes de que me diera tiempo a reaccionar, se volvió hacia mí como si quisiera decirme algo. Yo aún todavía estaba a medio vestir, pues me había distraído mirándola.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando hacia mi abdomen.

Mierda. Se me había olvidado. Tenía una sorpresa más para ella. Ahora ya no tenía sentido.

Mosqueado, agarré la camiseta y me la puse deprisa.

—No es nada.

Vino hacia mí enervada y me alzó la camiseta, con un sorprendente matiz de agresividad en sus ademanes. Sus ojos se llenaron de lágrimas, lo cual me conmovió lo suficiente como para que dejara de sentirme tan cabreado con ella por no apoyarme en mi carrera.

—¿Te has hecho un tatuaje con mi cara? —preguntó, sin creérselo, mientras su mirada oscilaba entre mis ojos y mi abdomen.

Mantuve el rostro inexpresivo, a pesar de que sentía sus dedos rozando mi piel y eso despertaba mi libido lo bastante como para tener ganas de arrancarle el camisón y hundirme en su carne.

—Eso parece.

Mi voz sonó más hostil de lo que había pretendido.

—¿Cuándo?



Me pasé la lengua por los labios, antes de contestar en un susurro:

—Hará un par de días.

Serena rompió a llorar.

—No puedo creer que te hayas hecho un tatuaje con mi cara —balbució emocionada.

—Bueno, siempre he querido hacérmelo —le susurré distraído. Estaba demasiado absorto en mi tarea de atrapar sus lágrimas—. Si no lo he hecho hasta ahora ha sido por qué no sabía exactamente dónde ponerlo.

Serena soltó una risa un poco burlona.

—¿Y después de meditar, resolviste que era una buena idea tatuarte mi cara lo más cerca posible de tu polla?

Me reí.

—¡Serena! ¡No seas tan mal hablada!

—Lo siento, lo siento, es que... lo aprendí de ti.

Le guiñé un ojo.

—Entonces... ¿te gusta? —propuse, un poco desconfiado.

—¿Bromeas? —Me miró de un modo muy extraño, muy seria, y yo me mantuve a la expectativa—. Esto me da seguridad, Aiden —susurró por fin.

Parpadeé confuso.

—Seguridad —afirmé, receloso.

—Sí. Si te has hecho este tatuaje *aquí* —Me rozó y mi abdomen se tensó—, es porque nadie más tiene acceso a esta zona.

Su resolución me hizo esbozar una media sonrisa.

—Eso te lo puedo garantizar.

Me acerqué a su cara y le miré los labios. Su respiración se alteró.

—¿Vas a besarme? —rompió ella el silencio.

Mis dedos acariciaron la curva de su mandíbula y fueron hacia el arco de sus labios. Estábamos muy cerca el uno del otro. Notaba su aliento tibio en mi boca.

—Solo si es eso lo que deseas que haga —susurré.

Cuando hablé, me di cuenta de lo mucho que había enronquecido mi voz, y tuve que carraspear para aclarármela. Los ojos de Serena iban y volvían a los míos. El corazón me palpitaba en el pecho. Se había apoderado de mí un intenso deseo, casi doloroso, de poseerla, pero no iba a hacerlo, a no ser que ella me lo pidiera, así que la evalué con mirada firme, esperando a que tomara su decisión.

—Sí... Sí, quiero —murmuró, buscando mis ojos.

Las comisuras de mi boca insinuaron una sonrisa. Serena había tomado la decisión acertada. Levanté la mano y le acaricié la columna desde su cuello. Ella cerró los ojos y aguardó a que la besara. Me tomé mi tiempo. No quería prisas. Esta vez, no.

—Qué bonita eres —le susurré.

Sus enormes ojos se abrieron y se clavaron en los míos.

—¿No ibas a besarme?

Sacudí la cabeza para negarlo.

—¡No. Aún no.

Me acerqué un poco más y posé la boca en su cuello mientras mis manos se aferraban a sus nalgas y la empujaban contra mi polla. Serena gimió cuando la rocé con la punta de la lengua.

Cogió mi cabeza entre las manos, me obligó a levantar el rostro y lo arrastró hacia el suyo. Sus rasgos estaban desencajados y había en ellos una expresión carnal que me atravesó como un latigazo.

—Vas a besarme. *Ahora.*

No podía luchar por más tiempo, así que asentí. Presioné sus labios con suavidad y, en cuanto se abrieron para mí, mi lengua entró y se encontró con la suya en un beso que se tornó cada vez más desquiciante. Dejé que me quitara la camiseta, y después me deshice de su camisón. Serena paseó las palmas por mis brazos y mis hombros, arrastrándolas en dirección a mi nuca. Sus dedos eran fríos. En absoluto contraste, mi piel ardía por debajo de sus caricias.

Le miré los labios húmedos y exuberantes, gruñí y la atraje hacia mí con bastante brusquedad. Mi lengua empujó para entrar, al mismo tiempo que mi miembro golpeaba contra su vientre. Llevé una mano a su pecho y se lo estrujé, acariciando el pezón con el pulgar, hasta que se endureció. Se lo pellizqué y ella gimió en mi boca.

—Serena...

Me detuve y busqué sus ojos.

—¿Sí? —musitó ella.

—Es nuestra última noche en París. Hagamos que valga la pena.

Me miró por un segundo y luego su expresión se fundió en una mueca traviesa.

—Te prometo que valdrá la pena, señor King. Será una noche que nunca

olvidarás.

## Capítulo 15

Al día siguiente, mi cara estaba en todas las revistas del mundo. **Estrella del rap acosa a la niñera de su hija.** Un titular cojonudo.

Ella pidió un autógrafo, él perdió el norte, le metió la lengua hasta la campanilla y la manoseó como un depravado, mientras la pobre chica indefensa suplicaba, entre sollozos, que la dejara en paz.

La prueba de la acusación: un autógrafo que él le había firmado en el costado, aun cuando ella había insistido en que se lo firmara sobre un papel. ¿Quién se creyó mi versión de que el acosado había sido yo? Nadie. Claro que no. Y mucho menos Serena.

La opinión pública se puso de inmediato del lado de la niñera. Los hombres ricos y poderosos llevan acosando a las mujeres desde la prehistoria. ¿Por qué iba a ser yo el diferente? Era un depravado como todos los demás. A fin de cuentas, era un hombre. Las mujeres siempre llevan razón.

No digo lo contrario. Las mujeres llevan razón en el noventa y nueve por ciento de los casos. ¿Pero qué hay del uno por ciento restante? ¿Y sí, en contadas ocasiones, algunas mujeres resultan ser unas zorras avariciosas que han visto en ese hombre la oportunidad de sus vidas? Serena me contestó que tal cosa era impensable. Que no sale humo si nadie ha encendido un fuego. Yo era un hombre rico, depravado y asqueroso, y la niñera, una pobre damisela en apuros. Fin de la discusión.

Se llevó a Trish a medio vestir y se fueron hacia el aeropuerto. Se negaba a escucharme. Me dejó hecho polvo. Fui tras ellas, conduciendo como un demente por las calles de París, porque me negaba a rendirme y darlo todo por perdido.

—Papá no es un buen hombre —le dijo a mi hija cuando esta se echó a llorar y se soltó de entre sus brazos, gritando que quería quedarse conmigo.

Siempre condené la violencia machista, había vivido con ella de pequeño y me parecía algo repugnante, pero en ese momento, y sé que está mal decirlo, fantaseé con estrangular a Serena por decirle eso a Trish. Al margen de nuestras peleas, yo era el padre de Trish, y Serena no debía hablarle así sobre mí; no debía influir en mi hija de ese modo tan vil.

Nos pusimos a discutir como dos locos en el aparcamiento del aeropuerto.

Trish lloraba mientras Serena y yo nos gritábamos el uno al otro, escupiendo toda clase de acusaciones. Estaba convencido de que eso se estaba transmitiendo en directo en MTV, pero me la sudaba. Estaba tan fuera de quicio que no me quedaba ni un gramo de autocontrol.

El hecho de que Trish hubiera tardado tanto en dormirse la noche anterior daba más poder a las palabras de la niñera. Serena aseguraba que, mientras ella me esperaba en el bar del hotel, yo estaba acosando a la *pobre chica* porque era un, y cito palabras textuales, *desviado de mierda como mi padre y me da asco mirarte ahora mismo*.

Creo que fue eso lo que puso fin a la discusión. Las palabras que tenía pensado decir se consumieron en mi garganta, se transformaron en cenizas. Me detuve y la miré atónito.

—¿Es eso lo que piensas sobre mí? —dije, con un hilo de voz a punto de romperse—. ¿Que soy como tu padre?

—¡Solo sé que no quiero a Trish cerca de ti! —me gritó, cogiendo a la niña en brazos.

Me han herido muchas veces a lo largo de mi vida, pero eso me destrozó. Fue demoledor que Serena me acusara de algo semejante, algo tan monstruoso. En ese momento me di cuenta de dos cosas. La primera, que mi mujer era una puta loca de remate. La segunda, que no sabía una mierda sobre mí.

Y cuando comprendí todo eso, las dejé marchar. A las dos. Aunque no sin antes prometerle a Serena que las cosas no iban a acabarse así. Ella escupió algo, ni siquiera recuerdo el qué, y se largó con Trish en brazos. Me quedé ahí mirándolas mientras se iban. Mi mundo se estaba quebrantando y lo peor era que no podía hacer nada evitarlo. Contemplaba con ojos huecos cómo todo por lo que había luchado se venía abajo.

Lo peor fue la reacción de Trish. Forcejeaba con su madre y gritaba:

—¡Papa! ¡No! ¡Quiero estar con mi papá! ¡Suéltame! ¡Quiero estar con mi papá!

Me tapé la boca con el puño y me obligué a retener las lágrimas. Me escocían los ojos y el alma me sangraba. No se me ocurre nada más devastador que lo que viví yo ese día, cuando Serena arrancó a Trish de mi lado. Me prometí que nunca la perdonaría por eso. En la puta vida. Y supongo que nunca la perdoné. No del todo.

Volví al hotel, recogí mis cosas y me fui a San Francisco. Me pasé

semanas enteras de gira por Estados Unidos, volcándome en el trabajo y en la bebida, para evitar pensar en lo que había sucedido. Empezaron a salir mis primeras fotos borracho, a verme envuelto en cada vez más escándalos. Me detuvieron una vez por altercado y en otra ocasión me identificaron en Atlanta, porque, supuestamente, había destrozado el escaparate de una licorería. Ni siquiera sé si lo hice o no. La mayoría del tiempo no estaba sobrio. Pagué lo que pedían y me olvidé del tema.

La niñera se llevó medio millón de dólares. Como no estaba de humor para ir a un juicio con ella, llegamos a un acuerdo para zanjar el asunto. Todo el mundo lo interpretó como una declaración de culpabilidad. Me la sudaba. Que pensasen lo que les diera la gana. Yo ya lo había perdido todo. ¿Qué sentido tenía seguir preocupándose por la imagen?

Esa tarde bebí como un animal y armé una pelea impresionante en una discoteca de Nueva York. Pasé la noche en la trena. Lo viví todo de un modo abstracto, como si estuviese atrapado dentro de una pesadilla. Una parte de mí estaba convencida de que despertaría de un momento al otro. Esa no podía ser la realidad. No podía ser esa mi vida.

Por desgracia, lo era.

—No puedes seguir así —me dijo Reggie al día siguiente, cuando vino a recogerme, acompañado por todo un séquito de periodistas y cámaras.

*Estrella problemática encarcelada de nuevo.*

Les hice una peineta y les grité un amable *¡que os jodan!*

—Lo siento. Perdí los papeles —me dirigí a Reggie, en respuesta a su anterior sugerencia.

—Pierdes mucho los papeles últimamente, tío.

El guardaespaldas abrió la puerta del todoterreno negro y Reggie me empujó dentro antes de que me diera tiempo a dedicarles otra blasfemia a los *paparazzi*.

—Serena me mandó los papeles del divorcio —acoté al cabo de un buen rato.

Reggie calló y miró por la ventana.

—Lo siento.

—No voy a firmar una mierda.

Movió el cuello y me contempló en silencio.

—Han pasado casi dos meses, Aiden. Deberías superarlo.

—La quiero —insistí, obstinadamente—. A pesar de todo lo que ha dicho

o hecho, la sigo queriendo.

—Pero ella ya no te quiere a ti. No te obsesiones. Hay cien mil tías que matarían por estar contigo. Como mínimo.

—Me suda la polla. No me importa nadie más. La quiero a ella.

Se produjo una pausa. Reggie me contempló en silencio. Creo que pensó que estaba chiflado. ¿Por qué sino iba a querer a mi mujer, pudiendo tener a cualquier otra? Reggie era incapaz de pillarlo. No entendía que lo mío con Serena estaba por encima de todo lo demás.

—Mírate —me dijo con suavidad—. Eres el fantasma del hombre que solías ser. Deberías firmar esos papeles y pasar página. La vida sigue, con o sin Serena a bordo.

Rechiné los dientes y no dije nada más. ¿Qué iba a decir, de todos modos?

Volví al hotel y no salí de ahí durante un par de días. No más escándalos, no más borracheras. Necesitaba pensar. Tenía los papeles del divorcio encima de la mesa y debía tomar una decisión que no me sentía con fuerzas de tomar. Estaba a una firma de perderlo todo, y esa era una posibilidad inaguantable para mí. Francamente, no tenía ni idea de cómo actuar.

Sentado en el sofá, me cogí la cabeza entre las manos y me pregunté cómo coño habíamos acabado así. ¿Qué había sido de todas las promesas? ¿Todas las veces que le había prometido que lo nuestro duraría para siempre? ¿Se había ido todo al traste por culpa de una puta niñera francesa con la que ni siquiera me había liado?

No entendía por qué Serena no confiaba en mí después de todo lo que habíamos vivido juntos. Vale, sí, de acuerdo, había roto un par de promesas, no había estado con ellas cuando había prometido estarlo. Era humano, al fin y al cabo. Tenía derecho a equivocarme. La mayoría de las veces ni siquiera había sido por culpa mía. ¿Qué culpa tenía yo de que esa vieja cotilla grabase el puto video que me mandó a la trena? ¡Ninguna, joder!

Me saqué la foto de la cartera y las miré, Serena y Trish, sonriendo a la cámara mientras papá tomaba esa foto. Recordé el día. Estábamos en el zoo. Trish tenía unos dos años y medio, y lo miraba todo con ojos desorbitados. Se echó a llorar cuando vio a una jirafa. Pensó que era el monstruo del cuento que yo solía contarle por las noches. Aquellos eran buenos tiempos. No teníamos nada, pero éramos una familia. Un círculo. Ahora el círculo se había quebrantado y yo no encontraba modo alguno de juntar los pedazos. Quizá fuera imposible recomponer lo que habíamos tenido.

\*\*\*\*\*

Decidí volver a casa. Me sentía incapaz de renunciar a todo sin luchar. No podía limitarme a mirar cómo mi familia pasaba página después de mí, porque yo no podía pasar página después de ellas, estaba claro. No podía comer, ni dormir, ni componer. Mad Max estaba preocupado. Su máquina de crear billetes se había estropeado y quería arreglarla lo antes posible, así que me pidió que pusiera en orden *mis mierdas* (palabras textuales) y que *me espabilara de una puta vez* (también palabras textuales). Mad Max no era un prodigio de buenos modales.

Tras mi reunión con él, cancelé todos los eventos y volé a Los Ángeles lleno de esperanzas. Me había hecho un discurso, lo había estado ensayando durante todo el vuelo de vuelta. Iba a explicarle un par de cosas a Serena y no tenía pensado dejarla en paz hasta que recapacitara. No podía estar hablando en serio con lo del divorcio. Seguro que solo era una fase. Se había precipitado en un momento de furia y ahora era demasiado orgullosa como para dar marcha atrás. Eso era todo. Yo iría a casa y lo haría de tal modo para que su orgullo no se viera afectado. Era un buen plan. Un plan perfecto.

Por desgracia, mi mujer tenía otros planes en mente. De todos los escenarios que me había imaginado, lo que menos esperaba encontrarme al abrir la puerta de casa era a Serena en sujetador y al jodido Ash Williams con la camisa a medio desabrochar, metiéndole la lengua hasta la garganta a mi mujer.

Me quedé un segundo paralizado en el umbral, y luego me abalancé sobre él. No veía nada, no sentía nada, mi mente estaba tan oscurecida que solo podía concentrarse en un objetivo: acabar con ese gusano traidor.

—¡Aiden! —gritó Serena interponiéndose entre nosotros—. ¡Para ahora mismo!

—¡Serás hijo de perra! —ladré, absolutamente enajenado, mientras forcejeaba con ella—. ¡Aparta, Serena!

—¡No! ¡Necesito que te calmes y me escuches!

—¡¿Que me calme?! Oh, ya estoy calmado, amor mío. ¡Mira lo calmado que estoy!

La empujé hacia un lado, cogí a Ash por el cuello y le asesté un puñetazo en toda la cara, con tanta fuerza que su cabeza se giró hacia la derecha.



—¿Has visto lo calmado que estoy, Serena?

—¡Animal! ¡Suéltalo!

—Lo siento —dijo Ash, con los dientes manchados de sangre.

Apreté el puño con ira a escasos centímetros de su cara. Dios, quería metérselo tan hondo en la garganta hasta que se atragantara con él.

—¡¿Lo sientes?! —De mi pecho brotó un primitivo sonido de agresividad—. ¡Eras mi amigo! ¡Fui a la cárcel por ti, hijo de puta!

Me miró con esos ojos azules cargados de arrepentimiento, lo cual acabó con el escaso autocontrol que me quedaba.

—Lo sé, y lo siento mucho —repitió Ash, palabras que me quemaban los tímpanos.

Me volví loco de rabia y empecé a machacarlo a puñetazos. Lo que más me sacaba de quicio era que no se defendiera. Me habría matado a golpes de haberlo deseado, pero él no reaccionaba, como aquel día cuando le había saltado encima para defender el honor de mi madre. Se limitaba a dejarse pegar y a mirarme con esa mezcla de dolor y compasión. ¡Dios, no lo soportaba!

—Te voy a matar, ¿me has oído? ¡Te voy a matar, cabrón de mierda!

Serena tiraba de mí hacia atrás y gritaba que parara. Me cogió del brazo, pero volví a empujarla hacia un lado. No tenía pensado parar.

—¡Eres un animal! —chilló, golpeándome la espalda con los puños—. ¡Un puto animal! ¡No sé cómo he podido estar enamorada de ti alguna vez!

—¡Cállate! —le grité. Le di otro puñetazo a Ash, aunque con menos intensidad. Sentía que estaba a punto de quebrantarme. No podía más. Que Serena me dijera algo así era demasiado doloroso para mí.

—¿Tu monstruosidad no tiene límites? —prosiguió ella a gritos—. ¡Dios, eres un jodido bastardo! ¿Sabes qué? ¡Él estaba ahí y tú no!

Solté un gruñido de furia y detuve el puño justo antes de volver a estrellarlo contra la mandíbula de Ash. Asqueado, lo lancé al sofá, lo más lejos posible, y me volví para encararla. Enormes lagrimones se escurrían por sus mejillas y sus ojos me lanzaban chispas.

—¿Hace cuánto que follas con él? —le pregunté, con voz glacial.

Serena alzó la barbilla y sostuvo mi mirada.

—Nunca hemos follado.

—¡Y una mierda, cielo! —le grité, tan alto que mi voz resonó por toda la planta baja.

—Está diciendo la verdad —se entrometió Ash—. Es la primera vez que ella y yo...

—Tú cállate y lárgate antes de que te mate —bramé, apuntándolo con el dedo, aunque sin que mis ojos dejaran de agujinear a los de Serena—. No sabes las cosas horribles que quisiera hacerte ahora mismo.

Se incorporó y miró a Serena en busca de confirmación. Ella asintió.

—Sí, será mejor que te vayas, Ash.

Vi de reojo cómo se limpiaba la sangre que se escurría de su nariz, recogía su chaqueta y se encaminaba hacia la puerta. Yo temblaba de ira en mitad del salón. Tenía los puños apretados y la mandíbula tensa. Quería matarle. ¡A los dos! A Serena también.

Ash se volvió justo antes de cruzar la puerta. La miró y frunció el ceño.

—¿Estarás bien?

Ella dijo que sí con un gesto de cabeza. Ash movió la mirada hacia la mía.

—¿Estará bien?

No dije nada en cuestión de cinco segundos. Después, asentí.

—Vale. Adiós.

En cuanto nos dejó a solas, el salón se sumió en un profundo silencio. Le volví la espalda a Serena y me coloqué delante de la ventana, con los ojos clavados en la cama elástica de Trish. Qué lejano me parecía ahora ese día.

—Él estaba ahí y yo no —dije por fin, con voz baja. Sabía que, de lo contrario, ella habría advertido mi dolor, y no quería que lo hiciera. No quería que se diera cuenta de lo débil, lo vulnerable, lo jodidamente patético y destrozado que me sentía.

—Aiden...

Me volví hacia ella y le lancé tal mirada de odio que cerró la boca.

—¿Sabes por qué yo no estaba ahí, cielo? Porque estaba en prisión. ¿Y sabes por qué estaba en prisión? Porque tenía que pagar las putas facturas y sacar adelante a esta familia. ¿Te paraste alguna vez a pensar en eso? ¿En algún momento, aunque fuese por un *solo instante* —subrayé despacio, mascando cada palabra—, tu calenturienta mente recordó por qué PUTA RAZÓN NO HABÍA ESTADO AHÍ?

Rompió a llorar, y lloró con tantas fuerzas que su delgado cuerpo temblaba.

—Solo necesitaba a alguien con quien hablar... —balbució.

Me cogí la cabeza entre las manos y juré. No daba crédito.

—¡A alguien con quien hablar! ¡Haber hablado conmigo, joder! —rugí.  
Serena se dejó caer en el sofá y siguió sollozando.

—Nunca estás en casa...

—¡¿Que nunca estoy en casa?! Joder, Serena, ¿qué parte de *tengo que trabajar* no entiende tu trastornado cerebro? ¿Eres consciente de que esta puta casa la estamos pagando con MI trabajo? Y esta puta lámpara —ladré, agarrando la lámpara de pie que había al lado del sofá. Mi ira iba en aumento y sabía que acabaría desbordándose—. Y esta puta mesa de cristal.

—Para. Aiden, para. Me estás asustando.

Separé las rodillas en una postura típica en el golf y estrellé furioso la lámpara hasta que el cristal de la mesa se rompió en pedazos y cayó al suelo.

—Y estos putos adornos. —Arrasé con lo que había encima de la estantería y luego la arranqué de la pared y la tiré al suelo—, y los muebles, y el coche de marca que conduces, y la PUTA ROPA QUE LLEVAS, ESE PUTO SUJETADOR QUE ÉL ESTABA A PUNTO DE QUITARTE, cielo, ¡LO HEMOS PAGADO CON MI PUTO DINERO!

—Papá —lloró Trish a mis espaldas—, ¿por qué estás gritando tanto?

—¡Joder! —Me tapé la boca y me volví hacia ella. Se me partió el corazón de verla al pie de la escalera, con su pijama de gatitos y su osito de peluche apretado contra el pecho, su pelo dorado desordenado y los enormes ojos azules repletos de lágrimas—. Hola, hija —le dije, forzando una sonrisa triste—. Siento haberte despertado, cariño mío.

Fui hacia ella y la abracé. El cuerpecillo de Trish se sacudía entre mis brazos a causa del llanto. Cerré los párpados y la estreché fuerte contra mi pecho.

—¿Por qué llora mamá?

Maldije en mi fuero interno. No era esa la vida que quería que Trish tuviera. Ella tenía que estar en un hogar feliz. Y, por muy doloroso que me resultase de admitir, el nuestro no lo era.

—Porque papá la estaba regañando.

—¿Y por qué la estabas regañando?

—Son cosas de mayores, tesoro. ¿Nos vamos a la cama?

—¿Vas a seguir regañándola?

Retrocedí para mirarla, compuse una sonrisa suave y le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No. Ya no. Papá no tiene nada más que decirle a mamá.

Probablemente, el hielo habría resultado menos gélido que mi voz. Serena sollozó a mis espaldas, pero elegí no escucharla.

—Vamos, cariño, papá te leerá un cuento hasta que te duermas.

—Vale...

Cogí a la niña en brazos y subí por la escalera. La metí en la cama, la arropé y me tumbé a su lado.

—¿Qué cuento vas a contarme hoy?

—Te voy a contar el cuento de cómo un chico muy pobre conoció a una chica especial y se enamoró de ella.

—Vale... ¿Pero hay dragones?

—Oh, sí. Y brujas. Y un villano.

Trish me sonrió y yo cerré los ojos e improvisé el cuento. Después de que se quedara dormida, estuve a su lado mucho tiempo. Me sentía sin fuerzas de bajar y enfrentarme de nuevo a Serena. No podía creer que me hiciera algo así. Que ella intentara... No, no iba a pensar más en eso, porque me enfermaba. Se me revolvía el estómago cada vez que recordaba la escena.

Cuando bajé por fin, la encontré recogiendo los añicos.

—Deja eso —ordené con la voz impregnada de un frío desprecio—. ¡He dicho que lo dejes! Siéntate.

Vaciló unos momentos, antes de obedecer. Se sentó en el sofá y alzó la mirada hacia la mía. Yo elegí quedarme de pie, con el codo apoyado contra la repisa de la chimenea. Me tomé unos momentos, segundos lentos y tensos, en los que no hice más que mirarla, mis ojos devorando la culpabilidad impresa en su rostro.

—¿Nunca te has acostado con él?

Lo negó.

—Te juro que no.

—Entonces, ¿por qué estaba aquí? ¿Por qué no está en el puto Cleveland? Se mordió el labio con nerviosismo.

—Lo llamé yo.

—Para follar con él.

—¡No! —se defendió de inmediato—. Es que yo...

—Tú, ¿qué, Serena?

—Con todo este asunto del divorcio he estado un poco triste y...

—¿Y qué?

—Necesitaba...

—¿El qué, cielo?

—Él me daba...

—¿Hmmm? —alcé las cejas en actitud apremiante.

—Me vendía... *algo* para que yo...

Cerré los párpados. No podía seguir escuchándola. Sabía lo que iba a decir, y no lo soportaba.

—Drogas —lo dije por ella.

Cuando volví a mirarla, ella estaba llorando en silencio.

—Aiden, no es lo que piensas.

—¿Sabías que me crio una madre drogadicta, sabías por todo lo que pasé de pequeño, y, aun así, tú elegiste colocarte bajo el mismo techo que mi hija? —pregunté con una tranquilidad que me dio escalofríos incluso a mí mismo.

—No es eso. Yo solo... Lo hacía por la noche. Ella nunca me vio. No estoy enganchada, ¿vale? Puedo dejarlo cuando quiera. Cuando quiera, Aiden—aseguró mientras asentía con fervor.

Ningún yonqui está enganchado. Da igual las sobredosis que sufran a lo largo de un año. No están enganchados y pueden dejarlo cuando quieran. He escuchado ese mantra durante toda mi vida.

—De verdad, Aiden, tienes que creerme.

—Suficiente.

—Aiden...

—¡BASTA! —estallé, y ella retrocedió despavorida—. ¡Cállate de una puta vez, Serena! Esto se ha acabado, ¿me has oído? ¡Se ha terminado!

—Qué... ¿qué quieres decir? —balbució con ojos aterrados.

Sacudí la cabeza. Mirarla en ese momento era lo más difícil que había hecho nunca. Porque quería estrangularla por lo que le había hecho a Trish; por darle a Trish una madre como la que había tenido yo.

—¡A la mierda todo, cielo! Sabes, nunca acosé a la puta niñera, y si me conocieras lo más mínimo, lo sabrías. Pero lo que has hecho tú, esto es imperdonable. Puede que hubiéramos superado lo de Ash y toda esta mierda, te lo habría perdonado tarde o temprano, porque te quería, pero lo de las drogas... Lo siento, cariño. Esto ya no se trata sobre ti o sobre mí, sino sobre Trish. Tengo que hacer lo que considero mejor para mi hija.

—¡¿Qué estás diciendo?! —me gritó Serena.

Fui hacia ella con movimientos calculados, la cogí del brazo y la arrastré hacia la puerta.

—Aiden, ¿qué coño estás haciendo? —chilló, cada vez más asustada.

Mi ira nunca la había aterrado tanto. Era la gelidez de mis actos lo que le ponía el vello de punta.

—¡Aiden!

Abrí la puerta y la empujé fuera.

—Lo siento, cariño. Pero no volverás a acercarte a Trish en una buena temporada. No eres una buena madre, Serena. Una buena madre se preocuparía por su hija, y tú, zorra egoísta, no has hecho más que preocuparte por ti misma. ¡Siempre! Que si estoy muy sola y necesito a Ash, que si me voy a colocar un poco porque Aiden, supuestamente, ¡SUPUESTAMENTE, CIELO!, ha intentado follarse a la niñera... ¿En qué puto momento de tu vida te paraste a pensar en Trish, Serena, eh, dime? ¿Cuándo pensaste en *tu* hija? Desde luego, no cuando tomabas esa mierda.

Ella lloraba a mares, y puede que, en otro momento, me habría sentido conmovido por su reacción, pero ahora era imposible que sintiera nada. La ira que ardía en mi interior había arrasado con todo.

—¡No puedes hacerme esto! ¡Esta también es mi casa!

—Cielo, no te estoy echando bajo un puente. —Me saqué la cartera, retiré una tarjeta y se la ofrecí—. Toma. Puedes ir al puto hotel más caro de esta ciudad, pedirte el champán más exquisito y desayunar ostras y caviar todas las putas mañanas. Me la trae floja. En cuanto nos divorciemos, te llevarás la mitad. Serás rica y podrás hacer lo que te dé la gana. No hace falta que te eches a llorar. Como he dicho, no acabarás bajo un puente. No hagamos un drama de ello.

—Pero me quitarás a Trish —susurró, de pronto sin energías. Parecía sobrecogida, increíblemente desgraciada. Me dio igual.

—Por supuesto que te quitaré a Trish —contesté, implacable.

Serena no fue capaz de reprimir un sollozo.

—También es mi hija —me recordó, con voz apenas audible.

—Soy consciente de ello, cielo. Por eso, cuanto hayas solucionado tu mierda mental, quizá, y solo *quizá*, te permita que la visites. Pero nunca volverá a vivir contigo. No quiero que mi hija se críe entre agujas y sobredosis como yo.

Serena cayó de rodillas delante de mí y rompió a llorar.

—Por favor, no hagas esto. Por favor... Te lo suplico. No me quites a Trish... —balbució, con el rostro torcido por los sollozos—. Por favor.

En otro momento me habría apiadado de ella, me habría arrodillado a su lado y la habría abrazado y prometido que todo iba a salir bien. En cambio, ahora, fui inclemente. Estaba convencido de que eso era lo mejor para Trish, y no había nada que ella pudiera hacer o decir para que yo cambiara de opinión.

—No. Vete.

—Aiden... Por favor...

—¡LARGO DE AQUÍ!

—Por favor...

Cerré la puerta con fuerza, para no oírla más, y me senté en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared. Ella seguía fuera, llorando y suplicando. Apreté los párpados con fuerza, apoyé la nuca contra el muro y dejé que las lágrimas se escurrieran por mi rostro. Había tomado una decisión que me estaba desgarrando por dentro, pero era mi decisión e iba a respetarla, aun sabiendo que me perseguiría durante el resto de mi vida.

## Capítulo 16

Serena desapareció del mapa después de eso. Creí que me buscaría, que insistiría y suplicaría, y puede que me hubiera dejado convencer; puede que la hubiera perdonado. Pero ella no intentó contactar conmigo. No me llamó ni una sola vez.

Supe, por mi asesora fiscal, que había retirado una gran cantidad de dinero de la cuenta conjunta y que se había comprado un billete de ida a alguna parte de África del Sur. Durante meses no supe qué coño había en Sudáfrica. Hasta que leí una entrevista en *People*. El vagabundo convertido en estrella del rock, Archie Blackwood, había pasado ahí seis meses para enfrentarse a su adicción a la cocaína. ¡Serena estaba en una clínica de rehabilitación! ¡Tenía que ser eso!

Indagué, hice un par de llamadas y conseguí la verdad. Mi mujer llevaba tres meses en ese lugar, entregada a la meditación. Por lo visto, pretendía encontrar la paz espiritual. Me alegré por ella. Había tomado la decisión correcta. Quizá el trauma vivido en su infancia le había ayudado a darse cuenta de que necesitaba recibir ayuda antes de que las cosas se descontrolaran por completo.

Trish y yo seguíamos viviendo en Beverly Hills. Procuraba estar en casa todo lo posible para que ella no se sintiera sola o abandonada. Había contratado a una niñera (sesenta años y con tres hijos ya crecidos, nada de tías buenorras), y entre los dos sacábamos adelante a esa familia fraccionada.

Cuando Serena regresó a Estados Unidos, habían pasado cuatro meses desde nuestra pelea. Lo primero que hice fue enviarle los papeles del divorcio. La quería, pero estar conmigo la estaba destruyendo. Mi vida no había cambiado. Seguía siendo Aiden King, el Aiden King rodeado de fans enloquecidas. Sabía que era demasiado para Serena. Cuando quieres a alguien con tantas fuerzas, tienes que dejarlo volar. Ya bastante había retenido a esa chica. Me había ocupado de cargarme todos y cada uno de sus sueños. Ahora tenía la oportunidad de hacerlos realidad, aunque tenía que conseguirlo sin mí. No me cabía duda de que lo haría. Era muy joven todavía. Ni siquiera había cumplido los veintiocho. Tenía toda la vida por delante. Y yo ya no iba a interponerme en su camino.



Vino a verme un día. Me pilló por sorpresa. Estaba solo, nadando en la piscina. Trish se había marchado al parque con su niñera.

—¿Aiden? —me llamó, dubitativa—. ¿Tienes un minuto?

Me volví de prisa y ahí estaba ella, más hermosa que nunca. Se me encogió el corazón, porque sabía que nunca volvería a tenerla.

—Serena —musité sorprendido. Supongo que me había hecho a la idea de que, a partir de esa pelea, cualquier trato con ella se haría a través de los abogados, por eso estaba tan pasmado de verla ahí.

Salí de la piscina y me sequé con una toalla. Ella aguardó en silencio, de pie al lado de una tumbona de color naranja.

—Hola —susurró cuando me acerqué.

Mi nuez se movió al tragar saliva. Estaba muy inquieto. Si la tenía lejos, podía ignorar mis sentimientos hacia ella. Pero al verla, todo mi amor regresó de golpe, fluyó por mis venas y me resultó demasiado doloroso cuando se volvió a clavar en mi corazón. Quería besarla y abrazarla y decirle lo mucho que la había echado de menos, pero no podía. Ya había tomado la decisión de apartarla de mí. No dejaba de culparme a mí mismo por todo lo que había sucedido. De haber estado más tiempo en casa, de haber respetado mis promesas, ella no habría acabado en una puñetera clínica de Sudáfrica. Todo eso era culpa mía. Cristal llevaba razón. Yo destrozaba todo lo que tocaba. Había destrozado a Serena, y eso no me lo iba a perdonar jamás. Lo mejor para ella era no acercarse a mí.

—Esperaba que pudiésemos hablar —me dijo, muy cohibida.

—¿Qué hay que hablar? —repuse con una frialdad que me sorprendió. Más que nada, porque en mi interior sentía todo lo contrario; sentía un amor que me abrasaba las venas.

Se colocó un mechón tras la oreja y buscó mis ojos.

—Bueno, creo que ha quedado claro que lo nuestro no tiene arreglo y que esto se ha acabado, y sé que nos hemos hecho mucho daño el uno al otro últimamente, pero me preguntaba si...

—¿Te preguntabas si...? —la urgí.

—Verás, Aiden, en rehabilitación he conocido a alguien.

Me sentí abrumado. Solo habían pasado cuatro meses. Quizá fuese un tanto egoísta por mi parte, pero esperaba que ella lo llevara un poco peor. Es decir, ¿ya estaba rehaciendo su vida después de mí? ¿Tan poco le importaba yo?

—Has conocido a alguien —repetí con voz opaca.

—Sí, una persona que me ha ayudado mucho todos estos meses y...

—No será el capullo de Ash Williams —interrumpí en un gruñido.

Puso mala cara.

—No, por supuesto que no. Como te he hecho, pasó en rehabilitación. El caso es que he tomado la decisión de mudarme.

Le dirigí una mirada extrañada. Estaba cabreado con ella. ¿Por qué quería irse? ¿Por qué no intentaba convencerme de que lo mejor para los dos era seguir juntos? Necesitaba que alguien me dijera eso. Una parte oscura y oculta de mí lo necesitaba con profunda desesperación.

—¿Mudarte? ¿Adónde?

—A Sunnyvale.

—¿Sunnyvale? —repetí con escepticismo. Me costaba aunar las fuerzas suficientes como para ser amable. Todavía no le había perdonado lo de Ash.

—Sí, bueno, sé que pilla un poco apartado de Los Ángeles.

—¿Apartado? ¡Te mudas en la otra punta del estado, Serena! Hay más de cinco horas de distancia desde Beverly Hills. ¿Cómo vas a poder ver a Trish?

La incomodidad se transparentaba en su faz, lo cual me inquietó al punto. Empecé a sospechar que no iba a gustarme lo que había venido a decirme.

—Esa es la cuestión. Como tú tienes que trabajar tanto tiempo y estás casi siempre viajando, quería proponerte que Trish se viniera conmigo.

Tuve que cerrar los puños para evitar destrozar el mobiliario de jardín. Supongo que, después de todo, era cierto aquello de que yo tenía muy mal carácter.

—¡Por encima de mi puto cadáver te vas a llevar a mi hija, Serena! —le solté en un bramido—. ¿Me has oído?

—Mira, Aiden, sé que no siempre me he comportado como una buena madre, pero...

—NO. Fin de la discusión. Ahora haz el favor de salir de mi casa.

—¿Podríamos, al menos, hablar del tema?

Enervado, la cogí del brazo y me la llevé hacia la puerta.

—¡Fuera!

—¡Aiden! ¡Te estás comportando como un animal! Que nos estemos divorciando no quiere decir que tengamos que actuar de este modo. Nos tenemos que comunicar por el bien de Trish.

Me negué a escucharla. La eché, dejé caer la puerta a sus espaldas y di

órdenes muy concisas al portero. Tenía que impedirle el paso a esa mujer y bajo ningún concepto dejar que se acercara a Trish. No estoy muy orgulloso de mi actuación de ese día. En su momento creí que hacía lo mejor; que era lo más seguro para Trish. La ira que me había nublado la mente se interpuso al amor, y actué movido por un egoísmo que ni siquiera me había molestado en intentar refrenar. Tuvieron que trascurrir casi dos meses hasta darme cuenta de lo mal que había obrado impidiendo que Serena viera a Trish.

Llegó el cumpleaños de mi hija y yo me había esforzado para que tuviera todo cuanto un niño pudiera desear. Castillos hinchables, payasos y toda especie de juegos novedosos. Incluso traje al jodido Mickey Mouse para que la entretuviera. No el de Disney (ese no podía abandonar su puesto), pero conseguí un doble que lo hacía bastante bien. Me gasté en el cumpleaños de Trish la friolera de diez mil dólares. No quería que faltara de nada.

Cuando llegaron los invitados, me sentí orgulloso. Sus caras lo decían todo. Estaban muy impresionados. Los niños chillaban y corrían de un lado al otro mientras sus padres se dejaban deleitar con toda especie de canapés y aperitivos elaborados por un famoso chef amigo mío. Creí que Trish se lo pasaría bien. Me equivoqué.

Al principio, la vi como retraída, pero supuse que estaba demasiado emocionada como para andar pegando saltos con sus amigos. Imaginé que luego, más tarde, una vez servida la tarta, Trish se divertiría como nunca. Sin embargo, su tristeza se volvía cada vez más acentuada a medida que avanzaba la tarde.

Mientras le cantábamos el cumpleaños feliz, se echó a llorar. Estaba en mis rodillas y yo le había dicho que pidiera un deseo. Entonces, Trish, en vez de pedir el deseo y apagar las velas, rompió en sollozos. Todos estábamos desconcertados, mirándola sin entender qué le sucedía.

—Trish, cielo, ¿qué te pasa? —le pregunté con ternura.

Me rodeó el cuello con los brazos y hundió la nariz en mi camiseta. Empecé a frotarle la espalda despacio, esperando que eso la tranquilizara lo bastante como para que dejara de llorar.

—Trish, si algún niño te ha hecho algo, dímelo y lo reviento.

Vale, no lo habría reventado, no os escandalicéis. Al margen de las convicciones de mi ex mujer, yo no era ningún animal. Aunque es posible que ese pequeño cabroncete se ganara un buen tirón de orejas por haberse metido con mi hija. *Nadie* se metía con mi hija.

—Trish, nenita...

—¿Por qué mamá no está aquí? —me preguntó, con voz amortiguada.

Mi corazón se contrajo de dolor. La cogí por los hombros y la separé de mí para mirarla.

—¿Trish, estás llorando porque echas de menos a mamá?

Asintió y yo sequé las lágrimas que rodaban por sus mejillas. En ese momento comprendí dos cosas. La primera, que yo era un capullo de mierda por haber apartado a Trish de su madre. La segunda, que no tenía ni puta idea de cuánto significaba Serena para mi hija. Como siempre había sido una niña de papá, había creído que su madre le daba más o menos igual. De haber prestado más atención a su comportamiento, me habría dado cuenta de lo mucho que echaba de menos a Serena. Pero no lo hice. Porque apestaba como padre.

—Trish, mírame. Cielo. Mírame, por favor —aguardé a que me mirara, y cuando lo hizo, le sonreí—. Papá te promete que este será el último cumpleaños que pasarás lejos de mamá, ¿vale? —Asintió y se sorbió las lágrimas—. Y también que mañana, a primera hora, tú y yo iremos a visitarla. Pero ahora quiero que te seques las lágrimas, te hinchas a chocolate y chucherías y juegues como una niña normal. Papá se hará cargo de todo, ¿de acuerdo? —Volvió a asentir—. Buena chica. Dale un beso a papá.

La abracé, orgulloso, a la vez que emocionado, de su valentía. Era una niña fuerte. Era hija de su madre. Y de su padre también. No es que yo fuese precisamente un debilucho, ¿verdad?

\*\*\*\*\*

Viajamos en avión. No quería arrastrar a Trish a un viaje tan largo por carretera. Además, ni siquiera disponía de tanto tiempo.

—¿Por qué vive mamá tan lejos? —preguntó mi hija, a la que se le estaba haciendo eterno el vuelo, como a todo niño.

Suspiré y bloqueé la pantalla del móvil (la azafata nos había pedido que apagásemos los dispositivos, pero como yo era un tío que vivía peligrosamente, me arriesgué a desobedecerla. Sí, demandadme por romper vuestras estúpidas normas). Bajé la mirada hacia Trish, la cual estaba sentada a mi lado, con un libro animado encima de las rodillas. Todos los cuentos que

le había contado de pequeña habían fomentado su interés por la lectura. Ahora era una gran lectora. En el último año había devorado más libros que su padre en toda su puta vida. Solo tenía siete años. Seguro que era un genio. O, como mínimo, una niña superdotada.

—¿Sabes lo que es un divorcio? —le dije, después de pensármelo unos segundos.

Trish parpadeó. Sus ojos eran idénticos a los de Serena.

—¿Como lo que le pide Rhett Butler a Scarlett?

*Hay que joderse.*

—*Lo que el viento se llevó* no me parece una película adecuada para un niño —apunté con aire de reproche.

—Pero tú me la contabas cuando era pequeña.

—Sí, ¡en versión *light*!

—Papá, ¿nosotros somos yanquis?

—Y por eso te contaba la puñetera historia en versión *light* —gruñí más para mí que para ella.

—Yo no quiero ser yanqui —refunfuñó Trish dándose aires de niña mimada—. Los yanquis son mala gente.

—Bah, tonterías sureñas de esa tal Mitchell. Los yanquis abolieron la esclavitud en Estados Unidos y gracias a ellos, todo hombre, mujer o niño de color nació y vivió libre. Como debe ser. ¿A que a ti no te gustaría ser esclavo y trabajar en los puñeteros campos de algodón?

—Yo soy blanca, papá. No había esclavos blancos.

—Pero no eres mejor que nadie, Trish. No lo olvides. ¿Qué te dice papá siempre?

—Que todos somos iguales —recitó con los ojos entornados.

—Exacto. Todos somos iguales. Blancos, negros, asiáticos, gays, lesbianas, bisexuales, travestis, testigos de Jehová, esos pánfilos que se pasan el día buscando al jodido Pokémon... En fin, todos. Somos iguales.

—Entonces, ¿mamá y tú os vais a divorciar?

—Lo siento, hija, me he enrollado con los derechos humanos y se me ha olvidado cuál era el tema de esta conversación. Mi relación con tu madre. —Con un suspiro, cogí sus manos entre las mías y la miré a los ojos—. Verás, Trish, resulta que las personas, a veces, a pesar de que se quieran, ya no pueden estar juntas por varias razones. Y es ahí donde interviene la separación.

—¿Os vais a separar como Ian y Nina?

Parpadeé confuso.

—¿Quién?

—Los actores de *The Vampire Diaries* —me iluminó Trish—. Papá, no te enteras de nada.

—Lo siento, hija. No tengo tiempo para chorradas. Y sí, nos vamos a separar como Ian y Nina. Quien quiera que sean —añadí para mí.

—¿Y yo con quién voy a vivir?

—Es ahí adonde quería llegar. Hasta ahora has estado viviendo conmigo, pero he comprendido lo mucho que echas de menos a tu madre y...

—Pero si me quedo como mamá, te echaré de menos a ti.

—Lo sé, hija, lo sé, y si dejaras de interrumpir cada dos por tres, podría decirte lo que tengo en mente.

—Lo siento.

—Está bien. Te perdono. Dios sabe que la educación no es lo nuestro. Pero no hagas pucheritos, mujer, que no pasa nada. No te estoy regañando.

—Ella sonrió y yo proseguí—. Bien, he estado meditando sobre este asunto en particular y he llegado a la conclusión de que lo mejor para ti es que te quedes con mamá entre semana y con papá todos los fines de semana. Claro que es posible que tu madre tenga otros planes en mente, pero que sepas que soy flexible. Estoy dispuesto a sentarme con ella a la mesa de negociaciones.

—¿Cómo en *Divorciados*?

—¡¿De qué coño sirve el control parental?! —me ofusqué.

Trish soltó una risita de niña traviesa.

—Creo que de nada.

—Ya te digo que de nada. Has estado viendo todas las chorradas de Netflix.

—Esta la echan en HBO.

—Claro, eso marca toda una diferencia...

\*\*\*\*\*

Llamé a Serena nada más aterrizar y fuimos a su casa. Se emocionó muchísimo de ver a Trish después de tanto tiempo. La abrazó durante más de un minuto.

—Dios mío, mi bichito, ¡cómo has crecido! ¡Eres casi una mujer ahora!

Trish estaba en la gloria. Como cualquier otro niño, quería ser mayor.

Serena se secó las lágrimas aferradas a las esquinas de sus ojos y le sonrió a nuestra hija. Dado que a mí nadie me hacía caso, dediqué esos momentos a examinar a mi mujer. *Ex mujer*, me recordó una irritante vocecita dentro de mi cabeza, y yo puse mala cara. No estaba preparado aún para pensar en ella como mi ex.

Serena estaba guapísima. Alta, delgada, muy bronceada. Tenía el pelo más largo, le llegaba a la mitad de la espalda, y su rostro irradiaba una luminosidad que nunca antes había visto. Su sonrisa ya no ocultaba ese ligero matiz de amargura, tan familiar cuando ella y yo estábamos juntos. Debo admitir que eso me mosqueó. La idea de que Serena fuese más feliz sin mí que conmigo me molestaba, por razones puramente egoístas.

—¿Quieres un helado, bichito?

Trish asintió enérgicamente y su madre le guiñó un ojo, antes de alzar la mirada hacia la mía.

—Hay una tienda orgánica muy cerca de aquí —me dijo, y yo enarqué una ceja—. Tienen buenos helados.

—¿Orgánica?

Que yo recordara, a Serena le traía sin cuidado ese rollo.

—Sí. Ahora solo uso productos ecológicos. Es cosa de Sean. —Se rio y entornó los ojos al tiempo que agitaba la cabeza—. Me ha mostrado un mundo completamente diferente.

Rechiné los dientes. Conque era cosa de Sean. Ya me caía mal ese tío, y eso que aún no lo conocía.

—¿Y dónde está tu encantador novio?

La sonrisa de Serena empezó a disminuir. No fui capaz de reprimir a tiempo el toque sarcástico, y me arrepentí de ello. Me gustaba verla contenta, no quería hacer nada para estropearlo.

Me escrutó ceñuda, como intentando calibrarme. Creo que quería averiguar de qué humor estaba yo y si tenía pensado hacer algo estúpido. Algo como... machacar al bueno de Sean.

—Tranquila, jamás le partiría la cara a un tipo que compra en una tienda orgánica —aseguré en un ataque de benevolencia.

Serena no sabía sin sonreír o cabrearse. Su expresión se debatía entre el enfado y la diversión.

—¿Por qué no? —repuso.

—Porque eso es lo más gay que he oído en la vida. Y si estás con un tío gay, no tengo razones para cabrearme, ¿verdad?

—¡Sean no es gay! Le preocupa su alimentación, eso es todo.

—Porque es gay —insistí con los párpados entornados.

Serena sacudió la cabeza exasperada.

—Bueno, es igual. ¿Te apetece acompañarnos, o te quedas aquí?

—¿Solo? ¿En casa de Sean? —solté un bufido despectivo—. Por favor. Sería una presa demasiado fácil. Me temo que en cuanto vea estos abdominales, tu novio no podrá controlarse. Mejor me voy con vosotras.

—Eres gilipollas.

—Sí. Pero un gilipollas *precavido* —puntalicé con una mueca de complacencia.

Serena cogió su bolso, la mano de Trish, y yo las seguí hacia la puerta.

La tienda era... extraña. Fue la primera palabra que se me cruzó por la cabeza. Tenía todo un aspecto demasiado... saludable. Predominaba el verde. Paredes verdes, estanterías verdes... Horriblemente verde para mi gusto. Ese rollo orgánico no era para mí.

Serena compró el helado de Trish y nos sentamos los tres en una mesa, para que la pequeñina pudiera comérselo sin peligro de mancharse la ropa. Trish acabó de inmediato porque quería ir a la parte de atrás a jugar con los cachorros. Su madre le había contado que el dueño de ese establecimiento tenía, además, una protectora de animales y que, si le apetecía, podía ir a jugar con los gatitos y los perritos. Mi hija estaba excitadísima. No veía la hora de acabarse el helado.

—Mamá, ya está. ¿Podemos irnos ahora?

—Claro, cariño —contestó Serena con una sonrisa—. Vamos. Ya verás cuántos amiguitos nuevos vas a hacer hoy.

—¡¡¡Bien!!! —gritó Trish entusiasmada mientras correteaba de un lado al otro.

Cuando vio los gatitos, se volvió loca. Pegó un chillido, salió corriendo hacia la jaula y se olvidó por completo de nosotros dos. La seguí con la mirada y sonreí.

—Qué rápido crecen, ¿verdad? —comenté distraído.

—Es alucinante —coincidió Serena, un poco incómoda por tener que estar a solas conmigo—. Sabes, me ha sorprendido tu visita.



Callé unos segundos mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas. Era difícil pedir disculpas. Probablemente, era lo más difícil que había tenido que hacer nunca.

—Serena, yo... Siento haberte tratado como te he tratado últimamente —musité, y por fin me atreví a enfrentarme a su mirada.

Me sentía muy incómodo. Escondí las manos en los bolsillos de los vaqueros y, aunque me costaba, soporté el peso de sus ojos. Aguardé valientemente mi condena. No podía hacer otra cosa.

Serena me contempló en silencio. Necesitó unos momentos para replicar.

—Creo que los dos hemos cometido errores, Aiden. Sería cínico echarle la culpa solo a ti. De acuerdo, estabas fuera de casa mucho tiempo y te perdiste algunos de los momentos más importantes en la vida de su hija, pero eso no me sirve de excusa para justificar lo que hice. La verdad es que yo estaba mal. Mentalmente, ¿sabes? Estaba jodida, aunque no lo veía. Ahora lo veo y lo comprendo. Y te prometo que he cambiado, lo he hecho, en serio. Soy mucho mejor persona de la que era hace medio año —hizo una larga pausa y se aclaró la voz—. Mira, sé que te estoy pidiendo demasiado, pero si pudieras tomar en cuenta la posibilidad de dejarme a Trish algún fin de semana, yo...

La acallé con un gesto de cabeza.

—No, Serena. No voy a dejarte a Trish los fines de semana.

Sus hermosos ojos azules se cargaron de lágrimas.

—Pero...

—Va a vivir contigo —acorté lo que sea que tuviera pensado decir. No tenía sentido seguir torturándola.

A Serena se le dilataron las pupilas.

—¿Cómo dices? —apenas se atrevió a susurrar.

Asentí despacio, con los ojos fijos en los suyos.

—He estado pensando y veo lo mucho que me he equivocado al separarte de Trish. No volveré a hacerlo, lo prometo. Ella necesita a su madre. Así que... deberíamos llegar a un acuerdo. Tú entre semana y yo en los fines de semana. Aunque si quieres hacer otro arreglo, yo...

Serena se lanzó a mis brazos y ya no pude decir nada más. La emoción de tenerla cerca me secó la garganta. Cerré los ojos y le devolví el abrazo. Dios, cuánto había echado de menos abrazarla. Hundí la nariz en su cuello y aspiré profundamente. Sabía que nunca más volvería a tenerla entre mis brazos y necesitaba envolverme de su olor. Por última vez. De esa forma, en mis

momentos más solitarios, podría recordarlo. Recordar lo que se sentía al tener a Serena solo para mí.

—Gracias —me susurró al oído, y yo me estremecí.

Retrocedí y busqué sus ojos. El deseo de besarla me abrasaba por dentro, pero no podía. Ella había rehecho su vida y habría sido muy egoísta por mi parte estropeárselo. No conocía a Sean. Sin embargo, una parte de mí sabía que era un buen tipo. Un tipo mucho mejor que yo. Al menos él no había destrozado a Serena.

—Alquilaré un piso en la ciudad, para estar con ella los fines de semana —resolví al tiempo que me encendía un pitillo—. No quiero que tenga que vivir en hoteles. Necesita estabilidad.

Serena asintió.

—Me parece genial.

—Bien. Me alegro de verte.

—Espera. ¿No quieres quedarte a cenar? Así conocerías a Sean.

Lo negué. Verla con otro tío me habría destrozado.

—No estoy preparado para eso. Aún no. Necesito más tiempo, ¿vale? Te llamaré. Despideme de Trish.

Planté un beso en su mejilla y me marché arrastrando los pies. Me sentía triste y más solo que nunca. Supongo que hasta ese momento no había sido verdaderamente consciente de que había perdido a mi familia. Ahora sí lo comprendía. Comprendía que mi tren había pasado y que nunca volvería a montar en él. Tocaba apartarse y dejar que otro hiciera feliz a Serena. Estaba claro que yo no había sabido cómo hacerlo.

Tragué saliva y me mordí el labio por dentro para refrenar las lágrimas. Dicen que los tipos duros nunca lloran. Menuda gilipollez.

\*\*\*\*\*

La primera vez que vi a Sean, tuve que apretar los puños con fuerza para no partirle la puta cara. Era el tío perfecto, en serio. Daba asco de lo perfecto que era. Tenía dos carreras universitarias, hablaba cuatro idiomas, era el vicepresidente de una multinacional y pasaba su tiempo libre salvando ballenas en el Pacífico. Su único defecto: una adicción a la cocaína, de la que no se arrepentía en absoluto.

—Así he conocido al amor de mi vida —me dijo mientras cenábamos en la terraza de un restaurante francés. Cogió la mano de Serena por encima de la mesa y me dedicó una sonrisa beatífica.

Corté el solomillo con más energías que nunca. ¿Cómo no iba a hacerlo, si me imaginaba que ese filete era el cuello del jodido Sean?

—Trabajaba muchas horas —siguió explicando, para mi disgusto—. Demasiadas. El ritmo era frenético. La coca me mantenía alerta. Todos cometemos errores, ¿verdad, Aiden?

Engullí mi cena a grandes bocados. Era el único modo de mantenerme ocupado.

—Ajá —dije con la boca llena, sin prestar demasiada atención a su cháchara. Mi mente estaba demasiado concentrada en refrenar los impulsos homicidas.

Le di un buen mordisco a mi trozo de pan y seguí cortando el solomillo con esas energías que parecían horrorizar a mi contrincante.

—Ir a rehabilitación fue lo mejor que me ha pasado nunca. En cuanto vi a Serena...

—Se te puso dura —me atreví a sugerirle, ya exasperado. ¿Por qué no se callaba de una puta vez?

San Sean me dirigió una mirada horrorizada.

—¡Por supuesto que no!

—¿Ah, no? ¿Por qué? ¿Eres gay?

Serena me lanzó una mirada de advertencia. Era culpa suya. ¿Cómo se le había ocurrido esa ridícula cena de *normalización*? ¿Acaso no me conocía? ¿No sabía que me costaba horrores no partirle la cara a ese gilipollas tan perfecto que no cesaba de hablar y abrir su pequeño corazoncito delante de nosotros?

—¡Claro que no soy gay! —se defendió escandalizado, como si ser gay le pareciese algo horrendo. *Imbécil*—. Pero hay cosas más importantes que...

Se calló, avergonzado por la palabra que había estado a punto de escupir en un momento acalorado.

—¿Follar? —le propuse, con las dos cejas en alto.

Él se ruborizó y Serena me propinó un golpe por debajo de la mesa.

—¡Joder!

Sean me miró desconcertado.

—¿Qué pasa?

—¿Eh? Nada. Un grano de pimienta —gruñí con la mirada fija en la de Serena—. Así que Serena y tú no folláis.

Sean estaba cada vez más incómodo. Serena, cada vez más cabreada. Yo, cada vez más intrigado.

—Aiden, no es asunto tuyo —dijo ella.

—Te equivocas, amor mío. Mi hija vive con vosotros. Si no folláis, mejor. Así no os sorprenderá en ninguna actitud... vergonzosa.

—Creo que deberíamos cambiar de tema —propuso Sean, ruborizado—. ¿Qué es lo que te gusta hacer en tu tiempo libre?

—Follar —declaré con tanta naturalidad que él se atragantó con el vino.

Serena se mordió el labio para retener la risa. Tuvimos un momento, ella y yo, mientras San Sean tosía como un poseso. Serena me miró a los ojos, yo le devolví una mirada larga y ardiente, y creo que los dos lo sentimos, sentimos esa complicidad que había entre nosotros, esa energía que rugía con las fuerzas de un tornado. ¿Por qué nadie más lo notaba? ¿Por qué no lo notaba Sean? ¿No se daba cuenta de que cada vez que su chica y yo nos mirábamos, todo lo demás desaparecía para nosotros?

—Ay, madre, casi me ahogo —apenas escuché a Sean.

Nos sonreímos, Serena y yo, y luego ella bajó la mirada. No eran más que migajas, pero me sentí feliz de recibir incluso eso. Aunque nos estábamos divorciando, quería seguir formando parte de su vida. La idea de no volver a verla me aterraba. Creo que por eso la llamaba tanto, siempre con alguna excusa estúpida. Que si Trish había tenido pesadillas, que si sabía ella dónde había guardado yo una cinta vieja... Siempre inventaba algo para llamar a Serena. Supongo que ella lo notaba, pero me seguía el rollo. A lo mejor ella también necesitaba escuchar mi voz tanto cuanto yo necesitaba escuchar la suya. Ese pensamiento era reconfortante.

Cuando por fin acabó la cena, me despedí de Serena con un beso en la mejilla. A Sean no le gustó, pero me la trajo floja. Aún era mi mujer, y si quería besarla, la besaría.

—¿Cómo va el asunto del divorcio? —se interesó Sean en cuanto me aparté.

Tragué en seco. Seguía sin mover un dedo. Me costaba renunciar a mi chica. Había estado enamorado de ella tanto tiempo, y aún lo estaba. ¿Cómo renunciar a algo que quieres con tantas fuerzas que apenas puedes respirar?

—Estoy en ello —mentí. Le había enviado los papeles, pero todavía había

muchas cosas que arreglar: los bienes, la custodia de Trish... El divorcio estaba lejos de acabar, y más si yo no dejaba de entorpecer el proceso.

—Tu abogado tarda demasiado. Si quieres, yo...

—He dicho que estoy en ello —lo interrumpí con aspereza. Qué tío más pesado.

—Muy bien. Pues esperaremos noticias tuyas entonces. —Me ofreció la mano y yo la estreché de mala gana—. Un placer. Pásate por casa cuando quieras.

*Moñas. No necesito tu jodida invitación.*

—Lo mismo te digo, tío. Serena —me despedí, con una última mirada, tan intensa que Serena tuvo que desviar los ojos hacia un jarrón—. Adiós.

—¿Cómo pudiste salir con ese tío? —le susurró Sean a Serena cuando creyó que ya no había peligro de que yo les escuchara.

—Me enamoré de él —respondió ella, en voz alta.

Esbocé una sonrisa de lado, empujé la puerta con el hombro y me adentré en la oscuridad de la noche. Me encendí un cigarrillo delante del restaurante y me detuve para dar una larga calada. Cinco segundos después, me volví para mirarla una vez más. Mi corazón se había acelerado de emoción. Supongo que esperaba cruzarme con su mirada, descubrir que a ella también le resultaba duro despedirse de mí.

Pero no fue así. A ella le daba igual. Estaba besando a Sean, y eso me dolió tanto que apenas pude coger aire en los pulmones. Serena, mi chica, estaba enamorada de otro hombre. Una idea jodidamente dolorosa. Más que nada, porque todo eso había pasado por culpa mía. Lo había fastidiado todo y ahora no podía arreglar las cosas.

Esa misma noche hice la maleta y me marché a Europa. Elegí Londres. Era una ciudad bonita. A diferencia de París, ahí sabía cómo pronunciar los platos que me servían. Después de vivir un par de semanas en el Ritz, me compré una vieja mansión en las afueras y pedí que la restauraran. Me gustaban las cosas antiguas y el halo de misterio que las envolvía. Un fin de semana al mes volaba a Estados Unidos para estar con Trish. No me veía con fuerzas de coincidir con su madre más a menudo.

Llevaba un par de meses en Londres cuando me dieron un Grammy. No me importó. Ni siquiera fui a recoger el premio. Mi nombre estaba en todas partes, mis canciones encabezaban tops alrededor del mundo. Y, sin embargo, todo me daba igual. Me sentía paralizado, como si hubiese perdido

una parte de mí; una parte que sabía que nunca recuperaría. Como cuando te cortan un brazo y te invade esa terrible sensación de pérdida. Así me sentí yo después de perder a Serena.

Empecé a aislarme cada vez más. Apenas me relacionaba con la gente. Daba un concierto y prácticamente huía antes de que alguien se me acercara. Volvía a casa, me sentaba en el suelo y miraba esa foto vieja, desgastada de tanto uso. Trish y Serena en el zoo. Sonriendo felices. Nada había salido como lo había planeado.

## Capítulo 17

Conocí a O en una fiesta. Era una chica con clase. Se llamaba Otilia. Un nombre interesante. Nunca antes lo había oído.

—O es diseñadora de moda —me explicó Reggie nada más presentármela.

—¿Cómo Victoria Beckham? —pregunté yo, estudiándola por encima de mi copa de champan.

—Pero con mejor gusto —acotó ella con una sonrisa que me hizo reír.

Me gustaba. La chica y el nombre. No se parecía en nada a Serena. Supongo que por eso la invité a salir. Esa jovencita de ojos marrones que se dedicaba a diseñar braguitas, o lo que fuera que diseñara, no podía recordarme a mi chica de ojos azules.

—¡O! —la llamé al concluir la noche, desde las escaleras del hotel.

Me arrepentía de no haber movido ficha antes. La fiesta había acabado y ella se estaba marchando a por su coche.

Al oír su nombre, se volvió y me examinó con curiosidad.

—¿Sí?

Cogí aire y procuré tranquilizar los latidos de mi corazón. Había tenido que salir corriendo tras ella y la mala vida de los últimos meses me estaba pasando factura. Necesitaba hacer más ejercicio.

—¿Qué vas a hacer mañana? ¿Y pasado? ¿Y el resto de la semana? —expuse casi sin aliento.

Se rio, vino hacia mí y me susurró su teléfono al oído. Olía muy bien. Tuve que morderme el labio para no besarla ahí mismo.

—¿Te acordarás? —Me miró a los ojos y dio un paso hacia atrás. Yo asentí.

—Tengo buena memoria.

—Entonces, llámame y algo se nos ocurrirá.

La llamé. Nos acostamos en la primera cita. Por lo visto, ahora era lo normal. Yo estaba chapado a la antigua. De todos modos, no di muchas vueltas al asunto. Pese a que la prensa me había atribuido decenas de aventuras, llevaba sin estar con una mujer más de medio año. Nunca había estado con nadie después de Serena, y si había que reemplazarla, O parecía la mejor candidata. Era sensual, y dulce, culta y muy pasional. Nunca había

conocido a una chica como O. Esa chica, siempre lo he dicho, tenía demasiada clase para mí.

Nos mudamos juntos a los tres meses de salir. No estaba enamorado de ella, pero me gustaba. Me gustaba mucho. No entendía la mitad de las cosas de las que me hablaba. O tenía una opinión sólida acerca de todo. Era muy inteligente. Me sentía superado a veces. Mentira. Me sentía superado *siempre*. De un modo bastante cómico, a ella no le gustaba el rap, con lo que en nuestra casa solo se escuchaba jazz. Un rapero escuchando jazz. Tenía su gracia, ¿verdad?

—Echo de menos a 2Pac —me quejé una mañana cualquiera, cuando O me puso delante un plato de verduras crudas—. Y las hamburguesas... —añadí en tono gruñón.

—En esta casa no comemos carne, Aiden. Ya lo sabes. Y nunca escuchamos a 2Pac.

*Pues vaya mierda de casa.*

—Estoy al tanto, amor. Pero está bien echarlo de menos, ¿no?

O dio un mordisco a su zanahoria y se sentó en una silla alta, en el otro lado de la encimera. Colocó los codos sobre el granito negro y me estudió como siempre hacía, como si viera en mí algo curioso y exótico, algo jamás visto.

—Te acostumbrarás. ¿Cómo va la gestión de tu divorcio?

—Tengo que volar a California la semana que viene. Ya está acabando todo.

—Bien. ¿No vas a desayunar?

Mi mente proyectó la imagen de un *Fish&Chips*. Oh, sí, desayunaría, pero no pepinos y zanahorias. ¡Qué asco! ¿Esa mujer quería mandarme a la tumba antes de lo previsto?

—No, no tengo hambre —mentí con absoluto descaro—. Tengo que marcharme. Luego te veo.

Planté un beso en su mejilla, luminosa por las cremas que se había echado nada más levantarse, y me fui hacia la puerta.

—Aiden.

Frené en seco. Me sonaban las tripas del hambre que tenía. Esperaba que no lo notara.

—¿Hmmm?

—Quiero ir contigo a América.



Tragué saliva y me volví hacia ella.

—¿Qué? ¿Por qué?

Se encogió de hombros, dio otro mordisco a la zanahoria y me miró mientras masticaba.

—¿No es obvio? No conozco a tu hija.

—Ya, bueno, pero no hay razón para que la conozcas ahora. Cuando venga a Londres...

—¿Te avergüenzas de mí? ¿Es eso?

—¡¿Pero qué dices?! —alcé el tono.

—Tú contesta.

¿Cómo habíamos acabado peleándonos? Yo solo quería desayunar algo que no fuese de color verde. O naranja, puestos a pensar.

—NO. Claro que no.

Otilia sonrió complacida.

—Entonces, no se hable más. Iremos juntos a California. ¿Qué día salimos?

Gruñí una maldición hacia mis adentros.

—El martes.

O volvió a sonreír.

—El martes me viene genial.

—Cojonudo.

Salí dando un portazo. Era un calzonazos. Las mujeres siempre me manipulaban como les daba la gana.

Según lo previsto, el martes O y yo cogimos un vuelo con destino a California. Estaba de bastante mal humor. No era así cómo lo había planeado. Ese día acababa definitivamente mi relación con Serena, y admito que había estado fantaseando con la idea de besarla una última vez, antes de poner la última firma sobre un estúpido papel. Ahora, con mi nueva novia en escena, podía ir olvidándome.

O se pasó todo el viaje leyendo un libro de Kafka. Me contó sus impresiones. No entendí una mierda. Bueno, algo sí que entendí. Ese tío se debía de colocar con algo muy potente. De lo contrario, era imposible desvariar tanto. A O parecía fascinante. ¡Qué mente tan profunda! ¡Qué hombre tan inteligente! Bah. Tachadme de ignorante, pero a mí me parecía una basura. *Harry Potter*, esa sí que era una buena novela. Se la había leído a Trish cuando era pequeña y creo que me había gustado a mí más que a ella.

Cuando llegamos a California, llovía. O se miró en un pequeño espejo dorado, se retocó los labios y se aseguró de llevar el cabello moreno perfectamente recogido. Tan pronto como bajamos del avión, se colocó unas oscuras gafas de sol encima de su respingona nariz.

—Por si no te has fijado, está lloviendo, bombón.

—El glamour no entiende de estas cosas, amor mío.

*¡Tócate los cojones!*

Nos esperaba un coche en el aeropuerto, tal y como había pedido. Fuimos directamente a ver al abogado. Serena ya estaba ahí cuando llegamos. Sus ojos azules se abrieron de par en par al ver a O colgando de mi brazo, vestida y peinada como para salir en *Vogue*.

—Tú debes de ser Silvia —dijo O con dulzura mientras se quitaba las gafas de sol.

—Serena —soltó mi ex en un gruñido.

—Perdón, Serena. Como Aiden siempre te llama S, me he confundido. Soy O, por cierto.

Serena puso cara de pocos amigos. Seguro que creyó que lo de O era cosa mía, pero estaba equivocada. Todo el mundo llamaba O a Otilia. Tenía un nombre tan extraño que la gente ni sabía pronunciarlo.

Pasados unos incómodos veinte segundos, Serena se extendió en su asiento y le estrechó la mano.

—¿O? ¿De Olivia?

—Casi. Otilia.

—Ah. Un nombre curioso.

O sonrió.

—El tuyo también. Hicieron una película, ¿verdad? ¿Había una chica demente, o algo así? No lo recuerdo muy bien.

—¿Por qué no te sientas fuera, cielo? —rezongué entre dientes—. Los mayores tenemos asuntos serios que tratar.

Vale, sí, fui cruel con O, pero mi paciencia tenía un límite y ella lo había cruzado. Entendía que tuviera celos de Serena y que por eso actuaba así, pero no era ni el lugar ni el momento para comportamientos infantiles. No parecía propio de una chica que se pasaba el día leyendo a Kafka.

—Claro. Disculpa. No pretendía ser maleducada.

Mi expresión se suavizó un poco, ya que O parecía bastante arrepentida. A lo mejor su alusión no había sido malintencionada.

—Ya lo sé. Y perdona por haber sonado tan brusco.

—Tranquilo. Mi comentario ha estado fuera de lugar. Lo comprendo y, de nuevo, lo siento mucho, Serena. Te espero fuera, amor.

Me dio un beso en la mejilla y salió. Yo forcé una sonrisa.

—¿Era necesario? —me reprendió Serena nada más quedarnos a solas con el abogado.

Tenía la sensación de que el aire que nos rodeaba crepitaba con la silenciosa tensión.

—¿El qué, cariño? —pregunté en tono hastiado mientras me apoltronaba en una silla.

—Traer a tu putita aquí.

Le lancé una mirada áspera.

—No la llames así.

—¿Y cómo quieres que la llame?

—No es una *putita*. Es mi chica.

—¿Tu chica? Ja. ¡Ja ja, Aiden! —alzó el tono—. Me parto contigo.

—Oye, Serena, en serio, ¿qué más te da? —repuse, cansado—. Estás con otro ahora. El bueno de Sean es el hombre ideal. Se pasa el día rescatando delfines y no se le parece en nada al problemático de tu ex, ¡menuda mala pieza!, que pierde los papeles y se lía a puñetazos con tu padre y tu amante. Lo tienes todo. No veo razón para que te cabrees conmigo.

—Uno. Ash y yo nunca nos acostamos. NO es *mi* amante, a ver si se te mete en la cabeza. Y dos. ¡Sean rescata ballenas! ¡Entérate de una puta vez!

—Como si rescata al jodido Nemo, cariño. Me la trae floja. La que quería el divorcio eras tú, ¿no?

—Sí, quiero el divorcio, porque Sean es todo lo contrario a ti, llevas razón. Y, para que te enteres, Sean está conmigo por ser quién soy, no por mi cuenta bancaria.

Dejé caer la frente hasta apoyarla contra la mesa. Sonó un golpe seco cuando lo hice. Hundí la cabeza entre los brazos, suspiré hondo y me quedé así durante algo más de treinta segundos. Impotente, alcé la mirada hacia nuestro abogado, que se mantenía al margen de mi pelea con Serena. Vi la incomodidad grabada en su rostro. Seguro que pensaba que no le pagábamos lo bastante como para soportar toda esa mierda.

—¿Podemos firmar y acabar con esto de una vez? —supliqué, y él asintió.

—Claro. Por favor, firme aquí. —Cogí el bolígrafo y me di prisa en

obedecer—. Y aquí. Y aquí.

Solo tres firmas para poner fin a un matrimonio. Qué sencillo, ¿verdad?

—Su turno, señora King. Firme aquí.

Serena cogió el bolígrafo con dedos temblorosos. Me lanzó una mirada larga antes de firmar. Sus ojos chispeaban como brasas encendidas.

—Esto es culpa tuya, ¿lo sabes?

Cogí aire en los pulmones.

—Me lo has dejado claro. Firma y acabemos de una vez con esta mierda.

—Para ti es fácil, ¿no? Estás con Doña Perfecta ahora.

Cerré los ojos para dejar de verla. ¡¿Fácil?! Serena no tenía ni puta idea de nada. Para ser tan lista, no era nada perspicaz.

—Sí, muy fácil —grazné al tiempo que me pasaba una mano por las facciones desencajadas—. *Firma*.

Serena firmó y algo se partió dentro de mí antes de que ella dejara caer el bolígrafo encima de la mesa. El mundo empezó a moverse con más lentitud que nunca. Los siguientes instantes se me hicieron eternos. Toda nuestra vida juntos desfiló por delante de mis fatigados ojos. La vi a ella bajando del coche de Ax, con los mechones rubios danzándole en la brisa; la vi esperándome esa noche bajo el torrencial aguacero, rota, perdida como una niña, sola y asustada; me vi a mí abrazándola y prometiéndome que nunca permitiría que nada le hiciera daño a esa chica. Los flashes regresaban cada vez más deprisa, el pasado me estaba atrapando en una trampa de la que no me era posible escapar. La prisión se cerraba delante de mí, dejándome a solas entre las ruinas de nuestro amor. Era más de lo que podía soportar.

Me puse en pie con tanta brusquedad que Serena se sobresaltó y alzó la mirada hacia la mía. Notaba lágrimas agolpándose en las esquinas de mis ojos. Creo que ella también lo debió de notar, porque tragó saliva y un gesto de dolor le alteró las perfectas facciones.

—Enhorabuena, señora —habló el abogado, ajeno a todo lo demás—. Ahora es usted propietaria del setenta por ciento del patrimonio del señor King. Ha hecho un buen negocio.

Era escalofriante el pragmatismo de mi abogado. Mi mundo se venía abajo, y a él le importaba el dinero. Serena entreabrió la boca en una exhibición de puro asombro.

—Espera. Me has dejado a mí casi todo...

—Adiós, S —la acallé, mi voz rota—. Que te vaya bien.

Me volví de espaldas y franqueé la puerta. Si iba a llorar, no sucedería delante de ella. Dios, tenía tantísimas ganas de llorar ese día... Había perdido a mi chica, la única chica que me había importado nunca. Estaba devastado.

Me apoyé contra la puerta, hundí la cara entre las manos y respiré hondo. Era el peor momento de toda mi vida. Superaba con creces lo de Jinx.

—¿Estás bien, amor?

Noté la mano de O en mi brazo. Se me había olvidado su existencia. Alcé el rostro y forcé una sonrisa triste, que se apagó tan pronto como una estrella fugaz. No, no iba a llorar. La gente como yo no llora.

—Estoy de puta madre. Ven, quiero enseñarte la ciudad de los jodidos ángeles. Daremos una fiesta. Champán, y música, y mucha gente. ¡Vamos a pasarlo bien toda la noche!

Fingí alegría, porque la alternativa habría sido derrumbarme delante de ella, algo que no concebía.

—¿Pero no vamos a ver a tu hija?

Lo negué.

—No. Ahora no.

—¿Por qué no?

Porque para ver a la hija había que ver a la madre, y ese día no podía enfrentarme a nada más. Tenía treinta años y lo acababa de perder todo. Necesitaba beber. Beberme todo mi dolor y mi fracaso como padre y marido. Ríos y ríos de alcohol corriendo por mi garganta, anestesiando cada uno de mis sentidos. Por primera vez comprendí a mi padre. A lo mejor él también había fracasado en la vida.

## Capítulo 18

Dieciocho meses. No tuve fuerzas para ver a Serena durante dieciocho meses. No concebía verla; no sabiendo que la había perdido para siempre. Reggie, que, aparte de ser mi agente, también era mi mejor amigo, se ocupaba de recoger a Trish en casa de Sean una vez al mes y traérmela al piso que había alquilado en Sunnyvale. Mi niña se había convertido en toda una señorita, y yo me había perdido gran parte de su vida. Esa era una idea que siempre me ponía triste. Los domingos volvía a Londres y me hundía en la depresión y en la bebida. Ese fin de semana al mes que pasaba a su lado era lo único que daba sentido a mi patética vida. Cuando se acababa, ya no me quedaba nada hasta el mes siguiente. Con Trish se iba todo lo bueno, mi alegría, mi buen humor... Solo me quedaban el vacío y la soledad.

Trish era muy lista, y muy guapa; una niña preciosa. Cada vez me recordaba más a su madre. Me encantaba mirarla durante horas y horas y pensar en que esa niña, esa rubita preciosa, era el resultado de mi amor por Serena. Era el único recordatorio que quedaba. De no haber sido por Trish, habría pensado que lo mío con Serena nunca había existido.

—Papá, estás siendo siniestro. Deja de mirarme así.

Me reí, aunque no aparté la mirada. Seguí contemplando su perfil, mientras ella contemplaba la caja tonta. Estábamos hundidos en el sofá, rodeados de bolsas de patatas y gusanitos, y teníamos la televisión puesta. Trish estaba enganchadísima a una serie de vampiros.

—¡Dios, le quiero! —exclamó al cabo de un rato, embelesada por la actuación (patética y lacrimógena) del protagonista—. ¿No te parece tierno?

Puse los ojos en blanco.

—Me parece un capullo. Si la quiere, ¿por qué actúa así?

—Porque cree que no se la merece. Papá, no te enteras.

—Sí, sí me entero —me defendí. Era imposible no enterarse. Tenía que tragarme diez capítulos cada vez que estaba con Trish—. Lo que no entiendo es qué hace una chica tan mona con un capullo como ese.

Trish dejó el capítulo en pausa. Oh, Dios, ahora me iba a explicar el argumento de todas las siete temporadas. Yo y mi boca grande. Tenía que haberme mantenido callado.

—Son diferentes, papá, pero eso es lo mejor, ¿no? Mamá y tú también sois diferentes.

—Y mira cómo hemos acabado.

Por la sequedad de mis palabras, mi inteligente y sensible hija de nueve años comprendió que estaba danzando encima de un terreno lleno de minas y dio marcha atrás de inmediato. Con expresión cauta, agarró el mando y reanudó su serie.

—Espero acabarme esta temporada antes de mañana —cambió de tema.

La conversación sobre mi relación con su madre quedó suspendida en el aire. Trish, como para compensar las cosas, intentó que yo prestara atención a la serie. Hacía constantes comentarios para llamar mi atención, me pedía la opinión respecto a sucesos, frases o incluso al aspecto físico de los personajes. Pero yo apenas le prestaba atención. No dejaba de darle vueltas al tema. La sencilla mención a Serena había hecho que mi corazón bombeara sangre con más agresividad que nunca. No podía concentrarme en nada.

—¿Cómo le va? —solté en un impulso.

Trish parpadeó, cogió el mando y detuvo otra vez el capítulo. Hizo una pausa, y cuando habló, las palabras brotaron de forma precipitada.

—Va a casarse con Sean.

Todo se paralizó. Dejé de ser consciente del mundo que me rodeaba. Solo estaba yo, atrapado en una oscura y silenciosa dimensión, oculta dentro de mi mente.

—Papá, escucha, sé que esto...

—Me voy a la cama, hija —dije como un autómatas.

—Papá... —suplicó Trish con aire preocupado.

—No te acuestes muy tarde.

Me levanté sin mostrar ninguna reacción y arrastré los pies por el pasillo. Entré en mi habitación. La puerta cayó con estrépito detrás de mí. *Ella* iba a casarse. *Con Sean*. No sentí ira, lo cual era mucho peor. A la ira estaba acostumbrado. Pero ese sentimiento, esa... cosa que ni siquiera sabía definir...

Demudado, me dejé caer en el borde de la cama y me cogí la cabeza entre las manos. Estuve así un tiempo incalculable. Estaba paralizado. Literalmente.

\*\*\*\*\*

El domingo me tocó llevar a Trish a su casa. Habían detenido a Reggie la noche anterior, por altercado, y aún no lo habían soltado.

—Papá...

Le lancé una mirada rápida a Trish mientras conducía el *Porche* alquilado.

—¿Sí?

—He estado pensando en mi cumpleaños —dijo como quien no quiere la cosa.

—Ajá. ¿Y?

—Bueno, será el último cumpleaños normal antes de que mamá se case con Sean...

Entrecerré los ojos y agarré el volante con tanta fuerza que noté cómo se tensaba la piel sobre mis nudillos. Al ver que yo no decía nada, Trish prosiguió.

—Y había pensado que... a lo mejor, podíamos celebrarlo los tres juntos. Me gustaría que nos fuéramos de vacaciones. Como una familia.

Mi rostro no reflejó ni un cuarto de la contrariedad que me acababa de invadir.

—¿Los tres? ¿De vacaciones? ¿Tú madre y yo, en el mismo avión?

—Papá, ella no te odia.

—Tampoco le caigo bien.

—Habla mucho de ti.

Reduje la velocidad del coche, para poder mirar a mi hija sin riesgo de matarnos en la carretera.

—¿De verdad? —inquirí con voz suave.

Trish asintió.

—Sí. Desde que Sean y ella se han prometido, habla de ti más que nunca. Creo que probarse el vestido le ha recordado a vuestra boda y todo vuestro pasado juntos.

El tenue rastro de una sonrisa curvó las comisuras de mis labios.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no hablas con ella? Te echa de menos. Yo también te echo de menos, papá.

Intenté aclararme la garganta en silencio. Estaba seguro de que mi voz saldría ronca.

—¿Cómo puedes ser tan madura para la edad que tienes?



Se encogió de hombros y se colocó los cascos, dándome a entender que nuestra conversación estaba a punto de concluir.

—Algunos empezamos a vivir muy de jóvenes —murmuró antes de encender la música. Esa era una frase que había aprendido de su tío Ax. Estaba seguro porque se la había escuchado al primo de Serena en más de una ocasión.

Reprimí una sonrisa, extendí el brazo y le bajé el volumen del *iPod*. No quería que se quedara sorda.

Cuando llegamos a su casa, dejé el coche aparcado al lado de la entrada, cogí la maleta de Trish y la seguí en dirección a la puerta. El que abrió fue Sean. Se le dilataron los ojos al verme ahí parado. Había pasado un tiempo.

—Aiden —dijo mi nombre con sorpresa, como si fuese yo el último hombre sobre la faz de la tierra que esperaba ver aquella tarde.

—Sean.

Mi saludo fue seco, casi agresivo. Le lancé una mirada especulativa, preguntándome qué veía Serena en aquel tipo. Es decir... era tan diferente a mí. A lo mejor le gustaba precisamente por eso.

—Gracias por traerla —me dijo, forzando una sonrisa. Vestía un polo rosa, que invitaba a partirle la cara, y unos pantalones blancos, de golf. Todo en su actitud y aspecto me invitaban a darle de puñetazos. Tuve que hacer acopio de un enorme autocontrol para no hacerlo.

—No me des las gracias —censuré—. Es mi hija.

—Soy consciente de ello.

—Bien. Así me gusta. Que lo sepas. ¿Está Serena?

—Eh... sí. Hmmm... ¿quieres verla? —me preguntó, tocándose incómodo la cara.

—No. Te estaba preguntando por preguntar —contesté con sarcasmo.

—Oh.

—Es coña. Claro que quiero verla —ladré con aspereza—. Espabila, tronco. No tengo todo el día.

Sean tragó saliva y se puso muy nervioso.

—Voy a avisarla.

—Por favor.

Cogió a Trish de la mano y me dio con la puerta en las narices. Qué poco cortés. ¿No me tenía que haber ofrecido un té mientras esperaba? Sean tenía toda la pinta de tomar té. Seguro que la cerveza le parecía vulgar.

Conté hasta quinientos veintitrés hasta que la puerta se volvió a abrir. Serena salió al porche. Estaba más delgada. Por lo demás, no había cambiado en absoluto.

—Aiden.

Me miró como si temiera que fuera a desvanecerme. Casi sonreí e incliné la cabeza para rozar con los labios la piel de su mejilla.

—Hola, S. Te veo bien.

Parpadeó, totalmente confusa.

—¿Qué haces aquí?

Me mordí el labio por dentro. Era una muy buena pregunta. ¿Qué coño estaba haciendo ahí? ¿Por qué no regresaba a casa con O?

—El fruto de nuestro amor quiere algo diferente para su noveno cumpleaños. Y tenía que hablarlo contigo.

Su expresión fue una mezcla de estupor e impaciencia.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Unas vacaciones.

La madre de la criatura puso los ojos en blanco.

—Es muy joven para irse de vacaciones con sus amigas.

Apoyé el brazo contra una de las cuatro columnas de madera que parecían sostener la casa y adopté mi expresión seductora.

—No me has comprendido, bombón. Quiere unas vacaciones normales. *En familia.*

Noté la conmoción en su rostro.

—¿Qué quiere decir *en familia*?

—Tú, yo, el retoño... Ya sabes. *En familia.* Las vacaciones que nunca tuvimos.

—¿Como que no? Si no me falla la memoria, estuvimos en París.

No me pasó desapercibida la acritud con la que habló.

—NO acosé a la puta niñera —gruñí, enderezándome.

Serena levantó las manos.

—Me da igual.

—Ya, pues a mí no.

—Estamos divorciados, Aiden. No vamos a pelearnos como un par de enamorados bobos.

Contuve la sonrisa. La idea de pelearme con ella como unos enamorados bobos era bastante atrayente. Esas peleas siempre acaban en sexo.

—Por supuesto que no. Solo quería que lo supieras.

—Me lo has repetido decenas de veces.

—Sí, pero nunca te has dado por enterada. Ahora que ya no estamos casados ni enamorados, esperaba que lo comprendieras. No tengo ninguna razón para mentirte ahora.

Me estudió con calculada frialdad. Yo me mantuve a la espera.

—Te creo —sentenció por fin.

Suspiré airado. *¡A buenas horas!*

—Cojonudo. Habla con tu hija y dime algo cuando quieras.

Serena frunció el ceño.

—¿Sobre qué?

—Eh... ¿hola? Las vacaciones.

—Ah —sonrió incómoda—. Pues claro. Las vacaciones. Muy bien. Hablaré con ella.

Le volví a dar un beso en la mejilla.

—Adiós, S.

—Adiós.

Con las manos colgando de los bolsillos de mis vaqueros, empecé a bajar las escaleras del porche.

—¡Aiden!

Me volví con expresión medio ausente y esperé. Serena necesitó unos momentos antes de hablar.

—Te veo genial

Me esforcé en ocultar la sonrisa.

—Yo también a ti.

\*\*\*\*\*

Volví a Cleveland, después de tantos años, para inaugurar la fundación Jinx Morrison, una asociación sin ánimo de lucro que trabajaba con y para personas de color y blancos en situación de pobreza extrema. Siempre había querido hacerlo. Era una labor necesaria. La discriminación racial y el hambre estaban lejos de acabar en las calles.

Para reunir más apoyos, di un concierto benéfico en el centro de la ciudad y luego hubo una recepción en un hotel de lujo. O venía conmigo. Ella ya llevaba un tiempo involucrada en proyectos humanitarios. Colaboraba con

Amnistía Internacional, la ONU y UNICEF. Yo también, aunque no activamente. Me limitaba a firmar cheques. Mi chica, en cambio, ya había ido a Etiopía y Pakistán, y había trabajado de voluntaria durante un par de semanas, ayudando a vacunar niños contra el sarampión. La admiraba por su dedicación y su fortaleza. No se echaba atrás ante las dificultades en las que se encontraban los demás. Eso era lo que más me gustaba de ella.

Inauguré la recepción con un discurso sobre derechos humanos, discriminación racial y la cada vez más elevada brutalidad policial.

—Alguien quiere verte —me susurró O al oído, nada más bajar del escenario.

—¿Quién?

—No lo sé. Una mujer. Te espera en recepción.

Me disculpé y salí. Una parte de mí esperaba que fuera Serena, por eso me quedé paralizado al ver a mi madre sentada en el lujoso sofá del recibidor. Tenía mucho mejor aspecto que antes. Llevaba un vestido azul, gastado, pero limpio, y el pelo canoso recogido en un moño alto. Algo en su mirada me transmitió que llevaba mucho tiempo sin catar la heroína.

—¿Mamá?

Tragó saliva y se puso en pie. Me miró a los ojos. Parecía inquieta, fuera de lugar en un sitio tan elegante como aquel. Me fijé en sus sandalias. Estaban muy deterioradas.

—Hola, Aiden.

Me acerqué a ella. No sabía qué decir. Me sentía fatal. Yo llevaba un traje de veinticinco mil pavos y mi madre vestía harapos.

—¿Qué haces aquí? —hablé por fin.

Se encogió de hombros y sonrió un poco. Muy poco.

—He visto los carteles. Sabía que estarías en la ciudad y... bueno, no podía dejar pasar la oportunidad de verte. He leído en una revista que ahora vives en Londres. Me sería imposible ir hasta ahí. Pero venir al centro...

Dejó la frase en el aire. Sus ojos se cargaron de lágrimas. Los míos también. Había estado tan cegado por la rabia que no me había dado cuenta de algo importante: hacía años que ya no odiaba a Cristal.

—Mamá...

—No voy a importunarte ni a pedirte nada. —Las palabras se fundían las unas contra las otras, con tanta rapidez brotaban de entre sus labios—. Te he visto por la tele. Muchas veces. Y me compré un CD tuyo. No el último. Ese

es demasiado caro.

Su expresión desgarrada me partió el corazón.

—Mamá...

—Solo quería que supieras que... estoy orgullosa de ti. Solo eso.

Vi el enorme esfuerzo que le suponía retener las lágrimas. Dio media vuelta y se abalanzó hacia la puerta. La contemplé unos segundos, antes de reaccionar. Corrí hacia ella y la agarré de un brazo.

—Espera. ¿Quieres quedarte? Hay cena y todo.

Intentó corresponder a mi sonrisa. Estaba demasiado triste como para conseguirlo.

—Yo... no encajaría ahí. Será mejor que me vaya. Cuídate.

Las palabras pugnaban por salir, pero no dije nada. Me limité a mirar cómo se iba.

—¿Quién era esa? —escuché la voz de O detrás de mí.

Mis ojos siguieron la frágil silueta vestida de azul que se abría camino en la oscuridad del exterior.

—Mi madre —murmuré con cierta tristeza.

—Tu... ¡¿Qué?!

Me volví hacia ella, molesto por su tono de incredulidad.

—¿Algún problema?

La voz me salió cortante y gélida como el hielo. O se quedó helada.

—No. Claro que no. Solo que... tenía que haberse quedado.

—Lo mismo pienso yo. Si me disculpas...

Regresé al salón y me perdí entre los invitados. Había muchos amigos a los que saludar. Estaba inmerso en una conversación sobre coches, cuando una chica se detuvo a mis espaldas. La vi de reojo.

—¿Aiden? —dudó unos momentos.

Fruncí el ceño y me volví. Al principio no la reconocí, a pesar de lo familiar que me resultaba su rostro. Habían pasado demasiados años. Y la chica de ojos verdes que tenía delante no se le parecía en nada a la niña que yo solía conocer.

—Soy Mia.

Parpadeé demudado.

—¿Mía?

—Mia Morrison. La hermana de Jinx.

Sacudí la cabeza y la contemplé boquiabierto. Llevaba un vestido rojo de

noche y el cabello moreno recogido.

—Sí, ya sé a qué Mia te refieres. Es solo que... Dios, qué grande estás.

Desplegó los labios rojos en una sonrisa amplia, exhibiendo una dentadura blanca y recta.

—Bueno, tengo veinte años, así que...

Le di un abrazo.

—Me alegro de verte, Mia. En serio. ¿Qué haces aquí?

—Ash y yo queríamos hacer nuestra aportación.

Sentí una llamarada de furia en mi interior. Las manos se me crisparon y me vi apretar los puños involuntariamente.

—¿Ash está aquí?

Mia asintió y me lo señaló con la cabeza. No era de extrañar que no lo hubiera visto antes. Estaba muy cambiado. Parecía otro. Se había cortado el pelo, y vestía traje. Un traje de sastre que debía de costar mucho dinero. Parecía otra persona.

—Vaya. No parece él mismo.

Mia se rio.

—Eso mismo dijo él al verte.

Yo también me reí. Ash nos contemplaba con expresión inescrutable. Su rostro lucía un rictus helado.

—¿Sigues viviendo con él?

—Más o menos.

—¿Cómo viene eso?

—En realidad, vivo en la residencia. Pero en vacaciones sí, sigo viviendo con él. Así que... más o menos.

—Ya veo. ¿Te trata bien?

—Sí. Es un buen hermano. Y yo soy su debilidad. ¡La única! —exclamó Mia con una carcajada que atrajo de nuevo la mirada de Ash.

Sonreí un poco. Eso, sin duda, era cierto. Ash siempre se había comportado de modo diferente cuando estaba con Mia. Al margen de mi odio hacia él, tenía que reconocerle ese mérito. Con Mia no era un cretino como solía ser con todos los demás.

—Será... Espera. ¿Has dicho residencia?

—Sí. Voy a Harvard.

—¡Ostia puta!

Mia soltó una risa.

—¿Estás impresionado?

—Joder, ya te digo.

—No es gran cosa, en serio.

—¿Qué no es gran cosa? Madre mía, ¡vas a Harvard! Nadie en tu familia ha ido a Harvard. ¿Qué estoy diciendo? Nadie en esta puta ciudad ha ido nunca a Harvard. Quizá solo para robar algún coche del aparcamiento...

—añadí meditabundo.

Mia me dio un empujón con el hombro.

—Exagerado.

La situación académica de Mia me hizo pensar en Serena. Últimamente, cualquier cosa me hacía recordar a Serena.

—¿Y qué estudias? —pregunté con voz suave.

Mia se volvió seria.

—Psicología. Quiero ser psicóloga.

—Lo tendré en cuenta para futuros divorcios o brotes psicóticos. Siempre viene bien conocer a una buena profesional. Tú, sin duda, serás excelente. Nunca he conocido a una chica tan inteligente como tú.

Sonrió y recibió el cumplido con un gesto de cabeza.

—Gracias. Bueno, tengo que marcharme. Ash va con prisa. —Retiró un sobre del pequeño bolso dorado y me lo ofreció—. Toma. Y gracias por hacer esto. Jinx estaría orgulloso.

Asentí.

—No me des las gracias. También era mi hermano.

Mia exhibió una sonrisa triste.

—Sí que lo era. Adiós, Aiden.

Me dio un beso en la mejilla y me marchó. Antes de que ella y Ash cruzaran las puertas, el móvil vibró dentro de mi bolsillo. Miré la pantalla y el corazón me dio un brinco. Era Serena. Tres personas del pasado en la misma noche. Los recuerdos se empeñaban en alcanzarme, y, desde luego, lo estaban consiguiendo.

Salí a la terraza, para poder hablar con ella a solas.

—¿Qué pasa, Serena?

—¿Te pillo en mal momento?

Me apoyé contra el muro y entrecerré los ojos. Escuchar su voz aún me resultaba desgarrador, porque me la imaginaba sentada en un sillón, o tumbada en la cama, con su pijama y el pelo revuelto, y me moría de ganas

por estar a su lado, abrazarla y mimarla y decirle que la había echado de menos. Pero no podía hacer ninguna de esas cosas. Ya había perdido a Serena, acontecimiento que recordaba cada vez que hablaba con ella. Por eso me resultaba tan difícil escuchar su voz.

—No, dime.

—Es por lo del cumple de Trish. Lo he estado pensando y... vale.

—¿Vale?

—Sí, vale. Estoy de acuerdo.

—¿Estás de acuerdo con...?

—¡Las vacaciones, Aiden, Dios!

—Ah.

—¿Cuándo te viene bien irnos?

—Mañana —declaré, sin pensármelo, y ella se rio.

—Hablo en serio.

—Y yo.

Se produjo una extraña pausa.

—Miraré vuelos y ofertas y ya te diré algo —prosiguió casi en un susurro.

—Vale. ¿Quieres que me ocupe yo?

—No, tú... No. Ya lo hago yo. No te preocupes.

—De acuerdo.

Nos mantuvimos callados, pero no quería ser yo el primero en colgar.

—Aiden —soltó como en un impulso.

—¿Hmmm?

Silencio. Y luego su voz, desgarrada:

—Voy a casarme con Sean.

Entorné los ojos.

—Mi más sincera enhorabuena.

Colgué antes de que dijera nada más, cerré los ojos y apoyé la nuca contra el muro.

*¡Qué mierda todo!*



## Capítulo 19

Fuimos a Bahamas. No había estado nunca en el Caribe. Nuestro hotel, emplazado en primera línea de playa, era una especie de palacio en medio de un parque acuático. Quizá para no desentonar con el paisaje, la fachada estaba pintada de blanco y turquesa, y el nombre del hotel lo anunciaban unas letras doradas que ya adelantaban el aire de opulencia que se respiraba en su interior. Serena, Trish y yo estábamos maravillados.

—¿Esto es real? —preguntó Serena nada más entrar, y sus ojos se clavaron en el techo, del cual colgaba una enorme araña de cristal azul.

Seguí la dirección de su mirada y me reí.

—Parece que sí. Vamos a registrarnos.

Hicimos el papeleo, entregamos las maletas y cogimos uno de los cinco ascensores para subir a la última planta, donde Serena había reservado dos habitaciones. La primera tenía unas vistas que te dejaban sin aliento. El océano turquesa, en todo su esplendor e inmensidad. Las ventanas estaban abiertas, con las cortinas blancas ondulándose en la brisa.

Salí a la terraza, coloqué las manos en la barandilla y mis ojos se perdieron en el brillante mar azul y en las finas arenas blancas. ¿Cómo podía ser tan vasto el mundo? ¿Qué había más allá de esas aguas tan paradisíacas?

Abajo, encajado entre dos palmeras cuyo balanceo me mantuvo absorto durante unos segundos, vi un cenador de madera envuelto en ondeantes cortinas blancas. En ese lugar todo era blanco o turquesa. Salvo las palmeras.

Nunca me había sentido tan sosegado. En el Caribe todo se movía más despacio.

—¡Papá, es increíble! —chilló Trish entusiasmada—. ¡Es el mejor cumpleaños que he tenido nunca!

Cuando me volví, encontré a mi educada hija pegando brincos encima del colchón. Su rostro estaba iluminado por una sonrisa tan amplía que nos hizo sonreír a Serena y a mí, a pesar de lo cortados que estábamos. Supongo que a los dos nos resultaba extraño hallarnos en ese entorno vacacional, juntos y divorciados. No sabía en qué estaba pensando ella. Yo pensaba en nuestra luna de miel. La pasamos en casa, peleándonos porque Serena se acababa de quedar embarazada y no quería tener al bebé. ¿Cómo habría sido nuestra vida

de haber ido a un lugar como aquel?

—Esta es la habitación uno. ¿Vamos a ver a la otra?

Trish asintió con fervor. Yo no dije nada. No tenía fuerzas para hablar. Serena cogió a nuestra hija de la mano, y yo las seguí con las manos en los bolsillos.

Serena abrió la puerta de una segunda habitación, igual de bonita que la primera.

—Puedes elegir, Trish. ¿Te quedas con mamá o con papá?

—Con papá.

Serena se rio. Me coloqué delante de la ventana, apenas pendiente de su conversación. Las escuchaba, pero solo podía centrarme en la lejanía del horizonte.

—No sé por qué, pero eso no me sorprende. ¿Y qué habitación quieres?

—La primera. Ya he inaugurado la cama.

—Pues hala, fuera de mis dominios. Os veré a la hora de cenar. ¿Aiden? Me volví, medio ausente, y mis ojos la calibraron distraídos.

—¿Hmmm?

—Me gustaría descansar un poco. ¿Te ocupas tú?

—Claro.

—¿Nos vemos a la hora de cenar?

Miré absorto lo bonita que era y pensé en lo mucho que me habría gustado besarla.

—¿Aiden...?

Sacudí la cabeza para espabilarme.

—¿Eh? Ah. Sí. Por supuesto. A la hora de cenar. Vamos, Trish.

Cogí a mi hija de la mano y dejamos a Serena a solas.

—¿Tú no querrás descansar, no?

Bajé la mirada y una sonrisa apareció en mis labios.

—¿Por qué, pequeño trasto? ¿Qué quieres hacer?

—Dar una vuelta, papá. No hemos venido hasta aquí para dormir. Eso podíamos haberlo hecho en casa.

Le guiñé un ojo, y mi sonrisa de lado adquirió cierto matiz pícaro.

—Cierto. ¿Quieres que demos una vuelta por ahí?

Mi hija asintió complacida. Me reí y, en vez de volver a nuestra habitación, fuimos hacia el ascensor.

Después de examinar las dependencias del hotel, el parque acuático, los

cenadores privados y la piscina de los delfines, decidimos pasear por la playa. Me asombré al ver que no hacía demasiado calor. Era la temperatura perfecta para poder tomar el sol y bañarse sin acabar achicharrado. Trish y yo nos quitamos las zapatillas y echamos a andar por la aterciopelada arena. Nunca había pisado nada tan suave como esa alfombra dorada.

—Papá —dudó Trish al cabo de un buen rato.

—¿Hmmm?

—Mamá no quería descansar, ¿verdad?

Mi mirada se posó en ella. Me pregunté de qué me estaba hablando.

—¿A qué te refieres, hija?

Trish vestía unos vaqueros rotos y una camiseta blanca que decía algo tan poético como *que os jodan*. Mantenía las manos en los bolsillos mientras paseábamos. Sus mechones largos bailaban en la brisa, formando una especie de halo dorado alrededor de su bonito rostro. Los ojos azules destacaban más que nunca ese día, como si estuviera reflejándose en ellos el profundo mar azul que nos cercaba.

—Estaba triste —apuntó con mirada perdida—. Por eso quería que nos fuéramos.

A mí también me había parecido rara. ¿Pero triste? ¿Por qué iba a estar triste una mujer que estaba a punto de casarse con el hombre perfecto?

—No lo creo. Solo está cansada.

—No, papá. Hace tiempo que está triste. No sé qué le pasa.

Cogí a Trish por los hombros y la acerqué a mí.

—Seguro que no es nada, cariño. No tienes razones para preocuparte. Tu madre está bien. Estará bien. Es una chica fuerte.

Trish compuso una sonrisa no muy convencida.

—Sí, seguro.

La abracé y la pegué a mi costado.

—Y dime, ¿hay algún niño que te guste?

—¡Papá! —se escandalizó. Tenía el rostro ruborizado.

—¿Qué? Solo preguntaba.

—¡Pues no preguntes! ¡No es asunto tuyo!

Conque sí había un niño.

—¿Y cómo se llama? —seguí inquiriendo para desesperación de mi hija.

—¡Papá!

Trish brincó a mi lado de pura irritación. Me reí, la volví a acercar a mí y

planté un beso en su coronilla.

—Enamorarse no está mal, hija. Que tu madre y yo nos hayamos separado no quiere decir que todas las relaciones estén condenadas al fracaso.

—No. Solo dos de cada tres —me recordó con tono gruñón.

Sacudí la cabeza, en claro desacuerdo con las estadísticas.

—No es cierto. Y si así fuera, vale la pena, créeme. Cuando estás enamorado, el mundo es tuyo, Trish. Nada se le compara a esa sensación. Castillos, lujo, oro, plata... No importa. El amor es la única riqueza que necesitamos en esta vida.

—Entonces, ¿por qué está mamá tan triste?

—Tu madre tuvo una infancia complicada. Ella nunca volvió a estar del todo bien.

—¿Es porque su mamá murió cuando era pequeña?

—Sí. Es por eso... —musité distraído.

\*\*\*\*\*

Serena se había puesto un vaporoso vestido blanco para cenar. Me quedé embobado cuando la vi caminando hacia nosotros. Estaba preciosa. Tenía el pelo suelto y un montón de pulseras doradas y turquesa que hacían ruido cada vez que ella movía el brazo. Le dio un beso a Trish en la cabeza y se sentó a mi lado en el cenador privado, justo debajo de la ventana de nuestra habitación.

La noche era cálida y muy quieta. Me gustaba estar ahí fuera. Las cortinas apenas se movían con la brisa. El delicado susurro de las olas a mis espaldas hacía que me sintiera muy tranquilo; en paz con el mundo.

Serena me dijo que era vegetariana, lo cual resultó sorprendente. En el pasado solía ser una gran carnívora.

—Déjame adivinarlo. ¿Cosa de Sean? —le propuse, mirándola por encima de mi menú.

—No hablemos de Sean esta noche.

Me mordí la lengua. Yo tampoco quería hablar de su novio.

—Me parece razonable. ¿Qué te parece cenar pescado, Trish?

—Repugnante.

Su mueca de asco nos hizo reír a su madre y a mí.

—Ya. Pero es lo que hay. Si yo puedo pasarme el fin de semana viendo ese culebrón de vampiros, tú puedes comer pescado.

—¿Papá?

Pasé parsimonioso una página del menú. No la miré, a pesar de que notaba su punzante mirada clavada en mi rostro.

—¿Sí, hija?

—¡Te odio!

Puse los ojos en blanco.

—Sabía que algún día me dirías esto. Bienvenida a la adolescencia, Trish. Su madre soltó una risita.

—A mí me odia todos los días de su vida. Bienvenido a la paternidad, Aiden.

Nos reímos los tres y estuvimos bromeando hasta que se nos acercó el camarero para tomarnos nota.

Pedimos pescado a la plancha para mí y para Trish y una ensalada para Serena. En contra de todo pronóstico, a Trish le gustó su cena. De hecho, nos aseguró que no iba a comer nada más que pescado durante el resto de las vacaciones. Me habría gustado verlo.

La velada fue cada vez a mejor. Dejamos de estar tan incómodos el uno con el otro y conseguimos el objetivo de Trish: comportarnos como una familia normal. Me entristecía saber que nada de eso era real, pero al mismo tiempo me alegraba de haber tenido la posibilidad de vivir un momento así. Aunque fue fugaz, valió la pena.

Después de llevar a Trish a la cama, Serena y yo decidimos bajar a tomar una copa en el cenador. Se estaba demasiado bien ahí fuera como para querer irse a la cama tan pronto. Estaba un poco nervioso. No sabía de qué iba a hablar con ella. Antes era fácil, pero ahora... Ahora se había convertido en toda una desconocida para mí.

Después de unos minutos de inquietud, resolví hablar de los viejos tiempos. Ese tema era un éxito garantizado.

—¿Y cómo le va a Ax?

Ella separó el vaso de Piña Colada de los labios y parpadeó.

—¿Ax? Bueno, es toda una leyenda ya. Hace dos años ganó la Indy 500.

—¡No jodas! ¿Axel? ¿Tu primo?

Serena se rio. Estaba un poco achispada. Se había tomado tres copas de vino blanco con la cena, y como apenas había probado bocado, le estaban

surtiendo efecto.

—Ya te digo. Ahora es rico y famoso. ¿Tienes idea de lo que paga la gente para que un piloto de coches venga a anunciar sus *frappuccino*? Una barbaridad.

Tomé un trago de whisky y sonreí.

—¿Sabes cuánto me pagaron a mí para anunciar una marca de calzoncillos?

—No. ¿Cuánto? —preguntó, divertida.

—Te lo tengo que susurrar. Es demasiado escandaloso.

Me acerqué a su oído y le susurré las cifras. Serena se atragantó con la bebida. Me eché a reír.

—¿En serio? Madre mía, qué barbaridad.

—Los calzoncillos lo valían.

—Imagino que sí. No vi esa campaña. Debías de estar buenísimo.

Me ruboricé y me mordí el labio. Sus cumplidos aún me afectaban.

—Neah. Como siempre.

Me dio un empujón con el hombro. Yo no estaba tan mareado como ella. Solo había tomado una copa de vino y media copa de whisky. Serena era adorable cuando se emborrachaba. Perdía todas las inhibiciones.

—No seas modesto, señor King. Esos abdominales están para... —Tiró de mi camiseta para exhibir los abdominales y enmudeció. Yo tampoco dije nada, me limité a evaluarla con ojos ardientes. Su mirada se alzó y se clavó en la mía. Empecé a respirar de forma acompasada. Serena me miró confusa.

—Sigues teniendo el tatuaje.

Asentí en silencio.

—¿Por qué?

Su rostro estaba tan cerca del mío que me aturdía. Quería besarla, pero no sabía cómo se lo tomaría ella, así que no lo hice. Tuve que apretar la mandíbula con fuerza para contenerme. Era muy difícil mantener bajo control esa necesidad que se había apoderado de mí. Llevaba años soñando con la idea de volver a sentir sus labios encima de los míos.

—Forma parte de mí —le susurré, con la vista fija en sus ojos.

Su rostro se torció en un gesto de tormento.

—Aiden...

—No digas nada. No tiene importancia.

—Sí, sí que la tiene.

Agarró mi rostro entre las manos y me acercó a ella. Ingenua. No sabía lo que me estaba haciendo. Acortar la distancia que nos separaba era peligroso, porque mi deseo de besarla se desbordó por completo al estar a tan pocos milímetros de ella.

—Después de todo este tiempo, después de todo lo que nos hemos dicho o hecho, tú sigues llevando un tatuaje con mi cara. ¿Por qué?

Callé unos momentos. Las palabras pugnaban por salir, hervían en mi cabeza, pero me lo tomé con calma porque sabía que era mala idea.

Los ojos de Serena escrutaron cada sombra en mi rostro; devoraron cada contracción.

—¿Por qué? —alzó el tono, y decenas de sentimientos encontrados recorrieron su pálida faz. Vi emoción. Dolor. Asombro. Impaciencia. Y muchas otras cosas que no supe interpretar.

Me aferré a su rostro con las dos manos y analicé su mirada.

—Porque te quiero —le susurré, arrastrando las palabras.

No pude contenerme más y rocé sus labios. Solo un poco. Por encima. No llegó a ser un beso de verdad. No estaba bien besarla.

Al cabo de un segundo, me aparté y cogí aire en los pulmones. ¿Qué demonios me pasaba? No podía hacerle más daño a Serena.

—*Te quiero* —aseguré, sin aflojar la presión con la que sostenía su mirada—, pero eso nunca ha sido suficiente, amor mío. Dile a Trish que lo siento. No puedo seguir con esto. Es falso. ¡Todo esto! Es falso... —repetí despacio; derrotado—. *No somos una familia. Solo estamos fingiendo, y yo ya no puedo fingir.*

La solté y me levanté. Serena se puso en pie con rapidez.

—¿De qué estás hablando? Cálmate, Aiden. ¿Adónde vas?

El miedo vibró a través de sus palabras. Desvié la vista porque no soportaba ver la dolorosa decepción con la que me miraba.

—A casa —musité. De haber hablado más alto, mi voz me habría delatado—. Con O. Tengo que pasar página, S. Y tú también. No podemos seguir para siempre atrapados en el pasado. —Alcé la mirada, la observé durante unos segundos y sacudí la cabeza—. No está bien. Lo nuestro ha muerto, y no hay manera de resucitarlo. No hacemos más que engañarnos a nosotros mismos y a nuestra hija. Estas vacaciones... ¡Dios, ha sido tan estúpido!, ¿es que no lo ves? Le hemos dado falsas esperanzas a Trish. No es justo para ella. Me voy.

—¿Y por qué coño te has tatuado una S en el cuello si de verdad lo nuestro ha muerto? —me gritó, enfurecida.

No me volví para encararla. No tenía fuerzas. No quería que Serena advirtiera mi expresión desgarrada de dolor. Por fin había comprendido la triste realidad. Daba igual el amor, ella nunca sería feliz conmigo.

—Estaba borracho y aburrido, por eso me hice un tatuaje —repliqué con voz distante—. Pensé que sería divertido. No lo fue. Fue estúpido. *Y falso*. Como todo lo demás. Casi tan falso como mi amor por ti. ¿No ves que solo quería follarte esta noche? —Me giré para encararla y esboqué una sonrisa que tenía cierto matiz desalmado—. ¿De verdad me creíste cuando te dije que aún te quiero? ¿Cómo puedes ser tan ingenua? Puedo tener a la mujer que desee. ¿Por qué iba a quererte a ti? Solo eres una chica del montón.

Una contracción de dolor cruzó su rostro. Me miró como si no me reconociera. No era nada nuevo para mí. Estaba ya acostumbrado a esa mirada suya.

—¿A qué estás jugando? —gruñó como un perro agresivo.

—¿Recuerdas esa noche en la que te encontré con Ash? Me hiciste daño, y juré que algún día te lo haría pagar. Hoy es *algún día*, Serena—. Mis palabras sonaron llanas, casi tan congeladas como la expresión de mi rostro—. Iba a acostarme contigo para hacerte el mismo daño que tú me hiciste a mí, por eso te dije que te quiero. Me aproveché de la situación. Tú estabas conmovida por lo del tatuaje y yo vi una oportunidad de golpear. Nada más.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión? —escupió, debatiéndose entre la ira y el dolor—. ¿Por qué de repente tanta... *benevolencia* por tu parte?

Hice una pausa dramática. Tenía que jugar bien mi papel.

—Trish. Al margen de todo, tengo una hija contigo, y ella no se merece esto. No se merece que yo le haga daño a su madre. Por eso me voy. Buenas noches. Dale recuerdos a Sean.

Aunque la escuché llorar detrás de mí, no me detuve. Había tomado una decisión dura, una decisión que me atormentaría siempre, pero era mi decisión e iba a respetarla.

\*\*\*\*\*

Volver a casa no me produjo ninguna emoción. Me sentía vacío después de lo



que le había hecho a Serena. Sabía que era necesario alejarla de mí, pero, aun así, dolía. Dolía mucho. En ese momento creí que me dolía a mí más que a ella.

Mi chica no estaba en casa, a pesar de que era muy tarde cuando llegué. Imaginé que estaría trabajando, o algo así. Hacía años que sospechaba que O era prostituta de lujo. Siempre lo había dicho, esa chica tenía demasiada clase para alguien como yo. Además, las circunstancias de nuestro primer encuentro me parecían un tanto extrañas. Yo estaba pasado por el peor momento de mi vida, tanto a nivel personal como a nivel artístico, y la discográfica estaba preocupada. No había compuesto nada nuevo en varios meses. Fue Reggie el que me la presentó y me dijo que me olvidara de Serena. Otilia era la chica perfecta para hacerme olvidar, y, lo que era aún más curioso, se hallaba en el sitio adecuado en el momento exacto. Demasiadas coincidencias, por eso dudé de ella.

Luego estaba su enorme círculo de amigos, todos hombres ricos e influyentes. Supongo que siempre lo había sabido, aunque nunca me había preocupado el asunto. Si no podía tener a Serena, me daba igual estar con una prostituta o con una hermanita de la caridad.

Sin embargo, esa noche estaba harto de mentiras. Estaba harto de todo. Cuando escuché la llave girar dentro de la cerradura, decidí poner todas las cartas sobre la mesa.

O entró y se deslizó a través de la oscuridad. Sus llaves aterrizaron encima de la mesilla. Sus zapatos, en el suelo. Suspiró. Estaba cansada.

—¿Hace cuánto que trabajas en esto?

Mi voz retumbó en la oscuridad, provocándole un sobresalto a O, que no había reparado en la oscura silueta sentada en el sillón, en una esquina de nuestra enorme sala de estar.

—¡Dios, Aiden! —Encendió la luz y me lanzó una mirada de reproche—. ¡Qué susto! ¿Qué demonios hacías a oscuras? ¿Ya has vuelto de tus vacaciones?

—¿Cuánto te pagó Reggie? —proseguí con imperturbable calma.

Su cara no registró ninguna reacción. Era una excelente actriz.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿CUÁNTO DINERO TE DIO REGGIE POR FOLLAR CONMIGO, OTILIA? —rugí, y la copa de *bourbon* estalló en mi mano.

Su expresión se debatía entre el miedo y la desesperación. Noté la sangre

escurriéndose por mi muñeca. No sentía nada.

—Estás borracho. No es un buen momento para...

Se calló cuando me erguí. Fui hacia ella con ademanes tranquilos, me planté delante y le acaricié el rostro con ternura. Lo manché de sangre sin querer. Ella tembló y sus ojos se llenaron de lágrimas. La había asustado.

—¿Cuánto, cielo? —le susurré—. No te asustes. No voy a hacerte daño. Solo quiero que me digas cuánto.

Vi que le costaba mucho esfuerzo tragar saliva.

—Bastante.

Asentí despacio.

—Bien. Gracias por decírmelo.

—Aiden, yo...

—No digas que lo sientes. Me da igual. Casi que es mejor así. Estar con una mujer a la que has pagado es más sencillo. Yo ya no estoy preparado para que me vuelvan a partir el corazón.

—Pero...

—Vamos a casarnos. Tú y yo. ¿Cuánto dinero quieres?

Se quedó de piedra. Supongo que había pensado que iba a pegarla o algo así. No me conocía lo bastante como para saber que ese no era mi estilo.

—¿Qué?

La solté y me aparté. Con expresión ausente, me coloqué delante de la ventana y me quedé mirando las enormes gotas que caían del oscuro cielo londinense. Hablé despacio, a destiempo con la lluvia que salpicaba el cristal.

—¿Has oído alguna vez esa frase de *cuando quieres a alguien, debes dejarlo volar*?

—No sé de qué me estás hablando. Aiden, por favor... —imploró ella a mis espaldas.

—Necesita pasar página. Lo vi en sus ojos. Ella aún me ama. Debo erradicar ese brote de amor.

—¿Qué? Por Dios, no te entiendo, Aiden.

—Ella —señalé imperturbable—. Tiene que seguir sin mí, y este es el único modo. Si no lo hago, siempre se va a quedar atada a un lazo del pasado. Tengo que cortar ese lazo, o la arrastrará siempre de vuelta. Se lo debo por todo lo que le hice. —Me volví hacia ella y asentí con fervor. Estaba convencido de que esa era la mejor solución—. Tengo que arrancar el maldito lazo de entre sus manos, por eso necesito que te cases conmigo.

Pagaré lo que quieras. Haré lo que quieras. Tiene que parecer real. Un cuento de hadas. Es el único modo de que ella deje de amarme.

—¿Te refieres a Serena?

Por Dios, ¿es que hablaba en chino? ¡Claro que me refería a Serena, joder!

—Sí.

El rostro de O se torció en una mueca de compasión. No era mala chica, después de todo.

—¿Y por qué no vuelves con ella? Ella te ama, tú la amas. ¿Dónde está el problema?

Sonreí, pero mi gesto fue desgarrador, pues no había ni una pizca de humor en mi expresión.

—Es complicado, bombón —susurré.

—Pues explícamelo —pidió mientras cruzaba los brazos a la altura del pecho.

Bajé la mirada al suelo y torcí el gesto. Me tomé unos momentos, sacudí la cabeza y volví a mirarla.

—Verás, O, la quiero. Siempre la he querido. Pero eso no es suficiente, porque yo no sé cómo hacerla feliz.

—¿Lo has intentado alguna vez?

—Oh, lo he intentado siempre. Pero he llegado a la conclusión de que ella es más feliz sin mí.

—¿Y por eso quieres que nos casemos?

—Sí. Mientras yo siga soltero, ella nunca pasará del todo página. Tiene que creer... No, es más que eso. Tiene que estar absolutamente convencida de que ya no la quiero. Solo entonces empezará una nueva vida con su perfecto prometido.

O me estudió largo tiempo, y su boca se curvó en una sonrisa.

—¿Qué te parece medio millón? —me propuso.

—¿Sinceramente? Me parece poco. Estamos hablando de, como mínimo, dos años de tu vida.

Se rio, vino hacia mí y me rodeó el cuello con los brazos.

—Eso es porque me gustas. No va a costarme demasiado esfuerzo casarme contigo.

## Capítulo 20

*Presente*

—¿Qué es lo que le has pinchado?

—No te preocupes. No es nada grave. Está en estado de *shock*.

—Joder, parecía estar bien. ¿Cómo ha podido suceder algo así?

—Eso me lo tendrías que decir tú a mí. ¿Antes del concierto, qué pasó?  
¿Recibió alguna noticia especialmente dolorosa o dañina?

Pausa. Luego, la voz quebrada de Reggie:

—Unas cuantas, sí.

Les escuchaba hablar a mi lado. Pero me daba igual. Había tomado una decisión devastadora y mi estupidez había destrozado a Serena. Solo podía centrarme en esa idea, la idea de que todo lo que le había sucedido a ella era por culpa mía. Era un cobarde de mierda como mi padre. Me tenía que haber quedado a luchar por ella. Pero yo había huido porque no sabía cómo hacerla feliz. ¿Por qué maldita razón habré pensado que ella sería más feliz sin mí?

—Aiden, tío, ¿me escuchas?

—Claro que te escucha. No está sordo.

—¿Y por qué no reacciona? Paso un dedo por delante de sus ojos y sigue con esa mirada perdida que me da escalofríos. Parece un jodido desequilibrado mental. Mira, ¿lo ves? No reacciona. En su estado normal me habría pegado un puñetazo en toda la cara.

—Te digo que está bien. Deja de meterle los dedos en la nariz, coño. Solo necesita descansar. Lo mejor que podemos hacer por él es dejarle un poco de espacio. La inyección surtirá efecto en breve. Venga, fuera todo el mundo. El espectáculo ha terminado.

Empezaron a moverse, a salir uno a uno. Oía sus pisadas, sus murmullos.

—¿Está viva?

Dos palabras. Me daba miedo escuchar la respuesta.

Reggie se detuvo en el umbral y se volvió hacia mí.

—Joder, me cago en la puta, ¡el gran hombre ha hablado! Aiden, tío, ¿cómo estás?

Se puso en cuclillas delante de mí y me obligó a mirarle. Lo hice. Mis ojos

inexpresivos bajaron hacia los suyos. Pero no le vi. Solo podía verla a ella.

—¿Te encuentras bien?

—¿Está viva?

Él asintió.

—Sí. Su novio la encontró a tiempo.

—Bien.

Me levanté de la silla y lo aparté. Reggie me miraba pasmado.

—¿Adónde coño vas?

No dije nada. Mi mente estaba sumida en un profundo estado de calma. Salí por la puerta y me marché. Apenas escuché su voz llamándome a lo lejos. No iba a retenerme ahí. Ya no. Había llegado la hora de volver a casa y ser un hombre. El hombre que ella se merecía tener a su lado.

\*\*\*\*\*

Siempre he odiado los hospitales. Me parecen gélidos, impersonales. Un conjunto de interminables pasillos blancos con puertas cerradas a ambos lados. ¿Qué aguarda detrás de cada una de aquellas puertas? ¿Una extraña dimensión en la que verás gente que nace y gente que muere, gente que siente dolor y desesperación, gente que hace lo que puede para conservar la esperanza? No lo sé. Nunca sabes lo que vas a encontrarte en un hospital. Supongo que por eso me disgustan tanto.

En la entrada suele haber una floristería, para los despistados que van de visita sin haber comprado antes un ramo de flores. La localicé con la mirada y me encaminé hacia ahí.

—Oiga, usted es...

—No, me confunde —acallé de pasada a una mujer morena que me miraba boquiabierta.

Entré en la floristería y compré calas blancas, las favoritas de Serena. Me sentía como si estuviera atrapado en una pesadilla. El vuelo desde Berlín no me había ayudado a asimilar la realidad.

Mientras caminaba por el larguísimo corredor, tenía la sensación de haber entrado en una especie de espiral blanca. Estaba mareado, sin fuerzas. Mis pies parecían forjados en plomo pesado. Si alguna vez en mi vida sentí pavor, fue ahí, cuando me detuve enfrente de la puerta detrás de la cual estaba Serena.

Tomé profundas respiraciones para sosegarme. Estaba hecho un asco. No podía dejar que me viera así. Me pasé la mano por las desencajadas facciones, varias veces, como si pretendiera pintarme una expresión distinta encima del rostro.

Cuando por fin me sentí capaz de enfrentarme a lo que fuera que tuviera que afrontar, acerqué los nudillos a la puerta. Me temblaban las manos. Solté el aire, cuadré los hombros y llamé. Como nadie dijo nada, entré.

Me quedé paralizado en el umbral, atónito por la escena que estaba presenciado. Serena estaba dormida, y sobre su bonito y pálido rostro había descendido una expresión casi sobrehumana de paz. Al lado de su cama, vi a Ash Williams, arrodillado. Tenía la mano de Serena encajada en la suya y la frente apoyada sobre sus nudillos. Si no lo hubiese conocido mejor, habría jurado que estaba rezando.

—¿Qué cojones haces tú aquí?

Las palabras fueron escupidas con agresividad, en un gruñido parecido al de un perro. Ash levantó la cabeza con la rapidez de un reptil. Sus ojos me parecieron extraños. Como húmedos. Tenía una mirada endemoniada, en absoluto contraste con la gelidez de sus facciones.

—Ella es mi amiga —me dijo con tono amargo—. Tengo el mismo derecho que tú de estar aquí.

Por primera vez, caí en la cuenta de que no sabía nada sobre la relación de Ash con Serena. Era mucho más profunda de lo que había pensado en un principio. Él la amaba. La amaba profunda y apasionadamente. La amaba como la amaba yo.

—Salgamos —le dije. Mi voz temblaba. El dolor me atenazaba la garganta.

Ash soltó la mano de Serena y me siguió hacia el pasillo. Cerró la puerta a sus espaldas y esperó en silencio. Estaba extrañamente quieto esa mañana.

—No quiero pegarme contigo —declaró sin más preámbulo—. Pero si es preciso, lo haré.

—No te he sacado fuera para pegarnos.

Se cruzó de brazos y me miró con recelo.

—¿Y por qué lo has hecho?

—¿Qué tal está Serena?

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo? —repuso con tono glacial. El brillo afilado de su mirada aseguraba que Ash me culpaba a mí de todo lo que

le había sucedido a ella. Y llevaba razón. Yo también me culpaba.

—No sé si querrá verme —musité.

Los rasgos de Ash perdieron un poco de su habitual dureza. Estuvimos en silencio unos cuantos segundos, como si ninguno supiera qué decir después de eso.

—La cagaste.

Me quedé mirándolo unos segundos más de la cuenta, notando de nuevo ese extraño acuerdo tácito entre nosotros dos.

—La cagué —admití en un susurro.

—Y ahora te asusta enfrentarte a las consecuencias.

Asentí, y mi rostro se torció por el dolor.

—Todo esto es culpa mía. No tenía que haber hecho lo que hice. No tenía ni idea del daño que mi estupidez le causaría a Serena. De haberlo sabido...

Me detuve. Mi desesperación era tal que apenas podía respirar. Hablar se hacía cada vez más difícil.

—Nunca lo habrías hecho —terminó él por mí.

—Nunca lo habría hecho —corroboré mientras hundía las manos en los bolsillos de la sudadera. Me sentía como un niño desamparado.

Ash chasqueó la lengua.

—Si la amas, díselo. Si no la amas, déjala marchar de una puta vez. Porque no haces más que retenerla en este... limbo agonizante de vuestra relación.

No dije nada y él hizo ademán de marcharse. Se había alejado unos cuantos pasos, cuando se volvió de pronto y añadió:

—Por cierto, Ax está en la 542, por si te quieres acercar a verle.

Parpadeé un par de veces mientras lo asimilaba.

—¿Ax? Te refieres a...

—Sí. *Nuestro Ax.*

El desconcierto barrió mi rostro.

—¿Qué le ha pasado?

—¿Qué le puede pasar a alguien que vive tan deprisa como Ax? Un accidente de coche.

—¿Va a...?

Ash negó lentamente, no estaba claro de si lo hacía para tranquilizarme y decirme que todo iba a salir bien o, al contrario, para dejar evidente que Ax no iba a salir de esta.

Su rostro se contrajo en un gesto de tormento que le hacía parecer cinco años mayor de lo que era en realidad. La mujer a la que amaba y su mejor amigo estaban ingresados en el mismo hospital. Creo que las cosas cambiaban demasiado deprisa para Ash, y todo eso le superaba un poco. Era demasiado incluso para alguien como él; alguien tan acostumbrado al dolor y a no aferrarse a nada.

—Está en estado crítico —confesó con un suspiro—. Los médicos nos han dicho que recemos.

No podía creer lo que veía. Ash Williams estaba a punto de quebrantarse. Su rostro me parecía cada vez más decrepito. Temblaba cada vez más el brillo de sus ojos. Se estaba viniendo abajo, pero antes de que eso sucediera, me dio la espalda y se alejó por el pasillo.

—¿Ash? —lo llamé justo antes de que entrara en el ascensor.

Volvió la cabeza y me miró en silencio. Sus ojos estaban nublados y resplandecientes.

—Rezaré por él —dije con voz baja.

Ash intentó sonreír un poco.

—Hazlo.

Cruzó las puertas del ascensor y nunca más le volví a ver.

\*\*\*\*\*

Llevaba un buen rato ahí sentado cuando ella despertó. Me había sacado un café de la máquina del pasillo y me lo estaba tomando en silencio. Habría matado por un cigarrillo, pero no quería irme y dejarla sola. ¿Dónde coño estaba Sean?

—Si estás tú aquí es que me he muerto y estoy en el Infierno —murmuró con voz rota, mientras intentaba incorporarse con dificultad.

Pegué un saltó de la silla y me acerqué a ella. La cogí de la mano y auné las fuerzas suficientes como para sonreír un poco.

—Eh, hola, cielo. ¿Cómo estás?

Su rostro se torció con una mezcla de dolor y vergüenza.

—Si vas a decirme que soy una estúpida, ahórramelo. Ya lo sé. ¿Y Trish?

Había estado tan abstraído que ni siquiera me había planteado esa pregunta. Comprendí entonces por qué Sean no estaba ahí. Estaba con Trish, intentando protegerla de todo eso; intentando hacer lo que yo no había hecho.



—Sean está cuidando de mi hija por mí —contesté con pesar.

Serena hizo un amago de sonrisa.

—No te preocupes. Sigue siendo tu niña.

—¿Aunque sea otro hombre el que la arroje todas las noches?

Se encogió un poco de hombros.

—Él nunca la arropa —me consoló en un susurro.

Apoyé la frente contra su mano y cerré los ojos. Con la mano que le quedaba libre, Serena me acarició la cabeza. Ninguno dijo nada por algo más de diez minutos. ¿Qué íbamos a decirnos, de todos modos?

—Hubo un momento, antes de perder el conocimiento, cuando me arrepentí de haberlo hecho —desveló de pronto, con voz muy baja—. Pensé en que... si moría, nunca volvería a verte. Ni a ti ni a Trish. Y no quise morirme entonces, pero la parca no aflojaba la tenaza, ¿sabes? Apenas conseguí llamar a Sean. Te habría llamado a ti, pero sabía que estabas en Berlín. Te vi en la tele. Te vi con... *ella*.

Apreté los párpados con fuerza, rezando para ser capaz de aguantarme las lágrimas. Estuve un buen rato con la cabeza bajada, preparándome. Cuando alcé la mirada hacia la suya, ya estaba listo para esa conversación.

—Serena, cielo, ¿todo esto lo has hecho por la noticia?

Su rostro se distorsionó con lo que a mí me pareció un tormento inenarrable. El silencio se rompió cuando ella tuvo por fin fuerzas de hablar. Vi en sus ojos que tenía las emociones a flor de piel, al igual que yo.

—Dijiste que tu amor por mí es falso, luego volviste a Londres y le pediste que se casara contigo. Declaraste que nunca habías estado tan enamorado. ¡*Nunca*, Aiden! ¿Tienes idea de lo mucho que me dolió eso?

Las lágrimas se agolpaban en sus bonitos ojos y yo me sentí como un capullo. Nada había salido como lo habíamos planeado. El tiempo siempre había corrido en mi contra. La había amado tantísimo y, sin embargo, nunca había sabido cómo mostrárselo. Ella nunca había sentido mi amor.

Estreché su mano con fuerza y sonreí un poco, a pesar de mi dolor, a pesar de la solitaria lágrima que resbaló por mi mejilla.

—¿Recuerdas el momento en el que te besé por primera vez?

Ella ahogó un sollozo y yo la miré con triste compasión. No podía hablar, con lo que se limitó a agitar la cabeza para decir que sí.

—¿Sabes en lo que pensé entonces?

Lo negó. Una marea de sentimientos mezclados barrió mi rostro. Si

hubiese podido volver a ese momento, habría hecho las cosas de otro modo. La habría elegido a ella por encima de todo lo demás. El dinero, la fama... No importaban. No me servía de nada tener el mundo si no la tenía a ella.

—Pensé en que... a partir de ese momento, nunca más iba a querer besar a ninguna otra chica —le dije con voz rasposa, y me sequé la mejilla—. El viaje ha sido largo y duro, amor mío, ¿pero sabes algo?

Un fugaz gesto de confusión cruzó su rostro.

—¿El qué?

Sonreí débilmente, extendí la mano y atrapé una lágrima que acababa de resbalar de su ojo derecho.

—Desde entonces, nunca he deseado besar a ninguna otra chica aparte de ti. Lo siento, Serena. Siento todo esto. La he cagado mucho, y lo siento. Todo lo que te dije, no era cierto. Lo siento.

Asintió despacio. Me miró. La miré. En mi mente solo hervía una idea: besarla. El ansia creció en mis ojos. El corazón empezó a latirme con fuerza. Un extraño hormigueo recorrió mi cuerpo. Los segundos trascurrían y yo seguía con la mirada fija en la suya. Creo que temía apartar los ojos. No quería que ese momento acabara nunca.

—Cásate conmigo —dije de imprevisto.

Serena me miró demudada.

—¿Qué?

Sacudí la cabeza.

—Sé que lo hice como el culo la vez pasada, y sé que no he estado ahí para ti cuando me necesitaste. Te he hecho decenas de promesas que nunca pude cumplir, y lo siento. De verdad que lo siento. Pero si me dieras otra oportunidad, te prometo que nunca más volveré a quebrantar una promesa. Dejaré de rapear. Nos mudaremos al desierto, si es lo que deseas. Haré lo que tú quieras, pero no me dejes nunca. Lo único que necesito en esta vida de mierda es... a ti.

Ella movió la mano y me rozó suavemente la mejilla sin afeitarse. Tenía vendas en las muñecas.

—¿Por qué? —susurró, sus ojos devorando mi expresión desgarrada—. ¿Por qué harías todo eso?

Una sonrisa tembló en las esquinas de mi boca. Mis manos le acariciaron el rostro, una y otra vez, se aferraron a él y lo acercaron al mío. ¿Cómo había podido estar tan equivocado; tan ciego? Ella nunca iba a ser feliz sin mí, al

igual que yo no podía ser feliz sin ella.

—Porque te quiero —le dije, y a pocos instantes de decírselo, mis labios se precipitaron hacia los suyos.

## Capítulo 21

—Aiden.

Silencio.

—Ai... ¿Aiden?

Escuchaba la inseguridad en su voz. El problema era que me costaba regresar al presente. Mis pensamientos y el pasado me habían atrapado y ahora estaba absorto, con la mirada vagando por la pared.

—¿Cariño? —volvió a llamarme.

Sacudí la cabeza para despejarme y volví la mirada hacia ella. Estaba en mitad del salón, mirándome con esos enormes ojos azules.

—¿Qué pasa, nena? —pregunté con suavidad.

—Estabas como... ido. ¿Te encuentras bien?

Me encogí un poco de hombros y se produjo una apreciable pausa.

—Tan bien como podría estar un hombre que ha llevado a su mujer al borde del suicidio.

Serena dejó caer los brazos al lado del cuerpo en ademán de derrota ante el rictus gélido que había adquirido mi rostro.

—Oye, ya lo hemos hablado. No fue culpa tuya. Es que yo... no estaba bien —susurró cansinamente, como si le costara mucho decir esas palabras; admitir la verdad delante de mí—. No lo sé, fue como un cúmulo de cosas —prosiguió, retirándose el pelo de la cara con las dos manos—. Vi a mi padre por casualidad en el aeropuerto. Luego llegué a casa y me peleé con Sean...

—Y yo salí por la tele diciendo que me casaba con mi novia británica, porque nunca había estado tan enamorado —añadí con amargura. Eso era algo que nunca iba a perdonarme. De todas las malas decisiones que había tomado a lo largo de mi vida, esa era, sin duda, la peor.

—Aiden, han pasado dos meses, y yo estoy bien. Voy a terapia, como me pediste. Mia fue un encanto al recomendarme a su profesor. Es muy bueno. Las conversaciones con él son muy profundas, ¿sabes? Me hace plantearme... cosas. ¡Cosas alucinantes! —Vino hacia mí y me cogió por las muñecas—. En serio, estoy bien. No hace falta que estés siempre vigilándome.

Apreté la mandíbula y bajé lentamente la mirada hacia la suya.

—No te estoy vigilando.

—¿En serio? Porque, si no me falla la memoria, y raras veces suele fallarme, anoche estabas sentado en el sillón de mi habitación, en la más profunda oscuridad, y me mirabas fijamente. Parecías un perturbado.

Tragué saliva con dificultad.

—Si estabas despierta, ¿por qué no dijiste nada?

—¿Y cómo iba a poder contemplarte de lo contrario? Te habrías marchado.

En mi cara se asomó el esbozo de una sonrisa.

—Sí que lo habría hecho.

—¿Lo ves? Por eso no dije nada.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. En silencio. Concentrados.

—¿Vamos a volver alguna vez? —preguntó Serena abruptamente.

Retuve su mirada durante unos segundos.

—¿A California?

—A estar juntos.

Parpadeé despacio mientras lo asimilaba. Por fin uno de nosotros tenía bastante valor como para plantear esa pregunta, la pregunta que nos carcomía por dentro a los dos desde hacía dos meses: ¿En qué estado estaba nuestra relación? Después de ese beso no había sucedido nada más. En cuanto le habían dado el alta, me las había llevado a Trish y a ella a Nueva York, para que Serena pudiera hacer terapia. Había alquilado un apartamento, donde cada uno tenía su propia habitación. No había tocado a Serena en todo ese tiempo, porque me daba miedo. La trataba como a un animalillo herido, y era consciente de ello, pero no podía ser de otro modo. Me parecía tan frágil que me aterraba meter la pata y hacerle más daño.

La cogí de la mano y me la llevé al sofá de cuero beige, donde nos sentamos cara a cara.

—¿Es eso lo que quieres?

—¿Qué es lo que quieres tú? —repuso, estudiándome con atención.

Me mordí los labios por dentro e intenté tranquilizar el descontrolado latido de mi corazón.

—Yo te quiero a ti, Serena.

Su mirada era tan intensa que me estremecí hasta el tuétano.

—Entonces... ¿por qué no me haces el amor, Aiden? —expuso con franqueza.

Se quedó mirándome hasta que aparté la vista. Me sentía vulnerable, como si ella hubiese visto en ese momento al Aiden que nadie más conocía.

—Me... *aterra* —enfaticé, y una oleada de dolor torció mi expresión mientras mis ojos se alzaban de nuevo hacia los suyos—. Me aterra hacerte daño, Serena.

Sus largos y delgados dedos se aferraron a mi rostro y lo atrajeron hacia el suyo.

—Ven aquí, bobo. Tú nunca me harías daño.

Mi ceño se volvió más profundo.

—Ya lo hice, ¿recuerdas?

Negó, con ojos cargados de emoción.

—No, no lo hiciste. Sigues siendo el mejor chico con el que he salido nunca.

Fruncí los labios en un intento de ocultar la sonrisa.

—¿Mejor que Sean, el novio rescata delfines?

Me dio un golpe en el brazo.

—No seas capullo. Rescatar ballenas es algo muy noble.

—¡¿Y cuándo he dicho yo lo contrario?! —exclamé con fingida indignación mientras acercaba su rostro al mío. Puse los labios sobre los suyos y mi lengua inició una danza erótica que hizo gemir a Serena.

Tenerla entre mis brazos me parecía el mayor de los privilegios. Quería decirle tantísimas cosas, lo mucho que la había echado de menos, cuánto la amaba, pero me costaba horrores encontrar las palabras, así que hice lo único que fui capaz de hacer en ese momento: dejé que mis actos hablaran por mí.

La levanté en brazos y la llevé a mi dormitorio, donde la deposité con suavidad encima de mi cama. Me di cuenta de que me temblaban los dedos cuando extendí el brazo y le rocé el pelo.

—¿Estás segura? —pregunté, solo para tranquilizar mi creciente ansiedad.

Sus dedos se enroscaron en torno a mi nuca e hicieron que mi rostro bajara hacia el suyo.

—Nunca he estado más segura de nada. *Te quiero* —dio peso a esas dos palabras con la mirada fija en la mía, y eso fue suficiente para que yo cediera, soltara un gruñido y me lanzara sobre su boca.

Amé a Serena. Amé todas las partes de su cuerpo, todos los rincones y escondrijos. Creo que la amé esa noche como nunca antes la había amado. Mis labios se arrastraron despacio por su cálida piel, esparciendo besos y

caricias a lo largo de su tórax. Cada vez que ella gemía, yo me ocupaba de absorber hasta el último soplo de aire que brotaba de entre sus labios. Y cada vez que se contorsionaba por debajo de mí, me parecía que nos estábamos hundiendo más profundamente uno en el otro.

Dejé sus manos a la altura de su cabeza y entrelacé nuestros dedos mientras entraba y salía de ella. Me miró con esos ojos hondos como pozos azules, y supe que sentía lo mismo, esa misma pasión latiendo y consumiendo sus entrañas.

Quizá, después de todo, las cosas sí fueran a salir como las había planeado. Tenía a Serena y no necesitaba nada más.

\*\*\*\*\*

La abracé y sonreí al ver cómo brillaba su rostro de puro amor. Ella era feliz. Yo también era feliz, más feliz de lo que me había sentido nunca.

Serena descansó la cabeza contra mi pecho y se entretuvo acariciando los músculos de mi abdomen, pasando el dedo por el tatuaje que me había hecho años atrás para mostrarle lo mucho que la quería.

—¿Has cortado con tu novia?

Doña Gatita Celosa atacaba de nuevo.

—¿Y tú con el tuyo? —repuse con voz divertida.

—No fue necesario. Él cortó conmigo antes de que... en fin. Ya sabes.

Entrecerré los ojos. Sí, lo sabía.

—Oh.

—Sí. Al volver de nuestras mini vacaciones, Sean se dio cuenta de que yo seguía enamorada de ti, y no quiso ser el segundo plato de nadie.

—Comprendo —murmuré distraído mientras mis dedos le acariciaban la nuca.

—Entonces... ¿lo hiciste?

Parpadeé desconcertado.

—¿El qué?

—¡Cortar con Otilia, joder! —se enervó Serena.

Estaba tan absorto que me costaba un esfuerzo casi sobrehumano concentrarme en esa conversación. El orgasmo anterior había lanzado mi mente al vacío y ahora no había modo de recomponerme.

—Sí. Le mandé un cheque por las molestias causadas —expliqué, mi tono

adquiriendo un matiz de cansancio.

Serena se incorporó para mirarme a la cara, pero tiré de ella y la volví a acurrucar entre mis brazos. No quería renunciar al calor de su cuerpo tan pronto. Abrazar a Serena me producía una inmensa sensación de paz.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Un chequé?

Entorné los ojos.

—Una larga historia. Algún día te la contaré. Ahora solo quiero abrazarte. Durante todos estos años, lo que más he echado de menos ha sido abrazarte.

Hizo una pausa y luego suspiró.

—Está bien.

No hablamos durante unos minutos. Yo estaba ocupado acariciándole el cabello, y ella, delimitando con los dedos cada uno de los músculos de mi abdomen, que bajo las yemas de sus dedos se agarrotaban todavía más.

—Aiden...

—¿Hmmm?

—Cántame algo.

Una sonrisa de lado cruzó mi cara.

—No sé cantar nanas, ya lo sabes.

—Ya. Pero sabes rapear.

Mi sonrisa se tornó más amplia.

—*Lo único que necesito en esta vida de pecado, somos yo y mi novia... Yo y mi novia... Estamos el uno con el otro hasta el final sangriento... Solo mi novia y yo... ¿Sabías que se refería a su pistola y no a su novia?*

—Y así es cómo el príncipe del rap va y se carga el romanticismo —soltó Serena en tono exasperado.

Me reí, atraje su rostro hacia el mío y la besé con ternura.

—¿Te cuento un secreto, S? —susurré cuando nuestros labios se despegaron por fin.

—A ver...

—Lo que se te está clavando ahora mismo en la cadera *no* es mi pistola.

Su codo me goleó entre las costillas.

—Eh, nada de guarradas. Quiero dormir.

Me volví a reír, la acurruqué de nuevo contra mi costado y le acaricié el pelo mientras le cantaba al oído:

—*Lo único que necesito en esta vida de pecado, somos yo y mi novia... Yo y mi novia... Estamos el uno con el otro hasta el final sangriento... Solo mi*



*novia y yo...*

## Epílogo

Trish quería ir de princesa Jasmine, y le daba igual que no se tratase de una boda oriental. Tuvimos que concederle ese capricho, porque Trish era casi tan testaruda como su padre. El día de nuestra boda, mi hija, disfrazada de Jasmine, estaba tan nerviosa como yo, preguntando cada dos segundos por qué tardaba tanto su madre. Yo quería saber exactamente lo mismo. Si intentaba controlar mi ansiedad era solo para no poner todavía más nerviosa a Trish.

Después de descartar unos veinte destinos alrededor del mundo, Serena y yo decidimos casarnos en el jardín de nuestra casa de Beverly Hills. El tiempo acompañaba la ceremonia, y la organizadora de bodas había hecho un excelente trabajo en cuanto a arreglos y decoración. Parecía una boda real. Había una alfombra roja encima del césped, y a ambos lados de ella, sillas cubiertas de fundas blancas. En torno a cada silla habían atado unos lazos rojos, porque la decoradora lo consideraba necesario. Lo cierto era que el efecto visual era bonito.

Podía haber invitado a, como mínimo, mil personas, pero solo invité a cuarenta y dos. Mis amigos verdaderos. No los que venían con la fama y el dinero, sino esos hijos de puta que habían estado a mi lado cuando yo no era nadie. Leroy y su mujer Sheila, Tiger y su mujer Rhonda, Babe, Magic, El Chispas... Todos los cabrones de Scovill Avenue estaban ahí esa soleada tarde, esperando a que llegara la novia.

La asistencia más sorprendente fue la de Cristal, que se sentó en primera fila, al lado de Leroy y Sheila. Vestía de amarillo limón, un tono que la hacía parecer todavía más pálida y más decrepita por debajo de su sombrero de alta costura. De vez en cuando, mi mirada iba la suya, hacia las lágrimas que pendían de las esquinas de sus ojos verdes. Aunque no había sido una buena madre para mí, era la única madre que tenía y más valía acostumbrarme a esa idea. Tenía mucho que perdonarle a Cristal, y aún no lo había hecho, pero estaba trabajando en ello y confiaba en que algún día, en un futuro no muy lejano, pudiésemos tener una relación medianamente normal.

Serena, por su parte, había invitado a Ax. *Solo* a Ax. Vino con muletas, pero andando sobre sus propias piernas, lo cual era asombroso. Ese chico era

un verdadero *badass boy*. Todos los que alguna vez formaron parte de la banda de Ash llevaban ese tatuaje. Yo también tenía uno, aunque no era visible.

—No se te ocurra preguntar nada sobre Violet —me dijo Serena esa misma mañana, un par de horas antes de la ceremonia.

—¿Y eso por qué? —me extrañé mientras me afeitaba delante del espejo.

Serena se estaba aclarando el pelo, con lo que tuvo que hacer una pausa antes de contestarme.

—Le dejó hace tiempo ya, y todavía está hecho polvo.

—Pero él se casó con otra, ¿no?

Serena salió de la ducha y se envolvió en una toalla blanca.

—Sí, pero, entre tú y yo, creo que lo hizo solo para fastidiar a Violet. Así que no preguntes nada.

—Vale. Seré una tumba. ¿Y tú novio, Ash? ¿No le has invitado?

Me lanzó una mirada envenenada que me arrancó una sonrisa lenta.

—No es mi novio. Y no, no le invitado. Sería demasiado doloroso para él.

—La última vez te llevó al altar —apunté como con tono despreocupado.

—Y me confesó que fue entonces cuando se enamoró de mí y que deseó con todas sus fuerzas secuestrarme y obligarme a casarme con él. ¿Estás dispuesto a coger ese riesgo de nuevo?

Tuve que hacer acopio de un enorme autocontrol para evitar destrozarme el espejo de un puñetazo.

—Apuesto a que lo deseó, el muy hijo de perra —gruñí para mí.

Intentando aparentar indiferencia, golpeé la cuchilla contra el lavabo, la pasé por debajo del grifo y proseguí con mi tarea de afeitarme. Admito que estuve fantaseando con retorcerle el pescuezo a Ash Williams.

—No es mal chico —prosiguió Serena, para mi desesperación—. Tuvo una existencia tormentosa, eso es todo.

¿Por qué coño hablábamos del jodido Ash Williams el día de mi boda? Me lo tenía bien merecido, por haber sacado el tema.

Cerré el grifo y me volví hacia ella con el rostro desprovisto de cualquier emoción humana.

—Tengo que preguntarte una cosa, y tú tienes que ser absolutamente sincera conmigo.

Serena se cruzó de brazos y se apoyó contra una estantería. Mi seriedad la estaba divirtiendo.

—A ver.

—Si le hubieses conocido antes a él, ¿con quién estarías casándote hoy?

Su expresión se debatía entre la exasperación y el humor.

—Aiden, a él le conocí antes que a ti. *Meses* antes. ¿Comprendes por dónde voy?

Me quedé inmóvil unos segundos, envuelto en un pétreo silencio, y luego parpadeé al mismo tiempo que asentía.

—Lo comprendo.

Vino hacia mí, me besó la mejilla y me guiñó un ojo.

—Pase lo que pase, tú siempre serás mi gran amor, príncipe del rap. Ahora aféitate de una puñetera vez y lárgate de aquí porque tengo que vestirme.

Le hice un saludo militar.

—Sí, señora.

Mis pensamientos sobre los sucesos de esa mañana fueron interrumpidos cuando empezó a sonar *Close my eyes*, de 2Pac. La novia había llegado. Me coloqué al lado de Reggie, mi padrino de bodas, y le hice una señal a Trish. Ella tenía que llevar a su madre al altar.

Serena hizo su entrada al lado de mi hija, y a mí me entraron ganas de llorar. Estaba muy emocionado.

—No seas nenaza, que no traigo pañuelo —me susurró Reggie, al que le propiné, muy discretamente, un codazo en las costillas.

—¡Que te jodan! Si hubieses pasado por todo lo que he pasado yo, también te emocionarías.

—Imposible. Yo no tengo tu delicadeza.

—Que te den por el culo.

Serena y yo nos casamos al atardecer. El mundo se estaba preparando para el ocaso. Irónicamente, nuestro amor acababa de renacer.

Según era tradición en la familia King, Serena y yo tuvimos un embarazo no planificado. Ella desesperó. Yo me alegré. Esta vez venía un chico. Yo quería llamarle Tupac. Serena me amenazó con sacarme los ojos (¡malditas hormonas!). Para evitar que mi mujer fuera a la cárcel por agredir a una estrella del rap, cedí y acabamos llamándole Arthur. Nombre de rey.

Fuimos muy felices en nuestro castillo de Beverly Hills. Yo, mis dos princesas Trish y Serena y, por supuesto, el pequeño rey Arthur. Para que yo no quedara demasiado decepcionado, Serena me regaló un gato negro. Se llama Tupac.

## Otras obras de la autora

Querido lector,

Muchas gracias por seguir mi trabajo. Si te ha gustado esta novela, es posible que también te guste *Al hombre que dejé atrás...*

Por ello, te dejé un pequeño adelanto. Espero que lo disfrutes.

Besotes,

Isabella

A photograph of a woman with long, wavy blonde hair, seen from the back. She is wearing a dark, wide-brimmed hat. The background is a soft-focus outdoor setting with trees and a path. The text is overlaid on the left side of the image.

ISABELLA MARÍN

*Al hombre  
que dejé  
atrás...*

# Capítulo 1

## *Presente*

—Señorita Button, ¿está conmigo?

Era la tercera vez que el profesor de Arte le llamaba la atención a su alumna. Hayley ni siquiera le escuchó. Su mirada estaba perdida en la nada. El profesor Wesley Holt pensó en que nunca había conocido a nadie tan atormentado como esa chica que tanto se había empeñado en dar clases particulares con él, incluso cuando no le hacía falta en absoluto.

Había tenido alumnos malos, alumnos regulares y alumnos buenos. Hayley Button pertenecía a la categoría de brillante. Así pues, ¿qué hacía él ahí, en su salón, hablándole sobre la influencia de Michael Wolgemut en algunos de los pintores del Romanticismo? Y, lo que era aún peor, ¿por qué se estaba esmerando tanto, cuando era obvio que ella ni siquiera le escuchaba?

Era de dominio público que Hayley no tenía pensado seguir los pasos de su profesor. Nunca había mostrado interés alguno en la docencia ni en los tecnicismos de los que él hablaba con tanto orgullo, aun siendo consciente de que no servían de absolutamente nada en la práctica. En el Arte, o había talento o no lo había. Se trataba de una disciplina pragmática y bastante sencilla de comprender. La premisa no podía haber sido más elemental: no tenía sentido conocer todas las técnicas de los góticos si eras incapaz de dibujar un conejo. Conclusión: debías saber dibujar conejos, antes de encaminar tus pasos hacia el Arte. Así de claro lo tenía el profesor.

Por supuesto, había casos de gente especial, los que cursaban Arte sin ser demasiado buenos en ese campo. El mismo Wesley, sin ir más lejos. Modelar a los futuros artistas era su vocación. Nadie dudaba de su capacidad. Algunos de los mejores pintores del país habían pasado por sus manos, y todos le dirigían alabanzas.

En la práctica, en cambio, a la hora de convertirse él mismo en un artista,

Wesley era mediocre. Sus cuadros no decían nada. Técnica correcta, siempre perfecta. Y, aun así, carente de vida. Lineal, sin arriesgar demasiado.

Claro que, sin riegos, había tan poca pasión...

Hayley Button no tenía ese problema, por fortuna. Tras licenciarse, su intención era abrir su propia galería de arte donde exponer sus inmejorables cuadros. Si Wesley podía pasarse horas y horas hablando sobre técnicas de dibujar, ella era capaz de hacer algo mucho mejor que eso: podía llevar esas técnicas a la práctica. Y los resultados eran dignos de exponerse incluso en las mejores galerías del mundo, al lado de grandes artistas cuyos nombres Wesley no podía hacer más que atreverse a citar. Sabía que él jamás se acercaría a ese nivel, por muy estoico pintor que fuese. Hayley, por el contrario... Ella era otra historia.

No le necesitaba a él para dibujar. No le hacía falta *ser modelada*. Ella llevaba el Arte dentro, probablemente en la cabeza, o en las profundidades del corazón, y no experimentaba problemas a la hora de sacarlo de ahí y enseñárselo al mundo, lienzo tras lienzo, obras maestras y regias, obsesivamente encaminadas hacia la misma temática.

Como aquel que los ojos verdes del profesor estaban examinando con suma atención y, quizá, con una pizca de envidia profesional.

Los tonos del nuevo cuadro de Hayley eran igual de sombríos que siempre. Wesley pensaba que ella pedía a gritos un poco de amor. ¿Acaso no era eso lo que le inspiraba su trabajo?, ¿falta de amor y una desgarradora soledad? En el corazón de Hayley siempre llovía. También lo hacía dentro de sus cuadros. Ella era uno de esos pintores que se arrancaban el alma y la plasmaban en un lienzo. *Hayley al desnudo*. O *Desnudando a Hayley*. Habría sido un excelente título para ese cuadro.

—¿Cómo se llama? —se interesó Wes con voz suave.

Al advertir el ensimismamiento de su alumna favorita, la mente del profesor voló hacia su mentor, el gran pintor y amigo suyo, el señor Nakajima. ¿Qué haría Nakajima si se viera inmerso en una situación similar? Gritarle en japonés. Seguro que le gritaría en japonés. Pero él no podía gritarle a Hayley. Ella parecía demasiado sensible. Demasiado frágil. ¿Cómo se sentiría él si esos tristes ojos marrones se alzaran, repletos de lágrimas, hacia los suyos? Sin duda, devastado. No podía jamás lastimar a alguien como Hayley. Era algo impensable.



Por lo que, en vez de actuar como su mentor, hizo algo más propio de sí mismo y colocó una mano encima de la suya, lo cual surtió el efecto deseado, pues Hayley pareció regresar a la vida en ese momento.

—Disculpe. Estaba distraída. ¿Qué decía?

—Le preguntaba que cómo se llama su nuevo cuadro.

Los ojos de la chica se movieron, azorados, hacia el lienzo que aún olía a pintura. Era el retrato de un hombre. Un retrato especial. Los cuadros de Hayley tenían unas cuantas cosas en común, pues la artista mostraba una extraña fijación por algunos detalles. En primer lugar, el escenario variaba poco de un cuadro al otro. Siempre retrataba a un hombre, en un mundo donde llovía a cantaros. Y *siempre* era otoño. Para Hayley no existían otras estaciones del año. En su corazón, nunca dejaba de ser otoño.

En ese cuadro en concreto, los cielos, de un azul rayano en el negro, se alzaban amenazadores por encima de la lejana silueta que se fundía con la lluvia. El suelo, teñido de un marrón bastante oscuro, estaba poblado de hojas doradas. Un puñado de ellas flotaban, muertas, a ambos lados del camino.

El hombre al que ella pintaba con tanta insistencia siempre se hallaba de espaldas, en mitad de una tormenta. Algunas veces paseaba por una playa vacía. Otras, por la avenida de un parque. Lo que siempre se mantenía igual era el hecho de que nunca se le veía el rostro. Eso era la segunda constante en todos sus trabajos. No había rostros.

Él le había hablado hacía tiempo sobre la importancia de la expresión dentro de *un retrato*. Ella no había escuchado. Pintaba lo que quería y cómo lo quería. No seguía normas ni técnicas. Era caótica a la vez que brillante. Y odiaba las malditas caras.

Hayley no quería mostrar nunca un rostro. No había necesidad de ver una expresión facial. Ella sabía desnudar las almas de otro modo. Y, desde luego, conseguía hacerte sentir la derrota de ese personaje sin rostro, que se alejaba por la senda del pasado, con la cabeza gacha y las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta color mostaza. Contemplando la obra, percibías a la perfección su vencimiento; lo devastadora que le resultaba su soledad. Los trabajos de Hayley estaban repletos de esos dos sentimientos, que a Wes le resultan tan obsesivos como el hombre sin rostro y la eterna lluvia otoñal.

—Se llama *Al hombre que dejé atrás...* —contestó por fin, con voz melancólica.

—Es un cuadro precioso.

Ella dejó de contemplar la pintura y desplazó la mirada hacia él.

—Profesor Wesley, tengo que pedirle un favor.

Algo se encogió dentro de Wesley. Una parte de él estaba enamorado de ella. No necesariamente de la chica, sino de su alma; del genio que ella ocultaba dentro. La amaba y la admiraba a partes iguales. Quizá no con la pasión de un amante, sino más bien con la fascinación de un aficionado. En su mente, ella era la maestra, y él, un discípulo hambriento de adquirir conocimiento.

—Claro, Hayley. Cualquier cosa que necesite.

—El señor de Winter —empezó Hayley, un poco cortada por tener que pedirle algo así—. Jesse... —susurró, casi con pasión—. Tengo entendido que usted reunió todas las obras para su galería particular.

Wes frunció el ceño. No tenía ni idea de dónde conocía Hayley al señor de Winter y, mucho menos, por qué maldita razón le llamaba *Jesse*, cuando a él le había dicho así de claro y con toda la sequedad del mundo:

—Soy de Winter. ¿Tiene usted algo que hacer en los próximos diez minutos? He de hablarle.

Jamás había mencionado su nombre de pila. Era un hombre adusto y bastante exigente, cuya intransigencia le resultaba preocupante a Wesley. A pesar de que apenas le conocía, el profesor había sacado en claro tres aspectos muy importantes de su carácter: era un hombre que sabía lo que quería, cómo lo quería y, más importante aún, ¡que lo quería para ayer! Cualquier cosa impacientaba a de Winter, cualquier contratiempo, cualquier dilación.

Al profesor Wesley no le caía demasiado bien el señor de Winter.

Aunque admitía que tenía buen gusto para el arte...

Y también que le había pagado una pequeña fortuna por ocuparse de la galería de su nueva casa...

Conclusión: el señor de Winter no era tan malo, después de todo. Solo que no encajaba en la categoría de *amigos entrañables* de Wesley Holt.

—Y así es. Trabajé para él —corroboró, incómodo.

—Me gustaría que este cuadro formara parte de su galería.

Wesley la contempló demudado.

—Hayley, su galería ya está al completo. Ayer licité por el último cuadro de su larga lista, y ya lo tengo. Se supone que llega dentro de dos semanas.

—¿Y qué cuadro es ese? —se interesó Hayley mientras sus soñadores ojos oscuros se paseaban por el rostro del profesor.

—*La danza de la nieve*, de un artista londinense, Paul...

—Ya conozco su obra —interrumpió ella con una impaciencia que Wesley solo había visto en el mismo de Winter, el mismo temblor nervioso de las manos, la misma aspereza de la voz—. La mía es mejor.

El profesor estuvo de acuerdo con ella. *Al hombre que dejé atrás...* era mucho mejor que *La danza de la nieve*. Pero de Winter había sido claro en sus exigencias. Quería *esa* obra en concreto. Y no aceptaba sugerencias. Los hombres como él nunca aceptaban sugerencias.

—Hayley, si quiere vender la obra, puedo recomendarla a cualquier otro...

—No quiero *venderla*. Quiero que forme parte de su galería.

—¿Por qué, en el nombre del Señor?! —se enervó Wesley—. ¿Por qué quiere un cuadro suyo en casa de ese hombre tan odioso? ¿*El mejor* cuadro suyo? ¿Y sin cobrar nada por él?

Hayley lo miró inexpresiva. Su delgado rostro estaba rígido, sus ojos, apagados. Wesley los había visto arder solo un par de segundos a lo largo de esos dos meses que llevaba tratando con ella. Y había sido al susurrar el nombre de Jesse. Así que, ¿qué significaba ese hombre para ella y por qué le había hecho tan extraña petición?

—No tiene necesidad de conocer esa respuesta, profesor.

—No creo que pueda conseguirlo, Hayley —se sinceró, con voz suave—. Él es un hombre de trato difícil. Y mi reputación está en juego. Con alguien tan influyente como de Winter no se juega.

—Sí, lo sé —musitó ella retorciéndose las manos nerviosamente—. Lo sé, profesor...

—Bueno, pues... ¿la veré el próximo miércoles?

En un impulso repentino, los delgadísimos dedos de Hayley se enroscaron alrededor de las muñecas de Wesley e impidieron que este se irguiera de la silla. Nunca antes lo había tocado, y él advirtió que su piel era increíblemente gélida, como si no hubiera vida dentro de ella; como si hubiese insuflado su último aliento en sus trabajos y ahora no quedaba más que un caparazón

vacío, carente de vida. ¿Siempre había lucido su rostro ese aire tan decrepito? ¿Siempre habían sido sus ojos enormes cuencas vacías? A Wesley le pareció distinta en ese momento. Otra Hayley. Una versión mucho más torturada de la chica que se había presentado en su despacho para pedir clases particulares. ¿Por qué le había pedido clases particulares justo después de que él aceptara el encargo de de Winter? ¿De verdad había sido algo fortuito? Wesley empezó a ponerlo en duda.

—Al menos, dígame que lo pensaré —suplicó ella.

Wesley buscó de nuevo su mirada, y por un momento se le ocurrió pensar que estaban tan cerca que podría haberla besado. ¿Cómo se sentirían esos labios sonrosados encajados entre los suyos? No, no pensaría en nada de eso. ¡Era su alumna, maldita sea!

—Está bien —cedió, culpable por el rumbo de sus pensamientos—. Me lo pensaré.

## Capítulo 2

Llovía. Las gotas se deslizaban despacio por el cristal que tenía delante, y en alguna parte a sus espaldas sonaba *Nights in White Satin*. Era una melodía melancólica, acorde con la noche que hacía. Jesse sabía que la voz pertenecía a Bettye LaVette. A fin de cuentas, iba a ese bar solo por escuchar a la maldita Bettye.

*Y por el whisky*, se consoló mientras se acercaba la copa a los labios y tomaba un buen trago.

Estaba sentado en la misma mesa de siempre. Solo. Nunca iba a ese bar llevando compañía. El sitio era un santuario, algo sagrado para él; un lugar de culto. Jamás se le ocurriría llevar ahí a nadie. Ahí solo acudía para recordar tiempos pasados.

*Y por la música*, se recordó. *No te olvides de la jodida música*.

Su móvil vibró encima de la mesa. Jesse miró con dureza la pantalla que se encendía y apagaba, una y otra vez, a escasos centímetros de sus manos. Le molestaba esa intromisión en su intimidad. Y mucho más si el culpable era aquel hombrecillo timorato... ¿cómo diantres se llamaba? Jesse no lo recordaba. Tenía su número de teléfono guardado bajo el nombre de *profesor cansino*.

Al tercer toque, descolgó de muy mala gana.

—¿Qué desea? —soltó casi en un gruñido, mientras se aflojaba la corbata azul marino. Los gemelos de su traje oscuro atrajeron los destellos dorados, producidos por las lámparas de ese lugar, y los arrojaron sobre el cristal de la ventana salpicada por la lluvia. El ambiente a su alrededor era cálido y otoñal. En absoluto contraste, Jesse se sentía tan gélido como una larga noche de enero.

—Buenas noche, señor de Winter.

—Sí, sí. Vaya al grano —se impacientó Jesse.

Se acabó la copa y le hizo una señal con la mano al camarero, que se acercó de inmediato con un nuevo vaso lleno de hielo y alcohol. Todos conocían su impaciencia.

—Disculpe que le moleste tan tarde —volvió a hablar el profesor, azorado

a más no poder.

Jesse desvió los ojos grises hacia su Rolex. Eran las siete de la tarde. No era *tan* tarde. Lo que sucedía era que el *profesor cansino* se sentía muy intimidado por él, y eso era precisamente lo que más le impacientaba. Era tan modosito, tan dispuesto a complacer. Le exasperaba la gente así, con tan poca pasión en las venas.

—No se inquiete —le dijo, con cierta aspereza—. Estoy convencido de que, si me está llamando, es por un asunto de vida o muerte. Así que, ¿de qué se trata?

Al otro lado de la línea, Wesley cogió una honda bocanada de aire. No debía haber llamado. ¿En qué estaría él pensando?

—Profesor, ¿sigue ahí?

—Eh, sí... Verá, me temo que ha habido un contratiempo con una de las obras que pidió.

Jesse hizo una mueca. Odiaba los contratiempos.

—Tendrá que ser más concreto, hombre. No soy adivino. ¿De qué obra se trata?

—*La danza de la nieve*. Eh... Es posible que se haya vendido dos veces y...

—¿Que se ha vendido dos veces?! —ladró Jesse, con una expresión fiera consumiendo sus pupilas—. ¿Cómo ha podido suceder algo así?

—No está muy claro. La buena noticia es que le he conseguido una obra mejor.

—Quiero esa —insistió Jesse obstinadamente.

—Lo sé. Me lo dejó usted claro. Pero si pudiera ver la obra en cuestión...

—No quiero ver la obra en cuestión. Solo quiero *La danza de la nieve*, y más vale que me la consiga usted, que para eso le pago.

—Señor de Winter, si confía lo más mínimo en mi criterio —empezó Wes con la paciencia de un santo, aunque con un tono un tanto resentido—, querrá ver esta obra.

Jesse entornó los ojos. ¿Por qué diablos se empeñaba tanto? No le gustaba la gente cansina. Ya le había dicho que no en repetidas ocasiones. Y, sin embargo, seguía insistiendo.

—¿Quién es el artista? —quiso saber, desdeñoso.

—*La artista*. En realidad, es una desconocida. Pero es buena. Muy buena.

—Sí, seguro que sí —dijo Jesse un poco despectivo—. ¿Cómo se llama?

—Hayley Button. Y su obra es *Al hombre que dejé atrás...* Es una declaración de... —La voz se volvió cada vez más lejana, hasta que se apagó súbitamente.

Jesse de Winter palideció. Su mente era una vorágine de pensamientos. Se volvió a aflojar la corbata. Aun así, le faltaba aire en los pulmones, como si sus vías respiratorias estuvieran atascadas. No podía ser ella, claro. No era *aquella* Hayley. Solo era una coincidencia. Una estúpida, inapropiada y, quizá, divertida coincidencia. ¿Cuántas veces no había perseguido él esa clase de coincidencias a lo largo de los años?

Pero el nombre... Ese cuadro... Había algo que le atraía, y Jesse no sabía lo que era. ¿Por qué su corazón latía de ese modo por debajo de su carísima camisa blanca?

—Si usted me lo pide, lucharé con dientes y garras para conseguirle *La danza de la nieve* —estaba diciendo Wesley, sin saber que había perdido toda la atención de de Winter en el momento en el que había formulado ese nombre: *Hayley*—. Pero si quiere dar una oportunidad a una de las mejores artistas de nuestro siglo...

—Quiero verla. La obra. Quiero verla.

—Puedo hablar con Hayley y establecer una cita para la semana...

—Esta noche. ¡Ahora mismo! *Quiero* verla —subrayó entre dientes, en un tono que al profesor se le antojo agresivo—. ¿Dónde está expuesta?

A Wes le asombró tantísimo empeño. Hasta hacía un momento se había negado a escucharle siquiera, ¿y ahora lo quería todo de inmediato? ¡Qué hombre tan difícil!

—En ninguna parte. La tiene ella.

—Pues tráigala a mi casa. Le doy una hora. Más vale que cuando llegue, esté ahí.

Y colgó, confirmando la teoría de Wesley de que era un hombre odioso.

Dejó el móvil encima de la mesa, encajado entre sus manos que, por supuesto, registraban ese habitual temblor nervioso. Sus dedos, de uñas cortas y muy bien cuidadas, repiqueteaban intranquilos sobre el cristal de la mesa. Su ceño estaba fruncido, y había mil demonios batallando dentro de su alma.

¿Cuántos años habían pasado sin que él hubiese escuchado ese nombre? Dos, como mínimo. Desde Nueva York. Desde que se había rendido.

—Hayley... —musitó para sí, y el dolor que le atravesó fue mucho más fuerte de lo que habría sido capaz de expresar con palabras.

Se acabó la copa de un trago, dejó dinero para la cuenta encima de la mesa y se precipitó hacia el exterior, donde llovía más que nunca. Corrió por la acera, abrió su Mercedes plateado y se refugió dentro. Maldijo mientras se echaba los oscuros cabellos hacia atrás y se los peinaba con los dedos.

*Hayley... Hayley... Hayley...* pensó con una desesperación rayana en la demencia.

Claro que no era ella. No podía ser *su* Hayley. Ella no quería que él la encontrara, de modo que jamás se habría arriesgado a estar siquiera en la misma ciudad que él, mucho menos hacerle llegar un cuadro suyo. Solo era una coincidencia. Una estúpida coincidencia. Sí, debía de ser eso. Había muchas Hayleys en Estados Unidos. Sin duda, también en Canadá y en Australia. No tenía por qué ser *ella*.

Jesse giró la llave dentro del contacto, metió primera y salió despacio del aparcamiento. Cambió varias veces de canción, hasta que encontró la que estaba buscando: *Nights in White Satin*. Bettye LaVette.

Sus ojos estaban nublados de dolor. Escuchar esas notas, ese ritmo laxo, la voz enronquecida de Bettye, las palabras... era un proceso demasiado doloroso para él. Y sin embargo, lo hacía cada vez que llovía, porque le gustaba atormentarse a sí mismo con recuerdos de épocas lejanas.

En el exterior del Mercedes, la lluvia no dejaba de caer. La noche era oscura y gélida. Jesse conducía deprisa, pulsando siempre el botón para que sonara la misma melodía, de un modo obsesivo. Se alejó de nuevo por el camino del pasado y, una vez más, pudo ver a Hayley, acurrucada delante de la ventana, contemplando la lluvia con una taza de cacao humeando entre sus manos.

—¿Por qué te obsesiona tanto esta canción? —había preguntado él, una noche cualquiera, después de haber presenciado el mismo escenario decenas de veces.

Ella había movido sus almendrados ojos hacia los suyos y había sonreído.

—Tú solo escucha.



Y él había escuchado. Y lo había comprendido todo.

Ahora Hayley ya no estaba con él. Solo podía sentirla cerca cuando escuchaba esa canción. O cuando iba a ese bar que tanto le gustaba a ella. El bar donde ella ya nunca iba... Esa idea le hizo gruñir una maldición. El dolor empezaba a desatarse cada vez más, y Jesse no podía hacer nada para refrenarlo.

Llegado por fin delante de su nueva propiedad, pulsó el mando para abrir la verja y cruzó la entrada deprisa. Aparcó el coche delante de la puerta y, de nuevo, tuvo que salir corriendo para no empaparse. Atravesó pasillos y dejó caer puertas. Le movían impulsos demenciales en los que no tenían cabida la paciencia o el sosiego.

Cuando llegó a su galería, había un nuevo cuadro colgado ahí, ocupando el lugar de la obra que acababa de perder. Jesse se acercó impulsivamente, casi con la intención de pasar los dedos por el lienzo para asegurarse de que no era una aparición. Su rostro se había quedado de piedra al ver a ese hombre bajo la lluvia. Sus ojos no podían dejar de mirarlo.

Escuchó el sonido de unas pisadas a sus espaldas. No se volvió. No le hacía falta. Con ver el cuadro, le bastaba para saber quién era la artista. Reconocía la escena. Recordaba la noche. Por supuesto que Jesse de Winter sabía *quién* era ese hombre al que ella no dejaba de retratar. Lo que desconocía era la obsesión con la que le retrataba, la misma obsesión con la que él escuchaba la maldita canción de Bettye.

—Te he buscado durante cinco años —dijo con aplomo, al sentirla detenerse a su derecha.

—No buscaste a Hayley Button, de Colorado.

La voz de Hayley no expresaba nada más que desapego. Jesse frunció el ceño.

—No. Busqué a Hayley Walsh, de Boston. Y a Hayley...

—Debiste haber buscado a Hayley Button, de Colorado —le interrumpió ella, cortando lo que él tenía pensado decir.

—Sí, supongo —musitó Jesse, bajando la mirada al suelo. Aún no se había atrevido a mirarla. Tenía miedo de que desapareciera si la miraba—. ¿Por qué estás aquí, Hayley? Has estado huyendo de mí durante cinco años. Has adoptado una nueva identidad para que jamás te localizara. ¿Por qué has

vuelto ahora?

Hayley calló durante unos segundos. Jesse se preguntó si ella estaría escuchando el latido de su corazón. O, a lo mejor, solo podía oír la lluvia, golpeando contra las ventanas...

—Se suponía que debía escribirte una carta —acotó Hayley de pronto.

La arruga del entrecejo de Jesse se volvió más profunda.

—¿Una carta?

—Él dijo que no hacía falta venir a verte. Que bastaba con escribirte.

—¿Él? —repitió, cada vez más devastado.

Se volvió hacia ella y la miró por fin. Y fue entonces cuando estalló todo su dolor y se propagó a través de sus venas. La pequeña Hayley, en persona, estaba de pie a su lado, envuelta en un cárdigan de lana blanca. Llevaba vaqueros azules y unas botas marrones, altas, muy sencillas. Su pelo castaño estaba suelto y caía sobre sus hombros, liso, largo y sedoso, como siempre. No había cambiado demasiado. Parecía la misma chica delgada, frágil y excesivamente vulnerable de la que él se suponía que debía cuidar. Una chica a la que cualquier palabra conseguía herir, incluso si no había sido esa la intención.

—Tenía que venir, Jesse —lo ignoró ella, manteniendo la vista clavada en su cuadro. Parecía una estatua, tan inmóvil se mantenía a su lado. Su rostro no desvelaba nada. Ni dolor ni alegría. Nada más que hielo e indiferencia. A Jesse le hubiese encantado poder desgarrar esa armadura y ver a la verdadera Hayley, que se ocultaba en el interior de esa chica de enormes ojos mortecinos.

—¿Por qué? —musitó él, con la voz cargada de emoción—. ¿Por qué *tenías* que venir?

Los ojos marrones de Hayley se movieron hacia los suyos.

—He pasado página, y quería que lo supieras por mí y no por una carta fría e impersonal.

Jesse de Winter la miró a los ojos un par de segundos más de la cuenta. Y entonces, lo recordó. Lo recordó todo, todo ese bagaje emocional que llevaba años enteros reprimiendo.

